
PHOENIX RIDGE
HOCKEY
FUERA DEL HIELO
EMILY HAYES

FUERA DEL HIELO

EMILY HAYES

ÍNDICE

1. Sienna
2. Elise
3. Sienna
4. Elise
5. Sienna
6. Elise
7. Sienna
8. Elise
9. Sienna
10. Elise
11. Sienna
12. Elise
13. Sienna
14. Elise
15. Sienna
16. Elise
17. Sienna
18. Elise
19. Sienna
20. Elise

Epílogo — Seis meses después
Postfacio

1

SIENNA

La cinta de vendaje salió del rollo con un rasguido familiar. Sienna la enrolló alrededor de la muñeca izquierda de Lou Calder en tiras apretadas y superpuestas, presionando con el pulgar a lo largo de cada capa para alisarla. Lou estaba sentada en el borde de la camilla de tratamiento, inmóvil como una estatua, navegando por su teléfono con una mano mientras Sienna trabajaba.

La sala médica olía a adhesivo y antiséptico, ese penetrante olor químico que Sienna asociaba con los días de partido. Arriba, las luces fluorescentes lo bañaban todo con una claridad plana e implacable. Fuera, los pasillos del estadio de las Valkyries se llenaban del ruido amortiguado de los protectores de las cuchillas sobre las alfombrillas de goma, el golpe de los palos al ser apoyados contra las paredes y el murmullo bajo de un equipo preparándose.

—Más apretado en la segunda pasada —dijo Lou sin levantar la vista. Su voz era baja y seca, como siempre. Lou Calder no desperdiciaba palabras, ni dentro ni fuera del hielo.

—Lo sé —Sienna tensó la siguiente tira. Las muñecas de Lou estaban llenas de cicatrices y magulladuras tras años bloqueando disparos, con la piel endurecida bajo el adhesivo de la cinta. Callos sobre callos. Había sido la capitana de las Valkyries desde antes de

que la PWHL llamara a su puerta, y sus manos mostraban cada una de aquellas temporadas—. ¿Cómo está Max?

—Ayer se comió un calcetín —la voz de Lou era monótona—. Camille está furiosa. Es el tercero este mes.

Sienna enrolló otra tira de cinta alrededor de la muñeca, alisándola con los dedos.

—Esos golden retrievers.

—Golden idiota. —Pero la comisura de la boca de Lou dio un respingo; estaba claro que el perro no podía hacer nada malo a sus ojos. Sienna cortó la cinta, aplanó el borde final con presión y comenzó con la muñeca derecha.

Mara Ellison estaba apoyada en el marco de la puerta, con los brazos cruzados, observando. El cabello rubio canoso de la entrenadora jefa estaba recogido en una tirante coleta, y su polo de las Valkyries quedaba ajustado sobre sus anchos hombros. Sus ojos ya estaban afilados, centrados en el partido. Llevaba merodeando por los pasillos traseros desde primera hora de la tarde, y Goldie, su anciana golden retriever, se había retirado a su despacho para dormir durante todo el alboroto.

—Mars me ha enviado un mensaje —dijo Mara—. La entrenadora de Toronto ha estado ensayando un sistema físico toda la semana. Sus líneas defensivas van a salir con fuerza para intentar anular nuestro juego de transición.

Lou levantó la vista de su teléfono.

—Bien. Estaremos a la altura.

Mara se separó del marco de la puerta y entró en la habitación.

—Haremos las cosas con cabeza. —Sus ojos se posaron en Sienna—. Park, ¿estás lista para un partido duro?

Sienna cortó la última tira y la colocó en su sitio.

—El maletín médico está listo. Hay bolsas de hielo extra en la nevera. He preparado vendajes adicionales para el segundo periodo por si alguien necesita que la vuelvan a vendar. —Hizo una pausa—. Si Toronto va a jugar de forma física, me quedaré más cerca de la entrada del banquillo. El tiempo de respuesta será más rápido.

Mara asintió una vez, satisfecha, y se volvió hacia Lou. Las dos empezaron a hablar de los emparejamientos defensivos; la voz de

Mara bajó a ese registro grave y concentrado que utilizaba cuando la estrategia era lo único que existía. Sienna recogió su cinta y sus tijeras y se dirigió al mostrador para preparar la siguiente ronda de suministros.

Estaba cortando tiras de cinta kinesiológica para las aplicaciones pospartido cuando la puerta se abrió del todo y entró Elise Moreno.

Las manos de Sienna se detuvieron sobre la cinta.

Elise llevaba un sujetador deportivo y pantalones cortos de compresión. Tenía el cabello oscuro recogido hacia atrás en una coleta pulcra, con algunos mechones sueltos rizándose en sus sienes. La luz del techo perfilaba la definición de sus brazos, la larga pendiente de sus hombros, las líneas esbeltas de una atleta que había pasado una década perfeccionando su cuerpo como si fuera un instrumento. Tenía la piel sonrosada por los estiramientos de calentamiento, con un matiz rosáceo visible en las clavículas. Se movía con esa zancada pausada y segura que Sienna llevaba meses intentando dejar de notar.

Olía a limpio y a calor. A vainilla, quizá. O a coco. Un aroma que no debería ser tan distractor como lo era en una sala llena de antiséptico.

—Lou. —Elise se dejó caer en la silla junto a la camilla de tratamiento, con una pierna larga estirada y la otra doblada—. Si van a poner a Kowalski en el lado derecho esta noche, tenemos que cambiar el patrón de salida. Lee el pase de salida estándar demasiado rápido. La última vez tuvimos suerte.

—De acuerdo —dijo Lou, flexionando sus muñecas recién vendadas—. Lex puede ir por el carril exterior. Yo cubriré la salida central.

Sienna volvió al mostrador y empezó a cortar tiras de cinta que ya había cortado. El calor le subió por el cuello, picándole bajo el cuello de su polo. Se mordió el interior de la mejilla. Tener a Elise Moreno en pantalones de compresión y sujetador deportivo, en su sala médica, a tres metros de distancia, nunca iba a dejar de ser una distracción.

Había sido así desde el principio. Desde la primera semana de Sienna con las Valkyries, cuando entró en el vestuario para

presentarse y Elise fue la que le estrechó la mano y le dijo: «Bienvenida al caos». Solo llevaba una toalla, recién salida de la ducha, y Sienna se había pasado toda la reunión de orientación posterior sin poder recordar ni una sola palabra de lo que se dijo.

Eso había sido hace meses. La atracción no se había desvanecido. En todo caso, se había agudizado, convirtiéndose en algo persistente y leve, un zumbido subyacente en cada interacción.

Mara sacó su tableta. Las tres se apiñaron, Elise gesticulando con las manos mientras describía el patrón que quería, Lou asintiendo y Mara pasando formaciones en la pantalla. Sus voces se superponían con la jerga de personas que llevaban años haciendo esto juntas.

Sienna siguió trabajando. Organizó los rollos de cinta por anchura, rellenó la caja de guantes y revisó las bolsas de hielo que ya había comprobado dos veces. Limpió la superficie de vinilo de la camilla con desinfectante, y el penetrante olor a alcohol impregnó la sala. Detrás de ella, la conversación pasó de las parejas defensivas a la presión en el *forechecking*, y la voz de Elise bajó de tono mientras esbozaba una jugada para Lou, moviendo la mano en el aire.

Sienna no se dio la vuelta. El lápiz óptico de Mara rascaba la tableta. La silla crujió cuando Elise se inclinó hacia delante. Aquello ya era demasiada información. Tenía cuarenta y un años y era una doctora colegiada, y estaba limpiando el mismo punto de la camilla por tercera vez.

Sus padres se horrorizarían. No por la atracción en sí, aunque les había llevado años el callarla discretamente, sino por la falta de control. El Dr. Hyun-Soo Park y la Dra. Min-Ji Park habían criado a su hija para que fuera centrada, disciplinada e inmune a las distracciones. Lo habían logrado, la mayor parte del tiempo. Sienna había pasado décadas construyendo una vida en torno a esa estructura: carrera, facultad de medicina, residencia, beca de medicina deportiva y, después, el mundo cuidadoso y contenido de tratar a atletas sin llegar a involucrarse nunca personalmente.

Catorce meses en las Phoenix Ridge Valkyries y esa contención se estaba agrietando.

Durante su tiempo aquí, había tratado a casi toda la plantilla. Esguinces, distensiones, el mantenimiento rutinario de cuerpos que

recibían castigo cinco noches a la semana. Pero Elise Moreno había estado extraordinariamente sana. Un tirón en el flexor de la cadera que se resolvió en dos días. Una ampolla. Eso era todo. El cuerpo de aquella mujer era resistente, fiable, hecho para durar, y Sienna nunca había tenido que ponerle las manos encima para nada más que una evaluación superficial.

Lo que significaba que nunca había tenido que estar lo suficientemente cerca como para sentir el calor corporal de Elise, ni había tenido que presionar con los dedos a lo largo de una articulación mientras Elise le observaba la cara, ni había tenido que mantener el rostro neutral con las manos sobre piel desnuda y unos ojos verdes mirándola desde arriba.

Probablemente era lo mejor.

—Park, parece que estás montando una instalación artística ahí atrás —intervino la voz de Mara.

Sienna bajó la vista. Había cortado unas veinte tiras de cinta kinesiológica y las había dispuesto en una fila meticulosa sobre el mostrador.

—Preparándome para el segundo periodo.

—Si aún no ha empezado ni el primero.

Sienna alineó los bordes de la fila de cintas con un dedo.

—Me gusta estar preparada.

Mara enarcó una ceja pero no insistió. Elise echó un vistazo y sus miradas se cruzaron; hubo medio segundo en el que todo en la habitación desapareció excepto la franqueza de la mirada de Elise. Entonces Sienna bajó la vista hacia las tiras de cinta y empezó a despegarlas del mostrador con más atención de la que requería la tarea.

—Bien. Vamos moviéndonos. —Mara dio una palmada—. Calentamiento en cinco minutos. Lou, reúne a la defensa. Moreno, tú vas en el primer turno con Lex.

Elise se levantó y estiró los brazos por encima de la cabeza; su sujetador deportivo se movió con el gesto, dejando a la vista los planos de su abdomen mientras su cuerpo se extendía. Sienna se concentró en volver a enrollar una tira de cinta que ya había enrollado antes.

—Entendido, entrenadora.

—No dejes que Kowalski te provoque esta noche —añadió Mara desde la puerta—. Es una pesada. Ignórala.

—Yo siempre estoy tranquila —dijo Elise, y Lou resopló.

Mara sacudió la cabeza, esbozando media sonrisa.

—Solo procura que no te expulsen en los primeros cinco minutos.

Salieron en fila. Primero Mara, luego Lou. Elise se detuvo en la puerta y miró hacia atrás.

—Gracias, doctora. —Casual. Un comentario de pasada. La media sonrisa que lo acompañó fue rápida y espontánea, un reflejo en el que Elise probablemente ni pensaba.

—Buena suerte esta noche.

Elise desapareció por el pasillo. Sus pasos se desvanecieron entre el creciente ruido del estadio.

Sienna apoyó ambas palmas sobre el mostrador y exhaló. La habitación estaba vacía, y al olor adhesivo de la cinta se le unió un rastro de Elise. Lo que fuera que usara. Desodorante, o champú, o simplemente el calor limpio de un cuerpo que irradiaba temperatura. Se desvanecería en unos minutos. Siempre lo hacía.

Empezó a ordenar el mostrador en serio. Los rollos de cinta volvieron al cajón. Las tijeras a la bandeja de esterilización. Las tiras kinesiológicas que había cortado de más fueron a parar a una bolsa hermética etiquetada porque no era capaz de desperdiciarlas. El ritmo familiar de la tarea hizo que su pulso volviera a estabilizarse. En esto era en lo que era buena. Orden. Preparación. Asegurarse de que cada contingencia estuviera cubierta para que nadie saliera herido bajo su supervisión.

Su propia carrera tenística había terminado porque alguien no hizo eso. Un entrenador que la obligó a jugar con una fractura por estrés a los diecinueve años, un médico de torneo que le dio el alta para jugar cuando no debería haber estado ni de pie. Se rompió tres ligamentos del tobillo, pasó catorce meses en rehabilitación y nunca volvió a competir. Llevaba esa lección grabada en cada vendaje, en cada evaluación, en cada decisión sobre si una jugadora estaba en condiciones de volver.

Ella nunca sería la razón por la que terminara la carrera de alguien.

Terminó de preparar su maletín médico con manos eficientes y se lo colgó del hombro. El equipo pesaba debido a las bolsas de hielo, las vendas elásticas y la unidad de ecografía portátil que llevaba a todos los partidos. Un peso familiar. Que la mantenía con los pies en la tierra.

El pasillo que conducía a la pista ya estaba lleno de gente. El personal del equipo técnico, con polos de las Valkyries, se movía con determinación, tableta en mano. El personal de los medios de comunicación pasaba con cámaras al hombro, arrastrando gruesos cables que serpenteaban por los rodapiés. Un grupo de patrocinadores con acceso anticipado y acreditaciones al cuello eran guiados hacia los palcos corporativos por una mujer con chaqueta que parecía trabajar para Astoria.

La iluminación cambió mientras Sienna caminaba, pasando del brillo crudo de los pasillos traseros al resplandor ambiental más cálido cerca de la entrada de la pista. El ruido aumentaba con cada paso: la música atronando por el sistema de megafonía, el rugido bajo y sostenido de una multitud que seguía llenando veinte mil asientos, la vibración del sonido subiendo por el suelo de hormigón hasta las plantas de sus zapatos.

Pasó por delante de un puesto de *merchandising* donde una adolescente ya llevaba puesta una camiseta de las Valkyries con el número de Camille Laurent-Dubois a la espalda. Hace dos temporadas, este equipo jugaba en una pista que olía permanentemente a humedad y tenía una calefacción caprichosa. Ahora, el estadio de Astoria Shepry se alzaba a su alrededor como una declaración de intenciones. Una superficie de hielo de última generación, palcos de lujo con cristales tintados, un sistema de sonido que hacía que el propio edificio pareciera vivo. Sienna todavía tenía momentos en los que la magnitud de aquello la pillaba desprevenida. Lo que estas mujeres habían construido. Lo que seguían construyendo.

Dobló la esquina cerca de la entrada del túnel y casi choca de frente con Helen Ward.

—Cuidado. —Helen sujetó su café con una mano mientras el vaso de cartón se ladeaba peligrosamente. No se derramó ni una gota. Iba vestida con su uniforme habitual de los días de partido: pantalones oscuros, una rebeca gris suave sobre una blusa azul marino y una expresión serena que sugería que nada la había sobresaltado de verdad en cincuenta y cinco años de vida. Su cabello oscuro, entretejido con canas, estaba cortado con pulcritud a la altura de la barbilla—. Caminas como si llegaras tarde a una cirugía.

—Solo intento dejarlo todo listo. —Sienna se puso a su paso mientras se dirigían a la zona de asientos del equipo detrás del banquillo. El túnel se abría ante ellas y el estadio se revelaba por etapas: primero el muro de sonido, luego el aire frío con el toque mineral del hielo recién pulido y, por último, la escala visual de veinte mil asientos apilados hacia las vigas del techo. Del techo colgaban estandartes y el videomarcador mostraba fotos de las jugadoras y logotipos de patrocinadores en rotaciones brillantes y vibrantes.

—¿Cómo está el ambiente antes del partido?

—Concentrado. Seguro. —Helen se acomodó en su asiento y cruzó las piernas, rodeando el vaso de cartón con ambas manos. El vapor salía de la tapa—. Un poco tenso. Mara lleva ladrando a la gente desde el almuerzo, que es su versión del optimismo.

Sienna se sentó a su lado y dejó el maletín médico entre sus pies. Los asientos estaban acolchados, pero el frío del hielo les llegaba incluso allí, un escalofrío constante que se colaba por sus pantalones. Se subió la cremallera de la chaqueta un centímetro más.

El hielo de abajo brillaba bajo las luces del techo, recién pulido, con el logotipo de las Valkyries resplandeciente en el centro de la pista. Ambos equipos estaban calentando, con las camisetas rojas y blancas entrelazándose en patrones superpuestos. El chasquido de los discos golpeando las bandas resonaba en el espacio, agudo y rítmico. Una jugadora de Toronto lanzó un tiro que sonó contra el larguero, y el público local abucheó con buen humor.

Encontró a Elise sin esforzarse. En el centro del hielo, patinando en círculos amplios y fáciles, con una zancada larga y fluida. Lex Landry estaba a su lado, siguiendo su ritmo, las dos centrales moviéndose al unísono. Lex era más joven, más explosiva, su patinaje impulsado por el atletismo puro que la había convertido en una sensación de la PWHL. Elise era diferente. Más fluida. Cada zancada parecía no costarle esfuerzo, cada impulso la llevaba más lejos de lo que debería, una economía que provenía de años de saber exactamente cuánto podía dar su cuerpo.

Lo que fuera que Elise le dijo a Lex hizo que la joven sonriera y le diera un empujoncito con el hombro. La risa de Elise se oyó, apenas, por encima del ruido del estadio. Incluso desde esta distancia, incluso con el casco y todo el equipo puesto, Sienna la distinguía del grupo sin dudarlo.

—Bueno. —La voz de Helen la trajo de vuelta. El tono era diferente ahora. Era el que venía con una ligera inclinación de cabeza y una pausa cuidadosa antes de la pregunta—. ¿Cómo va tu vida amorosa? ¿Estás viendo a alguien?

El calor invadió las mejillas de Sienna. Instantáneo. Incontrolable.

—No.

Helen enarcó una ceja.

—Eso ha sido rápido.

—Es que la respuesta es sencilla. —Se ajustó las gafas y mantuvo la vista fija en el hielo—. No estoy saliendo con nadie. No tengo tiempo para eso, la verdad.

Helen emitió un sonido que no era precisamente de acuerdo.

—¿Qué?

Helen ladeó la cabeza, sosteniendo su té con ambas manos.

—Nada. Solo que dijiste lo mismo cuando te pregunté hace seis meses. Y otros seis meses antes de eso.

Sienna tensó la mandíbula.

—Porque la respuesta no ha cambiado.

Debajo de ellas, sonó un silbato. Ambos equipos se recolocaron para un saque neutral cerca del centro del hielo.

—Trabajas de nueve a cinco, excepto los días de partido, y vives sola en un apartamento de una habitación. —Helen bebió un sorbo

de su café. Sin prisas—. Creo que sí tienes tiempo.

—Madrugo mucho. Y los días de partido son imprevisibles. Y todavía me estoy adaptando a Phoenix Ridge. —Se estaba quedando sin excusas. Ella misma lo notaba, y Helen también.

—Llevas aquí catorce meses.

Sienna apretó el vaso de café con ambas manos.

—Soy de adaptación lenta.

—Y no creo que... —Sienna dejó la frase en el aire. No sabía cómo terminarla con sinceridad. *No creo que nadie me elija. No confío en mí misma para acercarme a alguien sin que salga mal. No sé cómo ser deseada.*

Se subió las gafas con un dedo.

—Estoy bien sola.

Helen dejó que el silencio se instalara. Era exasperantemente buena en eso, manteniendo el espacio sin llenarlo, dejando margen para que Sienna escuchara sus propias palabras y decidiera si se las creía. Tras un momento, Helen dijo:

—Mara mencionó que en Lavender's van a celebrar otro evento para mujeres este mes.

—No voy a ir a un evento en un bar.

En el hielo, una jugadora lanzó un disco contra las bandas con un estallido que resonó hasta las vigas.

—¿Por qué no?

Sienna arrancó la esquina de su servilleta, doblándola en un cuadrado pequeño entre sus dedos.

—Porque no bebo.

—Es un café-bar. También sirven comida y café. —Helen tomó un sorbo de su té, observando a Sienna por encima del borde.

—Como en casa.

Helen se rió, un sonido cálido que suavizó brevemente las duras aristas del estadio. La boca de Sienna dibujó una sonrisa renuente.

—Eres la doctora con más aversión social que he conocido nunca. Y mira que he conocido a unos cuantos médicos.

Sienna abrió la boca para protestar y luego la cerró, porque Helen no se equivocaba. Se miró las manos, apoyadas sobre el maletín médico en su regazo. Uñas cuidadas, sin anillos, el leve

pliegue de una cicatriz en su pulgar izquierdo por un desliz de un bisturí durante la residencia. Manos capaces. Alguien se lo había dicho una vez, una mujer con la que salió brevemente a los treinta y pocos años. «Tienes unas manos muy capaces», y luego nada prosperó porque Sienna se había centrado en el trabajo y dejó de devolver las llamadas, y la mujer acabó por dejar de intentarlo.

Ese era el patrón. Había sido el patrón durante toda su vida adulta. Interés, seguido de retraimiento, seguido de silencio. Se decía a sí misma que era profesionalidad, la concentración y disciplina en torno a las cuales había construido su vida. Pero la verdad, cuando se quedaba lo suficientemente quieta para escucharla, era más sencilla y más fea que eso. No creía que nadie quisiera quedarse.

En el hielo, el calentamiento estaba terminando. Ambos equipos se agruparon cerca de sus respectivos banquillos, golpeando el hielo con los palos en sus rituales previos al partido. El ruido del estadio llegaba a su punto álgido, veinte mil personas acomodándose en sus asientos, las conversaciones superponiéndose a la música, el edificio entero vibrando por la anticipación.

Y ahí estaba. La imagen de la sala médica, volviendo a la mente de Sienna en cuanto su atención se dispersaba. Elise, cruzando la puerta. Sujetador deportivo, pantalones de compresión y esa confianza pausada y natural. La línea marcada de su mandíbula. La definición de sus brazos. La forma en que sus ojos se habían cruzado con los de Sienna al otro lado de la habitación, directos y cálidos, como si Sienna fuera alguien que mereciera ser mirada. Como si Sienna fuera alguien que importara más allá de las vendas, las bolsas de hielo y las evaluaciones médicas.

Lo reprimió. Se le daba bien reprimir cosas. Se había pasado años perfeccionándolo, guardando cada atracción inoportuna y archivándola bajo «cosas que no son para ti». Su madre le había enseñado eso, sin decírselo nunca directamente. Disciplina. Concentración. La expectativa silenciosa y férrea de que los sentimientos eran privados e inoportunos, y que se gestionaban mejor en soledad. Sienna había absorbido esa lección tan a fondo

que ya era indistinguible de su propia personalidad. Ni siquiera sabía dónde terminaba la enseñanza y dónde empezaba ella.

Elise Moreno podría tener a cualquiera en esta ciudad. Tenía treinta años, era hermosa, una atleta profesional en la cima de su carrera, divertida de una forma que Sienna solo captaba cuando el momento ya había pasado. Probablemente la mitad de las mujeres queer de Phoenix Ridge conocían su nombre.

Sienna tenía cuarenta y un años. Llevaba gafas rectangulares, cortaba demasiada cinta kinesiológica cuando estaba nerviosa y no sabía aceptar un cumplido sin ponerse roja como una adolescente. Era la doctora del equipo. Se suponía que debía mantener las distancias. Había construido toda su carrera, toda su vida, sobre el mantenimiento de las distancias. Y había funcionado. Durante años, había funcionado a la perfección.

Hasta este equipo. Hasta esta mujer.

Cruzó los brazos y se hundió los dedos en los bíceps, reprimiendo el pensamiento donde correspondía. El estadio olía a aire frío, a palomitas y a la leve dulzura química de la superficie del hielo. Abajo, las jugadoras se reunieron en un último corro cerca del banquillo, chocando los guantes, con los cascos bajos. Elise estaba en el centro, con un brazo rodeando los hombros de Lou y el otro los de Lex. Hablándoles.

Sonó la bocina. Las luces del estadio se atenuaron y el videomarcador se iluminó con las presentaciones de las jugadoras. El público se puso en pie, una oleada de ruido que presionó contra el pecho de Sienna.

Helen se inclinó hacia ella.

—Por cierto, estás roja.

—Hace calor aquí dentro.

—Es una pista de hielo.

Sienna no dijo nada. Las Valkyries salieron al centro bajo el foco, con las camisetas rojas resplandeciendo bajo las luces blancas, y el público estalló.

Sus ojos las seguían a todas, a cada una de las jugadoras sobre el hielo.

El disco cayó. Noventa minutos viendo patinar a Elise Moreno, y el problema no se iba a ir a ninguna parte.

2

ELISE

El primer turno fue una batalla.

Elise ganó el saque inicial limpiamente, calculando la caída a la perfección y barriendo el disco hacia atrás para Lou antes de que la central de Toronto terminara de agacharse. Las Valkyries se lanzaron hacia adelante; tres camisetas rojas avanzaban por el hielo en formación cerrada mientras el público se ponía en pie con ellas: veinte mil voces que formaban un muro de sonido que presionaba contra el cristal y hacía vibrar las vallas.

Elise cruzó la línea azul y pidió el disco. El aire frío le mordía las mejillas, afilado y puro, y sus piernas bullían bajo ella con los músculos calientes por el patinaje previo al partido. Le encantaba esta parte. Los minutos iniciales, cuando el hielo estaba intacto, la energía era pura y todo parecía posible. Llevaba cinco años jugando de central para las Valkyries, y el primer turno de cada partido aún lograba acelerarle el pulso.

Una defensa de Toronto, que había leído la jugada medio segundo antes, desvió el pase de Camille. El juego cambió de sentido antes de que Elise pudiera reaccionar; pivotó con fuerza, clavando el filo interior en el hielo, y retrocedió a defender hacia su propia zona. El ardor en los muslos le resultaba familiar. Incluso

agradable. Se colocó en su posición defensiva y observó a Toronto mover el disco por las vallas.

A su lado, Lex Landry ya estaba presionando a la portadora del disco, rápida y agresiva, con sus patines surcando el hielo con ese primer paso explosivo que la hacía tan peligrosa. Despojó el disco, lo impulsó hacia su stick y se lo pasó a Camille en un solo movimiento fluido. El estadio estalló.

Lex estaba teniendo uno de esos partidos. De esos en los que todo lo que tocaba se convertía en oro.

Elise observó a su compañera pasar patinando, pura potencia bruta y ángulos temerarios, y el nudo ardiente en su estómago se apretó. Lex había marcado cuatro goles en los últimos tres encuentros. La prensa deportiva no paraba de hablar de ella. El surgimiento de Landry como la central franquicia. Una creadora de juego dinámica capaz de remodelar la PWHL. El futuro de la ofensiva de las Valkyries.

Nadie había escrito nada parecido sobre Elise en años. Quizá nunca. Ella no tenía un apodo. No tenía una cuenta de fans. Tenía constancia, una buena ética de trabajo y el conocimiento silencioso de que, sin ella, la estructura del equipo se derrumbaría, aunque nadie se diera cuenta de que era ella quien la sostenía.

Su juego era diferente. Disciplinado. Constante. Era la jugadora en la que los entrenadores confiaban en situaciones difíciles, la que hacía el trabajo poco glamuroso que no salía en los vídeos de mejores jugadas pero que mantenía unido el engranaje de un equipo. Siempre se había sentido orgullosa de ello. Pero el orgullo era un consuelo frío cuando la mujer a su lado brillaba con más fuerza cada semana.

El silbato sonó por un fuera de juego y Elise patinó hacia el banquillo para un cambio de línea, con los pulmones trabajando a fondo. Mara estaba de pie tras la valla, con los brazos cruzados y sus agudos ojos azules siguiendo la jugada incluso durante la interrupción. Cuando Lex salió del hielo, Mara asintió con la cabeza. Un gesto leve. Rápido. Un reconocimiento que podría haber significado cualquier cosa.

Ahí estaba. Siempre lo veía.

Mara nunca había hecho evidente su favoritismo. Era demasiado lista para eso, demasiado controlada. Pero el terreno estaba cambiando. Lex era más joven, más rápida, más explosiva. Jugaba con una intensidad que iluminaba las hojas de estadísticas y vendía entradas. Y estaba saliendo con Mara, algo que se suponía que no debía importar en lo profesional pero que resultaba imposible de ignorar por completo, incluso para una entrenadora tan disciplinada como Mara Ellison.

El pensamiento era injusto y Elise lo sabía. Mara evaluaba a las jugadoras por su rendimiento. Si Lex recibía más tiempo en el hielo, era porque Lex se lo estaba ganando. Así funcionaba la competición. Así se había ganado su propio lugar Elise años atrás: siendo mejor que la mujer que tenía delante, presentándose cada día y demostrando que merecía la camiseta.

Lo sabía. Pero no ayudaba. El miedo tenía raíces más profundas que el hockey, raíces que se remontaban a una casa de clase trabajadora en el sur de California donde su madre hacía turnos dobles y su padre arreglaba el cableado de casas de desconocidos y nadie decía nunca «estoy orgulloso de ti» porque no había tiempo, y demostrar amor significaba estar allí. Elise llevaba cinco años dándolo todo por este equipo. ¿Qué pasaría cuando eso dejara de ser suficiente?

Se sentó en el banquillo, con los codos en las rodillas, y vio a Lex patinar haciendo círculos alrededor de una defensa de Toronto. La aceleración de la joven era absurda, de cero a máxima velocidad en tres zancadas, y el estadio soltó un grito de admiración colectiva cuando sorteó a una segunda defensa y lanzó un disparo que se estrelló contra el poste.

—Cerca —dijo Frankie al lado de Elise, golpeando la valla con su stick—. Está inspirada esta noche.

—Sí. —Elise le dio un trago a su botella de agua y la apretó hasta que el plástico crujió. Se limpió el protector de la barbilla con el dorso del guante. Se quedó mirando el hielo. Esperó a que dijeran su nombre.

Cuando llegó su siguiente turno, se volcó en él. Ganó tres batallas consecutivas contra las vallas en la zona ofensiva, usando su

cuerpo para proteger el disco y su stick para dirigir la jugada. Al salir del hielo, Lou la miró a los ojos y asintió. No fue un gesto tan visible como el que Mara le había dedicado a Lex pero, viniendo de Lou Calder, era prácticamente una ovación.

El primer periodo terminó sin goles. Ambos equipos se retiraron a sus vestuarios; Elise se sentó en su sitio, clavó la vista en el suelo e intentó aflojar la tensión que se había instalado entre sus omóplatos. Al otro lado de la sala, Lex se reía con Camille, sin el casco y con el pelo oscuro húmedo de sudor. Tenía la confianza natural de alguien que no tiene que preocuparse por su posición.

Elise cogió su botella del estante y se bebió la mitad sin saborear nada.

El partido se volvió más cerrado a medida que pasaban los periodos. Toronto había planteado un sistema físico, pesado y agotador, y no dudaban en usarlo. Sus delanteras embestían en las esquinas con el hombro por delante. Sus defensas terminaban cada carga. Y su central, una mujer alta llamada Kowalski con la nariz rota y una mirada gélida, se había instalado en la zona de las Valkyries como si pensara firmar un contrato de alquiler.

Kowalski había estado acosando a Elise desde el silbato inicial. Ni a Lex, ni a Camille, ni a ninguna de las jugadoras que marcaban los goles y acaparaban los titulares. A Elise. Porque Elise era la que ganaba los saques, controlaba el ritmo e interrumpía las rotaciones, y Kowalski era lo bastante lista para saber que, si rompías el motor, la máquina se detenía.

Toques de stick en sus espinillas durante las paradas. Empujones con el hombro después de que pitaran el final de la jugada. Un guante hundido en la parte posterior del casco de Elise durante una melé contra las vallas. El hostigamiento persistente y de baja intensidad que los árbitros ignoraban y las oponentes sentían hasta en los huesos. Cada vez que Elise se colocaba en el círculo de saque, Kowalski estaba allí, inclinándose, con su aliento caliente y agrio tras la rejilla.

—¿Tienes miedo de que te den un golpe, Moreno?

Elise no dijo nada. Ganó el saque, limpio y certero, y envió el disco hacia atrás para Lou sin darle a Kowalski la satisfacción de

mirarla a los ojos.

Pero Kowalski seguía insistiendo. En el siguiente turno, lanzó a Elise contra las vallas cuando el disco ya no estaba; un golpe tardío que hizo que el casco de Elise castañeteara contra el cristal. El público abucheó, un estallido agudo de ira colectiva que subió y bajó como una ola. El brazo del árbitro permaneció bajado.

Elise se despegó de las vallas. Le dolía la espalda donde había caído el golpe y el cristal le había dejado una franja fría en la mejilla. Siguió jugando.

No era de las que se vengaban. Nunca lo había sido. Al crecer, había visto a su padre absorber una frustración tras otra sin quejarse. Pagos atrasados de clientes. Una hernia discal que no podía permitirse tratar. La factura del ortodoncista de su hermana Sophie. Él simplemente seguía adelante, seguía trabajando, seguía haciendo lo siguiente que había que hacer. Elise había heredado eso. El aguante silencioso. La negativa a dejar que nadie la viera romperse.

Lou siempre decía que Elise era el ancla del equipo, la jugadora con la que todos contaban para mantener la estabilidad cuando el juego se ponía feo. Y Elise aceptaba el cumplido tal cual, porque era cierto. Pero a veces ser un ancla solo significaba quedarse en un sitio mientras todos los demás se movían.

El segundo periodo avanzaba con dificultad. Toronto marcó primero en un desvío que rebotó en la guarda de Dani y se coló por la línea; un gol sucio que dolió como un puñetazo en el estómago. El público se quedó en silencio. En el banquillo, la mandíbula de Mara se tensó. Elise miró el marcador, el 0-1, y la ira en su pecho ardió con más fuerza.

Pero las Valkyries respondieron. Camille marcó un gol en superioridad tras un pase magistral de Rowan Pike; el disco salió disparado como un cohete superando el guante de la portera de Toronto para entrar por la escuadra. El estadio estalló. Camille se deslizó sobre sus rodillas con los brazos abiertos y su pelo rubio al vuelo, y el resto del equipo se amontonó sobre ella contra las vallas. Incluso Mara agitó el puño tras el banquillo. El marcador se igualó 1-1.

El estadio estaba ruidoso y tenso, una atmósfera que hacía que el hielo pareciera más pequeño y lo que estaba en juego más grande. Las piernas de Elise estaban pesadas por la profunda fatiga muscular que conllevaba jugar un partido físico a máxima intensidad. Le dolía la zona lumbar por el golpe anterior de Kowalski. Su boca sabía a la protección de goma que llevaba mordiendo desde el primer periodo. Pero siguió presionando. Siguió castigándose turno tras turno. Siguió ganando batallas por el posicionamiento y el tiempo porque eso era lo que hacía y era lo único que sabía hacer.

Kowalski la pilló otra vez en la zona neutral. Un golpe por detrás en la zona lumbar que el árbitro no vio. El dolor recorrió la columna de Elise, intenso y agudo; apretó los dientes y siguió patinando. La frustración crecía tras su esternón, una presión ardiente que normalmente mantenía enterrada. Este partido importaba. Cada partido importaba. Ahora cada turno era una audición, lo admitiera Mara o no.

No iba a dejar que una tramposa de Toronto la sacara del partido.

Dani Petrovic hizo dos paradas enormes en los últimos minutos del segundo periodo, estirando su gran envergadura por el área de meta, y el público coreó su nombre cuando sonó la bocina. Elise pasó por su lado y le dio un toque en las guardas. Dani se mantuvo firme en su puesto, inquebrantable.

En el descanso, Mara se puso ante la pizarra en el vestuario y explicó los ajustes. Más presión en el ataque inicial. Menos huecos en la zona neutral. Miró a Elise. —Moreno, necesito que ganes los saques en la zona ofensiva. Estás en un sesenta y dos por ciento en los saques de esta noche. Sigue así.

Elise asintió. Sesenta y dos por ciento. Mejor que Lex. Al menos tenía eso.

Empezó el tercer periodo y Elise ganó otro saque. Dirigió el disco hacia Lou, que lo lanzó pegado a las vallas; Elise persiguió la jugada, colándose entre dos defensas de Toronto. Se abrió un carril. Hielo despejado ante ella. Se estiró para alcanzar el disco, desplazando el peso hacia adelante, con el hombro expuesto.

Kowalski llegó por el lado ciego.

El golpe fue tardío. Fue alto. Fue ilegal. Y Kowalski lo había estado preparando toda la noche: cada carga sucia era un poco más fuerte que la anterior, escalando hacia un golpe que no se detendría en una advertencia.

Elise no lo vio venir. Estaba estirándose hacia adelante, con el peso en el pie frontal y el stick extendido, con cada fibra de su cuerpo entregada a la jugada. Kowalski se lanzó sobre ella por detrás con un impacto de todo el cuerpo que la alcanzó arriba en el lado izquierdo; puro hombro y cadera que la hizo saltar por los aires. El estadio giró. Estaba volando y las luces se emborronaron en estelas blancas y el ruido del público se volvió distante y extraño, como si alguien le hubiera sumergido la cabeza bajo el agua. Las vigas del techo, los estandartes, el marcador gigante pasando un anuncio de un concesionario de coches... todo rotaba sobre ella. Entonces golpeó el hielo sobre su lado izquierdo; todo su peso aterrizó sobre su brazo extendido y de su hombro brotó un chasquido húmedo y chirriante que oyó antes de sentirlo.

Entonces llegó el dolor.

Incandescente. El dolor irradiaba desde el hombro hacia el brazo y subía hasta el cuello; ya no había nada más, ni partido, ni marcador, ni público, nada excepto el hielo contra su mejilla y la agonía pulsando en oleadas. No podía respirar. Se había quedado sin aire y lo único que podía hacer era yacer allí, ovillada sobre un costado, con el brazo izquierdo atrapado bajo ella en un ángulo que no era el correcto.

El estadio calló. No fue un silencio total, sino que el rugido se transformó en un aliento contenido: veinte mil personas reconociendo a la vez que algo iba mal. Elise yacía en el hielo y el frío se filtraba por su camiseta hasta sus costillas; podía oler el propio hielo, esa nada mineral y limpia, y saborear el cobre al fondo de su garganta. Las luces superiores brillaban demasiado. El marcador era un borrón de números que no lograba leer.

El silbato del árbitro, agudo y definitivo. El raspado de los patines corriendo hacia ella y, en algún lugar detrás de todo aquello, el murmullo bajo de una multitud que esperaba para exhalar. Frankie estaba soltando palabrotas en alguna parte. Dani Petrovic gritaba

desde la portería. Entonces el rostro de Lou apareció sobre ella, con los ojos oscuros apretados por la preocupación y el pelo corto pegado a la frente por el sudor.

—Elise. No te muevas.

—Estoy bien. —Entre dientes. No estaba bien. Su hombro estaba mal, dislocado o parcialmente dislocado, y el dolor irradiaba por su brazo en oleadas calientes y pulsantes que le daban ganas de vomitar. Intentó incorporarse con el brazo derecho, pero el movimiento sacudió su hombro izquierdo; su estómago dio un vuelco violento y tragó bilis.

El hielo estaba tan frío. Se filtraba por su camiseta y sus protecciones hasta su piel, anestesiando todo lo que tocaba excepto el hombro, que ardía, latía y no se detenía.

Entonces Sienna estuvo allí. La doctora.

Entró al hielo rápido, con el maletín médico al hombro, moviéndose con urgencia controlada sobre la superficie resbaladiza con sus zapatillas. Sin vacilación. Sin pánico. Se arrodilló al lado de Elise, allí mismo sobre el hielo frío; su rostro estaba concentrado y completamente despojado de la torpeza de la sala médica de antes. Sus manos se sentían cálidas a través de los guantes de látex cuando comenzó a evaluar el hombro, presionando a lo largo de la articulación con dedos firmes y expertos.

—Elise, necesito que te quedes quieta. —Esa voz. Calmada. Firme. Profesional. Toda la suavidad de la sala médica había desaparecido, reemplazada por pura competencia—. ¿Puedes decirme qué sientes?

—El hombro se ha subluxado. Redúcelo, ponme cinta y terminaré el partido. —Las palabras salieron cortantes, arrancadas por el dolor. Era el tercer periodo. El marcador estaba 1-1. Oía al público murmurar, impaciente, deseando que el partido continuara. Lex estaba en el banquillo, lista, esperando. Si Elise se retiraba ahora, quizá no volvería a entrar. No esta noche. Quizá nunca.

El miedo a eso era peor que el hombro.

—No puedo hacer eso. —Los dedos de Sienna se movieron por la clavícula de Elise, presionando a intervalos, buscando una posible fractura. Su rostro estaba tan cerca que se le veía el pequeño lunar

cerca de la oreja izquierda; su mandíbula estaba tensa por la concentración. Incluso a través del velo de dolor, incluso estando tumbada de espaldas en el hielo frente a veinte mil personas, una parte traidora del cerebro de Elise registró que Sienna Park tenía unas manos hermosas—. Tengo que examinarte adecuadamente. Te vienes a enfermería.

—No es para tanto.

—No puedes mover el brazo.

Elise apretó los dientes. —Puedo.

—Enséñamelo.

Elise lo intentó. Ordenó a su brazo que se moviera, puso todo su empeño en ello, y el dolor la atravesó con tanta fuerza que su visión se volvió blanca por los bordes y de su boca salió un sonido que no reconoció. Se detuvo.

—A enfermería. —Los ojos marrones de Sienna se encontraron con los suyos, firmes tras las gafas. No había lugar para la negociación—. No voy a reducirte el hombro en el hielo para que sigas jugando con una lesión que no he diagnosticado. Así no es como funciona esto.

—Si fuera un partido de eliminatoria...

Las manos de Sienna se detuvieron sobre la articulación. —Podría ser diferente si fuera un partido de eliminatoria. Pero no lo es. —La honestidad de aquello fue peor que la negativa. Sienna no estaba siendo cruel. Estaba siendo práctica. Y tenía razón, lo que hacía que Elise tuviera aún más ganas de discutir. Si fuera una eliminatoria, quizá la ecuación sería otra, quizá el riesgo valdría la pena. Pero este era un partido de temporada regular y Sienna la miraba y no iba a ceder.

—Tengo que jugar —dijo Elise, y su voz se quebró en la última palabra. No por el dolor. Por el miedo.

La expresión de Sienna no cambió, pero su mano seguía sobre el hombro sano de Elise y no la quitó.

Presionó la radio de su cinturón. —Mara, aquí Park. Elise tiene que salir. Sustitúyela.

Las palabras restallaron por la radio en el aire frío y fueron definitivas. Elise cerró los ojos. El hielo estaba helado contra el

lateral de su cara. Tras las vallas, la música por megafonía empezó a sonar para llenar la interrupción y el público comenzó a murmurar, inquieto; veinte mil personas que querían que el juego se reanudara y a las que no les importaba especialmente si Elise Moreno participaba en él.

Oyó la voz de Mara por la radio, escueta y profesional, confirmando la sustitución. En algún lugar del banquillo se anunciaba un cambio de línea. El partido ya seguía su curso sin ella.

—Vale. —La voz de Sienna estaba cerca, justo al lado de su oreja —. Vamos a levantarte. Despacio.

Ayudó a Elise a sentarse, con un brazo firme alrededor de su cintura. El dolor en el hombro gritó con el movimiento y Elise tragó con fuerza para no vomitar. La pusieron en pie. El hielo era traicionero bajo sus patines, con el equilibrio destrozado por el dolor, y Sienna la mantuvo estable, guiándola hacia el banquillo.

El público aplaudió. Un gesto cortés, empático. Algunas personas estaban de pie. Un niño en la primera fila sostenía una pancarta que decía VAMOS MORENO en rotulador rojo. Elise apenas registró nada de eso. Estaba concentrada en poner un patín delante del otro, en no caerse y en no llorar ante veinte mil personas y las cámaras que probablemente seguían cada uno de sus pasos. Le escocían los ojos. Tenía la garganta apretada. Su hombro gritaba con cada zancada.

Cuando llegaron a las vallas y Elise bajó del hielo a la alfombra de goma, miró hacia atrás.

Lex ya estaba entrando a patinar. El número doce, el pelo oscuro ondeando tras ella; esa primera zancada explosiva la llevaba a la jugada antes incluso de que el árbitro soltara el disco. Ya estaba hablando con Lou, ya estaba señalando, ya estaba metida de lleno en el partido con la intensidad que la hacía tan buena. No miró a Elise. No lo necesitaba. Ya estaba llenando el espacio que Elise había dejado, y el espacio no parecía más pequeño tras el cambio.

La mano de Sienna estaba en su espalda, cálida a través de la camiseta, guiándola hacia el túnel. El ruido del público se desvanecía con cada paso, amortiguado por los muros de hormigón y la distancia, hasta que solo quedó la respiración entrecortada de Elise,

el tintineo de sus patines sobre el suelo de goma y la presencia constante de la mujer a su lado.

—Ya casi estamos —dijo Sienna suavemente. No había quitado la mano de la espalda de Elise. Era un punto de contacto mínimo, casi nada, pero su calor traspasaba la camiseta, las protecciones y todas las capas entre ellas; era lo único que la mantenía erguida.

El pasillo estaba vacío. Todos los que importaban estaban en el hielo. Los protectores de sus cuchillas chasqueaban contra el suelo con cada paso. Las paredes estaban llenas de fotos enmarcadas de la temporada inaugural de las Valkyries en la PWHL; Elise salía en la mitad de ellas, sonriendo con su camiseta roja, parte de un equipo más grande que ella misma.

No las miró.

Había sido reemplazada.

Se alejaba del hielo, se alejaba del partido, se alejaba de la única versión de sí misma que comprendía, y a sus espaldas veinte mil personas ya estaban observando a otra. El público vitorearía a Lex. Mara ajustaría las líneas. El partido continuaría.

Nadie en ese estadio iba a notar que ella no estaba.

3

SIENNA

Elise estaba furiosa.

Se notaba en todo: en la rigidez de su mandíbula, en cómo sostenía el brazo herido contra su cuerpo con la mano sana, en la ira tensa y controlada que emanaba de ella en oleadas. Estaba sentada en la camilla de la sala médica, todavía con la equipación de hockey al completo a excepción del casco y los guantes, y no había parado de hablar desde que cruzaron la puerta. La habitación olía a antiséptico, a adhesivo y al aroma penetrante del aire frío de un jugador que acaba de salir del hielo. En algún lugar del edificio se seguía disputando un partido. Aquí dentro, el mundo se había reducido a dos personas, un hombro lastimado y la discusión entre ambas.

—Ni siquiera lo has intentado. Ni siquiera has tratado de valorar si podía seguir jugando. Simplemente me has sacado del hielo.

—Te he valorado sobre el hielo —Sienna mantuvo la voz calmada mientras se lavaba las manos en el fregadero, frotando entre cada dedo con un enfoque metódico. El agua estaba templada y el jabón olía a eucalipto; se concentró en esa sensación para serenarse antes de darse la vuelta y enfrentarse a la tormenta—. He tomado la decisión clínica de que necesitabas un examen más profundo.

—Has tomado la decisión en unos diez segundos.

El grifo seguía corriendo. Sienna se enjuagó el jabón de entre los dedos. —A veces, diez segundos son suficientes.

—No era un partido de eliminatorias. Eso has dicho. Realmente me has dicho eso mientras estaba tumbada en el hielo.

Sienna se secó las manos y se dio la vuelta. Los ojos verdes de Elise echaban chispas, y el rubor de sus pómulos no se debía solo al esfuerzo. La rabia era evidente. Bajo ella, Sienna reconoció la vergüenza y el miedo, la tríada que había visto en cada atleta lesionado que se había sentado en esa camilla. La ira siempre era la primera respuesta. El miedo llegaba después, cuando la adrenalina desaparecía y se instalaba el silencio.

—He dicho que podría ser diferente si fuera un partido de eliminatorias. Es una respuesta honesta —Sostuvo la mirada de Elise. La frustración la empujaba, caliente e insistente, pero no cedió. Ya había tenido esta conversación antes, con otros atletas, en otras salas médicas. El enfado nunca era realmente por la decisión. Era por la pérdida de control—. Y que conste que no cuestiono mi decisión. Si hubiera pensado que podías seguir jugando de forma segura, te habría dejado.

Elise abrió la boca y luego la cerró. La firmeza en el tono de Sienna debió de llegarle, porque parte de la combatividad desapareció de sus hombros.

—Ahora, ¿puedo examinarte el hombro?

Elise exhaló con fuerza por la nariz. Se le dilataron los orificios nasales. —Está bien.

Sienna se puso un par de guantes de látex limpios; el chasquido del caucho sonó fuerte en la silenciosa habitación, y se acercó a la camilla.

Se colocó a su lado y comenzó el examen. Primero la observación, tal como la habían formado: evaluar dando un paso atrás antes de tocar. La alineación no era correcta. El hombro izquierdo de Elise estaba visiblemente más bajo que el derecho, y la hinchazón ya se estaba formando a lo largo de la línea articular anterior, una inflamación que alteraba las líneas limpias de su

deltoides. El hematoma se desarrollaría en las próximas horas, pero Sienna ya podía ver la tenue decoloración comenzando bajo la piel.

Pasó a la palpación, acercándose más. Esto era puramente clínico. Era su trabajo. Presionó suavemente a lo largo de la clavícula, la articulación acromioclavicular y la cabeza del húmero. Elise estaba rígida bajo sus dedos, con cada músculo bloqueado contra el palo, pero no se apartó del contacto.

—Dime cuándo te duela.

—Me duele todo.

—Dime cuándo te duela más.

Sienna presionó a lo largo de la línea articular anterior y Elise siseó entre dientes. El hombro estaba inestable. La articulación se había subluxado claramente durante el impacto y, aunque se había reducido parcialmente por sí sola, había una laxitud significativa cuando Sienna realizó la prueba del cajón anterior. El labrum estaba afectado. Estaba casi segura de ello.

Pero necesitaba pruebas de imagen para confirmarlo.

—Necesito hacer un examen más exhaustivo —Sienna dio un paso atrás y miró a Elise a los ojos—. Tendré que cortarte la camiseta y las hombreras. Te quedarás solo con el sujetador deportivo.

Elise le sostuvo la mirada. La ira seguía allí, pero ahora mezclada con vulnerabilidad y la conciencia de que estaban solas en una habitación pequeña y Sienna le estaba pidiendo que se desvistiera. Tras un momento, Elise asintió una vez y Sienna comenzó el lento proceso de quitarle la equipación. Primero la camiseta; Sienna usó las tijeras para cortarla. Luego las hombreras.

Debajo, Elise llevaba una camiseta de compresión elástica que se ceñía a su torso. Se la quitó por la cabeza usando un solo brazo, con el rostro contraído por el dolor cuando el movimiento sacudió su hombro, y entonces se quedó en sujetador deportivo, sentada en la camilla. La habitación parecía ahora muy luminosa y muy silenciosa.

Un mechón de pelo oscuro humedecido por el sudor se había soltado de la coleta de Elise y estaba pegado a su sien. Sienna quiso estirar la mano y apartárselo. En su lugar, agarró su tableta con fuerza.

Sienna había visto ese cuerpo en la sala médica hoy mismo. Lo había observado desde una distancia segura, fijándose en los hombros fuertes y los brazos magros con el desapego clínico que aplicaba a cada jugadora de la plantilla. Una lección de anatomía. Una valoración profesional.

Pero esto no era eso.

Esto estaba a escasos centímetros. La luz era implacable, y la piel de Elise estaba húmeda de sudor y enrojecida por dos periodos y medio de hockey, rosada en las clavículas y en la parte superior de los hombros. Los músculos de la parte superior de la espalda y los brazos se veían en relieve, una definición que provenía de años de entrenamiento y que no se suavizaba con el descanso. Ya se estaba formando un hematoma en su deltoides izquierdo, donde el hombro había recibido el impacto, una mancha oscura que se extendía bajo la piel. El cerebro médico de Sienna lo catalogó. El resto de su cerebro absorbió todo lo demás: la forma en que el abdomen de Elise subía y bajaba con la respiración, la pequeña cicatriz en su antebrazo derecho, el hueco de su garganta donde una gota de sudor descendía lentamente.

Olía a aire frío, a esfuerzo y a un aroma debajo de todo eso que era cálido, limpio y totalmente inoportuno en ese momento.

Sienna tragó saliva. Se ajustó las gafas. Se volvió a colocar la máscara profesional con un esfuerzo que le costó más de lo que debería.

—Voy a evaluar tu rango de movimiento. Primero de forma pasiva, así que moveré yo el brazo. Tú no tienes que hacer nada. Dime dónde empieza el dolor y dónde es más intenso.

Elise asintió, observando las manos de Sienna con una intensidad que provocó un vuelco en el estómago de esta. Basta ya.

Colocó una mano en la escápula de Elise, que se sentía cálida bajo sus dedos incluso a través de los guantes, y la otra en la parte superior del brazo. Empezó a mover la articulación por todo su rango. La rotación externa estaba limitada por el dolor. La abducción más allá de los noventa grados hizo que a Elise se le entrecortara la respiración. Había una sensación de roce, sutil pero presente, que sugería un desgarro del labrum. La prueba de aprensión fue positiva:

cuando Sienna movió el brazo de Elise a la posición de luxación, todo el cuerpo de la jugadora se puso rígido.

—Vale. Es suficiente —Sienna soltó el brazo con suavidad y dio un paso atrás. Se quitó un guante para tomar notas en su tableta, registrando los hallazgos en el lenguaje clínico en el que la habían formado. Aprensión positiva. Laxitud anterior, grado 2. Sospecha de afectación del labrum. Se requieren pruebas de imagen.

La pantalla de la tableta brillaba en sus manos. Detrás de las palabras clínicas había una verdad más sencilla: esto era malo, y Elise sabía que era malo, y nada de lo que Sienna dijera a continuación lo iba a mejorar.

—¿Y bien? —La voz de Elise estaba tensa. La ira se había drenado, y lo que quedaba era peor. El pavor.

—Sospecho un desgarro parcial del labrum con cierta inestabilidad articular —Sienna levantó la vista de la tableta—. Pero no puedo confirmar el alcance sin imágenes. Una resonancia nos dirá exactamente a qué nos enfrentamos.

—¿Cuánto tiempo estaré fuera?

Sienna dejó la tableta en el mostrador. —Sinceramente, aún no lo sé. Eso depende totalmente de lo que muestre el escáner.

El silencio que siguió fue denso y pesado. Elise miraba fijamente la pared detrás de la cabeza de Sienna. Su mano sana apretaba el borde de la camilla con tal fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos, y un músculo de su mandíbula daba saltos. El rugido amortiguado de la multitud atravesaba las paredes; el partido continuaba sin ellas, y Sienna sabía que Elise también podía oírlo.

—Tengo que volver ahí fuera.

—No puedes —Sienna mantuvo la voz firme.

A través de los muros, la multitud estalló con un estruendo. Un gol o una ocasión fallida por poco. Los dedos de Elise se cerraron con más fuerza en el borde de la cama.

—Aún estamos en el tercer periodo.

—Elise —Sienna soltó la tableta y se enfrentó a ella directamente —. La articulación de tu hombro es inestable. Si vuelves ahí fuera y recibes otro golpe, o te caes sobre él, o incluso si intentas coger un disco en un ángulo incorrecto, podrías convertir un desgarro parcial

en uno total. Eso significa cirugía. Meses de recuperación. Eso podría acabar con tu temporada.

Elise no se inmutó, pero su respiración se aceleró; dio tres bocanadas rápidas antes de recuperar el control. La ira seguía ahí, pero se estaba desvaneciendo, y bajo ella afloraba el miedo. El miedo real. No al dolor, sino al tiempo. A las semanas en la banda. A mirar desde la grada mientras el equipo seguía jugando.

Sienna había sentido ese miedo una vez. Tenía diecinueve años, estaba sentada en la consulta de un cirujano ortopédico en San Diego con un tobillo destrozado y una carrera profesional en el tenis que acababa de terminar, y el pánico había sido tan absoluto que no pudo oír nada de lo que el cirujano dijo durante los primeros cinco minutos. Reconocía esa mirada. Elise se había ensimismado, con la mandíbula apretada y esos hermosos ojos verdes fijos en la pared por encima del hombro de Sienna.

Elise balanceó las piernas hacia el borde de la camilla como si fuera a ponerse de pie. Sienna dio un paso adelante sin pensar y puso la mano plana contra el esternón de Elise, presionando con suavidad pero firmeza. —No lo hagas.

Elise se detuvo. La mano de Sienna estaba en su pecho, sobre el sujetador deportivo, y el calor de la piel de Elise se filtraba por la tela hasta su palma. Los latidos del corazón de Elise golpeaban sus dedos, rápidos y fuertes. Elise bajó la vista hacia la mano, luego miró a Sienna y sus ojos se encontraron.

Sienna se quedó inmóvil. El rugido lejano de la multitud quedó reducido a un zumbido bajo.

Fue solo un segundo. Quizá dos. La mano de Sienna en el pecho de Elise, Elise mirándola, y ninguna de las dos respiraba. El contacto no tenía nada que ver con la medicina y sí con el hecho de que Sienna la estaba tocando y no quería parar.

Entonces Sienna retiró la mano. Dio un paso atrás completo y se volvió hacia el mostrador para poner distancia entre ellas, alcanzando el teléfono con unos dedos que no estaban del todo firmes. Le hormigueaba la palma donde había descansado sobre el pecho de Elise. El ritmo de aquel latido permanecía en su piel, fuerte y veloz.

Tenía cuarenta y un años, era médico colegiado y acababa de tocar el pecho de una paciente para evitar que agravara una lesión. Aquello era una decisión clínica. Era apropiado. Estaba dentro de su ámbito de actuación. El hecho de que también hubiera sido lo más íntimo que Sienna había experimentado en años era irrelevante y quedaría guardado en un cajón que no tenía intención de abrir nunca.

—Voy a llamar al hospital Phoenix Ridge para organizar una resonancia —Su voz sonó firme. Gracias a Dios—. La doctora Mars es la jefa del departamento y es aficionada al hockey, así que quizá esté dispuesta a agilizarlo.

Presionó su mano plana contra el mostrador mientras marcaba con la otra. A su espalda, oyó a Elise exhalar. La combatividad la había abandonado. La camilla crujió cuando se apoyó de nuevo contra la pared.

—Está bien.

Sienna hizo la llamada. El teléfono sonó dos veces, tres, y entonces la doctora Josephine Mars respondió al tercer tono, enérgica y cálida a pesar de la hora. Sienna explicó la situación rápidamente: central de las Valkyries, lesión a mitad de partido, sospecha de desgarro de labrum, necesidad de una resonancia esta misma noche si era posible.

—¿Elise Moreno? —La voz de Josephine se volvió cálida de inmediato—. Por supuesto. Tráela esta noche. Me aseguraré de que el escáner esté disponible y revisaré las imágenes personalmente.

—Gracias, doctora Mars. Le agradezco mucho que nos reciba.

—Josephine, por favor. He estado viendo el partido en la televisión de mi despacho. Un golpe espantoso. A esa mujer, Kowalski, deberían haberla expulsado en el primer periodo —Su voz reflejaba la indignación justa de una verdadera aficionada—. Dile a Elise que cuidaremos de ella estupendamente.

Sienna colgó y dejó el teléfono. Soltó un pequeño suspiro de alivio. La prueba estaba organizada. La logística, resuelta. Ahora podía ser útil, tal como la habían entrenado para serlo, y eso la reconfortaba.

Se volvió hacia Elise. El enfado se había atenuado. En su lugar había agotamiento, más silencioso y más difícil de presenciar. Elise estaba sentada con el brazo herido pegado al cuerpo, y la lucha la había abandonado por completo. Parecía más pequeña sin ella. Más pequeña, más joven y más frágil de lo que cualquier atleta profesional tendría derecho a parecer, sentada en una camilla en sujetador deportivo con un hombro que quizá no sanara bien. Su cabello oscuro se escapaba de la coleta, con mechones sueltos enmarcando su rostro, y sus ojos estaban fijos en un punto más allá de la pared, un lugar al que Sienna no podía seguirla.

Duelo. Eso era. No por una persona, sino por un futuro que quizá acabara de cambiar de forma.

—Puedes ir directamente al hospital para la prueba esta noche. La doctora Mars te atenderá personalmente. Ella misma va a revisar las imágenes y estaba segura de que podía hacernos un hueco de forma inmediata.

Elise asintió. No habló. Su garganta se movió al tragar saliva.

Sienna vaciló. Este era el punto en el que debería dejar a Elise en otras manos. Buscarle transporte al hospital, llamar al coordinador de servicios a los jugadores, volver al partido y hacer su trabajo. Ese era el protocolo. Era lo que hacía con cualquier otra jugadora.

Pero Elise parecía tan sola sentada allí en la camilla, despojada de su armadura y de su propósito, y el miedo en sus ojos era más profundo que cualquier protocolo.

—Iré contigo —dijo Sienna. Las palabras salieron antes de que hubiera decidido decirlas por completo—. Al hospital. Debería estar allí para revisar los resultados con la doctora Mars, y será más rápido si puedo informarle en persona de mis hallazgos.

Aquello era cierto. Pero tampoco era la razón real, y Sienna sospechaba que ambas lo sabían.

Elise la miró. La sorpresa fue breve, una rápida apertura de ojos antes de que parpadeara. —No tienes por qué hacer eso. Es tarde.

—Lo sé. Pero quiero hacerlo —Sienna sostuvo la mirada de Elise —. Si te parece bien.

El silencio entre ellas duró tres latidos. Elise escudriñó su rostro, y lo que fuera que encontró allí hizo que el último resto de tensión

desapareciera de su postura. Sus hombros cayeron. Aflojó el agarre en la camilla. Por primera vez desde que habían entrado en esa sala, parecía alguien a quien le habían ofrecido una mano en lugar de un veredicto.

—Sí —dijo Elise en voz baja—. De acuerdo. Gracias.

La palabra fue suave y sencilla, y se instaló en el pecho de Sienna como un suspiro contenido que finalmente se libera.

Sienna acercó una silla a la camilla y se sentó. La sala médica estaba en silencio, salvo por los sonidos lejanos y amortiguados del partido que aún se disputaba a cien metros de distancia. Podía oír a la multitud a través de las paredes, el estruendo de los bajos subiendo y bajando con la jugada, puntuado por estallidos más agudos cerca de la portería. Abrió el seguimiento del partido en su tableta y lo colocó en el borde de la camilla entre ambas para que las dos pudieran ver el marcador y el tiempo.

Elise miró la tableta. Luego a Sienna. La gratitud cruzó su rostro, breve y sin reservas. No dio las gracias. No hacía falta.

El tercer periodo se agotaba. El marcador seguía 1-1. Toronto estaba presionando fuerte, encerrando a las Valkyries en su propia zona con una presión constante, y el seguimiento del partido mostraba un tiro tras otro dirigidos a la red de Dani. Sienna la imaginó en la portería, alta y compuesta, haciendo paradas con esa calma sobrenatural.

A su lado, Elise miraba fijamente la pantalla. Tenía la mandíbula apretada. Su mano sana estaba cerrada en un puño sobre su muslo. Cada músculo de su cuerpo parecía tenso por el esfuerzo de ver un partido que ella debería estar jugando. Cuando la tableta mostró una ocasión peligrosa para Toronto, todo el cuerpo de Elise se tensó, inclinándose hacia el dispositivo como si pudiera desviar el disco lejos de la portería por pura fuerza de voluntad.

Sienna la miró de reojo y luego apartó la vista. La intimidad de este momento era inesperada: las dos solas en la silenciosa sala médica, acurrucadas alrededor de una pequeña pantalla, compartiendo un instante que se sentía privado a pesar de que veinte mil personas estaban viviendo el mismo partido a solo unas paredes de distancia.

Entonces, cuando quedaban cuarenta y tres segundos, las Valkyries rompieron el asedio. La jugada pasó de Dani a Lou, de esta a Rowan y luego a Lex, que subía por el ala izquierda con esa velocidad aterradora. Recortó hacia dentro, regateó a la defensa y lanzó un tiro que batió a la portera de Toronto limpiamente por encima de la protección del brazo.

El estadio explotó. Incluso a través de los muros, el ruido era enorme, una ola de sonido que hacía vibrar el suelo.

En el marcador de la tableta se registró el gol: LANDRY (CALDER, PIKE). 2-1. La celebración se prolongó y, a través de las paredes, Sienna pudo oír cómo empezaba el cántico. Lex. Lex. Lex.

Elise cerró los ojos. Tenía la mandíbula tan apretada que se le marcaban los tendones del cuello.

Sienna la observó. Elise no solo estaba herida. Estaba viendo al equipo que amaba ganar sin ella, viendo a la mujer que temía que la estuviera reemplazando marcar el gol de la victoria, y estaba sentada en una sala médica en sujetador deportivo con un hombro que quizá no sanara y nadie que le dijera que todo saldría bien.

Sienna quiso buscar su mano. El impulso fue tan fuerte que resultó casi físico, un tirón en el pecho que no tenía nada que ver con la medicina. Quiso decir palabras que no fueran clínicas, palabras que reconocieran el duelo que no tenía nada que ver con un desgarro de labrum y sí con ver cómo la vida que has construido sigue adelante sin ti.

No lo hizo. Distancia profesional. Las reglas que se había impuesto a sí misma, los límites que mantenían a todos a salvo, incluida ella.

Pero se quedó. Se sentó junto a Elise Moreno en la sala médica y escuchó los sonidos amortiguados de la celebración que se filtraban por los muros de hormigón. Vítores. Música. El golpe de los sticks en el suelo del vestuario. Las Valkyries habían ganado y, en algún lugar del pasillo, unas veinte mujeres se abrazaban, se rociaban con agua y vivían la mejor versión de sus vidas.

En la sala médica, el silencio persistía. Sienna oía respirar a Elise. Podía oír el tenue tictac del reloj en la pared. Podía sentir el calor del

cuerpo de Elise a su lado a pesar de los treinta centímetros de espacio que separaban sus sillas.

Ninguna de las dos dijo una palabra.

Ninguna de las dos hizo ademán de romperlo.

Al cabo de un rato, Elise habló. Su voz era baja y plana, despojada de toda emoción. —Deberíamos ir al hospital. Antes de que se haga más tarde.

—Sí —Sienna se levantó y empezó a reunir lo que necesitaría para la visita al hospital—. Conduciré yo. Mi coche está en el aparcamiento del personal.

Elise no discutió. Simplemente se quedó sentada en el borde de la camilla con el brazo herido pegado al cuerpo y la vista en el suelo, mientras Sienna preparaba su bolsa e intentaba no pensar en la mujer a la que iba a tratar, ni en la distancia que se suponía que debía mantener, ni en lo mucho que deseaba acortarla.

4

ELISE

La máquina de resonancia magnética zumbaba a su alrededor como un ser vivo.

Elise yacía boca arriba en la estrecha camilla deslizante, con el hombro lesionado inmovilizado con cuñas de espuma y correas, mirando hacia la curva blanca del túnel del escáner. La máquina era ruidosa de una manera que no esperaba: un golpeteo rítmico, como si alguien golpeara una tubería, puntuado por sonidos de zumbido más largos que vibraban a través de la camilla hasta llegar a sus dientes. Le habían dado tapones para los oídos, pero el ruido seguía traspasándolos, implacable y mecánico.

Se suponía que debía quedarse quieta. Se suponía que debía relajarse. Se suponía que no debía pensar en el hecho de que en algún lugar dentro de esa máquina, las ondas de radio estaban cartografiando el daño de su hombro y que los resultados determinarían los próximos meses de su vida.

No podía relajarse.

La luz fluorescente visible más allá del túnel de la máquina era plana e impersonal. La sala olía a desinfectante y al toque ligeramente metálico de los componentes electrónicos. Había jugado bien esta noche. Había estado ganando saques neutrales,

controlando la zona neutral y haciéndolo todo bien, y entonces Kowalski llegó por detrás, su hombro cedió y ahora estaba tumbada dentro de un tubo mientras una máquina decidía su futuro.

Seis semanas. Sienna había mencionado eso como una posibilidad. Quizá más. Seis semanas mirando desde las gradas mientras Lex jugaba en su posición, marcaba sus goles y se ganaba el reconocimiento que Elise había tardado cinco años en cosechar.

La máquina volvió a golpear, esta vez más fuerte, y Elise cerró los ojos. El hombro le latía sordamente bajo las cuñas de espuma. El dolor se había vuelto constante, un pinchazo profundo que se intensificaba cada vez que se movía, y bajo este, la inestabilidad era peor. Notaba que algo iba mal en la articulación, en cómo se desplazaba cuando respiraba con demasiada profundidad. Tenía tejido desgarrado ahí dentro. No necesitaba una resonancia para saberlo. Llevaba suficiente tiempo rodeada de medicina deportiva para reconocer la diferencia entre una distensión y un daño estructural.

Sienna tenía razón. Había daños más allá de la luxación. Elise lo había sabido sobre el hielo, en los segundos posteriores al impacto, cuando el hombro había emitido ese crujido chirriante que no había oído nunca. Lo había sabido y aun así había discutido, porque admitirlo significaba enfrentarse a lo que vendría después.

Se quedó tumbada en la máquina mirando el interior blanco y anodino, e intentó no pensar en qué sería de ella si no pudiera jugar al hockey. La respuesta, cuando la asaltaba, era «nada». O nada que ella reconociera. El hockey era la estructura sobre la que había construido todo lo demás. Era el modo en que había escapado de la casa pequeña y silenciosa del sur de California donde nadie hablaba de sentimientos y todo el mundo trabajaba demasiado. Era la razón por la que se había mudado a Phoenix Ridge, la razón por la que tenía amigos, la razón por la que se levantaba por la mañana con un propósito.

Sin ello, solo era una mujer de treinta años sola en un apartamento donde antes vivía con una compañera.

La máquina golpeó, zumbó y volvió a golpear.

El escaneo duró cuarenta minutos. Cuando la camilla finalmente salió del túnel, el técnico fue amable y eficiente; ayudó a Elise a incorporarse y le ofreció un vaso de agua. La bata del hospital crujió a su alrededor. Se volvió a poner el cabestrillo, cuyo peso presionaba su hombro sano, como un recordatorio constante.

El pasillo fuera de la sala de resonancia estaba en silencio y casi vacío a esas horas. El Hospital Phoenix Ridge a las nueve de la noche de un día laborable era un mundo distinto al del estadio: silencioso, con olor a cera para suelos y desinfectante de manos. Elise caminó despacio, tras haber cambiado sus protectores de cuchillas por las zapatillas del hospital que le habían dado, y dobló la esquina hacia la sala de espera.

Sienna estaba allí.

Estaba sentada en una de las sillas de plástico moldeado con los tobillos cruzados y la espalda recta, leyendo en su móvil. Se había cambiado su ropa del partido y llevaba los pantalones elegantes y la blusa de seda azul marino que guardaba en su oficina para después de jugar. Sus gafas reflejaban la luz del techo. Llevaba el pelo oscuro recogido en su coleta habitual, pero algunos mechones se habían soltado alrededor de su cara, suavizando sus líneas afiladas y profesionales.

Levantó la vista cuando apareció Elise y su expresión cambió. Primero preocupación, luego un rápido escaneo del rostro de Elise que fue a la vez clínico y personal, y después una expresión más dulce. —Hola. ¿Cómo ha ido?

Ese «hola» era nuevo. No era como Sienna solía saludarla.

—Ruidoso. —Elise se sentó en la silla a su lado. El plástico estaba frío y era incómodo, pero se hundió en él de todos modos—. Y aburrido. Y me duele el hombro.

—Te daremos algo adecuado para el dolor en cuanto hayamos hablado con la doctora Mars. —Sienna se levantó, guardando su teléfono.

Sujetó la puerta del pasillo abierta y Elise pasó agachando un poco la cabeza. —Ya está lista para recibirnos.

Elise la siguió por el pasillo. Al caminar junto a Sienna, podía oler su perfume, sutil y limpio, un aroma que se abría paso entre el

antiséptico del hospital. Sus brazos estaban tan cerca que casi se rozaban, y la mente de Elise regresó a la sala médica, a la mano de Sienna sobre su pecho, al momento en que Sienna la había tocado y luego se había apartado como si se hubiera quemado.

Algo había pasado cuando Sienna la tocó. No se lo estaba imaginando. La respiración de Sienna había cambiado, sus ojos se habían agrandado y luego se había retirado tras esa calma profesional tan rápido que fue como ver cerrarse una puerta.

Tal vez no fuera nada. Tal vez Sienna tocaba el pecho de todos sus pacientes para evitar que se levantaran de las camillas de tratamiento. Tal vez esa pequeña interrupción en su respiración y la forma en que se le dilataron los ojos no fueran más que el procedimiento médico estándar.

Elise no se lo creía ni por un segundo.

Sienna la llevó a un despacho al final del pasillo y llamó una vez antes de abrir la puerta. —¿Doctora Mars? Elise Moreno está aquí.

El despacho era cálido y tenía una luz suave, un cambio agradable frente a la cruda fluorescencia de los pasillos. Había revistas médicas apiladas con pulcritud sobre el escritorio junto a una pequeña foto enmarcada y una taza que decía LA MEJOR DOCTORA DEL MUNDO (O CASI). La mujer tras el escritorio se levantó al entrar ellas, y el primer pensamiento de Elise fue que era diminuta. La doctora Josephine Mars era menuda y femenina, con el pelo de color arena recogido de un rostro surcado por la edad pero brillante de energía. Estaba en la sesentena y desprendía una presencia imponente que nada tenía que ver con su tamaño y sí con cómo se mantenía: con la espalda recta, mirada aguda y una seguridad total.

—Elise. —Josephine rodeó el escritorio con pasos rápidos y decididos y tomó la mano buena de Elise entre las suyas. Su apretón era sorprendentemente firme para alguien tan pequeño. De cerca, se veían las arrugas de expresión alrededor de sus ojos, y unas gafas de lectura colgaban de una cadena en su cuello. Irradiaba competencia y afecto a partes iguales—. Siento muchísimo lo ocurrido esta noche. Estaba viendo el partido en mi oficina y esa

carga ha sido absolutamente vergonzosa. Los árbitros deberían haber actuado antes.

Elise parpadeó. —¿Lo estaba viendo?

—Soy aficionada al hockey. Lo he sido durante treinta años. Tengo abono de temporada desde que las Valkyries jugaban en la pista vieja. —Apretó la mano de Elise antes de soltarla y señalar las sillas frente a su escritorio—. Por favor, sentaos. Las dos. Veamos qué está pasando con ese hombro.

Elise se dejó caer en la silla y la opresión de su pecho se aflojó. Josephine Mars tenía una cualidad que te hacía sentir que todo iba a ser gestionado. Como si hubieras entrado en el despacho de alguien que sabe exactamente lo que hace y se preocupa por hacerlo bien. La taza ayudaba. La foto, notó Elise, era de un gato con un gorro quirúrgico, y había otra foto de Josephine sonriendo con otra mujer y una niña de pelo pelirrojo de unos doce años.

Sienna se sentó en la silla a su lado, tan cerca que sus rodillas casi se tocaban. Josephine se acomodó tras su escritorio y puso las imágenes de la resonancia en el monitor grande colgado en la pared.

—Bien. Echemos un vistazo. —Josephine inclinó la pantalla para que todas pudieran ver.

Sienna se levantó de inmediato, atraída por las imágenes. Se movió junto a Josephine y ambas se inclinaron, estudiando los cortes transversales del hombro de Elise. Sienna señaló la pantalla y Josephine asintió, murmurando algo sobre «anteroinferior», «SLAP» y otros términos que ella entendía a medias por sus años en la medicina deportiva, pero que no alcanzaba a desglosar del todo. Hablaron entre ellas durante un minuto, con voces bajas y técnicas, mientras Elise se sentaba en su silla y las observaba, intentando leer sus gestos.

La expresión de Josephine era neutral. Profesional. La de Sienna era más difícil de descifrar, con los ojos entrecerrados tras las gafas y la mano flotando cerca de la pantalla mientras trazaba el contorno de una forma que Elise no alcanzaba a ver bien.

Entonces se giraron hacia ella. Josephine fue la que habló primero.

—La buena noticia es que no es un desgarro completo. Tu labrum está parcialmente desgarrado, aquí. —Señaló la pantalla, rodeando con el dedo una zona de la imagen—. Como resultado, hay cierta inestabilidad articular, que es lo que causa la laxitud que la doctora Park identificó durante su examen. Pero el hueso está intacto y el manguito rotador no se ha visto afectado en gran medida.

—¿Y la mala noticia? —La voz de Elise era firme. Agarró el brazo de la silla con su mano buena.

Josephine intercambió una mirada con Sienna. Sienna asintió levemente.

—La mala noticia es que esto necesita tiempo —dijo Josephine, con voz suave pero directa—. Un desgarro labral parcial con inestabilidad requiere un programa de rehabilitación estructurado. Estamos hablando de un mínimo de seis semanas antes de que puedas volver a un deporte de contacto, y eso es una previsión optimista. Podrían ser de ocho a diez semanas dependiendo de cómo progrese la curación.

Seis semanas. Como mínimo.

El dato golpeó como una piedra al caer al agua. Seis semanas. Cuarenta y dos días. Quizá más. Hizo las cuentas sin querer. Seis semanas eran diez partidos, como mínimo. Diez partidos en los que Lex jugaría de central en su lugar, diez partidos de estadísticas y vídeos de jugadas destacadas acumulando argumentos para un cambio permanente. Diez partidos para que Mara se acostumbrara a una alineación que no incluía a Elise Moreno.

Se le oprimió el pecho. Seis semanas eran diez partidos donde Lex demostraría lo que las estadísticas ya sugerían. Y en algún momento de esos diez partidos, el puesto de Elise en la alineación titular dejaría de darse por sentado para convertirse en una incógnita.

—Sé que esto no es lo que querías oír —dijo Josephine. Se inclinó hacia delante, con los codos en el escritorio, y sus ojos eran amables y directos—. Pero la calidad del tejido se ve bien. No hay indicios de degeneración crónica. Esta es una lesión limpia y aguda provocada por un traumatismo específico, y eso se cura. Si sigues el

protocolo de rehabilitación y no tienes prisa, hay razones de sobra para creer que te recuperarás por completo. Eres joven, estás en forma y tienes a una excelente médico de equipo cuidando de ti. —Asintió hacia Sienna—. La doctora Park te cuidará muy bien.

—Empezaremos el programa de rehabilitación en cuanto baje la inflamación aguda —añadió Sienna. Su voz era profesional, pero Elise notó cómo se inclinaba ligeramente hacia delante, como si quisiera acortar el espacio entre ambas—. Sesiones diarias. Conseguiremos que vuelvas.

Elise asintió. No se fiaba de su voz para hablar. Tenía la garganta cerrada y los ojos le escocían, y no pensaba llorar en ese despacho delante de una mujer a la que había conocido hacía cinco minutos, por muy amable que fuera esa mujer.

—Gracias —logró decir—. A las dos.

Josephine sonrió. —Ve a casa. Descansa. Aplícate hielo en el hombro. Y llama a mi consulta si algo cambia durante la noche. —Miró a Sienna—. ¿Confío en que te asegurarás de que descanse de verdad?

—Haré lo que pueda —dijo Sienna, y las dos doctoras intercambiaron una mirada conspiradora y ligeramente divertida.

El viaje a casa fue tranquilo. El coche de Sienna era un coche pequeño y limpio que olía a ambientador de ropa y al tenue rastro persistente de su perfume. Conducía con cuidado, con ambas manos en el volante, tomando las curvas despacio, y Elise agradeció el detalle sin decirlo. Cada bache de la carretera enviaba una pequeña sacudida a través de su hombro que le hacía apretar los dientes.

Apoyó la cabeza en el cristal del copiloto y vio pasar Phoenix Ridge en la oscuridad. La ciudad era hermosa de noche, todo farolas y calles tranquilas. Pasaron por el café-bar de Lavender, con sus ventanas iluminadas, y por el parque donde se montaban los mercados de los sábados, ahora vacío. Las calles estaban casi desiertas. Era tarde, Elise estaba agotada, le dolía el hombro y se sentía vacía.

Hablaron, pero fue una charla suave. Sobre lo superficial.

—Vivías con Lex, ¿verdad? —preguntó Sienna, con la vista en la carretera—. ¿Antes de que se mudara con Mara?

—Sí. —Elise se removió en el asiento, ajustándose el cabestrillo —. Era nueva en la ciudad, no conocía a nadie. Le ofrecí mi habitación libre. Vivimos juntas unos ocho meses.

—¿Y ahora?

Elise vio pasar las farolas. —Ahora está en casa de Mara y yo tengo un apartamento de dos dormitorios que está demasiado silencioso. —Elise se giró para mirar por la ventana. Las farolas pasaban con un ritmo constante, cada una proyectando una breve franja de luz naranja sobre el salpicadero—. No sé. Te acostumbras a que haya alguien. Al ruido. Lex era ruidosa. Se dejaba la bolsa de deporte en el pasillo, se olvidaba de cerrar las puertas de los armarios y ponía música mientras cocinaba. Entonces, un día todo eso desaparece y el apartamento simplemente... se queda ahí.

Intentó sonreír. No le salió del todo bien.

—No es algo triste —dijo Sienna—. Es humano. Echar de menos la presencia de alguien es normal. Sobre todo cuando el cambio es rápido.

—No se me da bien estar sola. —Elise no había pretendido decir eso. Se le escapó antes de que pudiera evitarlo y sintió que la cara le ardía—. Quiero decir, estoy bien. Solo digo que es un cambio al que hay que adaptarse.

Sienna la miró de reojo. Su expresión era ilegible en la penumbra del coche, pero su voz fue suave cuando habló. —Yo también vivo sola. Lo entiendo.

Sienna entró en el aparcamiento del edificio de apartamentos de Elise. Era un lugar modesto, de tres plantas de estuco pintado de color crema con balcones de hierro. El aparcamiento estaba casi vacío a esa hora, con solo unos pocos vehículos dispersos bajo el tenue resplandor de las luces del techo. Los eucaliptos bordeaban la calle lateral, con sus hojas plateadas bajo la luz de la luna.

Sienna apagó el motor. El coche se sumió en el silencio a excepción del tic-tac del metal al enfriarse.

Elise se desabrochó el cinturón con una mano, tanteando el cierre, y buscó la manilla de la puerta. No quería subir sola. El pensamiento estaba ahí, nítido e innegable, instalado en su pecho junto al dolor, el cansancio y el peso sordo del diagnóstico.

—¿Quieres que te...? —comenzó Sienna, y luego se detuvo.

—¿Acompañe arriba? —terminó Elise.

—Iba a decir si querías que te subiera la bolsa. Pero acompañarte arriba también sirve.

El apartamento estaba en el segundo piso. Sienna cargó la bolsa de deporte de Elise sobre un hombro y caminó a su lado escaleras arriba, con sus pasos resonando en el hueco de la escalera. Elise tanteó sus llaves con una sola mano y Sienna estiró el brazo para cogerlas; sus dedos se rozaron al pasárselas. El contacto fue breve y eléctrico, y ninguna de las dos hizo mención de ello.

Dentro, el apartamento estaba oscuro y tranquilo. Elise encendió las luces. Era un espacio acogedor: cocina y salón de planta abierta, un sofá con cojines, una estantería llena de una mezcla de biografías deportivas y novelas negras. Una camiseta enmarcada de las Valkyries colgaba de una pared. El mostrador de la cocina estaba limpio y vacío a excepción de un frutero con dos naranjas y un plátano que ya había pasado su mejor momento.

—Siéntate —dijo Sienna con firmeza, dejando la bolsa de deporte junto a la puerta—. ¿Dónde están las tazas?

—En el armario encima del hervidor. No hace falta que...

—Siéntate. —No era una petición. Sienna ya estaba en la cocina, llenando el hervidor, abriendo la nevera para ver qué había.

Elise se sentó en el sofá y escuchó a Sienna moverse por su cocina. El tintineo de las tazas. El siseo del hervidor. El suave abrir y cerrar de las puertas de los armarios. Era un sonido que no había oído en su apartamento desde que Lex se marchó. El sonido de alguien más allí presente. Ocupando espacio. Haciendo ruido.

Le ardían los ojos. Se tapó la cara con la mano sana y respiró.

Sienna preparó té y luego, sin que se lo pidieran, hizo huevos revueltos con tostadas. —Es lo único que sé hacer que no sea un desastre absoluto —dijo, dejando el plato en la mesa de centro frente a Elise—. Mis habilidades culinarias empiezan y terminan con los huevos.

Los huevos estaban buenos. Suaves y con mantequilla, sazonados con sal, pimienta y lo que podría ser pimentón. Elise comió con una sola mano, sujetando el tenedor con torpeza con la

derecha, mientras el cabestrillo hacía que cada movimiento resultara tosco. Un trozo de huevo le cayó en la camiseta y soltó un taco entre dientes.

—Toma. —Sienna se inclinó y quitó el trozo de huevo de la camiseta de Elise con una servilleta, rozando con los dedos la tela justo debajo de la clavícula de Elise. El toque fue breve y doméstico, y a Elise se le cerró la garganta por razones que nada tenían que ver con el hombro.

Sienna se acomodó en su extremo del sofá con su propia taza de té y no intentó llenar el silencio con palabras de consuelo vacías. Simplemente estaba allí. Presente. Se había quitado los zapatos y los había dejado ordenados junto a la puerta, y estaba sentada con las piernas encogidas bajo ella en el sofá de Elise como si fuera una noche normal y no la peor noche de la carrera de Elise.

—Gracias —dijo Elise cuando terminó—. Por todo esto. Lo del hospital. El viaje. Los huevos.

—Es mi trabajo.

Elise dejó el tenedor en el plato. —Acompañarme arriba y hacerme huevos no es tu trabajo.

Sienna bajó la vista hacia su té. Un ligero rubor le tiñó el cuello, visible incluso bajo la cálida luz de la lámpara del salón. —No —dijo en voz baja—. Supongo que no lo es.

Se miraron. El apartamento estaba en silencio y fuera los árboles susurraban con la brisa nocturna; Elise quiso pedirle que se quedara. Quiso decirle «no te vayas, quédate en este sofá conmigo, porque el silencio en este apartamento es demasiado ruidoso cuando estoy sola y tu voz es lo único que ha hecho que algo se sienta bien esta noche».

No dijo nada de eso.

—Deberías dormir algo —dijo Sienna, levantándose. Recogió la taza y el plato y los llevó a la cocina—. No te quites el cabestrillo. Ponte hielo en el hombro veinte minutos antes de acostarte. Y envíame un mensaje si el dolor empeora durante la noche.

—Vale.

Sienna se detuvo en la puerta. Miró hacia atrás, a Elise, y su expresión era más dulce que la preocupación profesional y más

complicada que la amistad. —Vas a estar bien, Elise.

Las palabras eran sencillas. Su voz no lo era.

—Sí. —La voz de Elise sonó ronca—. Gracias, doctora.

Sienna sonrió, de forma breve y contenida, y salió. La cerradura chasqueó suavemente tras ella al cerrar la puerta. Elise escuchó sus pasos desvanecerse en el hueco de la escalera, y luego el apartamento volvió a quedar en silencio.

Se quedó sentada en el sofá con el té enfriándose y el hombro doliéndole y el pecho lleno de una calidez que se negaba a examinar, y pensó en las manos cálidas y firmes de Sienna Park, en su voz pausada y en la forma en que Sienna Park la había mirado en la sala médica cuando le había puesto la mano en el pecho y el mundo entero se había detenido.

Seis semanas de rehabilitación. Sesiones diarias. Solo ellas dos.

Elise apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y miró al techo. El apartamento volvía a estar demasiado silencioso. El hombro le latía. Y no sabía si temer las próximas seis semanas o ansiar que llegaran.

5

SIENNA

El apartamento de Sienna era pequeño, estaba limpio y era exactamente lo que ella necesitaba que fuese.

Lo había alquilado hacía catorce meses, cuando aceptó el trabajo en las Valkyries, y lo eligió por su proximidad al estadio y por las vistas al mar desde la ventana del dormitorio. Era un piso de dos habitaciones en la tercera planta de un edificio tranquilo, con buena luz y no mucha personalidad. Sus muebles eran funcionales. Su cocina estaba organizada. Sus estanterías albergaban revistas médicas y unas cuantas novelas que llevaba años queriendo leer. No había nada en las paredes, salvo una lámina enmarcada de una costa que ya venía con el apartamento y que no se había molestado en cambiar.

Parecía un lugar donde alguien dormía, no donde alguien vivía.

Hacía diez minutos que se había marchado del apartamento de Elise. El trayecto a casa en coche había sido corto y oscuro, envuelto en el silencio que sigue a un día largo e intenso. Había preparado huevos revueltos y té para una mujer herida, se había sentado en su sofá a hablar con ella y luego le había dado las buenas noches y se había marchado; y todo aquello le había parecido sencillo, correcto y demasiado cerca de una línea a la que no debería aproximarse.

Sienna dejó las llaves sobre la encimera de la cocina y abrió el frigorífico. Se quedó allí, bajo la fría luz azulada, observando el contenido: un brik de leche de avena, algo de arroz sobrante, medio pimiento y un recipiente de comida para llevar que ya debería haber tirado. Cerró la nevera sin sacar nada.

Estaba en la cocina, tratando de recordar qué solía hacer a esas horas una noche de diario, cuando llamaron a la puerta.

Helen. Cierto. Se le había olvidado por completo.

Abrió la puerta y se encontró a Helen Ward apoyada en la pared del pasillo con una botella de agua con gas y una expresión de paciente diversión.

—Te has olvidado —dijo Helen.

—No me he olvidado. Me estaba... preparando.

Helen miró deliberadamente a los pies de Sienna. —Todavía llevas los zapatos puestos.

Sienna bajó la mirada. En efecto, aún llevaba los zapatos. Se había quedado en su propia cocina con el abrigo y los zapatos puestos sin darse cuenta. —Pasa.

Helen entró como si la casa fuera suya. Dejó el agua con gas en la encimera, colgó su chaqueta en el gancho junto a la puerta, se quitó los zapatos y se acomodó en el sofá con una elegancia natural que Sienna envidiaba y que nunca podría replicar. Helen se adueñaba de los espacios de inmediato. Sienna llevaba viviendo en aquel apartamento catorce meses y todavía se sentía como si estuviera de visita.

—Noche dura para el equipo —dijo Helen, echando un vistazo alrededor—. Bueno, dura para una jugadora en particular. ¿Cómo estás?

—Estoy bien. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Porque has llevado a una jugadora al hospital a las diez de la noche, algo que no entra en tu sueldo, y ahora parece que se te ha olvidado cómo estar en tu propio apartamento. —Helen cruzó las piernas y se hundió más en los cojines—. Aún llevas el abrigo.

Sienna bajó la mirada. En efecto, aún llevaba el abrigo. Se lo quitó y lo dejó sobre el respaldo de una silla con toda la dignidad que pudo reunir.

—¿Té? —preguntó desde la cocina.

—Por favor. De hierbas, si tienes.

Sienna puso el hervidor. Se quitó los zapatos y preparó dos tazas de té de menta mientras Helen leía un artículo en su teléfono. El apartamento estaba en silencio, salvo por el siseo creciente del hervidor y la brisa que entraba por la ventana entreabierta del dormitorio.

Llevó las tazas al salón y le entregó la suya a Helen antes de sentarse en el sillón frente al sofá. Helen tomó un sorbo y estudió a Sienna por encima del borde.

—Día largo —dijo Helen—. ¿Cómo está la jugadora? La que se lesionó.

—Elise Moreno. Desgarro parcial del labrum. Seis a ocho semanas de rehabilitación, mínimo. —Sienna acunó la taza con ambas manos y tomó un sorbo. Menta, intensa y limpia. El calor le sentó bien. La reconfortaba—. La llevé al hospital para la resonancia y luego la acompañé a casa.

—Eso ha sido ir más allá de tu deber.

Sienna mantuvo los ojos fijos en el té. —Es un miembro del equipo que necesitaba apoyo.

Helen emitió un sonido que no era ni de acuerdo ni de desacuerdo. Tenía un don para esos ruidos ambiguos que, de alguna manera, transmitían más que frases enteras.

Hablaron de Phoenix Ridge. La temporada de la PWHL, que ya iba por su segundo año, estaba encontrando su ritmo, y las Valkyries formaban parte de ello. Las victorias llegaban con más regularidad. El público aumentaba. La cobertura mediática había pasado de la curiosidad al interés real, y el impulso era distinto a todo lo que Sienna había experimentado antes en su carrera.

—Las jugadoras más jóvenes lo están haciendo bien —dijo Helen, encogiendo las piernas sobre el sofá—. He estado viendo a algunas por ansiedad ante la competición, pero es lo normal. Los nervios de la primera temporada. El ajuste al calendario de viajes. Una de ellas tiene morriña, estamos trabajando en ello.

—¿Rowan?

—No puedo decírtelo. Pero está bien. —Los ojos de Helen se entornaron con una sonrisa—. ¿Cómo va la carga de lesiones?

Sienna rodeó la taza con las manos. —Más ligera de lo que esperaba. El programa de acondicionamiento de la pretemporada ha dado sus frutos. He tenido algunos temas menores de tejidos blandos, un par de lesiones por impacto y ahora lo de Elise. —Hizo una pausa al pronunciar el nombre, pero luego continuó—. El protocolo de nutrición ha ido bien. Las tengo a todas con planes individualizados y el cumplimiento ha sido mejor de lo que esperaba.

—Pareces sorprendida.

—Estoy acostumbrada a atletas que ignoran sus planes de nutrición y comen comida para llevar a medianoche.

La boca de Helen se curvó. —Estas atletas también comen comida para llevar a medianoche. Solo que son más educadas a la hora de mentirte.

Una sonrisa asomó a los labios de Sienna. Helen tenía una forma de desinflar su seriedad profesional sin hacerla sentir estúpida. Era una cualidad rara. La mayoría de la gente o bien le seguía la corriente o la ignoraba. Helen la pinchaba con suavidad y luego le ofrecía té.

La conversación derivó hacia el estilo de entrenamiento de Mara, intenso pero justo, y hacia los planes de Astoria para mejorar las instalaciones de entrenamiento, que seguían retrasándose por los permisos de obras. Helen mencionó que había cenado con Mara y Lex la semana anterior, Sienna preguntó cómo estaban y la conversación resultó cómoda, exactamente lo que Sienna solía disfrutar.

Su teléfono vibró sobre la encimera de la cocina.

La mirada de Sienna se desvió hacia allí. Helen estaba a mitad de una frase sobre un programa de *mindfulness* que quería poner a prueba con la plantilla; Sienna asintió, dijo que «suena genial» y se disculpó para ir a mirar el mensaje.

Era de Elise.

Hola, Doc. Solo quería darte las gracias por todo. El hospital, los huevos, el viaje a casa. No tenías por qué hacer nada de eso. De verdad lo agradezco.

Sintió un sofoco en el pecho. Se quedó mirando la pantalla, leyendo las palabras dos, tres veces, y el calor se le extendió por las mejillas. Un mensaje. Un simple y educado mensaje de agradecimiento. No había razón para que le acelerara el pulso.

—¿Todo bien? —La voz de Helen llegó desde el salón.

Sienna bloqueó la pantalla y volvió a su sillón. —Bien. Solo una jugadora dándome las gracias.

Helen ladeó la cabeza. —¿Qué jugadora?

—Elise.

Dijo el nombre y se arrepintió de inmediato, porque las cejas de Helen subieron exactamente los milímetros necesarios para transmitir el máximo interés sin decir una palabra. Fue una clase magistral de comunicación terapéutica no verbal, y Sienna tuvo ganas de lanzarle un cojín.

—¿Qué? —dijo Sienna.

Helen levantó las manos. —Yo no he dicho nada.

Sienna la señaló. —Tus cejas han dicho bastante.

Helen tomó un sorbo de té con estudiada inocencia. —Mis cejas son solo cejas, Sienna. Estoy segura de que es perfectamente normal que una jugadora le escriba a la médica del equipo a medianoche para darle las gracias.

—Es perfectamente normal. Está siendo educada.

—Desde luego. —El tono de Helen era agresivamente neutral. Dejó la taza en la mesita auxiliar y cruzó las manos en el regazo.

Sienna notaba cómo el rubor le subía por el cuello. —La llevé al hospital y le hice huevos revueltos. Eso merece un agradecimiento.

Las cejas de Helen volvieron a subir. —¿Le hiciste huevos revueltos? ¿En su apartamento?

A Sienna le ardía la cara. —No podía cocinar. Lleva un cabestrillo. Le acaban de diagnosticar un desgarro del labrum. Le hice los huevos porque necesitaba comer. Es una amabilidad humana básica,

no un... —Se detuvo. No sabía cómo llamarlo. Una cita. Una maniobra romántica. Una señal de que estaba perdiendo la cabeza.

—¿No un qué? —preguntó Helen amablemente.

Sienna agarró su taza y tomó un largo sorbo. —No es nada.

Helen levantó las manos en señal de rendición. —Te creo. Unos huevos son solo unos huevos.

Sienna dio otro largo trago al té y deseó que fuera whisky. La conversación continuó. Hablaron sobre el estilo de gestión de Mara, sobre cómo se estaba integrando el cuerpo técnico y sobre si los planes de Astoria para la mejora de las instalaciones llegarían a materializarse. Helen contó una historia sobre una jugadora que había ido a su consulta y se había pasado toda la sesión hablando de su perro; Sienna se rió, la tensión de sus hombros disminuyó y casi se olvidó del teléfono que estaba en la encimera.

Pero no del todo.

El mensaje seguía ahí, en el fondo de su mente, constante e inevitable. Había vuelto a dejar el teléfono bocabajo sobre la encimera, como si eso fuera a ayudar. No sirvió de nada. Cada pocos minutos, sus pensamientos volvían a él. *No tenías por qué hacer nada de eso. De verdad lo agradezco.* Las palabras eran sencillas. Amistosas. No había nada poco profesional en ellas. Pero el hecho de que Elise las hubiera enviado a esas horas, cuando se suponía que estaba sola en su apartamento con su hombro lesionado, su cabestrillo y el silencio, significaba que Sienna estaba en sus pensamientos.

Lo cual significaba que el pulso de Sienna no había dejado de hacer esa cosa extraña desde que el teléfono vibró.

Cuando Helen se levantó para ir al baño, Sienna fue a por su teléfono y escribió una respuesta.

De nada. Espero que estés descansando. ¿Cómo va el dolor?

Lo envió y se quedó mirando la pantalla. Casi de inmediato aparecieron los tres puntos.

No muy allá. Pero el hielo ayuda. Gracias por los huevos, por cierto. La mejor comida que he tomado en semanas. No se lo digas a nadie.

Sienna sonrió. Una sonrisa de verdad, de esas que se dibujan en la cara sin permiso. Estaba escribiendo una respuesta cuando Helen regresó, así que bloqueó la pantalla y dejó el teléfono bocabajo en el brazo del sillón con una naturalidad que no resultó nada convincente.

Helen volvió a sentarse. Miró el teléfono. Miró a Sienna. No dijo nada.

Siguieron hablando otros cuarenta minutos. Helen contó una historia sobre la boda de su sobrina en Queenstown y el padrino que había dado un brindis visiblemente borracho; Sienna se rió en los momentos adecuados, hizo las preguntas oportunas y consultó el teléfono un par de veces mientras Helen miraba al techo tratando de recordar el final de la anécdota. La charla fue familiar y pausada, como siempre con Helen, y cuando esta finalmente se levantó para irse, se puso la chaqueta y se detuvo ante la puerta.

—Duerme algo —dijo Helen—. Y a lo mejor deberías dejar el móvil en otra habitación.

—No sé de qué me hablas.

Helen sonrió. —Buenas noches, Sienna.

La puerta se cerró. Sienna se quedó de pie en el salón escuchando cómo los pasos de Helen se alejaban por el pasillo. El agua con gas seguía en la encimera, sin abrir. La taza de té de Helen estaba sobre la mesa de centro, con una marca de carmín en el borde. El apartamento volvía a estar en silencio, y por ello parecía más pequeño. Cogió su teléfono.

Elise había enviado otro mensaje mientras Helen se despedía.

Sigo despierta. No puedo dormir. El hombro me despierta cada vez que me doy la vuelta.

Sienna se sentó de nuevo en su sillón y respondió. *¿Te has tomado los antiinflamatorios que te dejé?*

Sí, Doc. Soy una paciente modelo.
Eso me cuesta creerlo, viendo las pruebas de hoy.
Qué borde. Solo intenté volver al hielo con un hombro dislocado una vez.

Sienna soltó una carcajada. Sola en su apartamento, bien pasada la medianoche, se reía por un mensaje de texto de una paciente. El sonido la sobresaltó. No recordaba la última vez que se había reído sin que hubiera nadie más en la habitación.

La conversación continuó. Intercambiaron mensajes rápidos que iban y venían entre ellas casi sin pausa.

¿Y cómo es la rehabilitación en realidad? ¿Estaré levantando pesas desde el primer día?
No. Empezamos con ejercicios suaves de rango de movimiento. Nada agresivo. Tu labrum necesita tiempo para curarse antes de someterlo a esfuerzo.
Eso suena increíblemente aburrido.
Es increíblemente aburrido. Pero funciona.
¿Puedo al menos hacer algo de tren inferior? ¿Sentadillas? ¿Bici?
Sí. Ya he hablado con Kylie en el gimnasio sobre un programa de tren inferior para ti.
¿Ya has hablado con la entrenadora del gimnasio? Solo han pasado unas cuatro horas desde mi resonancia.

Sienna se quedó mirando el mensaje. En efecto, le había escrito a Kylie durante el trayecto de vuelta del apartamento de Elise, antes incluso de cambiarse de ropa. Eso era ser meticulosa. También era, posiblemente, excesivo.

Me gusta ser precavida.
Eso no me sorprende nada, Dra. Park.

La formalidad del nombre era burlona. Sienna podía notarlo en las palabras, en ese ligero matiz de humor tras el «Dra. Park», como si Elise estuviera tanteando la distancia profesional desde el otro lado, viendo cuánto cedía.

Continuaron. Elise preguntó por los plazos de rehabilitación con más detalle y Sienna le explicó cada fase: las dos semanas iniciales de reposo y movilización suave, luego el fortalecimiento progresivo, después el entrenamiento específico del deporte y, por último, el regreso al juego. Elise hizo bromas secas sobre intentar cocinar con una mano. Sienna le sugirió aplicaciones de comida a domicilio. Elise dijo que había pedido pizza tres veces en la última semana y que ya era una clienta habitual.

Era fácil. Natural. Un intercambio que fluía sin esfuerzo, como si ninguna de las dos quisiera ser la que pusiera fin. Sienna mantenía el tono clínico siempre que podía, pero las respuestas de Elise seguían desviando la conversación hacia el terreno personal, ese territorio donde las líneas entre médico y paciente se difuminan.

Debería intentar dormir, envió finalmente Elise. *Gracias por hacerme compañía, Doc. Esta noche habría sido mucho peor sin ti.*

Cuando quieras. Descansa bien.
Tú también. Buenas noches, Sienna.

Sienna. No Doc. Ni Dra. Park. Su nombre de pila, escrito por los dedos de Elise, enviado a través del aire para brillar en la pantalla de Sienna en la oscuridad.

Lo leyó tres veces.

Dejó el móvil bocabajo en el brazo de su sillón y se presionó los párpados con los dedos. El apartamento estaba en silencio. Olor a menta de la taza de té abandonada de Helen, el tenue rastro de su propio perfume en las muñecas.

Necesitaba una ducha. Necesitaba quitarse aquel día de encima, irse a la cama, despertarse mañana y ser la profesional que había sido durante veinte años. Mañana habría planes de tratamiento,

notas de progreso y el marco limpio y ordenado de la medicina deportiva. Mañana podría volver a ser la Dra. Park.

El cuarto de baño era pequeño, de azulejos blancos, y el agua tardó un minuto en calentarse. Se desvistió, doblando la ropa por costumbre, y se vislumbró en el espejo sobre el lavabo. Cuarenta y un años. Ojos oscuros tras las gafas que se había quitado. Delgada, en forma, pero no atlética. No un cuerpo que hiciera girar cabezas. No un cuerpo en el que Elise Moreno se fijaría dos veces.

Se apartó del espejo y entró en la ducha. Se quedó bajo el chorro con los ojos cerrados y las manos apoyadas contra el azulejo, dejando que el calor calara en sus hombros y bajara por su espalda. El día se desprendía por capas: el vendaje funcional y el partido y el hielo y la sala médica y el hombro de Elise bajo sus manos y los ojos de Elise mirándola y aquel momento en que había puesto la palma de la mano sobre el pecho de Elise y el mundo se había quedado en silencio.

Elise en sujetador deportivo. El calor de su piel a través de la tela. El latido rápido de su corazón contra los dedos de Sienna.

El agua le corría por la espalda. El pulso se le estaba acelerando.

Elise en el sofá de su apartamento, comiendo huevos revueltos con una sola mano, sonriendo a Sienna con esa sonrisa cansada y genuina que la atravesaba. Elise diciendo *buenas noches, Sienna* en un mensaje, y cómo se veía su nombre en palabras de la jugadora.

El cuerpo de Elise en la camilla de tratamiento, el músculo magro y los hombros fuertes y la piel sonrojada y esos ojos observándola con una franqueza que le impedía pensar con claridad.

Su cuerpo estaba respondiendo. Una tensión crecía en la boca de su estómago, el rubor se extendía por su pecho y su respiración era superficial y rápida. Apoyó la frente contra el azulejo frío e intentó detener las imágenes. Ella era buena en esto. Tenía décadas de práctica en anular cada pensamiento y sentimiento que no sirviera a su carrera, archivándolos, cerrando el cajón con llave. La voz de su madre en su cabeza: disciplina, concentración, no te distraigas. La de su padre: lo que importa es tu trabajo, Sienna. Todo lo demás es secundario.

Llevaba anulando cosas desde que tenía diecisiete años y besó por primera vez a una chica detrás de las pistas de entrenamiento en un torneo de tenis en San Diego. Aún recordaba el sabor a crema solar en los labios de la chica, y el terror que siguió, y los cuatro años fingiendo que aquello no había ocurrido mientras salía con chicos que no quería y sonreía en fiestas que no disfrutaba, preguntándose por qué a todo el mundo le resultaba aquello tan fácil.

Sus padres nunca supieron lo del beso. Nunca supieron nada de aquello. Cuando Sienna les dijo finalmente que era lesbiana, a los veinticinco años, sentada a la mesa del comedor con las manos temblándole en el regazo, ellos asintieron, dijeron «lo entendemos» y nunca volvieron a sacar el tema. Sin preguntas. Sin celebraciones. Sin enfados. Solo silencio, doblado con pulcritud y guardado: la especialidad de la familia Park.

Sienna cambió el agua a fría. El impacto le golpeó el pecho y jadeó, con cada músculo de su cuerpo tensándose, y durante unos benditos segundos no hubo nada en su cabeza salvo la temperatura y el ruido blanco del agua.

Luego el frío se mitigó y los pensamientos regresaron. Siempre regresaban. Porque Elise Moreno no era un sentimiento que pudiera archivar, ni un cajón que pudiera cerrar y olvidar. Era una mujer que enviaba mensajes a medianoche, que hacía reír a Sienna y que la miraba como si fuera importante, y ninguna cantidad de agua fría, ni de disciplina, ni el silencio silencioso y ordenado de sus padres iba a cambiar eso.

Cerró el grifo y se quedó goteando sobre la alfombrilla del baño. El espejo estaba empañado. El apartamento estaba en silencio, salvo por el goteo del cabezal de la ducha.

Se envolvió en una toalla y se apoyó contra la puerta del baño. Los azulejos estaban fríos bajo sus pies descalzos. El agua resbalaba de su pelo a sus hombros y bajaba en finas líneas por sus brazos. Se presionó la palma de la mano sobre el esternón, donde su propio corazón seguía latiendo demasiado rápido.

Se había pasado toda su vida adulta siendo cuidadosa. Manteniéndose bajo control. Manteniendo a todo el mundo a una

distancia de seguridad donde los sentimientos no pudieran comprometer su juicio y la atracción no pudiera descarrilar su carrera. Lo había hecho con cada mujer que le había llamado la atención, con cada conexión fugaz que podría haber llegado a más si ella lo hubiera permitido. No lo había hecho. Ni una sola vez. Jamás.

Y ahora estaba Elise Moreno, que era su paciente, que estaba lesionada, que confiaba en ella. Que le había dicho *buenas noches, Sienna* en un mensaje y la había mirado con unos ojos directos, cálidos y completamente devastadores. Que hacía bromas secas sobre pizzas y preguntaba por los plazos de rehabilitación a medianoche porque quería seguir hablando, y Sienna también había querido seguir haciéndolo.

Esto iba a ser un problema.

6

ELISE

La luz de la mañana era demasiado brillante, el café no estaba lo bastante cargado y Elise leía sus propios mensajes de texto como un detective que examina pruebas.

Sentada de piernas cruzadas en la cama con el móvil apoyado en la almohada, revisaba la conversación de la noche anterior con Sienna. El cabestrillo le presionaba con torpeza el pecho. El hombro le dolía con ese latido profundo y constante que se había convertido en su nuevo compañero, y que empeoraba por las mañanas antes de que los antiinflamatorios hicieran efecto. Tras la ventana de su dormitorio, los árboles permanecían inmóviles bajo el sol temprano, y el sonido lejano de un camión de la basura retumbaba en la calle silenciosa.

Gracias por los huevos, por cierto. La mejor comida que he tomado en semanas. No se lo digas a nadie.

Eso estaba bien. Amistoso. Normal.

Sigo despierta. No puedo dormir. El hombro me despierta cada vez que me doy la vuelta.

También bien. Una paciente informando a su doctora sobre los síntomas. Completamente razonable.

Buenas noches, Sienna.

Elise se quedó mirando el mensaje. Había usado su nombre de pila. Ni «Doc», ni «Dra. Park». Sienna. Pasada la medianoche, tumbada en la cama con un brazo útil y un hombro lleno de cartílago desgarrado, había escrito el nombre de Sienna como si le perteneciera en la boca. Como si fueran amigas, o algo parecido a amigas, o lo que fuera que aquello fuese y para lo que aún no tenía nombre.

¿Había sido un coqueteo? No estaba segura. No se había sentido como tal en aquel momento. Le había parecido lo correcto, como la única verdad que podía decir tras una hora enviándose mensajes en la oscuridad. Pero ahora, bajo la gris claridad de la mañana, con el café enfriándose en la mesita de noche y el hombro latiendo a pesar de los analgésicos, era obvio: la naturalidad de un nombre de pila a medianoche podía conllevar más de lo que pretendía.

O de lo que había pretendido. Tampoco estaba segura de eso.

Siguió subiendo en el historial. *La mejor comida que he tomado en semanas. No se lo digas a nadie.* Aquello estaba bien. Era gratitud. Pero el *no se lo digas a nadie* tenía un matiz conspiratorio, como si los huevos revueltos fueran un secreto compartido, y a Elise se le encogió el estómago al recordar a Sienna en su cocina, con las mangas remangadas, cascando huevos en la sartén con esa concentración que ponía en todo lo que hacía.

Cerró los mensajes y dejó el móvil boca abajo sobre el edredón. El apartamento estaba en silencio a su alrededor. La antigua habitación de Lex seguía vacía, con la puerta entreabierta y, a través del hueco, se veía el colchón desnudo y unas cortinas que nunca se había molestado en cerrar. La cocina olía ligeramente a los huevos revueltos que Sienna había preparado anoche, o quizá Elise se lo estaba imaginando. Quizá simplemente quería que en el apartamento todavía oliese a que alguien había estado allí.

Se levantó, se duchó con una sola mano, se puso la equipación de entrenamiento que no podía usar, se colocó el cabestrillo y cogió un taxi hacia el estadio con las ventanillas bajadas. El aire olía a sal, a gases de escape y al calor de una mañana de finales de otoño en Phoenix Ridge.

El complejo de entrenamiento de las Valkyries era una instalación moderna en el lado norte del estadio, toda de cristal, acero y pasillos luminosos flanqueados por fotos del equipo y logotipos de patrocinadores. El edificio olía a cera de suelos, a batidos de proteínas y al aroma gomoso del material nuevo. Elise pasó su acreditación por la entrada del personal y caminó por el pasillo principal hacia el área médica, con la bolsa colgada del hombro derecho y las zapatillas chirriando sobre el suelo pulido. Se sentía observada de una forma que nunca antes había experimentado. Estaba acostumbrada a llegar allí con toda la equipación, dirigiéndose al vestuario con determinación. Ahora iba hacia la consulta médica en mallas y sudadera, y esa diferencia le pesaba en el estómago.

Pasó primero por el gimnasio, de donde se escapaba el sonido de las pesas chocando y la música atronadora a través de las puertas acristaladas. Luego pasó por la sala de descanso del equipo, donde se oían voces. Al girar el pasillo hacia el ala médica, oyó pasos detrás de ella.

—¡Moreno! Espera.

Frankie trotó para alcanzarla, todavía con la ropa de entrenamiento y el pelo engominado hacia atrás. Tenía la cara encendida por el entrenamiento matutino y sonreía como siempre, como si el mundo fuera un chiste que ella entendía y los demás estuvieran a punto de pillar.

—¿Cómo va ese hombro?

—Adolorido. Pero ahí va.

Frankie se puso a su altura y adaptó el paso al ritmo más lento de Elise sin hacer comentarios. —Me alegro. Porque no voy a hacer los saques neutrales por ti eternamente. Gané el sesenta por ciento la última vez y me está matando la espalda de tanto agacharme. Mara me tiene cubriendo el círculo y, sinceramente, Elise, mi cuerpo

no ha sido diseñado para estar en cuclillas tanto tiempo. Estoy hecha para la velocidad, no para la resistencia.

Elise sonrió de verdad. —Estás hecha para quejarte.

—También. —Frankie le dio un suave toque en el hombro sano—. Pero en serio, tómate tu tiempo. Te tenemos cubierta. El equipo te echa de menos, pero nadie quiere que vuelvas antes de que estés lista.

Elise tragó saliva. —Gracias, Frankie.

—Ah, y Lou ha dicho que te diga que te guarda un sitio para el próximo partido de casa. En primera fila, detrás del banquillo. Ha dicho que puedes gritarle instrucciones igual que ella se las grita a todo el mundo.

—Eso suena muy propio de Lou.

Frankie se desvió hacia el vestuario con un gesto de despedida y Elise continuó por el pasillo hacia el área médica. El encuentro había sido amable, casual y exactamente lo que necesitaba; la opresión que sentía en el pecho se alivió un poco.

Rowan salía de la consulta médica justo cuando llegaba Elise, con su bolsa de entrenamiento al hombro y las mejillas aún rosadas por el ejercicio. Era la jugadora más joven de la plantilla, apenas veinte años, y tenía una energía nerviosa que a Elise le recordaba a un caballo joven: todo extremidades largas, ojos brillantes y un movimiento apenas contenido.

—Hola, Elise. —Rowan se detuvo en el umbral—. La Dra. Park acaba de ponerme hielo en el tobillo. Es muy buena. En serio, muy minuciosa.

—Lo sé.

Rowan se acomodó la bolsa de entrenamiento en el hombro con los ojos muy abiertos. —Me ha explicado toda la anatomía de la articulación del tobillo mientras me ponía el vendaje. Con diagramas. Ahora sé lo que es el maléolo lateral y no estoy del todo segura de haber querido saberlo.

Elise se rió. —Eso suena mucho a ella.

Rowan le deseó suerte y desapareció por el pasillo. Elise abrió la puerta de la consulta médica y entró.

Sienna estaba ante el mostrador, de espaldas a la puerta, lavándose las manos. Vestía su ropa de trabajo habitual: pantalones oscuros y una blusa blanca entallada con las mangas remangadas hasta los codos. Llevaba el pelo oscuro recogido en su coleta, impecable y suave, y las luces del techo resaltaban las canas de sus sienes. La habitación olía a antiséptico y, de fondo, a un aroma limpio y específico de Sienna.

—Buenos días —dijo Elise.

Sienna se dio la vuelta. Su expresión cambió al ver a Elise; una sonrisa cruzó fugazmente su rostro antes de que la contuviera. —Buenos días. ¿Cómo has dormido?

—Mal. Pero los antiinflamatorios han ayudado.

Sienna cogió una toalla y se secó las manos, mientras su mirada se dirigía al hombro de Elise con el instinto de un médico. —¿Nivel de dolor esta mañana?

—Un cinco. Quizá un seis al despertarme.

Sienna asintió y señaló la camilla de tratamiento. —Siéntate. Vamos a echarle un vistazo.

Elise dejó su bolsa junto a la puerta y cruzó la habitación. La camilla era la misma en la que había estado la noche de la lesión; el vinilo aún se sentía frío bajo sus muslos al subirse. La sala era luminosa y clínica, y todo en aquel espacio estaba bajo control; todo excepto el modo en que el pulso de Elise se aceleraba cuando Sienna se acercaba.

—Voy a explicarte tu programa de rehabilitación —dijo Sienna, abriendo una ficha en su tableta—. Trabajaremos juntas a diario durante las próximas seis u ocho semanas. Cada sesión durará de cuarenta y cinco minutos a una hora, dependiendo de en qué fase del protocolo estemos.

Le detalló las fases. La primera era la actual: reposo, movilización suave y control de la inflamación. La fase dos empezaría en unos diez días, con ejercicios de fortalecimiento progresivo centrados en el manguito rotador y los estabilizadores de la escápula. La fase tres consistiría en trabajo específico de hockey, manejo del palo, tiro y equilibrio sobre el hielo. La fase cuatro sería el regreso al juego, un proceso gradual con unos objetivos específicos que Elise tendría que

superar antes de poder participar en entrenamientos de contacto total.

Sienna explicó cada etapa con la misma minuciosidad que Rowan había descrito, señalando diagramas en su tableta con voz clara y firme. Sus manos se movían al hablar, de dedos largos y seguros, dibujando formas en el aire para ilustrar la mecánica de la articulación. Elise observaba esas manos y pensaba en cómo habían presionado su pecho en esa misma habitación la noche anterior —la presión de la palma de Sienna a través de su sujetador deportivo—, y empezó a sentir calor en la nuca.

—¿Alguna pregunta hasta ahora?

—¿Cuándo podré patinar? —La pregunta salió más brusca de lo que pretendía.

—En la fase tres. Aproximadamente a la cuarta o quinta semana, si todo progresa según lo previsto.

Cinco semanas. Esa cifra se le quedó clavada entre las costillas.

—¿Y hasta entonces?

—Acondicionamiento del tren inferior en el gimnasio. Ya he coordinado un programa para ti con Kylie. Sentadillas, empujes de cadera, bicicleta, trabajo de core. Todo lo que no cargue el hombro. —Sienna dejó la tableta y miró a Elise—. Quiero comprobar hoy tu rango de movimiento. ¿Puedes quitarte la parte de arriba?

La petición era directa. Médica. Elise la había oído cien veces de boca de una docena de fisioterapeutas y médicos distintos. Se bajó la cremallera de la sudadera y se la quitó por la cabeza con un solo brazo —un movimiento que seguía siendo torpe por el cabestrillo— y se quedó sentada en la camilla en sujetador deportivo.

Sienna se acercó. Sus dedos estaban calientes cuando empezó a palpar la articulación del hombro, presionando a lo largo de la línea articular para evaluar la hinchazón. El moratón del golpe seguía oscuro, un violeta profundo que se extendía por el deltoides de Elise hacia el bíceps. El tacto de Sienna era suave y decidido; sus dedos se movían con seguridad y experiencia.

—Rotación externa —murmuró Sienna, guiando el brazo de Elise hacia fuera con ambas manos. Una mano sostenía el codo y la otra

descansaba sobre la escápula; cada yema de los dedos se sentía nítida y cálida sobre su piel.

La respiración de Elise se volvió superficial. La habitación era demasiado luminosa y silenciosa, y Sienna estaba lo bastante cerca como para que Elise pudiera oler su perfume, limpio y sutil. Sus ojos seguían el movimiento del brazo de Elise, concentrada tras sus gafas, con los labios ligeramente entreabiertos. Un mechón de pelo oscuro se había escapado de la coleta y descansaba contra su cuello.

—¿Te duele?

—Un poco. Menos que anoche.

—Bien. —Sienna movió el brazo en otra dirección y sus dedos se desplazaron por el omóplato de Elise. El contacto envió una corriente por la piel de Elise que no tenía nada que ver con el dolor y sí con todo el hecho de que las manos de Sienna Park estaban sobre su cuerpo, y su cuerpo les estaba prestando muchísima atención.

Sienna probó la flexión anterior, la abducción y la prueba de aprehensión. Sus movimientos eran lentos, cuidadosos y totalmente profesionales; Elise se quedó quieta, respirando y tratando de no pensar en el calor de las palmas de Sienna ni en cómo su antebrazo rozaba su piel desnuda al ajustar el agarre. Cuando Sienna movió su brazo a la posición de aprehensión, Elise se tensó por el recuerdo del dolor agudo en sus músculos, y el agarre de Sienna se estrechó instintivamente, de forma protectora.

—Respira —dijo Sienna—. No te voy a soltar.

Elise respiró. La tensión de su hombro se liberó un ápice, no porque la posición diera menos miedo, sino porque las manos de Sienna eran firmes, su voz era calmada y Elise le creía.

—La laxitud está mejorando —dijo Sienna dando un paso atrás. Cogió su tableta e hizo unas notas sin apartar la vista de la pantalla. ¿Estaba un poco sonrojada o era solo la luz del techo? Elise no sabía decirlo—. La hinchazón ha bajado considerablemente. Es una buena señal.

—Entonces no soy un caso perdido.

La boca de Sienna se curvó. No llegó a ser una sonrisa, pero se quedó cerca. —Nunca has sido un caso perdido.

Las palabras fueron suaves y profesionales, pero hicieron que a Elise le doliera el pecho.

Se volvió a poner la sudadera y se sentó en el borde de la camilla, observando a Sienna introducir datos en su tableta. La sala estaba en silencio, salvo por el golpeteo de los dedos de Sienna en la pantalla y los sonidos amortiguados de las instalaciones al otro lado de la puerta: música del gimnasio, voces en el pasillo, el golpe de una taquilla.

—Tengo hora en el gimnasio en veinte minutos —dijo Elise—. Con Kylie. ¿Tienes tiempo de venir? Me sentiría mejor si estuvieras allí en la primera sesión. Por si hago alguna estupidez.

Sienna miró su reloj. Un pequeño surco apareció entre sus cejas mientras hacía cálculos. —Tengo una reunión de personal a las once. Pero puedo dedicarte cuarenta minutos.

—No tienes por qué.

Sienna se puso la tableta bajo el brazo y ya se dirigía a la puerta. —Lo sé. Vamos.

El gimnasio estaba en la planta baja, un espacio grande y abierto con ventanales de suelo a techo que daban a la pista de prácticas. La luz de la mañana entraba a raudales, dorada, y la sala olía a esterillas de goma, a tiza y al leve dulzor de las bebidas energéticas. Kylie ya estaba allí, preparando una estación cerca de la jaula de sentadillas.

Kylie Harris era compacta y musculosa, con el pelo rubio muy corto y una energía que hacía que todos a su alrededor se sintieran un poco cansados. Tenía tatuajes en ambos brazos y una sonrisa que era un noventa por ciento entusiasmo y un diez por ciento caos. Era nueva y a Elise le cayó bien de inmediato.

—¡Moreno! Bienvenida a la Zona Amiga del Hombro. —Kylie señaló con un gesto amplio el equipo que tenía detrás—. Todo lo que hay aquí está aprobado por tu minuciosísima doctora. Nada de press militar, nada de flexiones, nada de dominadas; nada que haga que tu hombro diga: «Oye, ¿pero qué demonios?». ¿Claro?

—Claro.

—Dra. Park. —Kylie saludó a Sienna con la cabeza—. Es un placer tenerte aquí. He programado exactamente lo que me mandaste.

Sentadillas, peso muerto rumano, zancadas, trabajo de glúteo y estabilidad de core. Circuito de veinte minutos, tres rondas.

Sienna revisó el programa en la carpeta de Kylie, haciendo preguntas pausadas sobre la progresión de las cargas y los intervalos de descanso. Elise las observaba deliberar, dos profesionales absortas en los detalles de su recuperación, y sintió una oleada de gratitud que no esperaba del todo.

Empezó el circuito. Primero sentadillas tipo goblet, sosteniendo una pesa rusa contra el pecho con la mano derecha mientras el cabestrillo mantenía inmóvil su brazo izquierdo. La pesa era de dieciséis kilos, menos de lo que solía usar, pero Kylie se había mostrado firme en empezar con prudencia. El peso se sentía bien. Tenía las piernas fuertes, la memoria muscular de miles de sesiones de entrenamiento se activaba con precisión y, por primera vez en cuatro días, se sintió como una atleta en lugar de como una paciente.

Sienna estaba cerca de la jaula de sentadillas, de brazos cruzados, vigilando la técnica de Elise. —Más abajo. Baja las caderas de la línea paralela.

—Estoy bajando.

—No lo suficiente.

Elise bajó más, sintiendo el ardor en los cuádriceps, y buscó la mirada de Sienna al subir. Sienna asintió levemente con aprobación, y ese pequeño gesto hizo que Elise se esforzara más en la siguiente repetición de lo que debería.

Entre series conversaban. Elise se sentaba en el banco con una botella de agua y observaba a Sienna apoyada en la jaula, relajada y sin prisas, como si no tuviera otro lugar donde estar. Kylie mantenía la energía alta, bromeando sobre jugadores que intentaban hacer press de banca estando lesionados y sobre la vez que Frankie intentó hacer peso muerto en chanclas. Pero era en los momentos más tranquilos, cuando Kylie se alejaba para ajustar una máquina de poleas y Elise descansaba entre series, cuando la conversación derivaba hacia algo más cálido.

—¿Cuánto tiempo llevas en Phoenix Ridge? —preguntó Elise, secándose la cara con una toalla.

—Catorce meses. —Sienna estaba apoyada en la pared junto a la jaula, todavía de brazos cruzados, con una postura relajada que Elise no le había visto antes—. Vine del Centro de Entrenamiento Olímpico de EE. UU. en Colorado Springs. Antes estuve en San Diego y, antes de eso, estuve un poco en Londres.

—¿Londres?

—Hice una especialización en una clínica de medicina deportiva en Harley Street. Dos años. Me encantaba la ciudad, pero no el clima. —Se detuvo un momento y se colocó el mechón suelto tras la oreja—. Ni la comida.

Elise bebió un largo trago de su botella de agua, observando a Sienna por encima del borde. —¿Qué te hizo venir aquí?

La mirada de Sienna se desvió hacia los ventanales, desde donde se veía la pista de prácticas a través del cristal. Ahora estaba vacía, el hielo liso y blanco bajo los focos.

—Phoenix Ridge me ofreció el puesto de jefa de servicios médicos de las Valkyries. Era la temporada inaugural de la PWHL. Una oportunidad de crear un programa desde cero. —Se quedó callada un instante—. Había trabajado en el deporte masculino durante quince años. La política era agotadora. Las brechas salariales, deprimentes. Y la cultura era... —hizo una pausa buscando las palabras—. Reacia al cambio. La PWHL se sentía diferente. Parecía que podía ser importante.

—¿Y lo ha sido?

Sienna volvió a mirarla. La luz de los ventanales del gimnasio se reflejaba en sus gafas y dificultaba leer sus ojos, pero su voz sonó cálida al hablar. —Sí. Lo ha sido.

Kylie regresó con un balón medicinal y Elise pasó a la sección de core del circuito. Kylie demostraba cada ejercicio con un comentario continuo que hacía que Elise se riera a pesar del esfuerzo, comparando el ejercicio de dead bug con «lo que pasa cuando intentas ponerte los pantalones después del día de pierna».

Su hombro izquierdo protestó al hacer las planchas, pero Sienna acudió de inmediato, ajustando su posición para que la carga se transfiriera lejos del lado lesionado. Su mano en la espalda baja de

Elise corregía la alineación; el contacto fue breve y profesional, pero Elise siguió sintiéndolo mucho después de que Sienna se apartara.

Terminaron el circuito. Elise respiraba con dificultad, con el sudor perlado en la frente y las piernas temblando por las sentadillas. Se sentía bien. Mejor de lo que se había sentido en días. Las endorfinas estaban despejando la niebla que la acompañaba desde la lesión, y volvía a sentir su cuerpo como propio en lugar de como algo roto y prestado.

—¿A la misma hora mañana? —preguntó Kylie, anotando cosas en su carpeta.

—A la misma hora. —Elise cogió su toalla y su botella de agua. Tenía un temblor agradable en las piernas, como el que solía tener tras un entrenamiento duro, y las endorfinas habían suavizado las aristas de su estado de ánimo hasta hacerlo casi manejable.

Kylie le dio una palmada en el hombro sano. —Buen trabajo, Moreno. La semana que viene subiremos el peso.

Sienna caminó con Elise de vuelta hacia el ala médica, con sus pasos resonando en el pasillo vacío. Las instalaciones estaban más tranquilas ahora; el entrenamiento matinal había terminado y las jugadoras se habían dispersado a sus diversos compromisos. Elise oía el zumbido del sistema de ventilación y el sonido lejano de alguien pasando la aspiradora en la sala de descanso.

—Gracias —dijo Elise—. Por venir al gimnasio. Y por todo esto. El programa, la coordinación con Kylie. No tenías por qué hacer tanto.

—Es mi trabajo.

Elise ladeó la cabeza. —No dejas de decir eso.

La boca de Sienna hizo un leve gesto. —Porque no deja de ser cierto.

Se detuvieron ante la puerta de la consulta médica. Sienna tenía la mano en el pomo, lista para volver a entrar, y Elise se quedó en el pasillo con la bolsa de deporte en el hombro derecho, el pelo pegado a las sienes y el pulso resonando en sus oídos.

Se había colado por Sienna Park. Esa era la simple y estúpida verdad. No había sido un flechazo repentino, sino una marea que había ido subiendo durante días sin que ella se diera cuenta. No era solo la atracción física, aunque también estaba allí, vívida e

insistente. Era que Sienna la escuchaba cuando hablaba, totalmente presente, como si nada más en el edificio importara. El haber coordinado todo con Kylie antes de que Elise siquiera lo pidiera. El preparar los huevos revueltos sin que nadie se lo dijera, como si cuidar de Elise fuera lo que su cuerpo hacía de forma automática, antes de que su cerebro profesional pudiera objetar. Le gustaba la doctora de su equipo. La mujer que le examinaba el hombro cada mañana, que le mandaba mensajes a medianoche, que hacía huevos revueltos en su cocina y que decía «nunca has sido un caso perdido» con una voz demasiado suave para una doctora hablando con un paciente.

—Nos vemos mañana, Doc —dijo Elise. Su voz sonó más dulce de lo que pretendía.

—Nos vemos mañana. —Sienna le sostuvo la mirada un segundo de más, y el pasillo se redujo a ellas dos, de pie a un metro de distancia con la puerta de la consulta entre ambas y una atracción que ninguna reconoció.

Entonces Sienna desapareció en el área médica y la puerta se cerró. Elise se quedó en el pasillo, sintiendo cómo el sudor se enfriaba en su piel. Se presionó el esternón, donde el corazón le latía demasiado deprisa.

Estaba metida en un buen lío.

7

SIENNA

El despacho de Mara estaba tan ordenado como el catre de un cuartel: cada cosa en su sitio, nada personal, nada que denotara suavidad. Una pizarra blanca cubría una de las paredes, repleta de formaciones y combinaciones de líneas trazadas con rotuladores de tres colores. Sobre el escritorio había un portátil, un montón de hojas con estadísticas impresas y una taza de café en la que ponía COACH en letras de molde, y que Sienna sospechaba que era un regalo que Mara era demasiado educada para tirar.

Sienna se sentó en la silla frente al escritorio con su tableta sobre la rodilla, pasando el informe médico que había preparado para su reunión semanal. Mara estaba al otro lado de la mesa, recostada en su silla con los brazos cruzados y sus penetrantes ojos azules fijos en algún punto intermedio, como hacía cuando procesaba información y decidía qué era lo importante.

—El tobillo de Rowan está bien —dijo Sienna—. Un esguince lateral leve, de grado uno. Ha vuelto a los entrenamientos completos desde el lunes. Le he puesto un vendaje funcional para las próximas dos sesiones por precaución.

—Bien. —Mara tomó nota en el bloc que tenía junto al portátil. Su caligrafía era pequeña y pulcra—. ¿Y Camille?

—La tensión en el flexor de la cadera se está resolviendo. He ajustado su rutina de calentamiento y está respondiendo bien. Sin restricciones.

Mara marcó el punto en su lista. —¿Frankie?

—Las molestias en la espalda del partido de Toronto han remitido. Ha estado siguiendo el programa de core que le prescribí y la incomodidad es mínima. Tiene el alta para todo.

Mara asintió, tachando elementos de su propia lista. El encuentro tenía el ritmo de una rutina bien ensayada, porque eso era exactamente lo que era. Cada miércoles a las nueve de la mañana, Sienna se sentaba en aquella silla y le explicaba a Mara el estado de salud de la plantilla. Mara escuchaba, preguntaba y tomaba decisiones. Era eficiente y profesional, algo que Sienna apreciaba de ella. Mara no perdía el tiempo en charlas triviales ni en cortesías innecesarias. Quería la información, la procesaba y pasaba a lo siguiente. Habían pasado tres semanas desde la lesión de Elise Moreno. Era el tercer miércoles que Sienna entraba sabiendo que la pregunta sobre Elise llegaría, y aun así requería preparación mental.

—¿Y Elise?

Los dedos de Sienna se detuvieron en la pantalla de la tableta.

—Su rehabilitación progresa adecuadamente. El rango de movimiento mejora en cada sesión. La inflamación se ha reducido significativamente y los niveles de dolor son manejables con antiinflamatorios estándar. —Se desplazó hasta la página correspondiente de su informe—. Ha entrado en la fase dos del protocolo: fortalecimiento progresivo. La veo a diario y su cumplimiento ha sido excelente. Se está esforzando mucho.

Mara la estudió durante un momento. La pausa fue breve pero cargada, un silencio que los entrenadores utilizaban cuando estaban a punto de dar noticias que la otra persona no querría oír.

—No hay prisa con Elise.

Las palabras cayeron en el silencio del despacho. Sienna levantó la vista de su tableta. —¿Perdón?

—No hay prisa por que vuelva. —Mara descruzó los brazos y se inclinó hacia delante, apoyando los codos en el escritorio. Su expresión era neutra, esa estudiada impasibilidad de un entrenador

que ya ha hecho sus cálculos y presenta la conclusión como si todavía estuviera abierta a debate—. Lex ha rendido excepcionalmente bien en ausencia de Elise. En los últimos tres partidos ha logrado dos goles y cuatro asistencias. Las combinaciones de líneas están funcionando. La química con Lou es fuerte.

Pronunció las palabras sin malicia. Mara se limitaba a exponer hechos. Era una entrenadora que evaluaba el rendimiento y tomaba decisiones basadas en datos, y los datos eran claros: el equipo estaba ganando sin Elise Moreno.

—No estoy sugiriendo que aceleremos su recuperación —dijo Sienna con cautela—. Solo informo de que va por buen camino.

—Lo sé. Y quiero que esté sana, de verdad. Pero también quiero que sepas que no hay presión externa sobre los plazos. Si necesita ocho semanas en lugar de seis, que se tome ocho. Si necesita diez, que se tome diez. —Mara sostuvo la mirada de Sienna—. Prefiero tenerla en plena forma y disponible para la fase eliminatoria que tenerla de vuelta pronto y entre algodones.

Era una postura razonable. Era la postura correcta desde el punto de vista médico. Y era lo peor que Elise podría escuchar en este momento.

Porque Sienna llevaba tres semanas observando el rostro de Elise durante sus sesiones diarias, viendo cómo se le tensaba la mandíbula cada vez que el móvil le vibraba con una notificación de partido, viendo el esfuerzo que le costaba sonreír cuando sus compañeras se pasaban por la enfermería para ponerla al día sobre los resultados, el tiempo sobre el hielo y todo lo que estaba ocurriendo sin ella. Sabía lo que esta lesión le estaba costando a Elise más allá del daño físico. Conocía el miedo a ser reemplazada, el pánico que contenía tras cada chiste seco y cada pregunta casual sobre el calendario de rehabilitación, cómo se le apagaba la mirada en cuanto alguien mencionaba el nombre de Lex.

Y ahora Mara estaba ahí sentada, calmada y práctica, diciendo que Lex estaba rindiendo excepcionalmente bien, y la realidad de aquello oprimía el pecho de Sienna.

—Entiendo —dijo Sienna—. Continuaré con el protocolo según lo planeado. Sin atajos.

—Bien. —Mara cogió su café—. Envíame el informe por escrito antes de que acabe el día.

La reunión había terminado. Sienna recogió su tableta y se puso en pie. En la puerta, se detuvo. —Por lo que valga, Elise se está esforzando más que cualquier otra jugadora a la que haya rehabilitado. Se merece saber que eso se valora.

Mara la miró. Su expresión era indescifrable, algo entre el reconocimiento y la evaluación. —Lo tendré en cuenta.

El pasillo fuera del despacho de Mara estaba silencioso. El cuerpo técnico estaba reunido, las jugadoras andaban dispersas por las instalaciones y las luces del techo zumbaban en el espacio vacío. Sienna caminó de vuelta hacia la enfermería con la tableta apretada contra el pecho y un nudo entre los omóplatos que no tenía nada que ver con la postura.

Al doblar la esquina cerca de la sala de descanso del equipo, donde los sonidos de risas y conversaciones se filtraban por la puerta cerrada, casi choca con Elise.

Elise estaba apoyada contra la pared fuera de la sala con el móvil en su mano buena y la expresión fija en esa neutralidad vacía que adoptaba cuando intentaba no demostrar que sufría. No había entrado. Se había quedado fuera, sola, escuchando al equipo a través de la puerta. Llevaba ropa de entrenamiento, aún tenía el pelo húmedo de la ducha tras su sesión de gimnasio y tenía unas ojeras que la iluminación del pasillo acentuaba.

—Hola —dijo Elise. La sonrisa que le dedicó fue forzada.

—Hola. ¿Qué tal el gimnasio?

—Bien. Kylie ha vuelto a subir los pesos. Mis piernas me van a odiar mañana. —La sonrisa era leve, fingida. Miró su teléfono y luego se lo guardó en el bolsillo—. Acabo de ver las mejores jugadas del partido de anoche. Lex ha sumado otras dos asistencias.

Ahí estaba. La punzada de dolor que no podía ocultar, por mucho que lo intentara.

A Sienna se le cerró la garganta. Quería decir algo adecuado, algo sabio y reconfortante, pero todas las frases profesionales en las

que pensaba le sonaban huecas. Elise no necesitaba tópicos. Necesitaba que alguien reconociera que aquello era difícil e injusto, y que su miedo era real, no irracional.

—¿Quieres salir de aquí? —Las palabras salieron antes de que Sienna hubiera terminado de darles forma en su cabeza—. Un café. En Lavender's. Me vendría bien un descanso y parece que a ti también.

Elise parpadeó. Su expresión impasible se agrietó apenas un poco, y debajo apareció la sorpresa y luego una sonrisa, rápida y auténtica, como un rayo de sol que atraviesa las nubes. —¿Ahora?

—Ahora. No tengo otra cita hasta la una.

Elise se separó de la pared. —Sí. —La débil sonrisa se convirtió en una de verdad—. Sí, me gustaría mucho.

Salieron por la entrada del personal y caminaron hacia Lavender's. Phoenix Ridge a finales de otoño era lo bastante hermoso como para pillar a Sienna desprevenida, incluso después de catorce meses viviendo allí. El cielo lucía un azul limpio y sin nubes, y el sol de la mañana proyectaba largas sombras sobre el pavimento. El aire olía a sal y a jazmín de los jardines que bordeaban el paseo marítimo, y el océano se divisaba entre los edificios, una franja de azul verdoso centelleante que cambiaba con la luz.

Lavender's estaba a cuatro manzanas del estadio, en una calle tranquila y arbolada que corría paralela al agua. Caminaban juntas, tan cerca que sus brazos casi se rozaban; la zancada de Elise era más larga que la de Sienna, pero aminoró el paso sin que se lo pidiera.

—¿Puedo ser sincera? —dijo Elise, con la vista en el suelo.

—Por supuesto.

—Tengo miedo. —La palabra salió plana y sin adornos. Sin rodeos, sin humor seco. Solo la cruda verdad, ofrecida bajo el sol de la mañana—. Tengo miedo de que, para cuando vuelva, ya no me necesiten. De que Lex haya demostrado que es mejor, que Mara ajuste las líneas y yo pase a ser la jugadora que antes era titular y ahora ya no.

A Sienna se le encogió el corazón. Quería mentir. Quería decirle que eso nunca pasaría, que su puesto estaba asegurado, que el

equipo no podía funcionar sin ella. Pero respetaba demasiado a Elise como para ser deshonesta, y llevaba el tiempo suficiente en el deporte profesional para saber que las plantillas cambiaban, las carreras daban giros y, a veces, aquello que temías era exactamente lo que acababa ocurriendo.

La voz de Mara seguía en su cabeza. *No hay prisa con Elise.* Lo había dicho sin crueldad, como un hecho, de la misma forma en que un entrenador comunica todas las realidades difíciles. Sienna mantuvo el rostro impasible. No iba a repetir aquello. No sería ella quien le dijera eso a esta mujer, en esta cafetería, en este preciso momento. Cierta información era médica y otra le correspondía darla a Mara, y Sienna sabía perfectamente a qué categoría pertenecía esta.

—Vas a recuperarte por completo —dijo en su lugar. Su voz sonaba firme aunque su pulso no lo estuviera—. Tus tejidos están cicatrizando bien. Tu fuerza está volviendo. Y cuando regreses, serás la misma jugadora que eras antes de la lesión, porque los rasgos que te hacen valiosa para este equipo no son cosas que un desgarro de labrum pueda arrebatarte.

Elise la miró. El verde de sus ojos era intenso bajo la luz de la mañana, resaltando contra las ojeras. —¿Qué cosas?

—Tu inteligencia de juego. Tu disciplina en el círculo de saque neutral. Tu capacidad para leer la jugada tres pases antes. Tu ritmo de trabajo. La forma en que el equipo confía en que estarás en el lugar adecuado en el momento justo. —Sienna hizo una pausa. Estaba cruzando una línea, pasando de la evaluación médica al terreno personal, pero Elise la miraba con una esperanza tan abierta y desprotegida que no pudo detenerse—. Lex es una jugadora brillante. Pero juega a algo distinto que tú. Ella es explosiva. Tú eres estructural. El equipo necesita ambas cosas.

Elise guardó silencio. Pasaron junto a un banco con vistas al agua donde una pareja de ancianos estaba sentada con un perro pequeño entre ellos; el perro las vio pasar con la cabeza ladeada.

—Nadie me había dicho eso nunca —dijo Elise—. Que el equipo necesita a ambas.

—Entonces es que nadie ha estado prestando atención.

La comisura de la boca de Elise se elevó. No llegó a ser una sonrisa completa, sino el fantasma de una, y el pecho de Sienna se expandió con un sentimiento que no tenía razón de ser en aquel momento.

Lavender's era un café pequeño con paredes de color lila pálido, muebles encalados y un mostrador con pasteles que cambiaban a diario. Sin duda era el lugar de encuentro de las lesbianas de la zona; aunque Sienna nunca sentía que encajara del todo, siempre se sentía bienvenida. La dueña, una mujer de pelo plateado llamada Lavender, las saludó. Sienna llevaba viniendo aquí desde su primera semana en Phoenix Ridge, atraída por el buen café y la mesa de la ventana con vistas a la calle.

Pidieron en el mostrador. Sienna pidió un *flat white* y una porción de bizcocho de limón y semillas de amapola que parecía demasiado bonito para comerlo, con una miga dorada y un fino chorreo de glaseado. Elise pidió un café solo largo y un sándwich mixto, usando una sola mano y peleándose un poco con la cartera hasta que Sienna se acercó y le sujetó el lector de tarjetas. Sus dedos se rozaron, los nudillos de Sienna contra el dorso de los dedos de Elise, y el contacto fue breve y accidental, pero la piel de Sienna lo recordó durante minutos. Fingió no darse cuenta.

Se acomodaron en la mesa de la ventana. El sol entraba por el cristal en un cálido rectángulo que caía sobre sus manos y la superficie de madera entre ellas. Elise se sentó con el cabestrillo apoyado en el borde de la mesa y sus largas piernas estiradas bajo la silla, y Sienna se sentó enfrente con su bizcocho, su café y la conciencia, cada vez más persistente, de que estaba comiendo con una mujer que le atraía y lo estaba llamando «apoyo profesional».

—¿Cuánto tiempo llevas jugando? —preguntó Sienna.

Elise hizo girar su taza de café en un círculo lento sobre el plato. —Desde que tenía ocho años. Mi madre no podía permitirse el equipo, así que hacía turnos extra para pagarlo. Jornadas de doce horas, y luego me llevaba al entrenamiento a las seis de la mañana. —Hizo una pausa y la taza se quedó quieta—. Nunca se quejó. Ni una sola vez. Incluso cuando el coche se estropeó y no podía

permitirse arreglarlo; me llevó a entrenar con la luz de avería del motor encendida durante tres meses.

—Parece una mujer increíble.

—Lo es. Es la razón por la que juego. —Elise miró por la ventana. Una mujer pasó con un cochecito y un ciclista esquivó los coches aparcados—. Conseguí una beca para la universidad. Fui la primera de mi familia. Mi padre lloró, algo que nunca hace, y mi hermana Sophie estaba furiosa porque es dos años mayor, había solicitado la misma beca el año anterior y no se la dieron. —Apareció una breve sonrisa, cálida por el recuerdo—. Ya lo ha superado. Casi del todo.

—¿Y después de la universidad?

—Años en ligas menores. Dejándome la piel, jugando ante doscientas personas en estadios que olían a perritos calientes, lejía y cerveza rancia. Compartiendo habitaciones de hotel con compañeras de equipo y comiendo sándwiches de gasolinera en el autobús entre partido y partido. Entonces surgió la PWHL y, de repente, hubo un camino. Uno de verdad. Una liga con contratos, salarios y un público al que realmente le importaba. —Su voz había cambiado, perdiendo la suavidad y ganando orgullo—. Fui una de las primeras jugadoras en fichar por las Valkyries. Antes de Lex, antes de las grandes multitudes, antes de los contratos de televisión. Yo estaba aquí cuando este equipo no era nada y ayudé a construirlo hasta convertirlo en lo que es ahora.

El orgullo de su voz, pausado y ganado a pulso, hizo que a Sienna se le cerrara la garganta.

—Eso es lo que me asusta —dijo Elise, ahora en un tono más bajo—. No que Lex sea buena. Es estupenda. Pero le he dedicado cinco años a este equipo. Crucé el país por él. No tengo un plan B. El hockey es lo único que conozco.

Sienna dio un sorbo a su café y tomó un bocado de bizcocho; el toque ácido del limón contrastaba con el glaseado dulce y el crujido de las semillas de amapola en la lengua. El café se estaba llenando a su alrededor, y el suave tintineo de las tazas y el murmullo de las conversaciones creaban una privacidad que resultaba más íntima que una habitación silenciosa.

—Yo antes jugaba al tenis —dijo ella.

Elise dejó la taza en el plato. —Mencionaste algo. ¿Dónde?

—En San Diego. Estaba clasificada en el circuito juvenil para cuando cumplí los dieciséis. Mis padres estaban convencidos de que iba a ser la próxima Michael Chang. —Sonrió ante el recuerdo, que era a la vez cariñoso y doloroso—. No fue así. Era buena, pero no excepcional. Llegué al circuito profesional, jugué unas cuantas rondas clasificatorias en el US Open y luego me destrocé el tobillo a los diecinueve.

Elise volvió a soltar la taza. —¿Qué pasó?

—Una fractura por estrés que llevaba meses ignorando porque mis padres habían sacrificado todo por mi carrera y no soportaba decirles que mi cuerpo estaba fallando. Colapsó durante un partido en Brisbane. Una segunda ronda de clasificación contra una jugadora con peor ranking que yo. Oí cómo se partía el hueso. —Recorrió el borde de su taza de café. El recuerdo era antiguo, pero aún conservaba sus aristas, y todavía le dolía el pecho cuando pensaba en ello demasiado rápido—. Pasé seis meses con una bota y otro año en rehabilitación, y para cuando pude volver a jugar, había perdido mi puesto en el ranking, mis patrocinadores y casi toda mi confianza. Fue entonces cuando decidí estudiar medicina.

—Así que tu lesión te trajo hasta aquí.

—Dando muchos rodeos, sí. —Sienna se encontró con los ojos de Elise al otro lado de la mesa—. Lo peor que me pasó se convirtió en lo mejor. No digo esto para minimizar por lo que estás pasando. Sé lo que se siente al estar fuera y ver a otros vivir la vida que tú querías. Pero a veces el camino cambia y terminas en un lugar mejor.

Elise la estudió. Los sonidos del café se desvanecieron. El sol se había desplazado por la mesa y tocaba el borde de la mano de Sienna, calentándole los nudillos.

—Cuéntame más —dijo Elise—. Sobre ti. No sobre la doctora. Sobre ti.

La pregunta pilló a Sienna desprevenida. La gente no le preguntaba por ella misma. Preguntaban por sus lesiones, sus plazos de rehabilitación, sus niveles de dolor. Le pedían opiniones profesionales y altas médicas. No se inclinaban sobre la mesa de un

café con curiosidad genuina y le pedían que hablara de sí misma como si fuera alguien que valiera la pena conocer.

—¿Qué quieres saber?

—Cualquier cosa. Todo. ¿Dónde creciste? ¿Tienes hermanos? ¿Qué haces cuando no estás arreglando atletas?

Sienna se rió. El sonido la sorprendió a ella misma; era ligero y espontáneo de una forma que rara vez se permitía ser. —Crecí en San Diego. Mi padre es cardiólogo y mi madre también era médica y pianista de conciertos a tiempo parcial. No tengo hermanos. Leo revistas médicas por diversión, lo cual sé que es patético. Nado en el mar tres mañanas a la semana porque es lo único que me silencia el cerebro. Y preparo unos huevos revueltos muy buenos, como ya sabes.

Elise sonrió de oreja a oreja. Fue una sonrisa de verdad, amplia y abierta, y el calor en el pecho de Sienna se disparó.

—Pianista de conciertos —dijo Elise—. Eso explica muchas cosas.

—¿Qué explica?

—La atención al detalle. La concentración. Doblas la servilleta en cuadrados perfectos. —Elise señaló con la cabeza las manos de Sienna, que, en efecto, habían estado doblando la servilleta en cuartos perfectos sin darse cuenta.

Sienna se miró las manos. La servilleta estaba perfectamente cuadrada. La desdobló con lo que esperaba que fuera una elegancia casual y la dejó sobre la mesa.

—A mi madre le encantaría saber que su legado es doblar servilletas.

—Y tienes unas manos bonitas y dedos largos.

Hubo una pausa, sus ojos se encontraron y Sienna sintió que se sonrojaba.

—Espera. Cuando tenías dieciséis años y estabas en el circuito juvenil de tenis, yo tenía cinco. —Elise levantó las cejas—. Tú estabas compitiendo en el US Open mientras yo aprendía a atarme los cordones.

—Gracias por el cálculo matemático. Ahora me siento anciana.

—Anciana no. Experimentada. —A Elise le tembló la comisura de los labios—. Distinguida.

—Lo estás empeorando.

—Vivida. Madura. Cronológicamente bendecida.

—Como sigas, te echo el café sobre el cabestrillo.

Elise se echó a reír, y el sonido atravesó a Sienna como la luz del sol a través del cristal, cálido y directo, iluminando todo lo que tocaba. Estaba tan guapa cuando reía... Toda su cara cambiaba; las líneas de preocupación se suavizaban, sus ojos se entrecerraban y su boca se veía amplia y generosa. Su pelo oscuro se estaba secando en ondas sueltas alrededor de su cara y el cabestrillo la hacía parecer más joven de algún modo, con menos armadura, como si la lesión hubiera despojado la compostura exterior que solía llevar en el hielo.

Sienna fue a coger su café y se dio cuenta de que le temblaba la mano. Era casi imperceptible, la vibración más sutil en las puntas de los dedos, pero ella la sentía. Envolvió la taza con ambas manos y se aferró a ella.

—Gracias por esto —dijo Elise. Su voz había vuelto a bajar de volumen, pero ahora era un tipo de silencio diferente. Cálido—. Por traerme aquí. Por contarme lo del tenis. Por simplemente... hablar conmigo como a una persona en lugar de como a una paciente.

—Eres una persona.

—Lo sé. Pero a veces se me olvida. —Elise le sostuvo la mirada, directa y escrutadora, y Sienna se dejó ver.

Era aterrador. Ser vista por Elise Moreno, sin el escudo de un historial médico o un título profesional, o la distancia de seguridad que había mantenido durante veinte años con cada mujer que le había acelerado el pulso. Elise la miraba al otro lado de la mesa de un café bajo el sol de la mañana y la veía a ella, no a la doctora Park, ni a la médica de las Valkyries, sino a Sienna. La mujer que nadaba en el océano, doblaba servilletas y una vez fue una tenista con un sueño que se rompió.

—Deberíamos volver —dijo Sienna, porque si se quedaba sentada allí un segundo más, iba a decir palabras de las que no podría retractarse—. Tengo una cita a la una.

—Cierto. —Elise se incorporó y su semblante decayó durante medio segundo antes de recomponerse—. Gracias, doctora.

—Sienna.

La palabra salió de su boca antes de que hubiera decidido decirla. Los ojos de Elise se abrieron un poco y la comisura de su boca se curvó hacia arriba.

—Gracias, Sienna.

Su nombre en boca de Elise era todo lo que había parecido en el mensaje de medianoche: cálido, íntimo y demasiado cercano a lo que deseaba. Sienna se levantó, recogió sus cosas y salió de Lavender's a la luz del sol con Elise a su lado y el pulso martilleándole las costillas.

Caminaron de vuelta al estadio en un silencio cargado de cosas que ninguna de las dos decía. Sus brazos se rozaron una vez, en la esquina donde el sendero del paseo marítimo giraba de nuevo hacia el estadio, y ninguna de las dos se apartó. Una gaviota chilló sobre sus cabezas.

Y Sienna miró el perfil de Elise, con el sol dándole de lleno en la cara, su mandíbula marcada, sus pestañas oscuras y esa boca que intentaba no sonreír, y pensó: «No voy a sobrevivir a esto».

8

ELISE

Elise se despertó pensando en las manos de Sienna.

No de una forma que pudiera defender ante una persona razonable, pero ahí estaba el pensamiento. La alarma había sonado a las seis y media, con la luz gris de la mañana presionando contra sus cortinas, y antes de darse la vuelta o registrar el dolor en el hombro o recordar qué día era, su cerebro le había servido la imagen de los dedos de Sienna sobre su escápula durante la sesión de ayer, cálidos y seguros, guiando su brazo en todo su rango de movimiento. El recuerdo vivía en sus músculos. El fantasma de aquel contacto permanecía en su piel, la presión de cada yema de los dedos, y le estaba provocando cosas en el pulso que no tenían nada que ver con los antiinflamatorios que se le había olvidado tomar.

Se duchó, se vistió, se comió una barrita de proteínas de pie junto a la encimera de la cocina —porque aún no había logrado dominar el arte de cocinar con una sola mano— y condujo hasta el estadio con las ventanillas bajadas y la radio poniendo una canción que no llegó a escuchar.

Los pasillos estaban tranquilos a esta hora. Los entrenamientos no empezaban hasta dentro de cuarenta minutos y las instalaciones tenían esa cualidad vacía y resonante de un edificio que espera a

llenarse. Sus zapatillas chirriaban contra el suelo pulido. El gimnasio estaba a oscuras tras las puertas de cristal. La sala de descanso del equipo estaba cerrada. En algún lugar profundo del edificio, el sistema de ventilación zumbaba, y el lejano estruendo de alguien apilando material en el almacén traspasaba las paredes.

Llegaba temprano. Sabía que llegaba muy temprano. Su sesión con Sienna no era hasta las ocho y media y apenas eran las ocho, y no había ninguna razón médica para que estuviera caminando a paso ligero por el pasillo hacia la unidad médica con su bolsa de deporte rebotando contra su hombro sano y el estómago dándole vueltas.

Quería ver a Sienna. Esa era la verdad, despojada de todas las excusas que se había estado inventando desde ayer. No por la rehabilitación, ni por el hombro, ni por obligación profesional. Porque ayer en Lavender's, Sienna le había contado lo de su carrera de tenis y el tobillo y el sueño roto, y había mirado a Elise a través de la mesa de la cafetería y le había dicho «nunca has sido un caso perdido», y Elise se había llevado esas palabras a casa como un amuleto, dándoles vueltas en su mente antes de quedarse dormida.

Y luego, esta mañana, las manos.

Ralentizó el paso al llegar a Medicina. La puerta estaba cerrada. Llamó dos veces y oyó la voz de Sienna diciendo «adelante» desde dentro; empujó la puerta con lo que esperaba que fuera una expresión casual que dijera «estoy aquí para mi cita programada de siempre y definitivamente no he llegado veinticinco minutos antes porque quisiera verte».

Sienna estaba en su escritorio, tecleando notas en su portátil. Se giró cuando la puerta se abrió y su rostro pasó por una secuencia rápida y complicada que Elise se estaba volviendo experta en leer: neutralidad profesional, luego sorpresa, luego placer y, finalmente, la cuidadosa supresión de ese placer para volver a la neutralidad. Todo en apenas medio segundo. Sienna llevaba hoy una blusa de seda verde oscuro, con las mangas remangadas hasta los codos, y sus gafas reflejaron la luz del techo cuando ladeó la cabeza.

—Has llegado pronto.

—Tengo muchas ganas —se apoyó contra el marco de la puerta con lo que esperaba que fuera un encogimiento de hombros despreocupado.

—Muchas ganas, sí. Veinticinco minutos de ganas.

Elise dejó caer su bolsa junto a la puerta—. Soy una paciente modelo. Ya lo establecimos.

La comisura de la boca de Sienna se curvó hacia arriba. Cerró el portátil y se levantó—. ¿Cómo está el hombro esta mañana?

—Rígido. Pero el dolor ha mejorado. Estoy en un tres la mayor parte del día.

Sienna cruzó la habitación hacia la camilla de tratamiento y descorrió la cortina, un hábito que mantenía incluso cuando no había nadie más en la sala—. Echemos un vistazo. Quítate la parte de arriba, por favor.

Elise dejó su bolsa junto a la puerta y se quitó la sudadera con cremallera por la cabeza. El cabestrillo convertía el hecho de desvestirse en toda una producción, una torpe negociación a una mano con la tela que antes solía llevar dos segundos; para cuando se quedó en el sujetador deportivo, había dejado la sudadera del revés y las mangas se habían enredado con las correas del cabestrillo. La lanzó sobre la silla con la gracia de un gato cayéndose de un estante.

Sienna la miraba. No de la forma profesional, en la que sus ojos siguen el lugar de la lesión y evalúan el rango de movimiento y anotan los datos clínicos. De una forma distinta. Su mirada recorrió la clavícula de Elise, bajó por la línea de sus hombros, recorrió la piel expuesta sobre el sujetador deportivo y entonces se contuvo. El color subió a sus mejillas, rápido y vívido, y apartó la mirada mientras se ajustaba las gafas con un gesto que Elise empezaba a reconocer como una señal de nerviosismo. Siempre que Sienna se ponía nerviosa, su mano iba a las gafas.

Elise se sentó en la camilla y no dijo nada. No hacía falta. El rubor en las mejillas de Sienna decía bastante, y el calor que subía por el propio cuello de Elise decía el resto.

—Bien —Sienna se acercó, con la expresión recuperada en una calma profesional—. Deja que revise la articulación. Sus dedos

encontraron el hombro, presionando a lo largo de la cápsula anterior, comprobando la hinchazón. El moratón se había desvanecido más desde la semana pasada; ahora era apenas una mancha de color amarillo pálido en el deltoides, casi invisible.

Cada lugar que Sienna tocaba, la piel de Elise se encendía. No era dolor. Era lo opuesto al dolor, una corriente que iba desde el punto de contacto, atravesaba su pecho y bajaba hasta su estómago, insistente. El pulgar de Sienna presionó el tejido blando sobre su clavícula y la respiración de Elise se entrecortó, solo un poco, y apretó la mandíbula para no emitir ningún sonido.

—Rotación externa —Sienna sostuvo el codo de Elise con una mano y puso la otra plana contra su escápula. La palma se sentía cálida a través de la tira del sujetador deportivo, cada dedo era perceptible. Guió el brazo de Elise hacia fuera con un control lento y constante, y el aliento de Sienna le calentó el hombro, lo suficientemente cerca como para erizarle el vello.

—Mucho mejor que la semana pasada —dijo Sienna. Su voz era firme pero más baja de lo habitual—. La laxitud está disminuyendo. Te estás fortaleciendo.

—Debe de ser el trabajo en el gimnasio de rehabilitación.

La boca de Sienna hizo un pequeño gesto. Rotó el brazo de Elise en flexión y luego en abducción, ajustando los dedos en cada posición. Cuando pasó a la prueba de aprensión, la posición que había hecho que Elise se tensara la última vez, ella se preparó para el brote de ansiedad, pero el agarre de Sienna era tan seguro y sus manos tan cálidas que el miedo no llegó. En su lugar, se quedó sentada en la camilla en sujetador deportivo con las manos de Sienna Park sobre su cuerpo y se permitió sentirlo todo. La electricidad. El deseo. La atracción constante y profunda hacia esta mujer que la tocaba con tanto cuidado que le hacía doler el pecho.

—¿Cómo estás? —preguntó Sienna, dando un paso atrás para tomar notas en su tableta. La pregunta no era sobre el hombro. O tal vez sí. Con Sienna, lo clínico y lo personal se mezclaban de formas que cada vez eran más difíciles de separar—. En general, quiero decir. Más allá de la rehabilitación.

Elise encogió las rodillas sobre la camilla y las rodeó con su brazo sano. La unidad médica estaba en silencio. El olor antiséptico de la sala se veía matizado por el perfume de Sienna, limpio y sutil, el mismo aroma que había percibido en Lavender's ayer.

—¿Sinceramente?

—Siempre.

—Baja de ánimos —la palabra salió plana. No había pretendido decirlo con tanta crudeza, pero Sienna la miraba con esos ojos oscuros y firmes y Elise no tenía energía para fingir que estaba bien —. Estoy muy baja, Sienna. El hombro mejora y sé que la rehabilitación funciona y debería estar agradecida por ello, pero el resto... —se interrumpió. A través de la pared de la unidad médica, las instalaciones se estaban despertando. Pasos en el pasillo. El portazo de una taquilla. Alguien riendo—. Las otras jugadoras son geniales. Me escriben, me preguntan cómo estoy, me dicen que me echan de menos. Pero ellas tienen partidos y entrenamientos y cenas de equipo y todas las cosas de las que yo solía formar parte, y yo estoy aquí fuera mirándolo a través de una ventana.

No le había dicho nada de esto a nadie. Ni a Lou, que la había llamado dos veces esta semana con preguntas amables y prácticas que, de alguna manera, la hacían sentir peor. Ni a Frankie, que se había pasado por su apartamento con un pack de seis cervezas y un juego de cartas y se había pasado la noche evitando cuidadosamente hablar de hockey. Ni a su madre, que la había llamado desde California para preguntarle si estaba comiendo bien y decirle que descansara. A todas les importaba. Sabía que se preocupaban. Pero ninguna entendía lo fundamentalmente mal que se sentía al estar separada de lo que la definía, como si alguien hubiera quitado un muro de carga y esperara que la estructura se mantuviera en pie.

Sienna dejó la tableta. Sacó el taburete de debajo de la encimera y se sentó, cerca de la camilla, con las rodillas casi rozando el borde donde Elise estaba sentada.

—Ese aislamiento es normal —dijo Sienna—. No lo hace más fácil, pero es una parte reconocida del proceso de una lesión. Los atletas vinculan su identidad a su deporte, y cuando el deporte

desaparece, la identidad se fractura. Lo que describes no es debilidad. Es duelo.

—Duelo.

—Por la versión de ti misma que falta temporalmente. La jugadora, la compañera, la persona que pertenece a ese vestuario. Va a volver. Pero ahora mismo no está, y eso duele.

A Elise se le cerró la garganta. Apretó los labios y miró al techo, a las placas acústicas y a la rejilla de ventilación que necesitaba una limpieza, porque si seguía mirando a Sienna, iba a llorar.

La palabra la golpeó con más fuerza de la que esperaba. Duelo. Ella lo había estado llamando frustración, aburrimiento, la impaciencia natural de un atleta apartado de la competición. Llamarlo duelo lo hacía real. Lo hacía algo más grande que una lesión de hombro y un calendario de rehabilitación y el número de semanas que faltaban para poder volverse a calzar los patines. Presionó la uña del pulgar contra la palma de la mano debajo del cabestrillo, y ese pequeño dolor de la marca en media luna la ayudó a centrarse.

—Nadie más lo entiende —dijo Elise—. Mis amigas lo intentan, pero ellas siguen dentro. Tienen el próximo partido y la próxima sesión de entrenamiento y el próximo viaje, y yo estoy sentada en mi apartamento cenando comida para llevar por tercera noche consecutiva viendo las jugadas destacadas en el móvil. No pueden ver cómo es esto desde dentro porque nunca han estado fuera.

Sienna tenía las manos en el regazo—. Yo sí.

Dos palabras. Tranquilas, sin peso ni dramatismo, pero Elise bajó la vista del techo y se encontró con la mirada de Sienna y lo vio: el reconocimiento. No era simpatía, ni lástima, ni ese «estoy segura de que todo irá bien» bienintencionado pero vacío que todos los demás ofrecían. Era reconocimiento. Sienna sabía cómo se sentía aquello porque lo había vivido. Su carrera de tenis, el tobillo roto, los seis meses con una bota ortopédica viendo cómo otras jugadoras ocupaban su lugar. Ella se había quedado fuera de su propia vida y había visto cómo esta seguía adelante sin ella, y esa herida compartida era más reconfortante que cualquier cosa que Lou o Frankie o su madre hubieran dicho en tres semanas.

Elise tragó saliva con dificultad—. Gracias. Por escucharme de verdad.

Sienna le sostuvo la mirada. La unidad médica estaba muy silenciosa—. Cuando quieras.

El momento se alargó entre ellas. Entonces Elise se aclaró la garganta y volvió a ponerse la sudadera, otra vez torpe y con un solo brazo, y el ambiente volvió a un terreno firme.

—Ven a mi casa esta noche —dijo—. A cenar.

Las palabras salieron con más confianza de la que sentía. Llevaba pensando en ello desde ayer, desde el paseo de vuelta de Lavender's en el que sus brazos se habían rozado y ninguna se había apartado. Quería más de eso. Más de esa conversación y de la facilidad y de la forma en que Sienna la hacía sentir vista en lugar de rota.

Las manos de Sienna se quedaron quietas sobre la tableta—. ¿Esta noche?

—Nada lujoso. Solo comida y compañía. Estoy harta de comer sola —mantuvo la voz casual, pero el corazón le martilleaba—. Podrías conocer mi terrible forma de cocinar.

Sienna enarcó una ceja—. Me he fijado en tu terrible forma de cocinar en la cocina de las jugadoras. Ayer quemaste una tostada y te la comiste igual.

—Era por el toque crujiente.

La boca de Sienna se curvó. Miró su tableta, luego otra vez a Elise, y el debate interno era visible en su rostro. Sus dedos tamborilearon una vez contra la funda de la tableta, un movimiento pequeño e inquieto.

—Iré —dijo Sienna—. Pero yo me encargo de recoger la comida. No vas a cocinar con un solo brazo.

—Eso es un insulto.

—Es una directiva médica.

La suavidad en la voz de Sienna le quitó hierro a las palabras; Elise sonrió, a Sienna se le subieron los colores y toda la habitación pareció iluminarse.

Elise ya estaba retrocediendo hacia la puerta—. ¿A las siete?

—A las siete.

Elise recogió su bolsa y se dirigió a la puerta con una ligereza al caminar que no tenía cuando llegó. En el umbral, se volvió. Sienna ya estaba ante el portátil de nuevo, pero su postura era diferente, más relajada, y había el fantasma de una sonrisa en su rostro de la que probablemente ni siquiera era consciente.

—Hasta luego, Sienna.

—Hasta luego.

Salió de Medicina y recorrió el pasillo hacia la sala de descanso con el plan de la cena brillando en su pecho como una brasa cálida. El pasillo estaba ahora más concurrido, las instalaciones plenamente despiertas, y los sonidos del equipo llenaban el edificio de todas esas formas que solían hacer que le doliera todo. Pero por primera vez en semanas, el dolor estaba mitigado. Sienna iba a ir a su apartamento. Esta noche. A cenar.

Empujó la puerta de la sala de descanso.

La sala era una estancia grande y luminosa con sofás de cuero, una pantalla en la pared que mostraba repeticiones de partidos y una pequeña cocina en la esquina donde alguien había hecho café con olor a quemado. Las ventanas daban al aparcamiento, donde el sol de la mañana proyectaba sombras alargadas sobre el asfalto.

Lou estaba en uno de los sofás con Camille, ambas con ropa de entrenamiento. Frankie estaba desparramada en un sillón con las piernas sobre el reposabrazos, mirando el móvil. Dani estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo, cerca de la ventana, con su pelo trenzado aún húmedo de la práctica, comiéndose un plátano con ese enfoque tranquilo y pausado que ponía en todo. Y Lex estaba en la encimera de la cocina, sirviéndose café, con su pelo oscuro suelto sobre los hombros.

—¡Moreno! —Frankie bajó las piernas—. ¿Cómo va ese hombro?

—En proceso —Elise flexionó el hombro con cautela.

—¿«En proceso» qué significa? ¿Jugar pronto? ¿Jugar algún día? ¿Jugar antes de que me jubile?

—Jugar cuando la doctora Park lo diga.

Frankie arqueó las cejas con picardía—. Ah, la doctora Park. ¿Y qué tal está la buena doctora?

Elise ignoró el gesto de las cejas y se sentó en el sofá frente a Lou y Camille. El cuero estaba frío contra la parte posterior de sus piernas.

Lou levantó la vista del móvil—. Tienes mejor cara.

Elise parpadeó—. ¿Ah, sí?

—Pareces menos alguien a quien le han matado el perro —la mirada de Lou era aguda y evaluadora como siempre, ese ojo de capitana que no se perdía nada—. Has estado con una cara horrible, Elise. No lo discutas, es verdad. Pero hoy pareces mejor.

Elise se encogió con su hombro sano—. Buena sesión de rehabilitación.

Lou le sostuvo la mirada y luego volvió a su móvil. No insistió. Lou nunca insistía. Veía las cosas y las dejaba pasar, y Elise la adoraba por eso.

Camille se inclinó hacia delante por encima del hombro de Lou—. Estamos hablando del partido del sábado. La defensa de Montreal ha estado muy cerrada esta temporada y Mara quiere probar una nueva jugada de power play. Lex tiene una idea para una secuencia de pases cruzados que podría aprovechar su cobertura en el lado débil.

—No es solo una idea —dijo Lex desde la cocina. Se acercó con su café y se sentó en el brazo del sofá junto a Frankie. Su energía era inquieta y brillante, la confianza cinética de alguien que estaba jugando el mejor hockey de su carrera y lo sabía—. He estado viendo imágenes de sus situaciones de inferioridad. Su defensa izquierdo se mete hacia la zona de peligro cada vez. Si Camille se coloca en la media banda y yo me desplazo al poste lejano, se abre un hueco para un tiro directo.

—Enséñame —dijo Lou, y Lex cogió un bolígrafo y empezó a dibujar en una servilleta, y de repente la sala se llenó de charla sobre hockey. Líneas y formaciones y lecturas defensivas y la velocidad del tiro de muñeca de Camille desde el círculo izquierdo. Frankie intervino con un comentario sobre la recuperación del disco. Dani hizo una observación tranquila sobre la debilidad del portero de Montreal en el lado del guante. Lou escuchó a todas y luego dijo tres frases que, de alguna manera, sintetizaron todo aquello en una estrategia coherente.

Elise se quedó sentada en medio de todo y sintió que la brecha se ensanchaba.

No es que la excluyeran. Camille le pidió su opinión sobre la formación de power play y ella se la dio, y Lex asintió y dijo «buen punto» con respeto genuino. Pero cuando la conversación avanzó, lo hizo sin ella, volviendo al juego que no podía jugar y al hielo que no podía pisar. Lex estaba animada, hablando del partido de Montreal con un fuego que decía que estaba a punto de estar brillante y lo sabía. Camille se apoyó en el costado de Lou. Dani se trenzaba el pelo con ambas manos, tranquila y plenamente presente.

Ella jugueteó con el envoltorio de la barrita de proteínas en su regazo, enrollando el papel de aluminio en un cilindro apretado entre sus dedos. En la pantalla detrás de la cabeza de Lou pasaban imágenes de un partido en silencio, la última victoria de las Valkyries fuera de casa. Allí estaba ella en el hielo en el turno inicial, con el número diecisiete, sacando un disco de la esquina con la eficiencia despiadada sobre la que había construido su carrera. Hace cuatro semanas. Podrían haber sido cuatro años.

Frankie la miró—. ¿Estás bien, Moreno?

—Bien. Solo cansada.

Frankie la estudió. La energía bromista desapareció y lo que quedó debajo era más agudo, más cuidadoso—. Nos lo dirías, ¿verdad? Si no estuvieras bien.

Elise jugueteó con el papel en su regazo—. Estoy bien, Frankie.

—Porque tienes esa expresión. Esa en la que sonríes pero tus ojos no te acompañan.

Elise forzó una sonrisa y dejó el envoltorio hecho una bola sobre la mesa—. Mis ojos me acompañan perfectamente.

Frankie no pareció convencida, pero lo dejó pasar, dándole un suave golpe en el hombro sano a Elise antes de volver a la formación de la servilleta de Lex.

Elise se levantó—. Me voy a marchar. Buena suerte el sábado.

—Vendrás a vernos, ¿verdad? —preguntó Frankie.

—No me lo perdería.

Salió de la sala con un saludo que sintió vacío y caminó por el pasillo hacia la salida. Los sonidos del equipo se desvanecieron a su

espalda, amortiguados por la puerta al cerrarse, y el pasillo volvió a quedar en silencio. Sus zapatillas chirriaban en el suelo pulido.

Su móvil vibró en el bolsillo. Lo sacó.

¿Alguna restricción dietética que deba saber? — S

Sienna. Ya estaba planeando la cena. El mensaje era tan perfectamente ella, práctico y organizado, que Elise sonrió a pesar del peso que sentía en el pecho.

Ninguna restricción. Sorpréndeme.
Lo intentaré. Nos vemos a las siete.

Elise se guardó el móvil y cruzó la salida del personal hacia el aparcamiento. El sol le daba calor en la cara. El aire salado llegaba desde el océano, mezclándose con el olor del asfalto caliente y el jazmín que crecía junto a la valla del estadio. Se quedó junto a su coche un momento, con las llaves en la mano buena, y dejó que esos dos sentimientos convivieran en su pecho: el dolor de estar fuera y el consuelo tranquilo de que alguien desde dentro la viera allí.

A las siete. Sienna en su puerta. Comida que no tendría que cocinar. Una conversación que no la hacía sentir invisible.

Se subió al coche y condujo a casa.

9

SIENNA

Aquella tarde, Sienna se detuvo en el restaurante japonés a tres manzanas del estadio. Era un local pequeño con una ventanilla en el mostrador, un menú escrito a mano y una cola que solía desbordarse por la acera a la hora del almuerzo; pero a las seis y media no había nadie, y la mujer tras el mostrador reconoció a Sienna por su pedido semanal.

—¿Edamame extra?

—Por favor.

Sienna pagó y esperó junto a la ventana con la bolsa de papel marrón calentándole las manos y el olor a miso y jengibre escapando por las juntas. Fuera, las farolas se estaban encendiendo y el cielo lucía el azul intenso y amoratado de un atardecer en Phoenix Ridge, con la última luz desvaneciéndose sobre el océano hacia el oeste. Un jirón de agua se extendía entre dos edificios, oscuro e inmóvil.

Iba a cenar al apartamento de Elise. Llevaba una bolsa de comida japonesa y estaba a punto de caminar cuatro manzanas hasta la casa de una jugadora para sentarse en su sofá, comer, hablar y estar cerca de ella durante una velada que no tenía justificación médica alguna.

Aquello no era apropiado. Sabía que no lo era. Había pasado la tarde hilvanando argumentos sobre por qué sí era adecuado, construyendo una defensa en la que no creía. Elise estaba aislada y pasándolo mal. Necesitaba apoyo. Sienna era la persona que entendía la experiencia de una lesión desde dentro, y proporcionar atención emocional formaba parte del cometido de un médico deportivo. Todo eso era cierto. Pero también eran excusas, y Sienna era demasiado honesta consigo misma como para fingir lo contrario.

Quería ver a Elise. Quería sentarse frente a ella y observar cómo se le formaban arruguitas en los ojos al reír, escuchar su humor seco y cortante y sentir su magnetismo incluso cuando estaba triste. Esa era la verdadera razón. Todo lo demás era solo un andamiaje.

Fue caminando. Podría haber ido en coche, pero el trayecto era corto, la noche era apacible y necesitaba tiempo para serenarse. La acera aún conservaba el calor del sol del día y el aire salino soplaba desde el océano en alientos lentos y constantes. Pasó por delante de Lavender's, donde las luces estaban encendidas y la propia Lavender limpiaba el mostrador tras el cristal; pasó por la calle bordeada de árboles por la que ella y Elise habían caminado ayer, y por el banco con vistas al agua donde solía sentarse la pareja de ancianos con su perro. El banco estaba vacío ahora. El agua estaba oscura.

El edificio de Elise era un bloque de apartamentos de estuco pintado de crema, con balcones de hierro y eucaliptos flanqueando la entrada. Sienna ya había estado allí una vez, la noche de la lesión, cuando trajo a Elise en coche desde el hospital y le preparó huevos revueltos en su cocina. Aquello había sido cortesía profesional. Esto no lo era. Subió las escaleras hasta la segunda planta, con la bolsa de papel bajo el brazo, y llamó a la puerta.

Elise abrió y lo primero que notó Sienna fue que el apartamento estaba iluminado con velas.

No muchas. Unas pocas en la mesa de centro, un par en la encimera de la cocina, una en el alféizar de la ventana. Pero estaban allí, proyectando un resplandor tenue y ambarino que transformaba el salón de planta abierta en un espacio más suave y cálido de lo que habrían permitido las luces del techo. La camiseta enmarcada de las Valkyries en la pared captaba la luz de las velas. La estantería

con biografías de deportistas y novelas policíacas quedaba en sombra. La cocina olía a café y vainilla, y a ese olor cercano y vivido de un lugar que alguien se ha tomado el tiempo de preparar.

—Hola —dijo Elise. Llevaba una camiseta holgada y pantalones de chándal, y tenía el pelo oscuro suelto sobre los hombros, algo que Sienna nunca había visto. No llevaba el cabestrillo. Su brazo izquierdo colgaba a su costado y el hombro se movía con una rigidez cuidadosa que indicaba que estaba probando el rango de movimiento pero sin forzarlo.

—Hola. —Sienna levantó la bolsa—. He traído sushi, edamame, gyoza y miso. Y extra de wasabi, porque me pareces el tipo de persona que come demasiado wasabi.

Elise se cruzó de brazos, con la mano sana bajo el brazo lesionado—. Como exactamente la cantidad adecuada de wasabi.

—Eso es lo que dicen todos los que comen demasiado wasabi.

Elise sonrió y se hizo a un lado. Sienna entró en el apartamento y dejó la comida en la encimera de la cocina; había velas por todas partes. Suaves y tenues, creaban una luz que desdibujaba los bordes y hacía que todo pareciera más cercano de lo que era.

Parecía romántico. Parecía una cita.

El pulso de Sienna se aceleró. Se dijo a sí misma que solo eran velas. La gente enciende velas. Es algo normal. No significaba nada. Probablemente Elise encendía velas todas las noches. Probablemente compraba velas aromáticas al por mayor y tenía opiniones sobre el tamaño de la mecha y el tipo de cera.

O las había encendido por Sienna.

Se sacudió el pensamiento y se centró en una tarea que pudiera controlar. Empezó a desempaquetar la comida. Los recipientes estaban pulcramente etiquetados, pues la mujer del local japonés era meticulosa, y Sienna los dispuso en la encimera en el orden en que siempre organizaba las cosas: primero el sushi, luego los platos calientes y después los acompañamientos. Estaba a mitad de la organización cuando se sorprendió a sí misma clasificando los sobres de salsa de soja por colores y se detuvo.

—Estás organizando la comida para llevar —dijo Elise. Estaba apoyada en la encimera junto a ella, con la cadera ladeada,

observándola con una diversión evidente. La luz de las velas resaltaba el verde de sus ojos y les daba un toque ambarino en los bordes.

—La estoy disponiendo de forma eficiente.

Elise asomó la cabeza por encima de su hombro—. Has puesto la salsa de soja por orden de tamaño.

Sienna bajó la vista. En efecto, había puesto los sobres de salsa de soja por tamaños, de menor a mayor, con las etiquetas orientadas en la misma dirección. Los amontonó con toda la dignidad que pudo reunir—. Por inercia.

—¿Así es como tienes la nevera? ¿Todo etiquetado y mirando hacia delante?

—En mi nevera hay leche de avena y un recipiente con sobras que aún no he identificado. No hay nada que organizar.

Elise se llevó una mano al pecho—. Esa es la nevera más triste de la que he oído hablar en mi vida.

Sienna se irguió y se colocó un mechón de pelo tras la oreja—. Es funcional.

—Es un grito de auxilio, Sienna.

Comieron en la mesa de la cocina, que era pequeña y redonda, situada bajo una ventana que daba a los árboles del exterior. La vela de la mesa estaba entre ellas, y la llama proyectaba sombras cambiantes sobre el rostro de Elise. La comida estaba buena. El edamame estaba perfectamente salado y las gyozas tenían la base crujiente; Sienna comía despacio y observaba a Elise manejarse con el sushi usando una sola mano funcional y un par de palillos con una determinación que resultaba impresionante a la par que un poco peligrosa.

—Si se te cae eso en la salsa de soja, no voy a pescarlo —dijo Sienna.

—No se me ha caído ni una pieza.

Sienna enarcó una ceja y señaló con intención la servilleta sobre el regazo de Elise—. Se te ha caído una hace dos minutos.

—Eso ha sido un traslado estratégico.

Sienna se rió. La risa surgió con facilidad, como siempre le pasaba con Elise, y se permitió disfrutarlo. La cocina se sentía

pequeña y privada bajo la luz de las velas, apartada de todo lo exterior. A través de la ventana, los árboles eran siluetas oscuras contra el cielo nocturno, y los sonidos de la calle quedaban amortiguados en un zumbido bajo.

Hablaron. Primero sobre la familia de Elise: el estoicismo de su madre, el orgullo silencioso de su padre y su hermana Sophie, que ahora estudiaba enfermería y llamaba a Elise todos los domingos para quejarse de los deberes de anatomía.

—Mi madre quiere que vaya a casa por Navidad —dijo Elise, pinchando una gyoza y mordiéndola; la base crujiente chasqueó entre sus dientes—. Dice que sueno diferente por teléfono.

—¿Diferente cómo?

—Más callada. —Elise torció el gesto—. Me sigue enviando paquetes con latas de sopa. Y eso que soy una atleta profesional.

Sienna sonrió. Giró lentamente su vaso de agua sobre la mesa—. Mi madre me envió un programa de concierto enmarcado cuando me mudé a Phoenix Ridge. El Tercero de Rachmaninov, en el Centro de Recitales de San Diego. Creo que era su forma de decir que estaba orgullosa, pero se interpretó más bien como un «recuerda cómo es la excelencia».

Elise se rió, deteniendo los palillos a mitad de camino hacia la boca—. Eso es brutal.

—No es brutal. Es simplemente coreana. Cuando conseguí el trabajo en las Valkyries, mi padre me envió un mensaje que decía «bien hecho» y un enlace a un artículo sobre sillas de oficina ergonómicas.

Elise sacudió la cabeza, sonriendo—. Mi padre me habría llevado al Applebee's y habría llorado sobre su servilleta. Lloró en mi graduación de la universidad. Llora con los anuncios de comida para perros.

La ternura en la voz de Elise hizo que a Sienna se le encogiera el pecho—. Eso suena encantador.

—Lo es. —La voz de Elise se volvió suave—. Simplemente lo siente todo y no puede ocultar nada. —Hizo una pausa, moviendo un trozo de gyoza por el plato—. ¿Tuviste internet de pequeña? Me refiero a internet de verdad.

Sienna parpadeó—. Tuve conexión telefónica en la universidad. ¿Por qué?

—Yo tenía conexión telefónica a los siete años. Mi hermana me enseñó a bajar música de Limewire.

—Yo tenía casetes a los siete años, Elise.

Elise mostró una sonrisa pícara—. ¿Cómo era aquello, el Paleolítico?

—Me voy a marchar.

—No, no lo harás. —La sonrisa se suavizó, volviéndose más dulce —. Me gusta que tuvieras casetes. Me gusta que recuerdes un mundo anterior a todo esto. —Señaló vagamente su teléfono sobre la mesa—. Es parte de la razón por la que eres tan «presente». Tú miras de verdad a la gente cuando habla.

El cumplido pilló a Sienna con la guardia baja, llegando por una puerta que no esperaba.

El contraste se asentaba entre ellas sobre la mesa, tácito. El padre de Elise, que lloraba por todo. Los padres de Sienna, que no lloraban por nada. La diferencia de edad entre ambas, que asomaba en los lugares más insospechados.

Elise le hizo otra pregunta y la conversación se trasladó a otro terreno. Le contó sobre sus padres más de lo que le había contado a nadie en años: la consulta de cardiología de su padre, las largas jornadas y el busca sobre la mesa de la cocina; el piano de cola Steinway de su madre en el salón, la casa que siempre había estado llena de música y silencio a partes iguales, como si la emoción debiera ser interpretada pero nunca discutida.

Elise escuchaba como lo hacía todo: por completo. Sus ojos sostenían los de Sienna a través de la luz de las velas, su cuerpo estaba quieto y su atención era total.

—Debió de ser una infancia solitaria —dijo Elise.

—Fue disciplinada.

Elise mantuvo su mirada al otro lado de la mesa, firme y sin parpadear—. No es eso lo que he preguntado.

Sienna miró la llama de la vela. Oscilaba por una corriente de aire de la ventana y proyectaba sombras que ondulaban sobre la mesa—. Sí. Fue solitaria.

—Lo siento.

—No lo sientas. Me querían. Solo que me querían en su idioma, y su idioma no tenía muchas palabras. —Alargó la mano hacia su vaso de agua y bebió un sorbo. Tenía la garganta apretada. Hacía años que no hablaba así de sus padres, si es que alguna vez lo había hecho. Se los había mencionado a Helen de pasada, o a colegas en el contexto de su carrera médica, pero nunca se había sentado frente a alguien para decir la verdad en voz alta. Que el amor de sus padres era real pero insuficiente. Que crecer en su casa había sido como vivir en un invernadero impecablemente mantenido donde no se permitía que nada creciera en una dirección inesperada.

Recogieron la mesa juntas. Sienna apiló los recipientes con su pulcritud habitual mientras Elise limpiaba la superficie con una sola mano, moviendo el paño con gestos amplios y eficientes. Sus caderas chocaron junto a la encimera cuando ambas fueron a por el cubo de reciclaje al mismo tiempo. Sienna retrocedió. Elise no. El contacto duró menos de un segundo y la piel de Sienna lo recordó.

Elise preparó café. El proceso incluyó derramar granos sobre la encimera, soltar un juramento entre dientes y tirar una cuchara con el codo. Sienna se ofreció a ayudar, pero fue rechazada tajantemente: —Estoy herida, no inválida—. El café estaba demasiado fuerte, pero Sienna se lo bebió igualmente porque Elise se lo entregó con una mirada de orgullo desafiante y criticarlo habría sido cruel.

Pasaron al sofá. Era profundo y suave, y se sentaron muy juntas, más cerca de lo que dos personas que mantienen una relación profesional necesitarían estar. La rodilla de Sienna estaba a quince centímetros del muslo de Elise. Las velas de la mesa de centro se estaban consumiendo, la cera se acumulaba en los soportes de cristal y la luz era dorada e íntima. El champú de Elise le llegó, romero, y el aroma limpio de su piel debajo.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Elise. Estaba girada hacia Sienna en el sofá, con las piernas recogidas bajo el cuerpo y el brazo sano apoyado en el respaldo. Sus dedos estaban cerca del hombro de Sienna.

—Desde luego.

—¿Te sientes sola alguna vez aquí? ¿En Phoenix Ridge?

Sienna sopesó la pregunta. La respuesta honesta era que sí, constantemente, de esa forma familiar y persistente en la que se había sentido sola en cada ciudad en la que había vivido desde San Diego. Pero la soledad había cambiado desde que empezó a pasar tiempo con Elise. Ahora tenía una forma, una ausencia específica, y esa forma era la ausencia de esto precisamente. Sentarse en un sofá a la luz de las velas con alguien que hacía preguntas que iban más allá de la superficie, hacia los lugares que ella guardaba bajo llave.

—A veces —dijo—. Últimamente menos.

La confesión quedó flotando entre ellas, expuesta. Sienna no había tenido intención de decir la segunda parte. Había salido sola, extraída de algún lugar más profundo que las respuestas cuidadosas y medidas que solía dar. «Últimamente menos». Por ti. Bien podría haberlo dicho. El significado era transparente y ambas lo sabían.

Elise no apartó la vista. Mantuvo la mirada de Sienna con ese enfoque implacable que ponía en todo, y Sienna se la devolvió, y el apartamento se encogió hasta que solo quedaron el sofá, la luz de las velas, ellas dos y esos quince centímetros entre la rodilla de Sienna y el muslo de Elise.

—Me alegro —dijo Elise. Las dos palabras fueron silenciosas y sencillas, y golpearon en algún lugar del pecho de Sienna donde no tenían permiso para golpear.

El apartamento estaba muy quieto. Fuera, un coche pasó por la calle, y los faros recorrieron brevemente el techo antes de desvanecerse. La vela de la mesa de centro vaciló ante alguna corriente invisible, haciendo bailar las sombras sobre el rostro de Elise. Se veían las tenues pecas en el puente de la nariz de Elise a la luz de las velas, apenas perceptibles bajo el bronceado, y la pequeña cicatriz en su antebrazo derecho, apoyado en el respaldo del sofá.

Los dedos de Elise se desplazaron desde el respaldo hasta el hombro de Sienna. El toque fue ligero, apenas un roce, con las yemas descansando sobre la seda de la blusa de Sienna donde se unía a la clavícula. La respiración de Sienna se detuvo. Los dedos de Elise no eran nada y lo eran todo, y su corazón martilleaba en su garganta, en sus muñecas, en sus oídos.

—Sienna —dijo Elise. Su voz era baja y segura, y envió una oleada de calor directa al interior de Sienna.

Elise se acercó.

El movimiento fue lento, claro e inequívoco. Inclinó la cabeza, bajó la vista hacia los labios de Sienna y acortó el espacio entre ambas. Sienna lo vio venir y todo su cuerpo se tensó entre el deseo y el terror.

Sienna se retiró.

Se apartó bruscamente, un espasmo de todo el cuerpo que la llevó al extremo opuesto del sofá; el corazón le golpeaba contra las costillas, las manos le temblaban y el rostro de Elise pasó de la apertura y la esperanza al estupor en un suspiro.

—No puedo —dijo Sienna. Su voz sonó mal, demasiado aguda, demasiado rápida—. Lo siento. No puedo.

Elise se quedó muy quieta. La esperanza desapareció de su rostro y fue sustituida por una inexpresividad cuidadosa y controlada, la misma expresión neutra que lucía en el pasillo cuando fingía que no le dolía nada—. Vale.

—No es que no... —Sienna se detuvo. No podía terminar esa frase. Si la terminaba, tendría que decir lo que sí quería, y lo que quería era acortar la distancia entre ellas y besar a Elise hasta que ninguna pudiera pensar—. Eres mi paciente. Tengo una obligación profesional. Esto no puede pasar.

—Vale —repitió Elise. Su voz era plana. Demasiado plana. Descruzó las piernas y puso ambos pies en el suelo, y su postura pasó de la relajación a la rigidez, con la espalda de atleta reafirmándose.

Sienna retorcía los dedos en su regazo—. Elise...

—No pasa nada. Tienes razón. —Una sonrisa frágil—. Lo siento. No debería haber hecho eso.

Sienna sacudió la cabeza—. No has hecho nada malo.

—Solo he intentado besar a mi médico. —El humor seco había vuelto, pero esta vez era afilado y punzante, dirigido hacia sí misma —. Eso está bastante mal.

La ligereza de su voz era impostada. La misma ligereza que Sienna le había oído usar en el pasillo frente a la sala del equipo, en

la clínica cuando el dolor era fuerte y por teléfono con su madre cuando no quería que nadie se preocupara. Era la voz que Elise usaba para proteger a los demás de lo que sentía en realidad; y oírla ahora, dirigida a Sienna, ante el daño que Sienna le había causado, resultaba insoportable.

A Sienna le dolía el pecho. Quería cruzar el sofá, coger la mano de Elise y contárselo todo: cada pensamiento que había tenido desde el primer día en la sala médica, cada fantasía bajo la ducha, cada momento de debilidad cuando el nombre de Elise en la pantalla de su móvil le aceleraba el pulso. Quería decirle: «Me he apartado porque tengo miedo, no porque no te quiera. Me he apartado porque nunca he dejado que nadie se acercara tanto y no sé qué pasa cuando lo hago».

Pero las palabras no salían. Estaban atrapadas tras el muro que había pasado décadas construyendo, el muro cuyos cimientos habían puesto sus padres con su amor silencioso y disciplinado, y sus emociones contenidas. El muro estaba ahí mismo; lo odiaba y no podía superarlo, no aquí, no ahora, no con Elise mirándola con el esfuerzo que le costaba fingir que aquello no importaba reflejado en su rostro.

—Debería irme —dijo Sienna. Se puso en pie. Le flaqueaban las piernas.

Elise también se levantó—. No tienes por qué.

—Creo que sí. —Recogió su chaqueta del respaldo de la silla y sus llaves de la encimera y se dirigió a la puerta. Las velas seguían encendidas. Los recipientes de sushi estaban apilados ordenadamente en la cocina. Las tazas de café seguían en la mesa, a medio terminar, y todo el apartamento parecía el escenario posterior a una velada que casi se convierte en algo más.

En la puerta, se dio la vuelta. Elise estaba de pie junto al sofá con los brazos a los lados, protegiendo su hombro herido, y la luz de las velas tras ella perfilaba su silueta dorada y suave.

—Gracias por la cena —dijo Sienna—. He pasado una noche encantadora.

—Yo también. —La voz de Elise era queda—. Buenas noches, Sienna.

Su nombre en boca de Elise. Aún cálido. Aún devastador.

—Buenas noches.

Bajó las escaleras y salió al aire nocturno. La calle estaba oscura y tranquila, con los árboles susurrando sobre su cabeza.

Se subió al coche y se quedó en el asiento del conductor, con las manos en el volante y la frente apoyada en el dorso de los dedos. El coche olía a ambientador y al fantasma de la comida japonesa, jengibre y soja, y el reloj del salpicadero brillaba en verde en la oscuridad. Ocho y cuarenta y siete. Había estado en el apartamento de Elise dos horas y doce minutos; había sido la mejor noche que había pasado en años y la había arruinado.

No. La había protegido. Había hecho lo que hace una médico responsable cuando un paciente cruza una línea. Había mantenido el marco profesional que las protegía a ambas. Había sido ética, íntegra y correcta.

Y la cara de Elise cuando se había apartado... La esperanza vaciándose de ella como el agua de un vaso roto. La inexpresividad ensayada que la sustituyó, la máscara de atleta, forjada para las cámaras, las entrevistas de pospartido y los momentos en que lo que sientes es demasiado crudo para que alguien lo vea.

Sienna se presionó los párpados hasta ver luces de colores. El coche estaba en silencio. La calle estaba en silencio. Todo estaba en silencio salvo el rugido sordo dentro de su pecho, que no tenía nada de silencioso. Era el sonido de veinte años de contención sacudiendo los barrotes de su jaula y, por primera vez, el cerrojo no parecía lo bastante fuerte para aguantar.

Había hecho lo correcto.

Sus manos seguían temblando cuando arrancó el motor.

10

ELISE

El vestuario bullía con la energía previa al partido y Elise no tenía ninguna razón para estar allí.

Se quedó cerca de la puerta con la espalda apoyada en la pared, observando cómo se preparaba el equipo. Lou estaba sentada en el banco con la cabeza gacha y los codos en las rodillas, en ese silencio inmóvil y concentrado que significaba que estaba repasando el partido en su cabeza. Camille estaba encintando su propio stick, con la lengua entre los dientes, moviendo unas manos rápidas y expertas. Frankie caminaba por el estrecho pasillo entre las taquillas, saltando sobre las puntas de los pies, demasiado acelerada para sentarse. Dani ya estaba vestida, recostada con las protecciones de portera puestas y sus ojos grises cerrados, respirando lentamente. Rowan se estaba atando los patines por tercera vez, con el pelo claro recogido de forma tirante.

Lex estiraba en el centro de la sala, con las piernas muy abiertas sobre el suelo, doblándose hacia adelante sin esfuerzo. Ella nunca había tenido que preocuparse por un desgarro de labrum. Su cabello oscuro le caía sobre la cara; se lo apartó con una mano, se encontró con la mirada de Elise y sonrió de oreja a oreja.

—¿Estás bien, Moreno?

—Estoy de maravilla.

No estaba de maravilla. Estaba de pie en un vestuario que solía ser suyo, vestida con vaqueros y la sudadera del equipo en lugar de las protecciones y la camiseta, viendo a sus compañeras prepararse para un partido que ella no podía jugar. La sala olía a crema de calor, a cera para sticks y a ese matiz metálico del aire del pabellón que solía inhalar como si fuera oxígeno. La música retumbaba desde el altavoz de Frankie, con graves potentes y rítmicos, la lista de reproducción previa a los partidos que llevaba usando desde la temporada de clasificación.

Elise había ido porque Mara se lo había pedido, y porque intentaba ser la compañera constante y solidaria que todos esperaban que fuera. Pero esa entereza era puro teatro.

Elise apenas había dormido. Se había quedado tumbada en la cama viendo cómo las velas se consumían hasta desaparecer, reviviendo aquel respingo. Sienna alejándose, de forma brusca y con todo el cuerpo, como si la boca de Elise hubiera sido una amenaza en lugar de una invitación. *No puedo. Eres mi paciente.*

Lo peor era que estaba convencida de que Sienna también lo había sentido. La cercanía en el sofá había sido mutua. Las dos inclinándose. Las dos eligiendo sentarse así de cerca. Y aun así, Sienna se había apartado, porque era alguien que siempre elegiría lo que había decidido que era correcto por encima de lo que deseaba.

Lo cual significaba que el sentimiento era real y no servía de nada. Y ahora Elise tenía que sentarse a un metro de ella en el banquillo y fingir que todo estaba bien.

—Moreno. —Mara apareció en el umbral, con la mirada afilada y concentrada—. Al banquillo. Vamos.

El pabellón estaba a rebosar. La segunda temporada de las Valkyries en la PWHL había atraído a más público, más ruido, más energía. Las luces brillaban sobre el hielo, la superficie reluciente y sin marcas, y las vallas vibraban con los bajos de la música que atronaba por los altavoces. Elise salió del túnel y cruzó la puerta del banquillo; el frío le golpeó la cara y el olor del hielo le llenó los pulmones, y ambas cosas hicieron que le doliera el pecho.

Se había quedado al final del banquillo, buscando un asiento que no estuviera al lado del personal médico, cuando Mara entró detrás de ella.

—Avanza —dijo Mara, señalando más allá de Elise hacia el extremo opuesto—. Necesito el asiento del final para los cambios.

Elise avanzó. Y siguió avanzando. Pasó por delante de Helen, que estaba sentada con una carpeta y un termo. Pasó al entrenador asistente, que estudiaba una tableta. Hasta llegar al único asiento libre en el banquillo, que estaba directamente al lado de Sienna.

Sienna ya estaba en su sitio habitual, con la chaqueta del equipo y pantalones oscuros, el maletín médico bajo el banco y sus gafas reflejando las luces del pabellón. Estaba mirando el móvil cuando Elise se sentó; levantó la vista, sus ojos se encontraron y la expresión de su rostro fue una clase magistral de neutralidad controlada.

—Hola —dijo Elise.

—Hola.

Una sílaba cada una. Profesional. Adecuado. La distancia entre ellas era de unos cuarenta centímetros de banco frío y un océano de incomodidad.

Elise se sentó. Su muslo quedó cerca del de Sienna, lo suficiente como para que el calor se irradiara a través de la tela de los pantalones de Sienna. Se apartó un milímetro y luego se sintió estúpida por hacerlo, porque apartarse implicaba que la proximidad le molestaba, lo que implicaba que seguía pensando en lo de anoche; algo que era totalmente cierto, pero que no quería que Sienna supiera.

Empezó el partido. Cayó el disco, el pabellón rugió y las Valkyries salieron con fuerza, presionando a Montreal en su propia zona desde el primer turno. Mara se puso en pie de inmediato, gritando correcciones, con una voz que se imponía al ruido de la multitud y que esperaba ser obedecida. Helen observaba desde su asiento con una concentración tranquila y analítica, moviendo el bolígrafo sobre su carpeta con notas pequeñas y apretadas.

Sienna estaba inmóvil. Sentada con las manos entrelazadas en el regazo y los ojos en el hielo, con un lenguaje corporal tan

cuidadosamente neutro que resultaba estruendoso. No se inclinaba hacia Elise. No se alejaba. Ocupaba exactamente la parte de banco que le correspondía como si la hubiera calculado al centímetro.

No hablaron. El ruido del público y los gritos de Mara llenaban el espacio donde podría haber habido una conversación, y Elise lo agradeció. Mantuvo la mirada al frente, en el hielo, siguiendo el juego, leyendo cada sistema que ejecutaban las Valkyries y analizando los ajustes en tiempo real. La primera línea presionaba arriba. El patrón de presión era agresivo, con dos jugadoras al fondo y una aguantando en la línea azul. Estaba funcionando. La defensa de Montreal sufría y sus transiciones eran descuidadas.

El primer periodo estuvo reñido. Montreal estaba organizada, era disciplinada y su portera estaba muy atenta. Camille tuvo dos disparos que se fueron fuera y Lou cortó tres ataques con una autoridad física que hizo que las delanteras de Montreal se replantearan visiblemente sus elecciones de vida. Frankie estaba en todas partes, pura energía y agresividad, lanzando su cuerpo a los bloqueos como si no tuviera nada que demostrar.

Y Lex. Lex estaba brillante.

Jugaba de centro, la posición de Elise, y lo hacía con una velocidad y creatividad que hacían que la defensa de Montreal pareciera lenta. Ganaba los saques neutrales. Daba pases que dividían a las defensoras. Atacaba la portería con una persistencia que provocaba faltas, y en la superioridad numérica asistió a Camille para un tiro de primera desde el círculo izquierdo que hizo temblar el travesaño y provocó un grito de asombro en el público.

Elise observaba todo aquello y sentía un sabor metálico en la boca.

No eran celos. Respetaba el talento de Lex y siempre lo había hecho. Pero ver a alguien jugar en tu posición mejor de lo que tú lo haces, mientras estás sentada en el banquillo vestida de calle y con el brazo en un cabestrillo, era un tipo específico de agonía que ningún respeto podía suavizar. Cada turno que jugaba Lex era una pregunta: ¿necesitaban en absoluto a Elise Moreno?

—Está haciendo un buen partido —dijo Sienna en voz baja.

Elise la miró. Los ojos de Sienna estaban en el hielo, pero el comentario iba dirigido a ella, y había un cuidado especial en su voz, una consciencia de que la observación podía doler. Estaba reconociendo la dificultad sin fingir que no existía. Era lo mismo que había hecho en Lavender's, y en la sala médica, y en cada momento en que el miedo de Elise afloraba y Sienna lo afrontaba con honestidad en lugar de con tópicos.

—Lo está —dijo Elise. Tenía la mandíbula tensa.

Sus muslos volvían a estar cerca. Elise no se había movido y Sienna no se había alejado, y el calor entre ellas resultaba una distracción. Cada vez que Mara gritaba y el banquillo se agitaba, sus piernas se presionaban a través de la tela, un contacto breve y eléctrico que le enviaba calor por la columna. Mantuvo los ojos al frente. En el hielo. En el partido. En cualquier cosa que no fuera la mujer sentada a escasos centímetros a su izquierda, que olía a perfume limpio y que la había rechazado hacía menos de veinticuatro horas.

En el segundo periodo, Lex marcó. Un gol precioso: un regate al centro de Montreal y un disparo de muñeca, a la escuadra, por el lado del guante. El pabellón estalló. El banquillo estalló. Mara lanzó un puñetazo al aire con ambos puños y luego se recompuso, recuperando su expresión profesional, pero la sonrisa se le escapó de todos modos. Elise aplaudió con la mano buena contra el muslo y el sonido le resultó hueco.

Lex volvió a marcar en el tercero, en superioridad numérica, desde el centro. El pase cruzado de Camille llegó a su stick y Lex disparó de primeras al rincón inferior antes de que la portera pudiera colocarse. Dos goles y una asistencia. Una actuación dominante en la posición que solía ser de Elise.

Las Valkyries ganaron tres a uno. El tercer periodo fue tranquilo, con el equipo controlando la posesión y Montreal persiguiendo sombras. Cuando sonó la bocina final, las jugadoras salieron del hielo en una ola de celebración, con los sticks en alto y amplias sonrisas. Lou agarró a Camille por la cintura y la levantó en vilo, Camille soltó un chillido y Frankie saltó sobre ambas, mientras Dani

permanecía en su área con los brazos cruzados y una pequeña sonrisa de satisfacción.

Lex patinó por delante del banquillo, golpeó las vallas con su stick y buscó la mirada de Mara; el intercambio entre ellas fue privado, eléctrico y breve, y el rostro de Mara se suavizó en una expresión que era casi una sonrisa.

—Buen partido —dijo Elise a nadie en particular. Se levantó; tenía las piernas rígidas de estar sentada y el hombro le dolía por el frío.

—¿Estás bien? —La voz de Sienna fue baja, solo para ella.

—Estoy bien.

No estaba bien. Estaba frustrada, triste y confundida, y todavía sentía el muslo ardiendo donde el de Sienna se había presionado contra él. Necesitaba salir de aquel pabellón antes de que el abismo entre el equipo al que pertenecía y el banquillo en el que estaba sentada se la tragara por completo.

Después, en el vestuario, las jugadoras estaban jubilosas. Camille había sacado champán de alguna parte, algo que técnicamente no estaba permitido en las instalaciones, y Frankie hacía una imitación nefasta de la reacción del entrenador de Montreal al gol de Lex. La sala estaba viva: era un equipo que había ganado unido y que se disponía a celebrarlo.

—Esta noche a Lavender's —anunció Camille—. Todas. Sin excusas. Es la noche lésbica y ya he hablado con Lavender para que nos reserve la zona del fondo.

—¿Noche lésbica? —Rowan levantó la vista mientras se desataba los patines—. ¿Eso significa que tengo que bailar?

—Significa que tienes que venir. Bailar es opcional pero recomendable.

Elise ya estaba cogiendo su bolsa. No quería ir a Lavender's. Quería irse a casa, cenar algo de comida para llevar, sentarse en su sofá donde Sienna se había sentado anoche y compadecerse de sí misma con ese lujo que solo proporciona la soledad.

—Moreno. —Frankie apareció a su lado, recién duchada, con su pelo corto erizado por el agua y oliendo intensamente a gel de menta—. Tú vienes.

—No creo. Estoy cansada.

Frankie resopló. —Has estado sentada en un banco dos horas. No estás cansada, estás huyendo.

Elise cerró la cremallera de su bolsa con la mano buena. —No estoy huyendo.

—Pues ven. —Frankie pasó el brazo por el hombro sano de Elise. Su agarre era firme, cálido y no admitía réplica—. Camille y yo lo hemos discutido y hemos decidido que vienes. Llevas semanas escondida en tu apartamento y necesitas salir y beber algo que no sea café triste.

—Mi café no es triste.

—Tu café es el más triste de toda la costa este.

Camille se materializó al otro lado, con su pelo rubio todavía húmedo de la ducha, oliendo a acondicionador caro. —Por favor, Elise. Te echamos de menos. Y Lavender tiene esas tostaditas de bruschetta que tanto te gustan.

Elise miró a ambas. El rostro de Frankie era firme. El de Camille, suplicante. Detrás de ellas, Lou observaba con los brazos cruzados y expresión neutra, lo que significaba que ella había dado el visto bueno a aquella intervención.

—Está bien.

—Esa es la actitud. —Frankie le dio una palmada en el hombro—. A las nueve. Ponte algo guapo.

Elise fue a casa. Se duchó. Se plantó ante el armario, se quedó mirando su ropa y se dijo a sí misma que no le importaba qué aspecto tuviera, para luego pasarse veinte minutos eligiendo un conjunto de todos modos, un nivel de autoengaño que normalmente le resultaría vergonzoso. Condujo de vuelta al paseo marítimo a las nueve, con las ventanillas bajadas, la radio apagada y oliendo al perfume que reservaba para las ocasiones especiales.

Lavender's un sábado por la noche a las nueve, durante la noche lésbica, era un animal muy distinto al de un martes por la mañana con un café con leche y un bizcocho de limón y amapola. Las paredes de color violeta pálido estaban bañadas por una luz tenue y cálida. Los muebles de madera blanca se habían retirado para crear una pequeña pista de baile cerca de la barra, y la música vibraba por todo el local, un tema con muchos graves que hacía temblar los

tablones del suelo. Lavender había puesto velas en cada mesa y la zona del fondo ya estaba ocupada por un grupo de jugadoras de las Valkyries, copa en mano y alzando la voz por encima de la música.

Había supuesto que Sienna no estaría. Sienna no bebía. Sienna no socializaba con las jugadoras fuera del trabajo. Probablemente Sienna estuviera en casa, en su ordenado apartamento, con su leche de avena y su medio pimiento y sus revistas médicas, siendo profesional y disciplinada y sin pensar en Elise.

Mejor para ella.

Elise llevaba unos vaqueros oscuros y un top negro que dejaba ver su clavícula, el pelo suelto y nada de cabestrillo por esa noche, porque estaba harta de parecer una lesionada. Su hombro protestó ante tal libertad, pero ella lo ignoró.

El ambiente la envolvió nada más entrar: cálido, ruidoso, lleno de vida. La gente reía. La gente bailaba. Había mujeres inclinadas la una hacia la otra en mesas pequeñas, compartiendo copas y miradas, con la energía fácil y cómoda de un espacio donde no tienes que dar explicaciones.

Elise pidió un gin-tonic en la barra y se dirigió a la zona del fondo donde el equipo se había apropiado de una hilera de sofás y mesas bajas. Frankie ya llevaba dos copas y contaba una historia que incluía el minibar de un hotel y una alarma de incendios rota. Camille estaba acurrucada junto a Lou en un sofá, con las piernas sobre el regazo de Lou; la mano de Lou descansaba sobre su rodilla y ya le daba igual quién las viera. Dani estaba sumida en una conversación con Rowan, con sus cabezas muy juntas. Lex estaba en la barra con una cerveza, hablando con una mujer a la que Elise no conocía.

Y allí, en el rincón más alejado: Mara. Mara Ellison, la entrenadora jefa, que nunca socializaba con las jugadoras, que mantenía la distancia profesional como filosofía de vida, estaba sentada en una mesa alta con una copa de vino, las mejillas ligeramente encendidas y una relajación en su postura que indicaba que llevaba allí un buen rato. Se reía de lo que fuera que Helen le hubiera dicho, y la risa era franca, sin barreras. Elise pensó, con una punzada, que aquella era una versión de Mara que nunca había visto.

El equipo bullía a su alrededor. Ella se sentó en el borde de un sofá con su gin-tonic y participó. Se rió cuando Frankie terminó su historia. Respondió a la pregunta de Camille sobre su rehabilitación. Brindó con la joven novata, Holly, que parecía nerviosa y emocionada por estar en un bar de lesbianas por lo que quizá fuera su primera vez. Todo era genuino, cálido, de verdad. Y, sin embargo, sentía un dolor sordo en el pecho.

La música cambió a una canción más lenta y un par de mujeres salieron a la pequeña pista de baile; sus cuerpos estaban próximos, sus manos encontraban cinturas y hombros con la confianza natural de quienes ya lo habían hecho antes. Elise las observó y la soledad se agudizó.

Había estado en espacios queer antes. Había salido con mujeres desde la universidad, nunca en secreto pero tampoco pregonándolo a los cuatro vientos, con una quietud que nacía de crecer en una familia que no hablaba de sentimientos pero que tampoco juzgaba. Se sentía cómoda en su propia piel. Sabía quién era.

Lo que no sabía era qué significaba nada de eso ahora. No se podía fingir la forma en que el aliento de Sienna se había acelerado cuando los dedos de Elise rozaron su clavícula en el sofá. Ella lo había sentido. Elise estaba segura.

Y, aun así, Sienna se había apartado.

Apuró el resto de su ginebra y consideró pedir una tercera. Frankie ahora echaba un pulso con Dani en una de las mesas bajas y estaba perdiendo, lo cual resultaba gracioso porque Frankie era fuerte y competitiva y Dani lo hacía con una sola mano mientras comía almendras con la otra. Lou vigilaba, analizando visiblemente si la mesa sobreviviría. Camille grababa un vídeo.

Eran felices. Todas ellas. Jugando bien, ganando, celebrando juntas. Así era como debía sentirse formar parte de un equipo, y Elise estaba sentada al margen, con un cubito de hielo derritiéndose en un vaso vacío y un dolor tras las costillas que no tenía nada que ver con su hombro.

Estaba a punto de levantarse e irse cuando la puerta se abrió.

Entró Sienna.

Iba vestida de calle. Un vestido cruzado oscuro, sencillo y nada parecido a la armadura de la sala médica; llevaba el pelo suelto, sin su coleta habitual, cayéndole alrededor de la cara en suaves ondas oscuras. Sin gafas. Su ausencia le cambiaba el rostro por completo, haciendo que sus ojos parecieran más grandes, más abiertos, más vulnerables. Llevaba un toque de pintalabios y unos pequeños pendientes de oro; parecía alguien a quien Elise no hubiera visto nunca y, al mismo tiempo, la persona exacta a la que llevaba cuatro semanas mirando.

Estaba preciosa. Devastadora, completa e imposiblemente preciosa. No como era de guapa en el trabajo, donde su atractivo quedaba atenuado por la consulta, las gafas y el escudo profesional. No de esta manera. Aquella era la Sienna sin defensas, la Sienna de un sábado por la noche, la Sienna en un espacio donde las mujeres bailaban con mujeres y nadie tenía que explicar nada.

Y estaba allí. En la noche lésbica. En Lavender's.

El aliento de Elise la abandonó de golpe.

La mano de Elise se apretó alrededor de su vaso vacío. El estruendo del bar se convirtió en un zumbido. Todo se redujo a la puerta, a la mujer que estaba en ella y a la forma en que los ojos de Sienna recorrieron la sala y encontraron a Elise antes que a nadie más.

11

SIENNA

No debería haber venido.

Mara la había llamado dos veces, le había enviado tres mensajes de texto y finalmente una foto de sí misma sosteniendo una copa de vino con el texto *no me obligues a hacer que Helen te llame*, y Sienna se había levantado del sofá en pijama, se había cambiado y se había dicho a sí misma que lo hacía por Mara. No había sido por Mara. Había sido porque Elise estaría aquí y, a pesar de todo lo que había pasado la noche anterior, el casi beso y su huida cobarde del apartamento iluminado por las velas, Sienna quería verla. Lo había deseado con una claridad que le había hecho temblar las manos mientras se ponía el vestido cruzado.

Cuando abrió la puerta, la música la golpeó primero, luego el calor, después el estruendo de voces y risas y el tintineo de las copas. El café de Lavender se había transformado. Las luces eran tenues y de color ámbar, la pista de baile estaba ocupada y la barra estaba abarrotada de mujeres con sus mejores galas de sábado. Las Valkyrias se habían apoderado de la sección trasera, una amalgama de mujeres atléticas con ropa informal, con una energía ruidosa y victoriosa.

Y entonces vio a Elise.

Elise estaba sentada en el borde de un sofá en el extremo más alejado de la sección trasera, ligeramente apartada del grupo. Llevaba vaqueros oscuros y una camiseta negra que dejaba ver sus clavículas, con su cabello oscuro suelto sobre los hombros, sostenía una copa vacía y parecía la persona más solitaria de la sala.

Sus miradas se cruzaron. La habitación no desapareció, eso era una ficción, pero sí se estrechó. El ruido, el calor y la música se comprimieron hasta quedar en segundo plano, y lo único enfocado era Elise mirándola desde el otro lado de un bar abarrotado con una expresión que era sorpresa, dolor y deseo, cruda y sin resolver.

El pecho de Sienna se oprimió.

Entonces Mara apareció, materializándose entre la multitud con una copa de vino en una mano mientras con la otra buscaba el brazo de Sienna. —¡Has venido! Sabía que vendrías. Coge una copa. ¿Qué quieres? Tienen un brebaje con flor de saúco que en realidad no está nada mal.

Mara estaba encantadora cuando estaba un poco alegre. La entrenadora controlada y autoritaria era sustituida por alguien más cálido, más divertido y más físico. Dirigió a Sienna hacia la barra con una mano en el codo y habló sin detenerse a tomar aire sobre el partido, sobre los goles de Lex, sobre cómo el entrenador de Montreal parecía físicamente enfermo durante el tercer periodo. Sus agudos ojos azules brillaban, tenía las mejillas encendidas y gesticulaba con la copa de vino como si hubiera olvidado que la sostenía.

—Soda de flor de saúco —le dijo Sienna a la camarera. La mujer tras la barra tenía el pelo corto y plateado y una manga de tatuajes botánicos, y mezcló la bebida sin mediar palabra. Mara miró la soda de saúco con una decepción teatral.

—Soda. Has venido a la noche de lesbianas en un bar un sábado y has pedido soda.

Sienna envolvió el vaso frío con ambas manos. —No bebo.

—Ya sé que no bebes. Tenía la esperanza de que esta noche fuera la excepción. —Mara dio un sorbo a su vino y señaló la sala, la música, el baile y el ambiente cálido y relajado—. Vive un poco, Sienna.

—Vivo bastante.

—Llevas los labios pintados por primera vez desde que te conozco. Yo diría que eso es nuevo. —La mirada de Mara se agudizó, el ojo de la entrenadora atravesando la niebla del vino, y por un momento Sienna vio a la mujer que dirigía un equipo de la PWHL y a la que no se le escapaba nada. Entonces el momento pasó, Mara sonrió y chocó su copa contra la soda de saúco de Sienna—. Por las noches de los sábados.

Las demás jugadoras fueron afectuosas y acogedoras. Frankie agarró a Sienna del brazo y la arrastró a una conversación sobre el partido. Camille elogió su chaqueta. Rowan la saludó tímidamente desde el otro lado de la mesa. La trataban con el afecto natural de quienes la consideraban parte del equipo, no solo la médica, y esa bienvenida era desconocida y gratificante.

Pero Elise seguía sentada en el borde del sofá. Sola. Mientras el equipo celebraba a su alrededor, ella permanecía con una copa vacía, los ojos enrojecidos y una quietud que no era paz sino todo lo contrario: una tensión contenida, la inmovilidad de alguien que está a una palabra equivocada de desmoronarse.

Sienna había provocado esto. No la lesión, ni el aislamiento, ni el miedo a ser reemplazada por Lex. Sino la última pieza, el peso final que había inclinado la balanza. Había tomado la única conexión que Elise tenía, el único ser que la comprendía, y se había apartado en un sofá de un apartamento a la luz de las velas diciendo *no puedo* cuando lo que quería decir era *estoy aterrada*. Había dejado a Elise sola en un apartamento lleno de velas consumidas, cafés a medio beber y los restos de una velada que debería haber sido hermosa.

La culpa era aguda y punzante, clavada tras sus costillas como una cuchilla.

Se despidió de Mara, que había pasado a contarle a Helen la historia de una vez que accidentalmente envió por correo electrónico una estrategia de juego al entrenador rival (—Se lo envié a Marek, Helen. Es el entrenador del equipo de Calgary. Me lo devolvió con correcciones. —), y se abrió paso por la sección trasera hasta donde estaba sentada Elise.

—Hola —dijo. La palabra le pareció insuficiente.

—Hola. —Elise la miró. Tenía los ojos vidriosos. Había estado bebiendo. No mucho, pero lo suficiente para suavizar sus aristas.

Sienna aferró su soda de saúco con ambas manos. —¿Podemos hablar? ¿Fuera?

Elise la estudió. Sus ojos eran cautelosos, recelosos, buscando en el rostro de Sienna la habitual distancia prudencial. Sienna dejó que mirara. No volvió a ponerse la máscara. No sabía si podría, no esta noche, no estando tan cerca de Elise en un bar lleno de música, velas y mujeres que eran libres de desear lo que quisieran.

Entonces Elise dejó su copa vacía sobre la mesa y se levantó. —Está bien.

Había mesas de bistró frente a la entrada del local de Lavender, pequeñas estructuras de hierro con dos sillas cada una, situadas a lo largo de la acera bajo una guirnalda de cálidas luces blancas que Lavender había colgado desde el edificio hasta el árbol de enfrente. La noche era templada. El sonido del bar se oía amortiguado tras la puerta cerrada, reducido a un pulso bajo de música y voces. La calle olía a mar.

Se sentaron una frente a la otra en una de las mesas. El hierro estaba frío a través del vestido de Sienna y la mesa era tan pequeña que sus rodillas casi se tocaban por debajo. Las piernas de Elise estaban estiradas, sus tobillos cerca de los de Sienna, y la proximidad era inevitable. Un coche pasó con lentitud, sus faros barriendo la acera. El resplandor superior dibujaba círculos suaves sobre la mesa de hierro entre sus manos.

Sienna podía oír el golpe sordo del bajo a través de la pared tras ella y, más lejos, el océano.

—Lo siento —dijo Sienna—. Por lo de anoche. Por cómo me fui.

Elise miró la mesa. Su dedo trazó una línea en el cerco de condensación que dejó su vaso. —No tienes que pedir perdón. Tenías razón. Eres mi doctora y yo crucé una línea.

Sienna negó con la cabeza. —Tú no cruzaste ninguna línea.

—Intenté besarte, Sienna. Eso es una línea.

—Intentaste besarme y yo quería que lo hicieras. —Las palabras salieron, crudas y honestas, y quedaron suspendidas en el cálido

aire de la noche entre ellas, innegables. El dedo de Elise dejó de trazar. Ella levantó la vista.

—¿Entonces por qué te apartaste?

—Porque tenía miedo. Porque eres mi paciente y no sé cómo ser esta persona. —La voz de Sienna era firme, pero sus manos, entrelazadas sobre la mesa, no lo eran—. He pasado toda mi carrera guardando las distancias con las personas a las que trato. Es una regla que jamás he roto. Y entonces te lesionaste y empecé a verte todos los días y me hiciste preguntas que nadie hace y dijiste mi nombre a medianoche y yo... —Se detuvo. Tragó saliva—. No me aparté porque no te desee, Elise. Me aparté porque te deseo tanto que me aterró.

El silencio que siguió fue frágil y enorme. Las luces de la guirnalda se mecían con la brisa marina. En algún lugar dentro del café de Lavender, la risa de Frankie se elevó por encima de la música y se desvaneció.

—Necesito decirte esto —dijo Elise. Su voz era baja. Cuidadosa—. He pasado todo el día pensando que te habías apartado porque no te van las mujeres. Porque eres hetero y yo lo había malinterpretado todo y lo había vuelto incómodo.

Sienna la miró fijamente. —¿Pensabas que era hetero?

La boca de Elise se torció. —Nunca dijiste lo contrario.

—Yo... —Sienna abrió la boca. La cerró. Por supuesto que Elise lo había pensado. Sienna nunca se lo había dicho. Nunca se lo había dicho a nadie del equipo. Había mantenido su distancia profesional con tal rigor que su sexualidad había estado guardada con todo lo demás personal, encerrada en un cajón que no abría en el trabajo—. Soy lesbiana, Elise. Lo soy desde que tenía diecisiete años y besé a una chica detrás de las pistas de entrenamiento en un torneo de tenis en San Diego. Nunca he estado con un hombre. Simplemente... nunca se me ha dado muy bien decírselo a la gente.

Las palabras flotaron entre ellas bajo las luces. El corazón de Sienna martilleaba. Lo había dicho. En voz alta, a alguien que importaba, de una forma que no era clínica ni distante ni envuelta en un contexto profesional. Había dicho *soy lesbiana* y quería decir

soy lesbiana y te deseo, y llevo semanas deseándote, y cada momento que he pasado fingiendo lo contrario ha sido una mentira.

Elise exhaló. El sonido fue tembloroso. —Vale.

Los dedos de Sienna se tensaron en su regazo. —¿Vale?

—Eso cambia las cosas. —La voz de Elise era inestable. Presionó ambas palmas contra la mesa de hierro—. Cambia muchas cosas.

—Lo sé.

Elise la miró a través de la mesa de bistró, y su expresión era pura. La actuación había desaparecido: el humor seco, la máscara de atleta bajo control. Se veía vulnerable, joven y tan hermosa bajo el cálido resplandor que a Sienna le dolió el pecho.

—Está bien —dijo Elise—. Eres mi médica. No importa lo que deseemos ninguna de las dos. Hay un límite profesional y hiciste bien en mantenerlo. Siento haberte puesto en esa situación.

La disculpa era generosa y errónea. Elise se estaba disculpando por desearla, y lo injusto de aquello hizo que a Sienna se le cerrara la garganta.

—Debería acompañarte a casa —dijo Sienna—. Has bebido un poco.

—Estoy bien.

Sienna se levantó y le tendió la mano. —Elise.

Su voz, baja y cuidadosa al pronunciar su nombre, hizo que la mandíbula de Elise se suavizara. —Vale.

Caminaron. El paseo marítimo estaba tranquilo a esa hora, con los restaurantes cerrando y los últimos comensales retirándose a casa. El océano estaba oscuro y rítmico a su izquierda, rompiendo contra las rocas en un lavado constante y pausado. A su derecha, los edificios de Phoenix Ridge se alzaban cálidos e iluminados contra el cielo, con balcones y ventanas brillando en color ámbar. El aire salino se sentía fresco en los antebrazos desnudos de Sienna.

Sus pasos encontraron un ritmo compartido sobre el pavimento. Ninguna de las dos hablaba. El silencio no era incómodo. Era el silencio de dos personas que habían dicho las cosas difíciles y ahora permanecían en las secuelas, dejando que las palabras se asentaran, tanteando la nueva forma del espacio entre ellas.

Sienna era sumamente consciente de Elise a su lado. De la calidez de su cuerpo. De su paso atlético y largo, de sus caderas moviéndose con una gracia fluida que Sienna llevaba semanas notando sin admitirlo. Del cabello suelto sobre sus hombros, oscuro bajo la luz tenue, moviéndose con cada paso.

El océano era el único sonido. Su ritmo era constante: un bajo lavado de agua contra las rocas bajo el camino. Sienna lo escuchaba como escuchaba en sus baños matutinos, como escuchaba cualquier cosa que fuera más grande, más vieja y menos complicada que el interior de su propia cabeza. A su lado, la mano de Elise oscilaba cerca de la suya, lo suficiente para tocarla. Ninguna de las dos hizo el gesto.

—¿Podemos sentarnos? —preguntó Elise. Su voz sonaba pequeña. Habían llegado a un banco que miraba al agua, el mismo tramo de camino por el que habían caminado hacia el café aquella primera vez, y el banco estaba vacío y la vista era de océano oscuro y estrellas dispersas.

Se sentaron. El banco estaba frío. Sus hombros estaban cerca. Las luces de los restaurantes frente al mar se reflejaban en el agua en largas y rotas líneas doradas y blancas.

Elise estuvo en silencio mucho tiempo. Entonces sus hombros empezaron a temblar. Bajó la cabeza, presionó su mano buena sobre su rostro y lloró. No ruidosamente. No dramáticamente. Lloraba en silencio, como si hubiera estado aguantando demasiado tiempo y la estructura se hubiera quebrado finalmente.

—Lo siento —dijo Elise con la voz espesa—. Lo siento. No dejo de hacer esto. No paro de ser un desastre delante de ti.

Sienna la rodeó con el brazo. El movimiento fue instintivo, saltándose cualquier protocolo profesional y cualquier límite cuidadosamente mantenido. Atrajo a Elise hacia sí y la sostuvo contra su costado, y Elise se giró hacia ella y hundió su rostro en el hombro de Sienna, aumentando el llanto.

—Lo siento tanto —repitió Elise, con la voz apagada contra la chaqueta de Sienna—. No puedo con esto. Realmente no puedo y no sé cómo decírselo a nadie, e intento estar bien todo el tiempo pero no lo estoy.

—Lo sé —susurró Sienna. Su mano se movía sobre la espalda de Elise en círculos lentos entre los omóplatos; las costillas de Elise se sentían cerca bajo la fina tela, su piel estaba caliente y los temblores recorrían su cuerpo. El aire salino se mezclaba con el aroma herbal del cabello de Elise y el leve rastro de ginebra en su aliento.

—No tienes que estar bien —dijo Sienna—. No conmigo. Conmigo no hace falta nunca.

El llanto continuó. Sienna la sostuvo sin decir nada y dejó que el banco, el océano y la noche las sostuvieran a ambas. Elise lloraba con todo el cuerpo, con los hombros estremecidos y el puño cerrado sobre la parte delantera de la chaqueta de Sienna. Las lágrimas empaparon la tela del vestido de Sienna y no le importó. Se habría quedado en ese banco hasta la mañana si Elise lo hubiera necesitado.

Cuando el llanto finalmente remitió, la voz de Elise surgió pequeña y ronca contra el hombro de Sienna. —Siento haber intentado besarte. Siento haberlo complicado todo. Te has portado tan bien conmigo y yo lo estropeé.

Sienna apretó su brazo alrededor de los hombros de Elise. —No estropeaste nada.

—No dejo de disculparme. Sé que no paro de pedir perdón. —Elise se apartó por fin, secándose la cara con el dorso de la mano. Tenía los ojos rojos e hinchados y el rímel le había dejado marcas oscuras en las mejillas, y seguía siendo tan hermosa que a Sienna le dolía el alma—. Soy un desastre.

Sienna la miró. Elise Moreno, sentada en un banco junto al mar a medianoche, con el rostro surcado de lágrimas y el corazón al descubierto, tan lejos de la atleta compuesta que el mundo veía que a Sienna se le partía el corazón. Se estaba disculpando. Otra vez. Por desear a Sienna, por ser honesta, por ser humana. Y Sienna había permitido que se disculpara. Había dejado que Elise creyera que el deseo estaba mal, que era unilateral, que el límite profesional era más importante que la verdad.

La verdad era que Sienna llevaba enamorándose de Elise Moreno desde el primer día que la conoció, y cada día transcurrido desde entonces solo había hecho que la caída fuera más rápida e

inevitable; ni todas las duchas frías ni toda la distancia profesional ni el silencio disciplinado de sus padres iban a cambiar eso.

Se inclinó y la besó.

No fue algo suave. No fue algo tentativo. Fue un beso que arrastraba cuatro semanas de contención, cuatro semanas de distancia clínica, de duchas frías y del silencio disciplinado de sus padres; y cuando la boca de Sienna encontró la de Elise, brotó toda la fuerza de lo que había estado reprimiendo. Subió su mano a la mandíbula de Elise, hundiendo los dedos en su cabello, y Elise se quedó rígida por la sorpresa, una inmovilidad de todo el cuerpo que duró un suspiro, dos suspiros, y entonces ella emitió un sonido contra la boca de Sienna, un ruido roto y desesperado que vibró a través de los labios de Sienna y bajó por su columna, y le devolvió el beso.

La mano buena de Elise subió y agarró la tela del vestido de Sienna para atraerla más hacia sí, y Sienna se entregó, se entregó entera, su último muro se derrumbó con un ímpetu que fue tan vasto y repentino que le escocieron los ojos. La boca de Elise sabía a ginebra y a lágrimas saladas, y sus labios estaban suaves; su lengua presionó contra el labio inferior de Sienna y luego entró en su boca, y el suelo desapareció bajo sus pies.

La otra mano de Sienna encontró la cintura de Elise. La tela de su camiseta era fina y debajo su cuerpo era sólido y real, tan real; no una fantasía en la ducha ni una imagen tras los párpados cerrados, sino una mujer de carne y hueso que la besaba en un banco junto al mar, cuya mano estaba aferrada a su vestido y cuya boca se movía contra la suya con una urgencia que igualaba todo lo que Sienna había estado cargando, ocultando y guardando bajo llave.

El océano rompió contra las rocas. La brisa se movió entre los árboles a un lado del camino. Un coche pasó por algún lugar detrás de ellas, con sus faros barriendo brevemente la acera. Nada de eso importaba. Nada importaba excepto la boca de Elise, el sabor de ella, los sonidos pequeños y suaves que hacía cuando los dedos de Sienna se apretaban en su pelo y su cuerpo se curvaba hacia el de

Sienna en el banco como si la distancia entre ambas fuera físicamente dolorosa.

Se besaron hasta que los labios de Sienna estuvieron hinchados, su respiración se volvió agitada y las luces de los restaurantes del paseo marítimo no eran más que puntos borrosos de oro en su visión periférica. Cuando finalmente se separaron, ambas respiraban con dificultad. Los ojos de Elise estaban abiertos, oscuros y húmedos, absolutamente atónitos, con el verde devorado por sus pupilas dilatadas. Tenía los labios entreabiertos. Su pecho subía y bajaba rápidamente. Un rastro de lágrima captó la luz en su mejilla.

Las estrellas habían salido. El océano era constante. El banco estaba frío bajo ellas, la noche era cálida a su alrededor y la mano de Sienna seguía en el cabello de Elise, con su pulgar siguiendo la línea de la mandíbula de esta; los dedos de Elise seguían en su vestido, sujetándose, sujetándose, y ninguna de las dos se movió. Ninguna quería ser la primera en romper el hechizo. Ninguna quería volver al mundo donde esto no había sucedido.

12

ELISE

La boca de Sienna estaba sobre la suya y el mundo se había detenido.

No es que hubiera ido más despacio. Se había detenido. El océano seguía allí, el rítmico romper de las olas contra las rocas bajo el sendero, pero se había convertido en ruido de fondo ante lo único que importaba: la presión de los labios de Sienna, su mano en la mandíbula de Elise y su sabor, a flor de saúco y, bajo eso, algo limpio y totalmente Sienna.

Se seguían besando. En un banco. Junto al océano. A medianoche. Y cada célula del cuerpo de Elise cantaba.

Cuando finalmente se separaron, fue porque respirar se había convertido en una necesidad más que en una elección. A Elise le ardían los pulmones. Tenía los labios hinchados y con un hormigueo, y el pulgar de Sienna recorría la línea de su mandíbula, lento y suave; los ojos de Sienna estaban muy abiertos, oscuros y ligeramente aterrorizados.

Elise la miró. El pintalabios de Sienna estaba corrido. Su cabello oscuro estaba revuelto por los dedos de Elise. Parecía desarmada de una forma que Elise nunca había visto antes; la doctora Park, cuidadosa y serena, había sido sustituida por una mujer que

respiraba con dificultad, que temblaba y que acababa de besarla como si fuera lo último que fuera a hacer en su vida.

—Así que eres un poco gay, después de todo —dijo Elise.

La risa que escapó de Sienna fue cruda, sobresaltada y absolutamente hermosa. Se presionó la boca con la mano libre, sus ojos se entornaron tras ella y la risa se convirtió en medio sollozo, el sonido de alguien que llevaba años conteniendo el aliento y que por fin, por fin, lo soltaba.

—Más que un poco —dijo Sienna. Su voz era ronca, sus ojos brillaban—. Mucho. Extremadamente. Irrevocablemente. Siempre lo he sido.

—Desde las pistas de tenis.

—Desde las pistas de tenis.

Elise alargó la mano y limpió con el pulgar el pintalabios corrido de la comisura de la boca de Sienna. Sienna se quedó inmóvil ante el contacto, conteniendo el aliento. La piel bajo el pulgar de Elise era suave y el pulso era visible en la base de su garganta, rápido e inestable.

—Pensé que no me querías —dijo Elise—. Anoche, cuando te apartaste. Pensé que me lo había imaginado todo.

—No te has imaginado nada. —La voz de Sienna bajó de tono. La vulnerabilidad en ella era aguda, despojada de todos los escudos profesionales que solía llevar—. Te he deseado desde el primer día que te vi. Te he deseado todos y cada uno de los días desde entonces.

El pecho de Elise se inundó de calor. Atrajo a Sienna por la solapa de su chaqueta, un movimiento instintivo, y Sienna cedió, y sus frentes se tocaron. La piel de Sienna estaba cálida contra la suya. Sus respiraciones se mezclaban en el pequeño espacio entre sus bocas.

—Eres tan hermosa —dijo Elise—. Necesito que lo sepas. Eres tan hermosa y parece que no te das cuenta, y eso me mata.

Los ojos de Sienna brillaron. Sacudió la cabeza, una pequeña negación reflexiva, y la vulnerabilidad en su rostro era tan cruda que a Elise le dolió. La herida que había vislumbrado a trozos durante las últimas semanas, en los comentarios autocríticos, en los cumplidos

rechazados y en la forma en que Sienna se miraba en los espejos, como si buscara defectos. Alguien había hecho creer a esta mujer que era mediocre. Sus padres, o el mundo, o los años de mantenerse bajo un control tan estricto que había olvidado que se le permitía ser deseada.

—Elise...

—No. Escúchame. —Elise acunó el rostro de Sienna con su mano sana, su pulgar en el pómulo, sus dedos en su cabello. La piel bajo su pulgar era tan suave—. Eres hermosa. No me refiero a tu cara, aunque sí que es preciosa, me refiero a toda tú. A quién eres. La forma en que escuchas. Cómo cuidas de la gente. Cómo doblas las servilletas en cuadrados y organizas los sobres de salsa de soja y no puedes aceptar un cumplido sin sonrojarte. —Sintió que la mejilla de Sienna se calentaba bajo su palma, el rubor extendiéndose como el amanecer—. Te sonrojas y es lo más maravilloso que he visto en mi vida.

Sienna cerró los ojos. Sus pestañas estaban húmedas. —Para.

—No lo haré. —Elise le besó la comisura de los labios, suave y brevemente—. No dejaré de decírtelo. Acostúmbrate.

El aliento de Sienna tembló contra los labios de Elise. Sus dedos se apretaron en el cabello de Elise. Estaban tan cerca, las frentes unidas, las bocas casi tocándose, que Elise podía sentir el latido del corazón de Sienna a través de la tela de su chaqueta, rápido e irregular.

—Acompáñame a casa —dijo Elise.

Sienna se apartó lo suficiente para mirarla. La pregunta estaba en sus ojos, clara y cautelosa: ¿qué pasará cuando lleguemos allí?

—Acompáñame a casa —repitió Elise. Más bajo esta vez. Con seguridad. Sostuvo la mirada de Sienna y dejó que lo viera todo, cada deseo, cada intención, sin ocultar nada.

Sienna sostuvo su mirada durante un largo instante. Luego asintió.

Se levantaron del banco. Las piernas de Elise estaban inestables y la mano de Sienna buscó la parte baja de su espalda para sostenerla, un gesto automático y tierno. Caminaron. El paseo marítimo estaba vacío, los restaurantes cerrados, las guirnaldas de

luces atenuadas. Sus manos se encontraron en algún punto entre el banco y la primera farola; los dedos de Elise se entrelazaron con los de Sienna, y el contacto fue cálido, reconfortante y sorprendentemente íntimo. Elise ya había besado a mujeres antes, se había acostado con mujeres antes, pero nunca le había dado la mano a alguien en un paseo a medianoche junto al mar sintiendo que el roce le recorría todo el cuerpo.

La mano de Sienna era esbelta y fuerte, con los dedos largos envolviendo los de Elise con un agarre que era a la vez suave y seguro. Elise sintió una pequeña cicatriz en el pulgar izquierdo de Sienna y la acarició con su propio pulgar mientras caminaban.

No hablaron. No quedaba nada por explicar. La verdad se había dicho y el beso se había dado, y ahora caminaban juntas a casa; el silencio estaba lleno de todo lo que estaba a punto de suceder. Elise apretó la mano de Sienna y sintió el apretón de respuesta, y ese simple intercambio dijo más de lo que las palabras podrían haber dicho jamás.

Apareció el edificio de Elise. El estuco crema y los balcones de hierro, todo familiar y a la vez cambiado, porque la última vez que habían cruzado esa puerta juntas, Sienna era su doctora. Ahora era más que eso. Lo era todo.

Subieron las escaleras una al lado de la otra, con los hombros rozándose en la estrecha escalera. A Elise le temblaba la mano al abrir la puerta. Las llaves tintinearon contra la cerradura y la mano de Sienna cubrió la suya para estabilizarla; el gesto fue tan pequeño y tan tierno que a Elise se le cerró la garganta.

El apartamento estaba a oscuras. Las velas consumidas de anoche seguían en la mesa de centro, simples charcos de cera endurecida en portavelas de cristal. Las tazas de café seguían en la mesa, sin lavar, y los recipientes de sushi reciclados seguían apilados en la encimera. Lo había dejado todo exactamente como estaba, como si recoger hubiera significado aceptar que la velada había terminado y que había salido mal. Verlo le oprimió el pecho.

Había encendido esas velas por Sienna. Las había encendido esperando exactamente esto, y luego aquello salió mal, pero ahora Sienna estaba allí en su entrada con el pintalabios corrido, el pelo

revuelto y la expresión más abierta que Elise le había visto jamás, y todo estaba saliendo bien; el vuelco emocional la mareó.

Cerró la puerta tras ellas. El clic del pestillo sonó fuerte en el silencioso apartamento. Se giró y Sienna estaba allí mismo, de pie en el pasillo oscuro con la luz de la calle entrando por la ventana y cayendo sobre su pómulo, con los labios todavía hinchados por lo del banco. Sus ojos estaban oscuros, muy abiertos y seguros.

Elise la atrajo hacia sí y la besó.

Este beso fue distinto al del océano. Aquel había sido desesperado, una ruptura, semanas de contención estallando de golpe. Este fue lento. Intencionado. Elise besó a Sienna despacio, a fondo, con la mano en la nuca de Sienna, los dedos en el pelo suave de su cuello. Podía saborear la flor de saúco y bajo ella el calor de la boca de Sienna; presionó su lengua contra el labio inferior de Sienna, luego más allá, y sintió que todo el cuerpo de Sienna se estremecía.

Sienna le devolvió el beso. Su boca se abrió más, su lengua buscó la de Elise, y el beso se profundizó hasta que el calor inundó el cuerpo de Elise, intenso y concentrado. Las manos de Sienna subieron a la cintura de Elise, sus dedos se hundieron en la tela de su camiseta, atrayéndola con una urgencia que contradecía todo lo cuidadoso y sereno que Sienna había hecho en presencia de Elise. Elise la empujó contra la pared y la besó con más fuerza. La pared estaba fría contra la espalda de Sienna y el cuerpo de Elise estaba cálido contra su pecho, y la presión de sus cuerpos juntos era embriagadora. Sienna emitió un sonido en el fondo de su garganta, bajo y desesperado, y el sonido atravesó a Elise, haciendo que el calor se acumulara entre sus piernas.

—Te deseo —susurró Elise contra sus labios. Su voz era baja y ronca—. Llevo semanas deseándote. Quiero tocarte. Quiero saborearte. ¿Me dejarás?

Sienna abrió los ojos. Estaban más oscuros de lo que Elise los había visto nunca, con las pupilas dilatadas. Sus labios estaban hinchados y húmedos, y su respiración llegaba en ráfagas cortas y rápidas contra la boca de Elise.

—Sí. —La palabra fue segura. Sin vacilación. Sin máscara profesional. Solo Sienna, mirando a Elise en el pasillo oscuro de su apartamento con el rastro de las lágrimas aún visible en sus mejillas, sin pintalabios y con los ojos encendidos—. Quiero esto. Te quiero a ti.

Elise hizo una pausa. Porque esto importaba. Porque Sienna no había bebido nada esa noche, pero Elise sí. Dos ginebras. Y aunque el aire fresco del paseo le había despejado la cabeza y la boca de Sienna sobre la suya la había despejado aún más, y no estaba borracha, ni de lejos, necesitaba que Sienna supiera que esto era real.

—Estoy sobria —dijo Elise—. Por si te lo estás preguntando. El aire fresco, el llanto y tú besándome en ese banco me han despejado por completo. Sé exactamente lo que estoy haciendo y quiero hacerlo.

La expresión de Sienna se suavizó. Alargó la mano y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, un gesto tan tierno que el pecho de Elise se comprimió. —Sé que estás lo bastante sobria.

—Bien. Porque necesito que entiendas que estoy absoluta, completa y cien por cien segura de esto.

Los hombros de Sienna cayeron. El gesto de su mandíbula cambió, liberando una tensión que llevaba allí semanas. Elise vio cómo dejaba de luchar. Sienna la besó de nuevo, más suave ahora, un beso que era a la vez respuesta y rendición, y sus manos se apretaron en la cintura de Elise.

Elise la obligó a retroceder lentamente por el pasillo hacia el salón, besándola mientras avanzaban. La espalda de Sienna chocó con el borde de la estantería y Elise la sostuvo, dándole estabilidad con su mano sana en la cintura, y ambas se rieron contra la boca de la otra, un sonido cálido y sin aliento. Luego la risa se desvaneció, el beso se hizo más profundo y Elise las guió más allá de la estantería y el sillón hasta el sofá.

Cuando la parte posterior de las piernas de Sienna tocó el cojín, ella se sentó y Elise la siguió, arrodillándose entre sus piernas en el suelo, una posición que las dejó cara a cara. Sienna sentada en el sofá, Elise de rodillas sobre la alfombra. La intimidad de la posición

era eléctrica. Cada detalle del rostro de Sienna era visible desde allí: las mejillas encendidas, el pulso acelerado en la base de su garganta.

—Quiero desnudarte —dijo Elise. Sus manos estaban en el lazo del vestido cruzado de Sienna, sobrevolándolo. Sin moverse. Esperando—. ¿Te parece bien?

Los ojos de Sienna se encontraron con los suyos. Había deseo en ellos, y nerviosismo, y bajo ambos una especie de asombro, como si no pudiera creer que esto estuviera pasando. —Sí. —La palabra salió sin aliento—. Sí, me parece bien.

Elise soltó el lazo del vestido con una mano. La otra estaba limitada por el hombro, aún en proceso de curación, pero no necesitaba las dos manos para esto. Desenvolvió con cuidado el vestido de Sienna, tomándose su tiempo, observando el rostro de Sienna mientras lo deslizaba por sus hombros uno a uno. Debajo, Sienna llevaba un conjunto sencillo de sujetador y bragas de seda negra, y su piel se veía dorada bajo la tenue luz de la ventana, suave, cálida y cubierta de piel de gallina. El pequeño lunar cerca de su oreja izquierda. Los hilos plateados en sus sienes que captaban la luz. El rápido subir y bajar de su pecho bajo la seda negra.

Elise deslizó las yemas de los dedos por la piel expuesta, desde la clavícula hasta el ombligo, y el estómago de Sienna se contrajo. Un pequeño sonido ahogado escapó de sus labios.

Los hombros de Sienna eran esbeltos y definidos, con los músculos magros de una nadadora evidentes, y sus clavículas eran marcadas y elegantes. Elise se inclinó y besó el hueco entre ellas, saboreando la sal en la piel de Sienna, y sintió la vibración del gemido de Sienna a través de sus labios.

Pasó la mano por detrás de la espalda de Sienna y desabrochó el sujetador con destreza. Los tirantes se deslizaron por los brazos de Sienna, el sujetador cayó y Sienna quedó desnuda de cintura para arriba. Sus pechos eran pequeños y firmes, sus pezones estaban duros y oscuros, su respiración era superficial y rápida, y sus manos apretaban el cojín del sofá con tanta fuerza que sus nudillos se habían vuelto blancos.

Elise acunó un pecho en su mano, rozando el pezón con el pulgar, y la espalda de Sienna se arqueó ante el contacto. Besó el otro pecho, rodeando el pezón con la lengua, introduciéndolo en su boca, y la mano de Sienna voló a la parte posterior de su cabeza para acercarla más.

—Por favor —susurró Sienna.

Elise se tomó su tiempo. Besó el hueco de la garganta de Sienna, la curva de su hombro, la suave piel bajo su oreja donde el pulso martilleaba. Besó hacia abajo por el esternón de Sienna, entre sus pechos, sobre sus costillas. Los músculos del estómago de Sienna temblaban bajo sus labios. Su piel sabía a sal, a un perfume limpio y, bajo todo ello, puramente a Sienna.

—Dime si quieres que pare —dijo Elise contra su piel.

—No pares. Por favor, no pares.

Su mano bajó a las bragas de Sienna y se detuvo. Los ojos de Sienna estaban en los suyos, grandes, oscuros y llenos de confianza. Sienna levantó las caderas sin que se lo pidieran y Elise le bajó las bragas por las piernas; la tela se deslizó por los tobillos de Sienna y cayó al suelo.

Sienna estaba desnuda en el sofá del salón de Elise. Completamente desnuda. Su piel se veía dorada en la penumbra, su cuerpo temblaba, sus piernas estaban ligeramente separadas. Elise estaba de rodillas mirándola y la visión hizo que su cabeza diera vueltas.

Elise se sentó sobre sus talones y la contempló. El cuerpo de Sienna era esbelto, hermoso y tembloroso. Su vientre era plano, con los músculos apenas visibles bajo la piel, y sus muslos estaban tonificados por nadar en el mar. Había una pequeña marca de nacimiento en su cadera izquierda y una tenue marca de bronceado donde solía estar su reloj. Sus pies estaban descalzos. Elise nunca había pensado que los pies fueran algo particularmente íntimo, pero ver los pies descalzos de Sienna sobre la alfombra, de esta mujer que se contenía tanto en cualquier otro contexto, le oprimió la garganta. El tobillo tenía una fina cicatriz blanca, apenas visible, el resto de la lesión de tenis que Sienna había mencionado. Era real e imperfecta, y tan impresionante que el pulso de Elise rugió.

—Me estás viendo —susurró Sienna.

—Te estoy mirando. Y te veo. Eres tan hermosa, Sienna.

Separó los muslos de Sienna con las manos y besó la parte interna de su muslo. La piel era suave, casi insoportablemente suave, y sintió que el músculo se tensaba bajo sus labios. Luego el otro muslo. Después subió, con la boca moviéndose con una intención lenta y concentrada. Las piernas de Sienna se abrieron más. Su respiración se volvió errática.

—Elise... —La voz de Sienna era apenas audible. Alzó la mano y entrelazó los dedos en el cabello de Elise, no para guiarla, sino solo para sostenerla. Necesitaba el contacto.

Elise presionó su boca contra la vulva de Sienna, abriéndola para pasar la lengua a lo largo de ella, saboreándola. Sienna jadeó de forma aguda y repentina, y todo su cuerpo se arqueó despegándose del cojín del sofá. Sus dedos se apretaron en el cabello de Elise. Elise usó la lengua lentamente al principio, aprendiendo de ella, descubriendo qué hacía que los dedos de Sienna se apretaran y qué hacía que sus caderas se balancearan hacia adelante y qué lograba que su respiración se detuviera por completo. Estaba húmeda, cálida y sensible, respondía a todo, a cada caricia, presión y círculo. Elise se centró en su clítoris, alternando entre pasadas largas y planas y círculos tensos y concentrados; las reacciones de Sienna eran un mapa que estaba memorizando. Esta presión la hacía jadear. Este ángulo hacía que apretara más el pelo de Elise. Este ritmo lograba que sus caderas se levantaran del sofá.

Los sonidos que Sienna emitía eran suaves, contenidos, controlados incluso en esto. Como si todavía intentara retenerse, guardando una parte de sí misma bajo llave, y Elise no iba a permitirlo.

—Suéltate —le murmuró Elise. Presionó la lengua contra el clítoris de Sienna y se mantuvo allí—. No tienes por qué estar callada. Quiero oírte.

La mano de Sienna se apretó en su cabello. Elise usó la lengua con más presión, con más enfoque, encontrando el ritmo que tensaba el cuerpo de Sienna y trabajando sobre él, implacable y paciente. Y la contención de Sienna estalló. Los sonidos cambiaron.

Más fuertes. Descontrolados. Jadeos y gemidos que llenaron el apartamento a oscuras, sonidos crudos que Elise sospechaba que Sienna jamás había emitido antes, sonidos que había guardado bajo el silencio disciplinado de sus padres durante años. Sus caderas se movían al ritmo de la boca de Elise, balanceándose hacia adelante, buscando más. Elise le sujetó el muslo con su mano sana, la mantuvo firme, le dio más y se tomó su tiempo.

No tenía prisa. Podría haberse quedado allí toda la noche, entre las piernas de Sienna, escuchando cómo se desmoronaba. Esto era lo que había deseado desde el primer contacto en la consulta médica, desde la primera vez que los dedos de Sienna se habían presionado contra su omóplato y su mundo se había reducido a ese punto de contacto.

Los muslos de Sienna se tensaron. Su espalda se arqueó separándose del sofá. Sus dedos le apretaron el pelo con fuerza suficiente como para que le escociera, y el escozor fue glorioso. Y entonces llegó el orgasmo, un estremecimiento de todo el cuerpo que la recorrió en oleadas, su voz rompiéndose al pronunciar el nombre de Elise, sus piernas temblando, su mano presionando el rostro de Elise contra ella mientras el clímax alcanzaba la cima, se mantenía y finalmente, poco a poco, se relajaba.

Elise se quedó donde estaba, con la boca suave ahora, acompañándola durante los espasmos finales, hasta que el cuerpo de Sienna se aflojó contra los cojines del sofá y su mano se relajó en el cabello de Elise. Elise le besó la parte interna del muslo y levantó la vista.

Sienna estaba deshecha. Tenía los ojos entreabiertos y vidriosos, las mejillas de un color carmesí intenso y el pecho agitado. Su cabello oscuro estaba esparcido por el respaldo del sofá. Tenía los labios entreabiertos. Sus manos habían caído a los lados, con las palmas hacia arriba sobre los cojines. Su expresión era una que Elise nunca le había visto antes: abierta, atónita y completamente desprotegida, con todos los muros derribados, con todas las defensas desmanteladas.

La doctora Park se había ido. Esta era solo Sienna.

Elise apoyó la mejilla en la parte interna del muslo de Sienna y la miró. Los últimos temblores aún recorrían el cuerpo de Sienna, pequeñas vibraciones que Elise sentía contra su piel. La habitación olía a sexo, a cera de vela consumida y a la brisa que entraba por la ventana que había dejado entreabierta.

—Eres increíble —dijo Elise. Giró la cabeza y besó la cadera de Sienna, la pequeña marca de nacimiento, con suavidad—. Sabes tan bien.

El rubor de Sienna bajó por su cuello y se extendió por su pecho. Alargó la mano, acunó el rostro de Elise con ambas manos, la atrajo hacia arriba y la besó, profunda y lentamente, saboreándose a sí misma en la boca de Elise. El beso fue agradecido, hambriento y tierno, todo a la vez; la lengua de Sienna presionó contra la suya y todo el cuerpo de Elise se tensó por lo mucho que deseaba a esa mujer.

—Aún no he terminado —dijo Elise contra sus labios.

Sienna se apartó. Tenía los ojos muy abiertos. —¿Qué?

—He dicho que aún no he terminado. —Elise apartó un mechón de pelo oscuro de la frente de Sienna—. Quiero más de ti. ¿Puedo?

La mirada de Sienna, de sorpresa, de una nueva excitación y el principio de la incredulidad, hizo que el pulso de Elise rugiera. Los labios de Sienna se entreabrieron pero no salieron palabras. Asintió. Fue un asentimiento pequeño y tembloroso, cargado de confianza.

Elise la besó, una suave presión contra la comisura de sus labios, y luego volvió a bajar por el cuerpo de Sienna, dejando besos a su paso: esternón, estómago, cadera, muslo.

Tenía toda la noche. Tenía a aquella mujer hermosa, temblorosa y extraordinaria en su sofá, e iba a aprovechar cada minuto.

13

SIENNA

El orgasmo todavía la recorría en ondas lentas y menguantes cuando la boca de Elise regresó a su entrepierna.

Sienna jadeó. Tenía el cuerpo sensibilizado, cada terminación nerviosa expuesta y encendida. El primer contacto de la lengua de Elise contra su clítoris le provocó una sacudida tan aguda que sus muslos se cerraron involuntariamente. Elise los separó con la mano, con suavidad pero con firmeza, y volvió a acomodarse entre ellos.

—¿Demasiado? —preguntó Elise, con los labios contra la parte interna del muslo de Sienna.

—Casi. No del todo. —La voz de Sienna salió fragmentada. Su cuerpo estaba decidiendo por ella, anulando la parte de su cerebro que decía que estaba demasiado sensible, que aquello no podía volver a funcionar tan pronto. Sus caderas ya se inclinaban hacia la boca de Elise.

Elise lo comprendió. Empezó de forma más suave esta vez, apenas rozándola con la lengua, con pasadas ligeras que permitieron que el cuerpo de Sienna se ajustara a ser tocado de nuevo. La delicadeza era casi peor que la presión, porque hacía que Sienna quisiera más. Se agarró al cojín del sofá, apoyó la cabeza contra el

reposabrazos y respiró a través de la intensidad que iba creciendo lentamente.

Elise estaba entre sus piernas, con su mano buena en el muslo de Sienna y su boca trabajando con la misma paciencia y concentración que había puesto en la primera ronda. Pero esta vez era diferente. Más lento. Más intencionado. Como si el primer orgasmo hubiera sido una puerta abriéndose y ahora Elise la estuviera cruzando, explorando lo que había al otro lado.

Entonces los dedos de Elise se unieron a su lengua.

Dos dedos, presionando lentamente en su interior, y la plenitud del contacto hizo que todo el cuerpo de Sienna se arqueara sobre el sofá. Estaba tan mojada que no hubo resistencia, solo el deslizamiento lento y perfecto de los dedos de Elise llenándola, y un sonido que no reconoció se escapó de su garganta. Crudo, gutural y diferente a cualquier ruido que hubiera hecho jamás delante de otra persona.

Los dedos de Elise empezaron a moverse en un ritmo lento y curvado que acompasaba los movimientos de su lengua. La curva golpeó un punto en el interior de Sienna que hizo que su visión se disolviera por los bordes.

—¿Bien? —murmuró Elise contra ella, y la vibración de la palabra envió un nuevo pulso de calor por el cuerpo de Sienna.

—Sí. —Su voz estaba destrozada—. Dios, sí.

Elise la fue llevando poco a poco. Los dedos en su interior se movían con una presión lenta y curva que encontraba el punto que hacía que a Sienna se le nublara la vista, y su lengua mantenía el ritmo, constante e implacable; la combinación era devastadora. El segundo orgasmo se estaba gestando, distinto al primero, más profundo, una presión acumulada que comenzaba en su núcleo y se extendía hacia fuera por sus caderas, muslos y vientre.

Nunca la habían tocado así. No con esa combinación de destreza y ternura, ni con ese enfoque absoluto en su placer.

Había tenido sexo antes. Tres mujeres en veinte años. Encuentros breves que habían sido más mecánicos que significativos; cuerpos que se encontraban en la oscuridad, manos que repetían movimientos. Nunca antes había llegado al orgasmo

con una pareja. Había asumido que el problema era ella. Demasiado controlada. Demasiado precavida. Demasiado encerrada en su propia cabeza como para dejar de pensar en exceso y estar presente en su cuerpo. Había leído artículos sobre el tema, artículos clínicos en revistas especializadas, sobre la conexión entre la represión emocional y la respuesta sexual, y los había anotado con el mismo interés distante que ponía en todos sus autoanálisis para luego archivarlos.

Pero Elise estaba demostrando que cada una de esas suposiciones era errónea. El problema nunca había sido el cuerpo de Sienna. Su cuerpo era receptivo y sensible, y estaba desesperado precisamente por esto. El problema había sido que nadie la había tocado nunca con esa clase de paciencia. Nadie la había mirado nunca como la miraba Elise en ese momento, con asombro, deseo y una ternura que le hacía doler el pecho.

Elise la estaba aprendiendo. Interpretando cada jadeo, cada movimiento de sus caderas, cada vez que apretaba los dedos en el cojín del sofá, y ajustándose. Estaba aprendiendo el cuerpo de Sienna con su lengua, sus dedos y su atención, catalogando lo que funcionaba y construyendo sobre ello. Cuando la respiración de Sienna se aceleraba, Elise aumentaba la presión. Cuando sus muslos empezaban a temblar, Elise la sujetaba con más fuerza, manteniéndola firme. Cuando los sonidos que Sienna emitía pasaban de los gemidos a los gritos, agudos y rotos, nada parecidos a la mujer controlada y silenciosa que presentaba al mundo, Elise no aminoraba la marcha.

El orgasmo golpeó como una ola rompiendo contra un malecón. La espalda de Sienna se arqueó separándose del sofá, todos los músculos de su cuerpo se tensaron a la vez y llegó al clímax alrededor de los dedos de Elise con una fuerza que sacudió todo su cuerpo. Su boca se abrió en un grito silencioso. El placer era cegador, blanco y total, y continuó y continuó, pulsando a través de ella en oleadas largas y crecientes que hacían que le temblaran las piernas, se le encogiera el estómago y clavara los dedos en el cojín del sofá con la fuerza suficiente para dejar marcas.

Elise mantuvo los dedos quietos en su interior, dejando que el cuerpo de Sienna pulsara a su alrededor, y presionó besos suaves y tranquilizadores contra la parte interna de su muslo. Cada beso era un ancla, un punto de contacto que mantenía a Sienna vinculada al mundo mientras el orgasmo la recorría en ondas que se iban apagando.

Cuando el último eco se desvaneció, el cuerpo de Sienna se relajó de golpe. Sus músculos se volvieron líquidos. Su agarre sobre el cojín cedió. Su cabeza cayó hacia atrás contra el reposabrazos y se quedó mirando al techo, respirando con bocanadas largas y estremecidas; el techo no era más que un techo, pero de alguna manera se veía diferente, como si el mundo hubiera girado sobre su eje mientras ella no prestaba atención.

Cuando el mundo regresó, Sienna estaba temblando. Las piernas le flaqueaban. Tenía la cara húmeda por lágrimas que no recordaba haber vertido, y las manos acalambradas de tanto apretar el cojín. El apartamento estaba oscuro y en silencio, a excepción del sonido de sus respiraciones: la suya, entrecortada e inestable, y la de Elise, cálida contra su muslo, donde apoyaba la cabeza.

Elise la miró. Tenía los ojos oscuros, la barbilla húmeda y una expresión de silenciosa y feroz adoración. Besó la parte interna del muslo de Sienna y luego dio otro beso más arriba, contra el pliegue de la cadera.

—Eres la mujer más increíble que he conocido —dijo Elise. Su voz era ronca, baja y llena de una reverencia que hizo que a Sienna se le cerrara la garganta—. ¿Sabes lo hermosa que estás ahora mismo? ¿Tienes alguna idea?

Sienna negó con la cabeza. No podía hablar. La emoción estaba demasiado a flor de piel, era demasiado grande para las palabras.

—Estás impresionante. —Elise volvió a besarle la cadera—. Sabes tan bien... Y los sonidos que haces... —Se interrumpió y apoyó la frente contra el vientre de Sienna, con el aliento cálido contra su piel —. Podría escucharte el resto de mi vida.

El calor inundó el rostro de Sienna y se extendió por su cuello y su pecho. Nunca le habían hablado así durante el sexo. Casi nunca le habían hablado en absoluto durante el sexo. Sus parejas anteriores

habían sido tan contenidas como ella; los encuentros eran eficientes, físicos y terminaban rápido. Ninguna de ellas le había dicho que era hermosa mientras tenía la cara entre sus piernas. Ninguna la había mirado como la miraba Elise ahora, como si fuera alguien precioso.

—No puedo creer lo que he sentido —susurró Sienna. Su voz era áspera, cruda, nada parecida al tono firme que usaba en la consulta médica. Se tapó los ojos con la palma de la mano porque la vulnerabilidad de lo que estaba a punto de decir era enorme y no estaba segura de poder decirlo mirando a Elise—. Nunca... No sabía que podía ser así. Pensaba que me pasaba algo malo.

Elise se desplazó por el sofá y presionó los labios contra la clavícula de Sienna.

—¿Algo malo contigo?

—He estado con mujeres antes. Pero nunca fue... —Apartó la mano de los ojos y miró a Elise, y el rostro de esta estaba tan lleno de ternura que a Sienna se le oprimió el pecho—. Pensaba que estaba rota. Pensaba que era demasiado controlada. Que estaba demasiado en mi cabeza. Que no podía dejarme llevar lo suficiente como para sentir lo que sienten los demás.

—No estás rota —dijo Elise. Su voz era feroz y queda. Nunca has estado rota, Sienna. Solo necesitabas a alguien que se tomara su tiempo.

La expresión de Elise se suavizó aún más. La ferocidad se disolvió en ternura, y la ternura de sus ojos hizo que a Sienna le escocieran los suyos. Giró la cabeza y besó la parte interna del muslo de Sienna, una presión de labios lenta y tierna contra la piel suave. Luego su boca bajó a la rodilla de Sienna, y después a la pantorrilla y al tobillo. Los besos eran pausados y minuciosos, trazando un camino por la pierna de Sienna con un nivel de cuidado que hizo que el estómago de Sienna se contrajera con un nuevo deseo.

Entonces Elise bajó más, acunando el pie de Sienna con su mano buena, y presionó los labios contra el arco. El toque fue suave y sin prisas, la misma ternura aplicada a un lugar totalmente inesperado. La sensación irradió hacia arriba por la pantorrilla y el muslo en una

línea aguda y eléctrica, y Sienna comprendió lo que Elise decía sin palabras: cada parte de ti.

La boca de Elise empezó a subir de nuevo. Tobillo. Pantorrilla. El punto sensible detrás de la rodilla, donde Sienna jadeó y su pierna tembló y Elise sonrió contra su piel. La parte interna del muslo, donde la lengua de Elise dibujó líneas lentas y húmedas contra la piel suave. Besó la piel fina y sensible de esa zona, succionando suavemente, y las caderas de Sienna se elevaron del sofá.

Más arriba. Más cerca. La boca de Elise era una inevitabilidad que crecía lentamente, cada beso un paso más cerca de donde el cuerpo de Sienna la anhelaba. La anticipación era insoportable y exquisita, su propia humedad lubricaba la parte interna de sus muslos y su cuerpo temblaba por el esfuerzo de quedarse quieta.

Cuando la boca de Elise la alcanzó de nuevo, Sienna estaba tan excitada que la primera pasada amplia de su lengua la hizo gritar. No fue un jadeo, ni un gemido. Fue un grito que resonó en el apartamento oscuro y rebotó en las paredes y el techo, fuerte, crudo y diferente a cualquier sonido que hubiera emitido en su vida.

—Aquí estás —murmuró Elise contra ella, y las palabras vibraron en el clítoris de Sienna y ella gimió.

La lengua de Elise era insistente ahora, más rápida, más enfocada, moviéndose y rodeándola con un ritmo que iba creciendo hacia la cima. Usó los dedos otra vez, dos presionando profundamente, y el ángulo era diferente esta vez; las yemas de sus dedos se curvaban hacia arriba con una presión firme y constante que golpeaba un punto que hacía que la visión de Sienna se volviera blanca en los bordes. La combinación de lengua y dedos era implacable, perfectamente sincronizada, y el orgasmo se acercaba como un tren, imparable.

—Oh, Dios —jadeó Sienna. Tenía una mano en el pelo de Elise, aferrándose, y la otra agarraba el reposabrazos; su espalda estaba arqueada y todo su cuerpo tenso como un muelle—. Elise, voy a...

—Déjate llevar —susurró Elise contra ella—. Te tengo. Déjate llevar.

Sienna se dejó llevar.

El tercer orgasmo estalló en ella con una fuerza que hizo palidecer a los anteriores. Todo su cuerpo tembló, sus músculos se tensaron y relajaron en ondas rítmicas, y el placer fue tan intenso que cruzó a un territorio que rozaba el dolor, una inundación creciente y abrumadora que atravesó cada defensa, cada muro y cada capa cuidadosa y compuesta que ella había construido jamás. Lo sintió en todas partes. En el pecho, en la garganta, detrás de los ojos.

Llegó con fuerza, sus caderas se sacudían contra la boca de Elise, su voz se rompió en un sonido que era mitad grito, mitad sollozo. El orgasmo la desgarró en ondas violentas y pulsantes y sintió el torrente de humedad, más que antes, inundando la boca de Elise, su barbilla y el cojín del sofá debajo de ella. La liberación fue enorme. Elise no se apartó. Se acercó más, su boca trabajando durante el proceso, bebiéndosela, y la sensación prolongó el orgasmo hasta que el cuerpo de Sienna temblaba tanto que el armazón del sofá crujió bajo ellas.

La ola finalmente rompió. Y siguió rompiendo. Olas más pequeñas, réplicas, cada una haciendo que su cuerpo diera un respingo y se le cortara la respiración. Sienna se desplomó contra el sofá, sin fuerzas, con la respiración saliendo en jadeos irregulares que eran casi sollozos. Su pecho subía y bajaba con fuerza. Su piel estaba empapada de sudor. Sus músculos se sentían líquidos. Las lágrimas eran reales ahora. Corrían por sus sienes hasta su cabello y no podía detenerlas, ni lo intentó. La liberación era más que física. Era todo lo que había estado guardando durante años: la soledad, el control y el silencio cuidadoso y disciplinado de una mujer que nunca había dejado que nadie se acercara lo suficiente como para verla así.

Estaba llorando y no podía parar.

Las lágrimas venían de algún lugar profundo y antiguo, un depósito que había estado llenando durante décadas sin saber que tenía fondo. No eran lágrimas de tristeza, no exactamente. Eran lágrimas de liberación, de ver cómo caía por fin el último muro, de ver cómo todo lo que había estado reteniendo durante años salía de golpe.

Cada momento de control, cada sentimiento engullido, cada vez que había dicho «estoy bien» cuando no lo estaba: las cenas en la mesa de sus padres donde la emoción era una lengua extranjera; las noches que se había quedado despierta en su apartamento de San Diego a los veintitrés años sabiendo que era lesbiana y sabiendo que el silencio de ellos no era aceptación sino evasión; cada mujer que había deseado y mantenido a raya porque desear era peligroso. Cada noche sola en Phoenix Ridge con su leche de avena y sus revistas médicas y el océano a través de la ventana. La ausencia de alguien que la abrazara y le dijera que era suficiente.

Elise se movió junto a ella en el sofá. Cogió una manta del reposabrazos, envolvió con ella los hombros de Sienna y luego la tomó en sus brazos. Sienna apretó la cara contra el cuello de Elise y lloró. No en silencio. No con contención. Lloró como imaginaba que la postura rígida de su padre nunca le había permitido; como el Steinway de su madre había llorado a través de Rachmaninov, a voz plena y sin disculpas. Los sollozos sacudían todo su cuerpo y sus lágrimas empapaban el cuello de la camisa de Elise; no podía parar y no quería parar.

Elise la sostuvo. No dijo «está bien» ni «no llores» ni ninguna de las cosas que la gente dice cuando el dolor ajeno les incomoda. No preguntó qué pasaba. No se apartó para ver la cara de Sienna. Solo la sostuvo, con su brazo bueno envuelto alrededor de la espalda de Sienna, sus labios presionados contra la sien de ella y sus dedos acariciando el cabello húmedo de Sienna con ritmos lentos y constantes. La sostuvo como Sienna había sostenido a Elise en el banco hacía veinte minutos, o una hora, o una vida entera; con paciencia, quietud y la certeza silenciosa e inquebrantable de que la tormenta pasaría.

—Te tengo —murmuró Elise contra su pelo—. Estoy aquí. No me voy a ninguna parte.

Las palabras eran sencillas y Elise las dijo sin dramatismo, y rompieron una parte de Sienna que ya estaba rota y la reconstruyeron al mismo tiempo. *No me voy a ninguna parte.* Seis palabras. Las seis palabras que llevaba esperando oír toda su vida,

de sus padres, de sus amantes, de cualquiera, y nadie las había dicho hasta ahora.

Sienna se apretó más contra ella. El latido del corazón de Elise era constante contra su mejilla, un ritmo lento y tranquilizador que la anclaba durante los últimos restos de la tormenta. El apartamento estaba oscuro y en silencio. El mundo era el mismo. Solo Sienna era diferente.

El llanto disminuyó. Los sollozos se convirtieron en hipos, luego en respiraciones profundas y, finalmente, en quietud. Sienna yacía contra el pecho de Elise, envuelta en la manta y en el brazo de ella, y se dejó sostener. Su cuerpo estaba exhausto, sus músculos líquidos, su piel sensible a cada roce de la tela y el aire. El aliento de Elise era cálido contra la parte superior de su cabeza, lento y regular, y el calor de su cuerpo traspasaba la fina manta, junto al peso sólido y real de su brazo cruzado sobre la espalda de Sienna. El sofá era demasiado pequeño para las dos y ninguna de ellas se movió. Los dedos de Elise continuaron su ritmo pausado por su cabello, trazando patrones que ella no podía ver.

—Quédate —susurró Sienna. La palabra se le escapó, superando a la parte de ella que seguía siendo la doctora Park, superando cualquier objeción que pudiera haber planteado.

—Me quedo —dijo Elise. Sus labios se movieron contra la frente de Sienna—. Estoy aquí mismo.

Sienna cerró los ojos. El latido de Elise era constante bajo su oído. La manta le calentaba los hombros. En algún lugar de fuera, un coche pasó y sus faros barrieron brevemente el techo antes de que la oscuridad regresara.

Ella se aferró.

14

ELISE

Elise se despertó con el sonido del océano y el peso de otro cuerpo en su cama.

La luz de la mañana era pálida y gris azulada, de esa clase temprana que atraviesa las cortinas antes de que el sol asome por el horizonte. Caía sobre la cama en suaves franjas, iluminando las sábanas blancas, el contorno de las extremidades y el cabello oscuro esparcido sobre la almohada a su lado.

Sienna estaba dormida.

Estaba tumbada boca abajo, con un brazo bajo la almohada y el otro descansando entre ambas sobre el colchón. La sábana se le había resbalado hasta la cintura y la luz matinal trazaba las líneas de su espalda, la cresta de su columna, la piel suave de sus hombros. Tenía el cabello oscuro suelto y enredado, y el rostro vuelto hacia Elise; tenía los labios ligeramente entreabiertos y la respiración era pausada y profunda.

Elise no se movió. Se quedó tumbada de lado, observando a Sienna dormir y dejando que la realidad de aquello la embargara.

Sienna Park estaba en su cama.

Se habían trasladado desde el sofá en algún momento de la madrugada, cuando el llanto había cesado, la manta no era

suficiente y ambas se sentían rígidas y agarrotadas por la estrechez de los cojines. Elise la había guiado de la mano por el apartamento a oscuras y había apartado las mantas; Sienna se había metido sin mediar palabra, pegando la espalda al pecho de Elise, y Elise la había abrazado hasta que se durmieron con las respiraciones acompasadas.

Ahora el apartamento estaba en silencio. El reloj digital de la mesilla marcaba las 6:47. El aire olía a sal, a piel y a los tenues restos de las velas que se habían consumido por completo hacía dos noches. A través de la pared, llegaba el zumbido de la nevera. Fuera, una gaviota soltó un graznido, nítido y claro, y luego nada.

La piel de Sienna se veía dorada bajo la luz matinal. La curva de su omóplato. El pequeño lunar justo por encima de la cintura, en el lado izquierdo. Los finos músculos de su espalda, visibles incluso en sueños, forjados por años de natación matutina y tenis profesional. La mirada de Elise recorrió toda su columna y recordó cómo se había arqueado esa espalda bajo su boca la noche anterior; recordó cómo el cuerpo de Sienna se había elevado del sofá cuando la lengua de Elise encontró el ritmo adecuado; recordó su sabor, a sal y dulzor, el sabor más íntimo que Elise había conocido jamás.

Un calor se extendió por su bajo vientre ante el recuerdo. El fantasma de Sienna aún persistía en sus labios, la humedad en su barbilla, la presión de los muslos de Sienna contra sus oídos cuando llegó el orgasmo. Tres veces. Había hecho correr a Sienna tres veces; la última fue tan intensa que la rompió por dentro, y el llanto posterior había sido real y crudo, lo más vulnerable que nadie había compartido nunca con ella.

Esperaba que Sienna no se arrepintiera.

El pensamiento llegó como una corriente de aire frío bajo la puerta. Porque la noche anterior había sido extraordinaria y abrumadora, distinta a todo lo que Elise había experimentado, pero también había involucrado a una mujer que llevaba cuarenta y un años manteniendo a la gente a distancia, una mujer que había dicho «creía que estaba rota» con lágrimas en la cara y vergüenza en la voz. Sienna había traspasado todos los límites profesionales que consideraba sagrados, y lo había hecho en un arrebato de deseo y

liberación emocional; ahora era de mañana, las velas estaban apagadas, el efecto de la ginebra se había disipado y la realidad era una luz gris que atravesaba las cortinas del dormitorio.

Elise observó el rostro de Sienna. Las pestañas oscuras contra sus mejillas. El ligero ceño que le fruncía la frente incluso dormida, como si su cerebro siguiera ejecutando diagnósticos. El pequeño tic de su labio inferior.

Por favor, no te arrepientas de esto.

Por favor, no te despiertes, te pongas la máscara y me digas que ha sido un error. Por favor, no vuelvas a ser la doctora Park. Por favor, quédate.

Los párpados de Sienna temblaron. El ceño se acentuó. Su cuerpo se movió bajo la sábana, tensando los hombros a medida que recobraba la consciencia, y Elise presenció el momento exacto en que ocurrió, el segundo preciso en que Sienna se despertó del todo y supo dónde estaba y quién estaba a su lado.

Abrió los ojos. De un marrón oscuro, desenfocados, parpadeando ante la luz de la mañana. Recorrieron el techo desconocido, las cortinas, la mesilla con su reloj, y entonces encontraron a Elise y se agrandaron.

—Hola —dijo Elise. Mantuvo la voz suave. Sin resultar amenazante. Sonrió y esperó que el gesto pareciera tranquilizador en lugar de aterrorizado.

—Hola —la voz de Sienna sonó ronca por el sueño. Parpadeó de nuevo. Se llevó la mano a la cara como si buscara unas gafas que no estaban allí y luego se detuvo, con los dedos suspendidos en el aire, y su expresión cambió. Estaba recordando. Se notó en el ligero cambio de enfoque, en la dilatación de sus pupilas; el reconocimiento regresaba pieza por pieza.

Las mejillas de Sienna se encendieron. El rubor comenzó en la mandíbula y se extendió hacia arriba, rosado e intenso, visible incluso bajo la luz gris de la mañana.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Elise.

—Yo... —Sienna se incorporó apoyándose en un codo. La sábana se le resbaló más y se la sujetó contra el pecho con la mano libre, manteniéndola ahí. El recato del gesto, después de todo lo que

habían hecho anoche, hizo que Elise sintiera una punzada de ternura —. No puedo creer lo que ha pasado.

—¿Qué parte exactamente?

—Todo. Cada parte —la voz de Sienna era firme, pero sus ojos no. Escudriñaban el rostro de Elise con una intensidad casi frenética, buscando pistas, leyendo la situación como si leyera informes médicos, intentando encontrar información que le indicara cómo proceder—. He cruzado un límite profesional. Varios límites profesionales. Soy tu médico, me he acostado contigo y eso es una violación grave de mis obligaciones éticas.

—Eres especialista en medicina deportiva en un programa de hockey, no una neurocirujana operándome el cerebro —dijo Elise—. Y ambas somos adultas que han elegido estar aquí. Nadie ha violado nada.

—Existen normas profesionales por razones muy válidas.

Elise se puso de lado, apoyando la cabeza en la mano.

—Y esas normas sirven para proteger a pacientes vulnerables de médicos depredadores. Tú no te estás aprovechando de mí y yo no soy vulnerable. De hecho, me encuentro espectacularmente bien —Elise dejó que la palabra quedara suspendida en el aire, entonada con la suficiente sugerencia para que tuviera ambos significados, y vio cómo el rubor de Sienna se intensificaba.

Sienna encogió las rodillas bajo la sábana.

—El comité de ética no lo vería así.

—Menos mal que no estoy saliendo con el comité de ética.

Sienna la miró fijamente. El color le llegaba ya a las clavículas, perdiéndose bajo el borde de la sábana que estrujaba. Tenía el pelo hecho un desastre, los ojos hinchados de tanto llorar y la marca de la almohada en la mejilla izquierda; era lo más hermoso que Elise había visto nunca en esa cama o en cualquier otra.

—¿Ha sido ese el mejor cumplido que has recibido de alguien que se tapa el pecho con una sábana? —preguntó Elise.

Sienna se llevó una mano al cuello.

—Para ya.

—Estás preciosa cuando te sonrojas. Lo cual es muy conveniente, porque te pones roja cada vez que te miro.

—No es verdad —Sienna se subió más la sábana, lo que solo hizo que la sonrisa de Elise se ensanchara.

Elise alargó la mano y trazó con un dedo la clavícula de Sienna, justo por encima del borde de la sábana.

—Lo estás haciendo ahora mismo. Tienes el cuello rojo. Es increíblemente excitante.

Sienna apretó los labios, luchando contra una sonrisa y perdiendo la batalla. La sonrisa rompió sus reservas y transformó su rostro, suavizando todas sus aristas; a Elise le dolió el pecho al verla, porque esa era Sienna sin armadura, y estaba luminosa.

—Tengo que decirte esto —dijo Sienna. La sonrisa se desvaneció, reemplazada por una seriedad que hizo que a Elise se le encogiera el estómago. Se preparó para lo peor. El discurso del arrepentimiento. El distanciamiento de la mañana siguiente. El restablecimiento de la barrera profesional que devolvería a Sienna tras sus muros y dejaría a Elise en el lado equivocado.

—Vale.

—Anoche fue el mejor sexo de toda mi vida.

La frase llenó el silencioso dormitorio. Elise parpadeó.

—Y soy consciente de que eso no dice mucho —continuó Sienna —, porque el listón estaba por los suelos. Pero necesito que sepas que lo que me hiciste anoche no fue solo bueno. Fue revelador. No sabía que mi cuerpo pudiera hacer eso. No sabía que pudiera sentir eso. Y estoy furiosa con todas las mujeres que me tocaron antes que tú, porque me hicieron creer que el problema era yo.

—El problema nunca has sido tú —dijo Elise. Su voz sonó más ronca de lo que pretendía.

—Ahora lo sé —Sienna miró la sábana que tenía en la mano y luego volvió a mirar a Elise—. Gracias a ti.

Elise quiso besarla. Deseó acortar los quince centímetros de colchón que las separaban y posar su boca sobre la de Sienna y saborear la mañana en sus labios. Pero se contuvo. No por inseguridad, sino por cuidado. Este momento era frágil, y Sienna estaba frágil, y Elise no iba a ser la persona que presionara demasiado rápido.

—Puedo volver a hacerlo —dijo en su lugar, y dejó que la oferta se asentara entre ambas en el silencio matinal.

Sienna contuvo el aliento. El sonido fue leve, casi inaudible, pero Elise lo oyó porque estaba atenta, porque ahora estaba sintonizada con cada frecuencia del cuerpo de Sienna, con cada microexpresión y cada pequeño sonido. Las pupilas de Sienna se dilataron. Sus dedos se apretaron contra la sábana.

—Quiero volver a hacerlo —dijo Sienna—. Pero quiero... —Se detuvo. Tragó saliva. Su piel se encendió de nuevo, más oscura esta vez; era el calor de una mujer obligándose a pronunciar palabras que nunca había dicho—. Quiero hacértelo a ti.

El aire escapó de Elise de golpe.

—¿A mí?

—Quiero saborearte. Quiero darte lo que tú me diste a mí —estaba mirando a la almohada, no a Elise, y su voz se había vuelto baja e inestable—. Pero tengo que decirte que no he... nunca he hecho eso. No de forma adecuada. No bien. Las veces que he estado con mujeres fue rápido y a oscuras; no sabía lo que hacía y nunca me quedaba el tiempo suficiente para aprender. Y me preocupa no ser lo bastante buena. Que tengas que fingir.

—Sienna —Elise esperó a que Sienna la mirara. Los ojos marrones que se cruzaron con los suyos estaban muy abiertos, vulnerables y cargados de deseo y miedo a partes iguales—. Te prometo que no tendré que fingir nada.

Sienna retorció la sábana entre sus dedos.

—No puedes saber eso.

Elise alargó la mano y le apartó un mechón de pelo oscuro tras la oreja.

—Puedo. Porque llevo pensando en tu boca desde la primera vez que me sonreíste en la sala médica. Y porque la forma en que ya me besas me dice todo lo que necesito saber sobre cómo serás.

Sienna entreabrió los labios.

—¿A qué te refieres?

Elise se inclinó hacia delante y la besó.

Fue un beso lento y tierno, un beso de mañana, de labios suaves y aliento cálido con el leve rastro de sal de las lágrimas de anoche.

Elise se tomó su tiempo. Besó el labio inferior de Sienna, luego el superior, después la comisura de su boca; entonces abrió la suya contra la de Sienna y dejó que la lengua de esta encontrara la suya. La lengua. A eso se refería. La boca de Sienna era minuciosa, atenta y profunda e instintivamente sensual; su lengua se movía con un cuidado que envió una ráfaga de calor directa a la columna de Elise. Sienna besaba como hacía todo: con concentración, esmero y el compromiso de hacerlo exactamente bien.

Elise se apartó. Los labios de Sienna estaban húmedos y entreabiertos, y su respiración se había acelerado.

—Eso —dijo Elise—. Lo que haces con la lengua cuando me besas. Haz eso.

—¿Hacer eso... ahí abajo?

—Exactamente.

El rosa se extendió por su cuello. Pero los ojos de Sienna estaban fijos ahora y, tras el nerviosismo, había determinación. La misma mirada que ponía en la consulta cuando estaba a punto de realizar un procedimiento que requería destreza, pulso firme y atención absoluta.

—Puede que necesite algo de guía —dijo Sienna.

—Yo te diré lo que me gusta. ¿Y Sienna? —Elise esperó a que la mirara a los ojos—. No necesitas ser «buena» en esto. Solo necesitas ser tú. Ya estoy tan excitada contigo que esto va a funcionar. Te lo prometo.

Sienna le sostuvo la mirada y luego asintió. Fue un gesto decidido, el mismo que hacía antes de vendar un hombro o ajustar un protocolo de rehabilitación. La Sienna clínica afloraba a través de la vulnerabilidad y, de algún modo, esa combinación era lo más atractivo que Elise había visto jamás.

Elise se recostó contra las almohadas. Llevaba puesta una camiseta y nada más, la que se había puesto a oscuras cuando se pasaron a la cama; al quitársela por la cabeza, los ojos de Sienna bajaron a su pecho con una mirada abierta, hambrienta y reverente, todo a la vez.

—Eres preciosa —susurró Sienna.

—Tócame.

La mano de Sienna se posó en el vientre de Elise. Sus dedos temblaban ligeramente mientras se extendían por su piel con delicadeza, como si Elise pudiera romperse. Recorrió la línea de sus costillas y luego subió hasta la curva de su pecho; cuando su pulgar rozó el pezón de Elise, esta inspiró con fuerza y los ojos de Sienna buscaron su rostro.

—¿Bien? —preguntó Sienna.

—Muy bien.

La boca de Sienna siguió a su mano. Besó la clavícula de Elise, luego el hueco de su garganta y después bajó, presionando besos suaves y de boca abierta por su esternón. Su pelo caía sobre la piel de Elise, oscuro y provocando cosquilleos; Elise lo recogió con su mano buena y lo apartó de la cara de Sienna para poder verla.

Sienna besó su pecho. Su lengua fue titubeante al principio, rodeando el pezón de Elise con trazos cuidadosos; luego la vacilación desapareció, su boca se selló sobre el pezón y succionó, haciendo que Elise arqueara las caderas.

—Justo así —jadeó Elise.

Sienna siguió bajando. Besó el vientre de Elise con la minuciosidad que ponía en todo: sus labios trazaban los relieves del músculo, la pequeña cicatriz de una apendicitis a los dieciséis años, la piel suave bajo el ombligo. Cada beso era pausado e intencionado, y las manos de Sienna se movían con ella; una sujetaba la cadera de Elise y la otra deslizaba las yemas de los dedos por el exterior de su muslo. Elise sentía cómo la respiración de Sienna se aceleraba contra su piel. El nerviosismo seguía ahí, en la ligera vacilación entre besos, en la forma en que Sienna se detenía en la parte superior de su cadera como si estuviera cobrando valor.

—Lo estás haciendo perfecto —dijo Elise.

Sienna la miró. Sus ojos marrones estaban oscuros de deseo y fijos en el rostro de Elise con una intensidad que hizo que a esta se le encogiera el estómago. Ahora estaba entre los muslos de Elise, con su cabello oscuro esparcido sobre su cadera, y la luz de la mañana resaltaba la línea de su mandíbula y la plenitud de su labio inferior.

Bajó la boca. A Elise se le cortó la respiración.

El primer contacto de la lengua de Sienna fue cauto. Una caricia amplia y lenta, plana y suave, exploratoria. El cuerpo de Elise respondió antes de que su cerebro pudiera procesarlo: sus caderas se elevaron y se le escapó un jadeo que no pudo controlar. Sienna se apartó mínimamente, sobresaltada por la respuesta.

—No pares —dijo Elise. Su voz ya sonaba ronca—. Es perfecto. Hazlo otra vez.

Sienna lo repitió. Otra caricia amplia, y luego otra, encontrando un ritmo pausado y exhaustivo. Su lengua era suave y estaba haciendo exactamente lo que Elise le había dicho: besándola como besaba su boca, con esa misma presión enfocada y atenta. La sensación era demoledora.

Elise tenía la mano en el pelo de Sienna. Se aferraba a él, no para guiarla, sino para anclarse, y cuando la lengua de Sienna encontró su clítoris, el sonido que emitió Elise fue bajo y desamparado. Sintió cómo los labios de Sienna se curvaban contra ella al oírlo, una sonrisa; la intimidad de aquello, ver a Sienna sonriendo contra ella mientras su lengua trabajaba, era casi demasiado.

—Un poco más arriba —jadeó Elise—. Ahí... sí. Ahí mismo.

Sienna se ajustó. Su lengua subió, concentrada, trazando círculos con un enfoque puramente suyo, y la presión aumentó en el bajo vientre de Elise como una ola que cobra fuerza. Le temblaban los muslos. Su agarre en el pelo de Sienna se tensó y la mano de Sienna apretó su cadera con más fuerza; la comunicación entre ellas era muda y perfecta.

La lengua de Sienna presionó con más firmeza. El ritmo se aceleró en respuesta a los sonidos que hacía Elise, al movimiento de sus caderas, y el orgasmo fue creciendo desde lo más profundo, una tensión lenta que trepaba y emanaba desde el punto donde la boca de Sienna se encontraba con su cuerpo.

—Dios, Sienna —jadeó Elise—. Es increíble lo que haces. No pares. Por favor, no pares.

Sienna no paró. Se acercó más, sellando su boca sobre el clítoris de Elise, con su lengua moviéndose en toques rápidos y precisos, mientras su mano se deslizaba de la cadera al interior del muslo

para abrirla más, sujetándola con una firmeza que envió una nueva oleada de calor por el cuerpo de Elise. La presión estaba aumentando, llegando al límite, y las caderas de Elise se agitaron contra la boca de Sienna mientras su mano se cerraba en un puño en su pelo; estaba llegando, era imparable.

—Estoy cerca —jadeó—. Estoy muy cerca. Eres tan buena. Eres... oh, Dios...

El orgasmo la golpeó de forma profunda, una contracción que atrajo cada nervio hacia un solo punto y luego lo liberó. Sus caderas se elevaron del colchón. Su mano se aferró al pelo de Sienna, no tirando, sino simplemente sosteniéndose, y el sonido que emitió fue roto, agradecido y sonoro en el silencioso dormitorio. Sienna mantuvo la boca ahí durante todo el proceso, con la lengua aún moviéndose, ahora más suave, más lenta, recorriendo las réplicas con un instinto que no tenía nada que ver con la experiencia y todo con la atención.

La ola se retiró lentamente. El cuerpo de Elise se quedó laxo contra las almohadas. Su respiración era entrecortada y el pulso le martilleaba en la garganta. Tenía la piel humedecida por el sudor y el aire de la mañana se sentía fresco contra ella. Aún notaba la boca de Sienna presionada contra la parte interna de su muslo, con suavidad, y su mano descansando sobre su cadera.

—Ven aquí —susurró Elise. Tenía la voz quebrada.

Sienna subió por su cuerpo. Se acomodó al lado de Elise y hundió la cara en el hueco de su cuello; Elise sentía su aliento y la humedad de su boca caliente contra su piel, además del latido acelerado de su corazón a través del contacto de sus cuerpos.

—¿Ha estado... bien? —la voz de Sienna sonó amortiguada contra el cuello de Elise. Pequeña. Insegura.

Elise se rió. El sonido fue jadeante y vibró a través de ambas. Rodeó a Sienna con su brazo sano, la atrajo hacia sí y la besó en la coronilla.

—«Bien» no es la palabra que yo usaría.

Los dedos de Sienna se curvaron contra la clavícula de Elise.

—¿Qué palabra usarías?

—Increíble. Trascendental. Absolutamente alucinante —besó el pelo de Sienna—. Dijiste que nunca habías hecho eso de forma adecuada. Me mentiste.

—No fue una mentira. Es que... he escuchado lo que decías —Sienna levantó la cabeza y miró a Elise. Tenía los labios hinchados y húmedos, los ojos brillantes y su rostro mostraba una expresión que Elise no había visto nunca. Orgullo. Un orgullo silencioso y sorprendido, la expresión de alguien a quien le han dicho que no podía hacer algo y lo ha logrado—. Me has dicho qué hacer y te he escuchado.

—Has hecho más que escuchar —Elise acarició el rostro de Sienna con la mano buena. Trazó la línea de su mandíbula, el pómulo alto, la comisura de su boca. Sienna se inclinó hacia su mano—. Estabas prestando atención. Sentiste lo que funcionaba y te dejaste llevar. Eso no es técnica, Sienna. Eso es conexión.

La boca de Sienna se curvó. El orgullo seguía ahí, creciendo, y bajo él asomaba una chispa de picardía que Elise no había visto antes.

—Quiero volver a hacerlo —dijo Sienna. Su voz era baja, segura, nada que ver con la mujer nerviosa que había pedido guía veinte minutos antes.

—¿Ahora?

—Ahora no —Sienna presionó sus labios en el hueco de la garganta de Elise—. Pero pronto. Quiero mejorar.

Elise se rió, sin aire.

—No necesitas mejorar. Eso ya ha sido...

—Soy perfeccionista —Sienna le besó la comisura de la boca y luego se apartó lo justo para mirarla; se la veía encantada de haberse conocido—. Pienso practicar.

Elise la atrajo y la besó, con suavidad y lentitud, saboreándose a sí misma en los labios de Sienna, mientras la mano de esta subía a descansar contra su pecho, sobre su corazón.

Se quedaron tumbadas juntas bajo la luz gris de la mañana, con las piernas entrelazadas y la sábana cubriéndolas a ambas. A Elise le dolía el hombro de dormir sobre él, pero sentía el cuerpo relajado y profundamente satisfecho; la mujer en sus brazos respiraba

pausadamente, dibujando patrones distraídos con los dedos sobre la clavícula de Elise.

—Quédate —murmuró Elise—. Quédate un poco más.

Sienna se pegó más a ella. Sus labios se movieron contra el cuello de Elise.

—Me quedo.

La luz de la mañana cobraba fuerza. A través del hueco de las cortinas, el cielo pasaba del gris al oro pálido, con el primer borde del sol asomando sobre el agua. Una gaviota graznó fuera, respondida por otra. El apartamento estaba en calma y olía a sueño, a piel y a ellas dos juntas, un aroma que no estaba allí ayer, que aún no tenía nombre pero que se sentía como el principio de todo.

Abrazó a Sienna con fuerza y vio cómo cambiaba la luz, sin moverse.

15

SIENNA

La consulta de Helen estaba en la segunda planta de un edificio de piedra arenisca a tres manzanas del puerto, encima de una clínica de fisioterapia y una librería que olía a café y a papel viejo. Sienna había pasado por delante decenas de veces sin entrar. Sabía que la consulta estaba allí, sabía que estaba disponible, sabía que Helen le había dicho más de una vez que su puerta siempre estaba abierta.

Nunca la había abierto.

El trayecto en coche por la ciudad había durado doce minutos. Había contado los semáforos. Cuatro en verde, dos en rojo, uno en ámbar por el que había acelerado porque quedarse quieta le resultaba imposible. Llevaba las manos agarradas al volante en la posición de las diez y diez, con los nudillos blancos, como solía sujetar su raqueta de tenis antes de un saque, y había tenido la boca seca durante todo el camino. Había aparcado en el pequeño aparcamiento de detrás del edificio, había apagado el motor y se había quedado sentada en el coche otros seis minutos, observando a un gato sestear sobre el capó de un utilitario plateado en la plaza de al lado.

Entonces había entrado.

La sala de espera era pequeña y estaba pintada de un gris cálido. Dos sillones, una mesa baja con una jarra de agua y dos vasos, una lámina enmarcada de la costa que podría haber sido cualquier lugar. Sin recepcionista. Helen gestionaba su propia consulta, atendía a sus clientes, llevaba su propia agenda. Sienna se sentó en el sillón más cercano a la ventana, apoyó las palmas de las manos sobre los muslos e intentó que la rodilla dejara de darle pequeños saltos.

Nunca antes se había sentado en la sala de espera de un terapeuta. Al menos no como paciente. Había derivado a atletas a psicólogos deportivos, había discutido protocolos de tratamiento con Helen tomando un café, había leído literatura clínica sobre terapia cognitivo-conductual y atención informada sobre el trauma con el mismo interés distante que ponía en cualquier formación profesional. Pero nunca había estado a este lado de la puerta. El lado en el que eres tú quien tiene el problema.

El problema. Le dio vueltas a la palabra en su cabeza, examinándola como examinaría una radiografía, buscando la línea de fractura. ¿Cuál era el problema, exactamente? ¿Que se había acostado con una paciente? ¿Que el sexo había sido tan abrumador que había llorado delante de otra persona por primera vez en veinte años? ¿Que se había despertado en la cama de Elise Moreno con la luz de la mañana sobre la piel, el sabor de Elise todavía en la boca y la aterradora y absoluta certeza de que se estaba enamorando de alguien a quien se suponía que debía estar tratando?

Todo lo anterior.

Se había marchado del apartamento de Elise ayer a última hora de la mañana, después de desayunar, después de más besos, después de quedarse parada ante la puerta incapaz de dejar de acariciar la cara de Elise mientras se despedía. Había conducido a casa aturdida, se había duchado y se había quedado bajo el agua durante veinte minutos mirando los azulejos. Luego había cogido el móvil y le había enviado un mensaje a Helen.

¿Puedo reservar una sesión? Una de verdad. No un café.

Helen había respondido a los pocos minutos. _Mañana a las diez. Te reservo el hueco._

Sin preguntas. Sin sorpresas. Probablemente Helen llevaba meses esperando ese mensaje.

La puerta de la consulta se abrió. Helen estaba en el umbral con su uniforme habitual: pantalones oscuros, cárdigan gris, y su melena oscura por la barbilla, veteada de hilos plateados, enmarcando un rostro sereno y observador. Sonrió.

—Pasa.

Sienna se levantó. Le temblaban las piernas, lo cual era absurdo. Realizaba reconocimientos a atletas profesionales. Había recolocado hombros y cosido laceraciones y tomado decisiones en fracciones de segundo sobre protocolos de conmoción cerebral mientras veinte mil personas observaban. Sabía cruzar una puerta.

Cruzó la puerta. Tenía las palmas de las manos húmedas y se las secó contra los pantalones, un hábito nervioso del que pensaba que se había despojado hacía años en el circuito de tenis juvenil de San Diego.

El despacho de Helen era sencillo. Dos sillones enfrentados con un ligero ángulo, un escritorio junto a la ventana que claramente no utilizaba durante las sesiones, una estantería y una caja de pañuelos en la mesa de al lado. La ventana daba a un callejón estrecho plantado con olivos olorosos, y el aroma a albaricoque entraba por el cristal entreabierto. Sienna se sentó, se puso las manos en el regazo y entrelazó los dedos porque, de lo contrario, empezaría a juguetear con el dobladillo de su camisa.

Helen se sentó en el sillón de enfrente. No tenía bloc de notas. No estaba grabando nada. Cruzó una pierna sobre la otra y observó a Sienna con una expresión de amable atención.

—Bueno —dijo Helen—. Ya estás aquí.

—Ya estoy aquí.

—¿Qué te trae por aquí? —Hizo una pausa—. Y antes de empezar, sé que esto es inusual. Que yo sea tu amiga y haga esto. Si prefieres a otra persona, tengo colegas de confianza. Pero si quieres que sea yo, me parece bien.

—Prefiero que seas tú —dijo Sienna.

—Bien. Pues hablemos.

Sienna abrió la boca y volvió a cerrarla. Lo había ensayado en el coche, sentada en el aparcamiento, repasando las palabras que utilizaría. Palabras clínicas. Palabras asépticas. Palabras que explicaran la situación sin exponer la crudeza que había debajo. Tenía las frases preparadas.

Se desintegraron en el momento en que Helen la miró.

—Me he estado acostando con Elise —dijo Sienna. Las palabras salieron planas y desnudas, nada parecido a la cuidadosa explicación que había planeado.

La expresión de Helen no cambió. Mantuvo la misma mirada tranquila, la misma ligera inclinación de cabeza.

—Cuéntame más sobre eso —dijo Helen.

—No sé por dónde empezar.

—Empieza por cualquier parte. No hay ningún lugar que esté mal.

Sienna miró la caja de pañuelos de la mesita, luego el estrecho callejón tras la ventana y después sus propias manos en el regazo, con los dedos entrelazados y la cicatriz en el pulgar izquierdo por aquel desliz con el bisturí durante su residencia. Tomó aire.

—Todo empezó con la lesión. Su hombro. Soy su médico. He estado tratándola durante cuatro semanas, con rehabilitación manual todos los días, y en algún momento la línea entre médico y paciente empezó a desdibujarse. Y luego dejó de estar desdibujada. Simplemente desapareció.

Helen ladeó la cabeza. —¿Cuándo desapareció?

—El sábado por la noche. Hace dos noches. —¿Solo dos noches? El tiempo parecía comprimido e imposiblemente dilatado a la vez—. Ella me besó. O yo la besé. Las dos. En un banco junto al mar. Y luego fuimos a su apartamento y... —Se interrumpió. El calor le subió por el cuello y le inundó las mejillas; tenía cuarenta y un años y se estaba poniendo roja en la consulta de una terapeuta.

—Tuvisteis sexo —dijo Helen, como si fuera la frase más común del mundo.

—Sí. —Sienna apretó las palmas de las manos contra los muslos.

Helen cruzó las piernas y esperó. —¿Y cómo fue?

Sienna soltó una bocanada de aire que fue mitad risa, mitad suspiro. —Me cambió la vida. No es una hipérbole. Me pasó algo que no sabía que podía pasar. Física y emocionalmente. Lloré. Durante. Después. No había llorado delante de otra persona desde que era... —Se detuvo. ¿Cuándo había llorado por última vez delante de alguien? No podía recordarlo. La casa de sus padres no había sido un lugar para las lágrimas.

—Lloraste —dijo Helen.

—Fue como si se cayera un muro.

Helen se quedó callada. Dejó que el silencio se asentara entre ellas, sin prisas. Fuera, un pájaro aterrizó en el callejón. La rodilla de Sienna volvía a dar saltos y ella la sujetó con la mano.

—¿Podemos hablar de lo que crees que se rompió por dentro? —preguntó Helen.

Sienna asintió. Sabía lo que era. Le había estado dando vueltas desde ayer, examinándolo desde todos los ángulos con el mismo rigor analítico que aplicaba a los diagnósticos, y había llegado a una conclusión que no le gustaba.

—He estado bloqueada —dijo—. Durante mucho tiempo. Nada dramático, ningún acontecimiento concreto, ninguna herida específica. Mis padres me querían de la forma que sabían, que era silenciosa, estructurada y centrada en el éxito. En nuestra casa no había vocabulario para el resto. Para desear, o para ser vista, o para decir en voz alta lo que sentías de verdad. Aprendí a meter todo eso en una caja y se me dio muy bien mantener la tapa cerrada.

Miró la caja de pañuelos. —Pensé que estaba bien. Tengo cuarenta y un años. He forjado una carrera. Tengo un piso con vistas al mar. Me despierto y vuelvo a hacerlo. Estaba bien.

—Y entonces llegó Elise.

A Sienna se le cerró la garganta. Se clavó la uña del pulgar en el lateral del dedo índice. —Y entonces llegó Elise.

Helen esperó.

—Me miró como si valiera la pena mirarme. Suena patético.

—Suena sincero. —La voz de Helen era suave, sin rastro de lástima, el mismo tono que usaba cuando quería que Sienna siguiera hablando.

—Me dijo que era hermosa y, literalmente, no pude aceptarlo. Mi cerebro rechazó la información. Y luego ella... —Sienna se presionó los ojos con los dedos. Las lágrimas estaban a flor de piel, traicioneras, listas para brotar—. Me tocó y me desmoroné. Años manteniendo todo bajo llave y una mujer con las manos callosas de sujetar un palo de hockey lo rompió todo en una sola noche.

—¿Qué sentiste?

A Sienna le tembló la voz al respirar. —Terror. Y me sentí más viva que nunca.

El reloj del escritorio de Helen marcaba el paso del tiempo en el silencio. Helen se inclinó ligeramente hacia delante. —Sienna, ¿puedo ser directa contigo?

—Sí.

—Ese límite profesional que has mencionado. Entre Elise y tú. ¿Cuánto de tu angustia por eso es una preocupación ética genuina y cuánto es un escudo?

Sienna la miró fijamente. La pregunta había sido quirúrgica.

—Ambas cosas —dijo después de un momento—. Pero el escudo es mayor que la preocupación.

—¿Qué protege el escudo?

—A mí. De creer que esto es real. De creer que alguien como ella podría querer a alguien como yo. —Las palabras salieron en crudo; no las había planeado y ya no podía retirarlas—. Porque si puedo presentarlo como una infracción profesional, entonces es un problema que hay que gestionar, no una relación en la que estar. Y los problemas son más fáciles. Sé cómo gestionar problemas. No sé cómo ser amada.

Estas últimas palabras quedaron flotando en la habitación con un peso que le oprimía las costillas. Sienna las escuchó y quiso recuperarlas, y al mismo tiempo quiso decirlas de nuevo, más alto, porque eran verdad y nunca se las había dicho a nadie.

Los ojos de Helen eran cálidos. No había lástima en ellos. Ninguna alarma. Solo una compasión profesional y constante.

—Has dicho que te hace cumplidos y que no puedes aceptarlos.

—Todo mi cuerpo los rechaza. Me dice que soy hermosa y mi primer instinto es llevarle la contraria. Me dice que soy increíble y

asumo que está siendo amable. Hay una voz en mi cabeza, la voz de mi padre o la de mi madre, o simplemente la voz acumulada de toda una vida sin que me lo dijeran, que dice que no puedo tener esto.

El bolígrafo de Helen descansaba sobre su bloc, inmóvil. —¿Tener qué?

Sienna miró a la ventana. El callejón de abajo estaba vacío, con el sol de la tarde cayendo sobre el muro de piedra arenisca del edificio de enfrente. Sus dedos se cerraron sobre el brazo del sillón. —A alguien que me mire como me mira Elise. Alguien que me sostenga mientras lloro y no se asuste. Alguien que sepa cómo soy desnuda y vulnerable y hecha un completo desastre, y aun así quiera estar ahí por la mañana.

—Pero ella estuvo allí por la mañana.

A Sienna le tembló la mandíbula. —Estuvo allí por la mañana.

Helen dejó que el silencio respirara. —¿Y qué se siente?

—Como si estuviera en una habitación de la que me hubieran dejado fuera toda la vida y alguien me hubiera entregado la llave. —Sienna se secó los ojos con el dorso de la mano. Las lágrimas habían llegado, más silenciosas que las que derramó con Elise, pero constantes—. Sigo esperando la trampa. Ese momento en el que se dé cuenta de que no valgo la pena.

Helen la observó con mirada firme. —¿Crees que lo hará?

Sienna negó con la cabeza lentamente. —La parte lógica de mi cerebro dice que no. Ella tiene claro lo que quiere. Es la persona más directa que he conocido nunca. Dice lo que piensa y piensa lo que dice, y no se anda con juegos.

—¿Y la parte que no es lógica?

—Esa parte todavía tiene diecisiete años. Está en una pista de tenis. Desea a una chica y sabe que ese deseo tiene que ocultarse.

Helen guardó silencio durante un largo rato. En algún lugar debajo de ellas, en la clínica de fisioterapia, una puerta se cerró y se oyeron voces amortiguadas que hablaron y volvieron a callar. Sienna escuchó el silencio en el despacho de Helen. No era opresivo ni cargado como lo había sido el silencio en la mesa de la cena con sus padres. Helen le estaba dando espacio.

—Háblame de los cumplidos en concreto —dijo Helen—. ¿Qué dice Elise?

—Dice que soy hermosa. Dice que soy increíble. Me dijo que estoy preciosa cuando me sonrojo. —Sienna sintió calor al recordarlo —. Dijo que quería seguir diciéndomelo hasta que me lo creyera. Y mi reacción cada vez es desviar el tema, discutir o cambiar de conversación. Me dice que soy hermosa y oigo la voz de mi madre diciendo que la disciplina importa más que la apariencia. Me dice que valgo la pena y oigo el silencio de mi padre, que siempre significaba que debía seguir esforzándome más.

Helen escribió una sola línea en su cuaderno. —Así que las palabras de Elise chocan con la programación de tus padres.

Sienna asintió con la mandíbula apretada. —Cada vez. Ella dice algo amable y siento el impacto, y luego siento que el rechazo surge a su encuentro, como anticuerpos atacando un cuerpo extraño. Mi sistema ha sido entrenado para tratar el afecto como una intrusión.

Helen cogió la caja de pañuelos y la puso sobre el brazo del sillón de Sienna. Sienna cogió uno, se lo apretó contra los ojos y se rió de sí misma, una risa leve y empañada, porque estaba sentada en la consulta de una terapeuta llorando por ser amada por una mujer hermosa y había problemas peores.

—Esto es lo que quiero que escuches —dijo Helen—. El límite profesional. Eres médica de medicina deportiva en un programa de hockey. Elise es una atleta adulta, capaz de tomar sus propias decisiones. Esto no es un psiquiatra acostándose con un paciente en crisis. La dinámica de poder es mínima y ambas lo sabéis. No digo que no importe. Digo que no es la barrera en la que lo estás convirtiendo.

—Mara diría...

Helen hizo un gesto con la mano. —A Mara le parecería bien. Conoces a Mara.

Sienna conocía a Mara. Pensó en la relación de Mara con Lex, la dinámica entrenadora-jugadora que era muchísimo más complicada que cualquier cosa entre Sienna y Elise. Mara era la superior directa de Lex. Controlaba su tiempo de juego, sus evaluaciones de rendimiento, su trayectoria profesional. Y Mara lo había navegado

con pragmatismo y honestidad, y con el apoyo de su propio equipo, y era feliz. Genuinamente feliz. El tipo de felicidad que se notaba en la relajación de su mandíbula y en el brillo de sus ojos azules cuando hablaba de Lex, cosa que rara vez hacía en el trabajo, pero que era visible para cualquiera que prestara atención.

Sienna había estado prestando atención. Había observado a Mara equilibrar lo personal y lo profesional con mano firme durante meses. Si Mara podía hacer eso con riesgos mucho mayores que los de Sienna, entonces el límite profesional tras el que Sienna se escondía era exactamente lo que Helen decía que era. Un escudo. No un muro.

—El verdadero trabajo —continuó Helen— no tiene que ver con la ética profesional. Tiene que ver con dejar que te vean. Te has pasado la vida perfeccionando la superficie. La competencia, la calma, el control. Y Elise es la primera persona que ha logrado traspasarla. Por eso lloras en mi despacho. No porque hayas cruzado una línea con una paciente. Sino porque alguien ha cruzado una línea contigo, y tú se lo has permitido, y ahora tienes que averiguar qué significa ser amada por alguien que realmente te ve.

Las palabras calaron como el agua en tierra seca, capa por capa, y en algún lugar bajo el miedo, la vergüenza y los cuarenta y un años de cuidadosa contención, un nudo se aflojó. No fue un desbloqueo dramático. No fue un muro derrumbándose. Solo una ligera relajación de una tensión que había mantenido tan fuerte durante tanto tiempo que había olvidado que estaba ahí.

—¿Cómo hago eso? —preguntó Sienna. Su voz era apenas un susurro.

—Haces lo que estás haciendo ahora. Hablas de ello. Dejas entrar a Elise. Aceptas los cumplidos incluso cuando tu cerebro te dice que se equivoca. Y vuelves aquí y seguimos trabajando. —Helen hizo una pausa—. ¿Puedo darte algo concreto que probar?

—Por favor.

—La próxima vez que Elise te diga algo amable sobre ti, no discutas. No desvíes el tema. No hagas un chiste. Solo di gracias. Dos palabras. Incluso si todo tu cuerpo grita que se equivoca. Incluso si el silencio de tu padre es ensordecedor en tu cabeza. Solo

di gracias y deja que las palabras se asienten. No tienes que creértelas todavía. Solo tienes que dejar de luchar contra ellas.

Sienna sopesó la idea. Dos palabras. Sonaba sencillo. Sonaba imposible.

—Lo intentaré —dijo.

Helen asintió una vez, despacio y con seguridad. —Eso es todo lo que te pido.

Sienna asintió. Se presionó los ojos con el pañuelo una última vez y luego lo dobló cuidadosamente en un cuadrado, con las esquinas pulcras y alineadas, porque algunos hábitos morían más difícilmente que otros.

—¿A la misma hora la semana que viene? —preguntó Helen.

Sienna se levantó y se alisó la parte delantera de la blusa. —Sí. Por favor.

Helen sonrió. Era la misma sonrisa que le había dedicado a Sienna el primer día que se conocieron, cómplice y libre de juicios.

Sentía el cuerpo más ligero. No curado, ni arreglado, ni transformado en alguien capaz de aceptar el amor sin estremecerse. Pero más ligero. Como si hubiera estado cargando con una caja que no sabía que pesaba tanto y alguien se hubiera ofrecido a sujetarla un rato.

Se detuvo en la puerta. —Gracias, Helen.

—No tienes que darme las gracias. Tú has hecho la parte difícil. Has venido.

Sienna salió al estrecho pasillo. Su reflejo se captó en el panel de cristal de la puerta de la escalera y se detuvo. La mujer que le devolvía la mirada tenía los ojos enrojecidos, las mejillas manchadas y una máscara de pestañas que había sobrevivido a la sesión por milagro. Parecía deshecha. Parecía sincera. Parecía alguien que acababa de decir las cosas más verdaderas que jamás había pronunciado en voz alta.

Empujó la puerta y bajó las escaleras, pasó por delante de la clínica de fisioterapia y de la librería con su olor a café, y salió al sol del mediodía. La calle estaba templada. El final de la mañana había dado paso a la primera hora de la tarde y la luz era dorada y plena, una luz costera que hacía que incluso los edificios corrientes

parecieran hermosos. El olivo oloroso de la pared frontal del edificio desprendía su aroma con el calor, dulce como el albaricoque. Una pareja pasó por la acera de enfrente, dos mujeres cogidas de la mano, y Sienna las observó sin envidia ni anhelo por primera vez que recordara. Se quedó en la acera, inspiró y el aire supo a sal. Las palabras de Helen seguían asentándose.

El verdadero trabajo no tiene que ver con la ética profesional. Tiene que ver con dejar que te vean.

Dejó que se quedaran ahí. No discutió con ellas.

El móvil le vibró en el bolsillo.

Lo sacó. Un mensaje de Elise.

Tengo ganas de verte mañana en Médica. Mi hombro se ha estado portando bien, pero creo que necesita tus manos encima. Por razones exclusivamente profesionales, obviamente.

Sienna sonrió. La sonrisa se le extendió por la cara, el pecho y hasta las manos, y se quedó en la acera calentada por el sol sosteniendo el móvil y sonriendo como una idiota, y no le importó. No le importó quién la viera. No le importó si pasaba alguien del equipo. No le importó si la voz de su padre en su cabeza le decía que recobrara la compostura.

Estaba sonriendo en la acera y no podía parar, porque Elise Moreno le había escrito y el mundo estaba bien, y Helen Ward la había visto llorar y no se había asustado, y mañana pondría las manos sobre el hombro de Elise y lo llamaría profesional, y ambas sabrían que era mucho más que eso.

Respondió: *Allí estaré. Solo manos puramente profesionales.*

La respuesta llegó en segundos: *Mentirosa.*

Sienna se echó a reír. Se guardó el móvil en el bolsillo y caminó hacia el puerto con el sol en la cara y los hombros más ligeros de lo que habían estado en años.

16

ELISE

La alarma sonó a las cinco y cuarto y Elise ya estaba despierta.

Se había quedado tumbada en la oscuridad, viendo cómo el techo pasaba del negro al azul intenso y luego al primer rastro pálido del gris antes del amanecer, con el cuerpo vibrando por la atención que nace de la anticipación. No era la alerta de un día de partido, que era más afilada, cargada de adrenalina y con ese sabor metálico de la competición. Esta era más cálida. Más suave. Una alerta que nacía de saber que estaba a punto de ver a Sienna.

Silenció la alarma y sacó las piernas de la cama. El apartamento estaba fresco, las ventanas aún conservaban el frío de la noche, y los tablones del suelo estaban fríos bajo sus pies descalzos. Se vistió rápido en la oscuridad. Leggings, una camiseta de manga larga, zapatillas de deporte. Se recogió el pelo en una coleta con destreza experimentada y se detuvo.

Su hombro izquierdo se elevó sin protestar. El rango de movimiento era casi completo ya, y la rigidez se había reducido a un leve dolor que solo aparecía en los extremos del movimiento. Ocho semanas desde la lesión. Ocho semanas con las manos de Sienna sobre su hombro, de bandas de resistencia y bolsas de hielo, y de la lenta y demoledora paciencia de la rehabilitación. Debía volver al

hielo esta semana. Dentro de dos días. El partido del jueves. Mara lo había confirmado ayer con un asentimiento breve y un —No hagas ninguna estupidez—.

Dos días. El pensamiento le envió una corriente por el pecho, parte emoción, parte terror. Ocho semanas fuera del juego. Ocho semanas viendo a Lex cubrir su posición con una brillantez explosiva digna de los resúmenes de jugadas destacadas. Elise había visto cada partido desde el banquillo, sentada junto a Sienna con los muslos rozándose y el corazón dividido en dos trozos: una mitad deseando estar ahí fuera y la otra mitad deseando quedarse justo donde estaba.

Pero las últimas dos semanas lo habían cambiado todo.

Se movió por el apartamento bajo la luz grisácea, llenando una bolsa con las cosas que había preparado anoche. Un termo de café. Dos tazas. Un recipiente con bollería de la panadería de la Calle Tercera: cruasanes de almendra y un hojaldre de limón que le gustaba a Sienna. Fresas. Una manta que había lavado y doblado con más cuidado del que había puesto en doblar una manta en toda su vida.

Las dos últimas semanas habían sido las más felices de su vida adulta. Dio vueltas a la idea mientras guardaba las cosas, analizando si estaba exagerando, y la afirmación se mantuvo. Feliz de una forma que nunca había esperado y en la que no confiaba del todo, porque una felicidad tan completa era nueva para ella y su experiencia le decía que las cosas tan buenas no solían durar mucho tiempo así. Pero estaba intentando no pensar de esa manera. Estaba intentando estar presente, al igual que Sienna estaba aprendiendo a estar presente, mientras ambas aprendían a permitirse tener esto.

El sexo había sido extraordinario. Esa palabra no era lo bastante grande. Desde la primera noche en el sofá, habían estado juntas cinco veces más, y cada vez era distinta, y cada vez Elise veía a Sienna abrirse más, desplegarse más, confiar más. La mujer que había sido tan controlada que apenas podía emitir un sonido durante el sexo era ahora vocal, receptiva y vulnerable de una forma que hacía que a Elise le doliera el pecho de pura ternura.

Pero no era solo el sexo. Eran las mañanas siguientes. Era Sienna preparando té en la cocina de Elise con las gafas subidas sobre el pelo y los pies descalzos sobre las baldosas. Era quedarse dormidas juntas en el sofá viendo un documental sobre biología marina que a Sienna le fascinaba y que Elise no era capaz de seguir. Era enviarse mensajes durante el día, pequeñas tonterías sobre nada en concreto, una foto del océano del baño matutino de Sienna, una queja sobre el café de la máquina expendedora de parte de Elise, una serie de excusas cada vez más elaboradas sobre por qué Sienna necesitaba examinar el hombro de Elise de nuevo esa noche. Era una relación. Una relación real, funcional, entre dos adultas que se importaban, y Elise nunca había tenido una que se sintiera así.

Se echó la bolsa al hombro y salió del apartamento. La escalera estaba en silencio, el edificio dormido. Fuera, el aire era fresco y olía intensamente a sal; el cielo era de un azul añil profundo sobre los tejados. Podía oír el océano antes de verlo, el rumor bajo y constante de las olas contra la orilla a dos calles de distancia. Las farolas seguían encendidas, proyectando charcos de luz ámbar sobre la acera, y los eucaliptos junto a la carretera permanecían inmóviles en el aire en calma.

Sienna estaba esperando en la esquina del paseo marítimo. Era una silueta oscura contra el gris, vestida con una chaqueta ligera sobre la ropa de correr, con su pelo oscuro suelto sobre los hombros. Estaba mirando hacia el agua, y la visión de ella allí de pie en la calma previa al amanecer, con la postura erguida pero los hombros relajados y las manos en los bolsillos de la chaqueta, hizo que el pecho de Elise se comprimiera con una ternura que todavía la sorprendía cada vez.

—Buenos días —dijo Elise.

Sienna se dio la vuelta. Tenía el rostro pálido bajo la media luz, el pelo oscuro suelto alrededor de la cara, y cuando vio a Elise, sonrió. No era la sonrisa controlada y profesional que lucía en la sala médica. Era la de verdad. La que le arrugaba los ojos, suavizaba su mandíbula y la hacía parecer diez años más joven.

—Has traído una bolsa —dijo Sienna, mirando el macuto en el hombro sano de Elise.

—He traído el desayuno. Tendrás que confiar en mí.

—Confío en ti.

Las palabras fueron sencillas y Sienna las dijo sin inflexión, y atravesaron a Elise como agua tibia. Se inclinó y besó la boca de Sienna, de forma suave y breve, con sabor a café y pasta de dientes. La mano de Sienna subió y tocó la cadera de Elise, un pequeño gesto automático de contacto, y sus dedos presionaron a través de la tela de los leggings de Elise, resultando reconfortante e íntimo a la vez.

Caminaron.

La mano de Sienna buscó la suya tras los primeros pasos, entrelazando sus delgados dedos con los de Elise. El contacto era natural ahora, un reflejo automático siempre que estaban lo bastante cerca para tocarse y lo bastante lejos del estadio para no ser observadas. En el trabajo tenían cuidado. No eran deshonestas, pero sí discretas. La mano de Sienna en el hombro de Elise durante el tratamiento era profesional. Las miradas a través de la sala médica eran breves. Los mensajes se borraban del Wi-Fi del equipo. Pero aquí fuera, en la oscuridad antes del amanecer, simplemente podían ser dos mujeres dándose la mano.

El camino de la playa se curvaba hacia el sur por el paseo, pasando por las cafeterías cerradas, las terrazas oscuras de los restaurantes y los bancos vacíos donde, semanas atrás, se habían dado su primer beso. El cielo se estaba aclarando frente a ellas, el añil profundo disolviéndose en franjas violetas y rosadas en el horizonte. El océano estaba oscuro y plano, apenas distinguible del cielo excepto por las tenues líneas blancas de las olas rompiendo en la orilla. Un corredor pasó a su lado en dirección contraria, con la linterna frontal oscilando, y luego se quedaron solas.

—¿Cómo está tu hombro esta mañana? —preguntó Sienna. La médica que llevaba dentro nunca se desconectaba del todo.

—Bien. Mejor que bien. Tengo una rotación casi completa. El alcance por encima de la cabeza todavía está un poco tenso, pero no es nada que vaya a detenerme el jueves.

—Que no sea nada que te detenga el jueves no es lo mismo que estar curada del todo.

Elise chocó su hombro con el de Sienna. —Si vas a decirme que no tengo el alta, te recordaré que me la diste tú misma hace tres días.

—Te di el alta para un regreso gradual a los deportes de contacto. No para lanzarte a entrenamientos a toda velocidad el primer día.

Elise le apretó la mano. —Tendré cuidado.

Sienna devolvió la presión. —Seguirás el protocolo.

Elise sonrió. El tira y afloja familiar entre la cautela profesional de Sienna y la impaciencia competitiva de Elise era un ritmo que habían desarrollado pronto y nunca habían perdido, incluso ahora que dormían juntas. Sienna seguía diciéndole qué podía y qué no podía hacer con su hombro, y Elise seguía insistiendo, y ambas disfrutaban de la discusión más de lo que admitirían.

—¿A dónde vamos? —preguntó Sienna mientras el camino se alejaba de la playa principal y serpenteaba entre dunas bajas cubiertas de matorral costero.

—Hay una cala. Pasando el cabo. Solo se puede llegar a ella con marea baja o desde el sendero de arriba. Solía correr por aquí cuando me mudé a Phoenix Ridge. Antes del equipo, antes de Lex, cuando intentaba averiguar si había tomado la decisión correcta.

El matorral crujió con la brisa, liberando un olor penetrante a hierbas. —¿La tomaste?

—La mejor decisión de mi vida. Este lugar me lo dio todo. —Miró a Sienna—. Incluyéndote a ti.

Las mejillas de Sienna se colorearon, algo visible incluso con la escasa luz. —Gracias —dijo.

Las dos palabras quedaron suspendidas entre ellas con un peso extraño. Como si a Sienna le hubiera costado un esfuerzo decirlas. Como si estuviera practicándolas. Elise no insistió. Buscó la mano de Sienna, sus dedos se entrelazaron y recorrieron el resto del camino en un silencio cómodo, con los únicos sonidos del crujir de la grava bajo sus pies y el creciente fragor del océano abajo.

La cala se abrió ante ellas cuando el sendero alcanzó la cima del pequeño cabo. Una media luna de arena pálida resguardada por roca oscura en tres lados, con el océano abierto en el cuarto. La

marea estaba baja y la playa se veía amplia y vacía. En el este, el horizonte estaba en llamas, con bandas doradas y cobrizas extendiéndose hacia arriba a través del rosa y el violeta; el borde del sol apenas empezaba a asomar sobre el agua. La luz alcanzó la arena mojada y la volvió de color cobre. Las paredes rocosas de la cala conservaban el calor de la noche que se iba y bloqueaban la brisa, y el aire estaba quieto y olía a sal cálida.

—Oh —suspiró Sienna.

—Lo sé. —Elise la guio por el sendero arenoso hasta el suelo de la cala. Extendió la manta sobre la arena seca, por encima de la línea de la marea, al abrigo de la pared de roca sur, y se sentó. Sienna se sentó a su lado, tan cerca que sus caderas se tocaban.

El amanecer fue lento y espectacular. El dorado se extendió e intensificó, y la primera luz verdadera golpeó la cala y lo tiñó todo de calidez. Elise vació la bolsa. El termo, las tazas, la bollería, las fresas. Sirvió café para ambas y le entregó a Sienna el hojaldre de limón, observando la cara de Sienna cuando le dio un bocado, el pequeño ruido de placer, las migas en su labio inferior que se quitó con el dorso de la mano.

—Esto es perfecto —dijo Sienna.

Elise dejó su café en la arena y se giró hacia ella. —Tú eres perfecta.

Sienna la miró. El color volvió a subir por su cuello. Pero no discutió. No desvió el tema. Sostuvo la mirada de Elise y dijo: —Gracias—. Más bajo esta vez. Como si las palabras se volvieran más fáciles.

Sienna se quitó una miga del labio. —Dime qué estás pensando.

Elise clavó la vista en el agua, donde el amanecer dibujaba largas vetas doradas sobre la superficie. —Pienso que lo del jueves me asusta.

Sienna la miró. La preocupación profesional estaba ahí, la rápida evaluación médica, pero ahora estaba matizada por una preocupación personal. —Tu hombro está listo. No te habría dado el alta si no lo estuviera.

—No es el hombro. Es todo lo demás. Siete semanas fuera. Lex ha estado increíble. ¿Y si vuelvo y ya no soy la misma jugadora? ¿Y

si el equipo no me necesita como antes? —Hizo una pausa—. Tú no lo entiendes. Tú ya sabes quién eres. Has tenido toda una carrera. Títulos, una especialidad, años sabiendo que eres buena en lo que haces. Yo tengo treinta años. El hockey es lo único que he hecho en mi vida. Si se acaba, no sé qué queda.

Sienna guardó silencio. El océano llenó la pausa. —Cuando yo tenía treinta años, llevaba dos en mi especialización de medicina deportiva y me aterraba haber tomado la decisión equivocada al dejar atrás el tenis. No me sentía asentada. Sentía que estaba empezando de cero.

Elise la miró. —¿De verdad?

—Tenía treinta años y no habría sabido decirte quién era sin incluir la palabra «doctora» en la frase. Así que sí. Entiendo más de lo que crees.

El pulgar de Sienna trazó un círculo en la rodilla de Elise. —El equipo te necesita.

Elise cogió una fresa y le dio un bocado; el zumo se sintió punzante y frío en su lengua. —Tienes que decir eso. Te estás acostando conmigo.

—Lo digo porque llevo dieciocho meses observando a este equipo y sé cómo son contigo y sin ti. Han estado bien sin ti. Estarán mejor contigo. Diferentes habilidades. Diferente energía. —La mano de Sienna descansó sobre la rodilla de Elise—. No estás compitiendo con Lex. La estás complementando.

Elise cubrió la mano de Sienna con la suya. La preocupación seguía ahí, pero era más silenciosa con los dedos de Sienna calientes bajo los suyos.

Comieron bajo la luz que iba calentando el ambiente. Las fresas estaban dulces y frías y Sienna las comía de una en una, mordiéndolas por la mitad, con los labios teñidos de rojo. El café estaba fuerte y caliente y el vapor subía de sus tazas en hilos serpenteantes que se disolvían en el aire inmóvil. Un pelícano planeó frente a la entrada de la cala, a poca altura sobre el agua, con su sombra rozando la superficie.

—Quiero darte algo —dijo Elise. Dejó su taza de café en la arena y se movió para colocarse detrás de Sienna—. Quítate la chaqueta.

Sienna giró la cabeza. —¿Qué estás haciendo?

—Mi hombro está mejor. Ya puedo usar las dos manos. Y tú te pasas todo el tiempo cuidando el cuerpo de los demás. —Tiró del cuello de la chaqueta de Sienna—. Deja que yo cuide el tuyo.

Sienna dudó. Luego se quitó la chaqueta de los hombros, revelando la fina camiseta de correr que llevaba debajo. Elise se acercó más, con sus muslos flanqueando las caderas de Sienna, y puso las manos sobre sus hombros.

Los músculos estaban tensos. Los trapecios a ambos lados, los músculos a lo largo de la columna, la fascia entre los omóplatos. Sienna cargaba la tensión arriba, en el cuello y los hombros, y Elise podía sentir los nudos bajo sus pulgares mientras presionaba el tejido. Trabajó lentamente, usando la base de la palma, los pulgares, los nudillos. Había aprendido esto tras años de intercambios de masajes en los vestuarios y de los talleres de masaje deportivo de Kylie a los que había asistido durante su rehabilitación.

—Eso es... —Sienna dejó caer la cabeza hacia adelante—. Dios, qué bien sienta.

Elise sonrió contra la nuca de Sienna. Presionó con los pulgares los músculos a ambos lados de la columna de Sienna y sintió cómo la tensión se liberaba gradualmente, cómo los nudos se aflojaban bajo la presión sostenida. La respiración de Sienna se volvió más lenta. Relajó los hombros. Se le escapó un pequeño sonido, bajo y agradecido, y el cuerpo de Elise respondió a él con un golpe de calor.

Subió la camiseta de correr de Sienna, deslizando los dedos bajo el dobladillo y subiendo por la piel desnuda de su espalda. El estómago de Sienna se contrajo ante el contacto. La piel bajo las manos de Elise estaba caliente por el sol de la mañana y suave, y los finos músculos se movían bajo sus palmas mientras Sienna respiraba. Trabajó con los pulgares a lo largo de la columna, presionando en los puntos tensos, y sus dedos se abrieron en abanico sobre las costillas de Sienna. El contacto seguía siendo un masaje. Técnicamente.

Entonces su boca encontró la nuca de Sienna.

El beso fue suave, solo una presión de los labios contra la piel cálida donde se separaba el pelo de Sienna. La respiración de Sienna

se entrecortó. Elise besó más abajo, por el borde de su hombro, y sus manos se movieron alrededor de la cintura de Sienna, con las palmas planas contra su estómago, atrayéndola de espaldas contra su pecho. La cabeza de Sienna cayó hacia atrás sobre el hombro de Elise, con los ojos cerrados, los labios partidos y el cuerpo entregado y confiado en los brazos de Elise.

—Esto ya no parece un masaje —susurró Sienna.

—Es un tratamiento completo.

La risa de Sienna fue jadeante e irradió a través de su cuerpo hasta el de Elise. Las manos de Elise subieron, por debajo de la camiseta, sobre las costillas de Sienna, con sus pulgares trazando la parte inferior de sus pechos. Sienna se arqueó ante el contacto, presionándose contra el pecho de Elise, y la urgencia comenzó a crecer, con el fuego lento del masaje acelerándose hasta convertirse en una necesidad concentrada e intensa.

Elise le quitó la camiseta a Sienna por la cabeza. No llevaba sujetador debajo. La luz matinal bañó el pecho desnudo de Sienna; sus pezones estaban duros por el aire fresco y Elise acunó ambos pechos en sus manos. La cabeza de Sienna se echó hacia atrás contra su hombro y de su garganta salió un sonido que hizo que el pulso de Elise se disparara.

—¿Aquí? —susurró Sienna—. ¿Y si alguien nos ve?

—Nadie puede vernos. La cala está escondida. Apenas son las seis de la mañana. Nadie llega tan lejos.

Besó el lateral del cuello de Sienna con la boca abierta, saboreando el salitre, la crema solar y el aroma cálido y limpio de su piel. Sus dedos jugaron con los pezones de Sienna, suaves al principio, luego con más firmeza cuando la respiración de Sienna se volvió errática y sus caderas se movieron sobre la manta. Una mano se quedó en el pecho de Sienna mientras la otra bajaba por su estómago, superando la cinturilla de los leggings.

Se detuvo allí. Con las yemas de los dedos en el elástico.

—Sí —dijo Sienna antes de que Elise pudiera preguntar. La palabra fue firme y ronca, y recorrió el cuerpo de Elise como una cerilla encendida.

Elise deslizó la mano dentro de los leggings de Sienna, bajo la tela de su ropa interior. Sienna estaba mojada, húmeda y cálida contra los dedos de Elise. La sensación hizo que a Elise se le cortara la respiración. Hundió la cara en la curva del cuello de Sienna y movió los dedos entre la humedad, lenta y exploradora, y las caderas de Sienna se balancearon hacia adelante contra su mano.

Rodeó el clítoris de Sienna con dos dedos, encontrando el ritmo que había aprendido durante las últimas dos semanas, la presión y velocidad particulares que hacían que el cuerpo de Sienna se tensara y su respiración cambiara. El deseo de Sienna estaba en cada punto de contacto entre ellas. En la tensión de los muslos de Sienna contra los suyos. En la forma en que Sienna le apretaba el antebrazo. En la aceleración de su respiración, en los pequeños jadeos que se sucedían cada vez más rápido.

El amanecer ya era total, la luz dorada inundaba la cala, y la piel de Sienna brillaba bajo ella, sonrojada y cálida. Elise la mantuvo cerca, con la boca contra el lateral del cuello de Sienna, y trabajó con los dedos con una presión constante y creciente. Las caderas de Sienna se movían ya al ritmo, empujando contra la mano de Elise, y sus sonidos se hacían más fuertes, arrastrados por el ruido blanco del océano.

—Estoy cerca —susurró Sienna. Se le quebró la voz en la última palabra. Su mano apretó el antebrazo de Elise, clavando las uñas en la piel, y su cuerpo temblaba contra el pecho de Elise.

—Te tengo.

Elise introdujo dos dedos en ella, curvándolos hacia arriba, mientras su pulgar mantenía la presión circular sobre su clítoris. El ángulo era diferente desde esa posición, más profundo, y todo el cuerpo de Sienna se arqueó ante la penetración; su espalda se curvó y su boca se abrió en un jadeo que resonó en las paredes de la cala.

—Oh, Dios. Oh, Dios, Elise.

Elise mantuvo el ritmo firme. Sus dedos se movían dentro de Sienna con movimientos firmes y curvados mientras su pulgar trazaba círculos y su boca besaba y succionaba la piel sensible bajo la oreja de Sienna. La presión aumentó. El cuerpo de Sienna se

tensó, sus caderas con urgencia, su respiración pasando de jadeos a un gemido continuo que iba en ascenso.

Sienna llegó al orgasmo con un grito crudo y sin reservas. Su cuerpo se convulsionó contra el de Elise, cada músculo bloqueándose, y sus músculos internos se contrajeron alrededor de los dedos de Elise en pulsos potentes y rítmicos. Su mano voló hacia su propia boca, por reflejo, y luego la dejó caer, y el sonido que emitió fue fuerte y libre y resonó en las paredes de roca y sobre el agua. Sus caderas se agitaron contra la mano de Elise, su espalda se arqueó y el orgasmo continuó, alcanzando la cima y manteniéndose, y Elise la sostuvo durante todo el proceso, con el brazo rodeando la cintura de Sienna y sus dedos ahora suaves, calmándola poco a poco.

Las olas retrocedieron. Sienna se quedó lacia en los brazos de Elise, con el cuerpo suelto, pesado y cálido contra su pecho. Su respiración era entrecortada. Tenía los ojos cerrados, los labios partidos y las mejillas encendidas, y la luz de la mañana arrancaba destellos al sudor de sus clavículas.

Elise retiró la mano lentamente y rodeó a Sienna con ambos brazos, atrayéndola hacia sí. Besó la parte superior de su cabeza, donde las hebras plateadas de su pelo oscuro captaban la luz.

—No puedo creer que hayas traído un picnic solo para seducirme en una playa —dijo Sienna. Tenía la voz rota. Se percibía una sonrisa en ella.

—La bollería era de verdad. La seducción era un extra.

Sienna se giró en sus brazos. Sus ojos castaños estaban suaves y brillantes y tenían esa mirada que Elise había visto cada vez más en las últimas dos semanas: la mirada de alguien que empezaba a creer que las cosas buenas pueden durar. Acunó el rostro de Elise entre sus manos y la besó, lenta y profundamente, y Elise saboreó el café, las fresas y el leve rastro salino del esfuerzo.

—Gracias —dijo Sienna contra sus labios.

—No dejas de decirlo.

—Y lo sigo diciendo en serio.

Se sentaron juntas en la manta, con el termo entre ambas y el océano constante frente a ellas. Sienna se apoyó en el hombro de

Elise y esta apoyó la barbilla en la cabeza de Sienna; la cala las envolvía en una quietud cálida con aroma a sal. Un cormorán se posó en una roca a la orilla del agua, con las alas extendidas para secarse, y el pelícano regresó, planeando bajo, con su reflejo deslizándose sobre el agua mansa.

Dos días para volver al hielo. Dos días para demostrarle a Mara, al equipo y a sí misma que todavía pertenecía a ese lugar. El nerviosismo era real, instalado en la boca del estómago, pero era manejable. Porque Sienna estaba aquí. Porque el hombro estaba fuerte. Porque había pasado siete semanas en la oscuridad y había salido al otro lado con Sienna.

Besó la parte superior de la cabeza de Sienna y la abrazó. La mañana olía a sal y era solo suya.

17

SIENNA

El despacho de Mara olía a perro, a café y al tenue aroma institucional de la moqueta del estadio. Goldie yacía en su rincón habitual al lado del escritorio, con su hocico dorado apoyado sobre las patas cruzadas y rítmicos y lentos golpes de cola contra el suelo mientras Sienna se sentaba. El café que Mara había servido era lo bastante fuerte como para decapar pintura, servido en una taza desconchada de las Valkyries; Sienna la rodeó con ambas manos y dejó que el calor calara en sus palmas.

—Está lista —dijo Sienna—. Rango completo de movimiento, pruebas de fuerza superadas, sin inestabilidad. Le he dado el alta para el contacto.

Mara asintió. Estaba recostada en su silla con su propio café, con su pelo rubio canoso recogido y sus ojos azules tan afilados y evaluadores como siempre antes de un partido. La hoja de convocadas estaba prendida en el tablero de corcho tras ella, escrita a mano con la caligrafía curva de Mara, y los cambios estaban ahí. El nombre de Lex en la alineación titular como central. El nombre de Elise debajo, en el banquillo. Suplente.

—Saldrá en el segundo periodo —dijo Mara—. Le daré a Lex el primero, las rotaré por el centro y dejaré que Elise se asiente. No

quiero lanzarla a un partido de sesenta minutos después de ocho semanas fuera.

—Es sensato.

A Mara le dio un tic en la boca. Dio un sorbo al café, dejó la taza y observó a Sienna con una expresión que Sienna no terminaba de descifrar. Parte evaluación profesional. Parte afecto.

—Quiero decirte algo —dijo Mara—. Y quiero que lo escuches como amiga, no como tu jefa.

A Sienna se le encogió el estómago. Mantuvo el rostro neutro, esa máscara profesional que había perfeccionado durante años, pero sus dedos apretaron la taza con más fuerza.

—Te estoy agradecida —dijo Mara—. Por recuperar a Elise. No solo físicamente. Ha estado distinta estas últimas semanas. Más ligera. Más presente. El equipo puede verlo. Yo puedo verlo. —Hizo una pausa—. Y sé por qué.

La cola de Goldie golpeó la moqueta, lenta y constante, indiferente a la magnitud del momento.

—Mara...

—No necesito detalles. No quiero detalles. Pero quiero que sepas que sé lo que pasa entre Elise y tú, y no es un problema. Ni para mí, ni para el club.

Sienna soltó el aire de golpe, un suspiro que no sabía que estaba reteniendo. El alivio fue físico, un desahogo en el pecho y los hombros, la liberación de una tensión que llevaba semanas arrastrando. Había preparado argumentos. Había ensayado justificaciones. Había imaginado que esta conversación saldría mal de mil maneras distintas, y Mara estaba ahí sentada frente a ella con sus cálidos ojos azules y una taza desconchada, diciéndole que no pasaba nada.

—Me preocupaba el límite profesional —dijo Sienna. Su voz sonó más firme de lo que esperaba.

—Sé que te preocupaba. Y respeto que te lo tomes en serio. Pero Sienna, yo estoy saliendo con una jugadora. Soy la última persona que va a juzgarte por enamorarte de alguien de este equipo. —A Mara se le formaron arrugas en los ojos al sonreír—. Somos un desastre, todas nosotras. Un desastre hermoso y ganador.

Sienna se rió. Fue una risa temblorosa y de alivio, y se presionó el dorso de la mano contra la boca. La cola de Goldie golpeó con más fuerza.

—Gracias, Mara. Lo digo en serio.

—No me des las gracias. Solo mantenla sana y feliz. Es todo lo que pido. —Mara apuró su café y dejó la taza sobre el escritorio con un golpe seco—. Ahora. Tenemos un partido que ganar. Vamos a trabajar.



La sala médica olía a antiséptico y a cinta adhesiva. El equipo de Sienna estaba desplegado sobre la camilla de tratamiento: rollos de vendaje, tijeras, preparador de piel, almohadillas de espuma. El ritual la calmaba. Lo había hecho cientos de veces, para docenas de atletas; la memoria muscular de sus manos trabajaba de forma independiente al ruido de su cabeza.

Elise entró y el ruido se hizo más fuerte.

Ya llevaba la ropa térmica, la camiseta y el pantalón de compresión que tanto habían alterado la concentración de Sienna en esta misma sala hacía ocho semanas. Llevaba su pelo oscuro recogido en una coleta tirante, la mandíbula apretada y los ojos brillantes con esa intensidad que siempre le entraba antes de un partido. La camiseta con el número diecisiete le colgaba del brazo.

—Hola, doctora.

El viejo apodo, el que usaba cuando la sala médica era un espacio profesional. Sienna sonrió.

—Siéntate. Vamos a vendarte.

Elise se sentó en la camilla y extendió el brazo izquierdo. Sienna acercó su taburete y empezó a aplicar el preparador de piel; el líquido fresco se secaba rápido en el hombro de Elise. El pulso de Elise latía bajo sus yemas, rápido y constante, y la piel bajo sus manos le resultaba familiar.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Sienna.

—Aterrorizada —dijo Elise con sequedad, sin dramatismo, como decía casi todo.

Sienna extendió el preparador de piel con el pulgar.

—Vas a estar brillante.

—¿Y si no lo estoy?

—Entonces estarás bien, y estar bien es más que suficiente para un primer partido tras la lesión. —Sienna cortó una tira de cinta y empezó a aplicarla en líneas superpuestas sobre la articulación del hombro de Elise, siguiendo el patrón de celosía que había perfeccionado durante semanas de rehabilitación. Sus manos estaban firmes. Siempre estaban firmes cuando trabajaba—. Te he observado en el gimnasio esta semana. Tus movimientos son fuertes. Tus reacciones son rápidas. Tu condición física es mejor que antes de la lesión porque Kylie te ha hecho trabajar más duro de lo que exige cualquier partido.

—Kylie es una sádica.

—Kylie es muy buena en su trabajo. —Sienna alisó la última tira de cinta y la presionó con firmeza en su sitio. Reposó la mano sobre el hombro de Elise y sintió su calor sólido, el músculo, el hueso y el tejido reparado bajo su palma—. Estás lista, Elise. No te habría dado el alta si no lo estuvieras.

Elise la miró. El nerviosismo seguía ahí, pero debajo había confianza. Una confianza absoluta y constante en el juicio de Sienna. Recayó sobre los hombros de Sienna y ella la aceptó con gusto.

—Gracias —dijo Elise—. Por todo. No solo por el vendaje.

Sienna mantuvo las tijeras quietas un momento. —No tienes que darme las gracias.

—Siempre te las daré. —Elise sostuvo la mirada un segundo de más, superando lo profesional aunque sin llegar a resultar sospechoso. Sus ojos estaban fijos. Los nervios que habitaban tras ellos estaban controlados por la confianza, y eso se instaló en el pecho de Sienna. Ocho semanas atrás, Elise estaba furiosa por haber sido apartada de un partido. Ahora estaba sentada en la misma camilla dejando que Sienna le vendara el hombro y mirándola como si Sienna le hubiera devuelto algo más que su carrera deportiva.

Elise se puso la camiseta y se levantó. Se detuvo en la puerta.

—Nos vemos ahí fuera, doctora.

—Vete. Antes de que te tape la boca con cinta.

La sonrisa que cruzó el rostro de Elise fue brillante, repentina y desapareció al cruzar la puerta. Sienna se quedó en la sala médica vacía con el olor a cinta adhesiva, al champú de coco de Elise y su propio corazón latiendo demasiado rápido para alguien que se suponía que debía ser la profesional del edificio.



El pabellón estaba lleno. No hasta los topes, no para un partido de jueves a mitad de temporada, pero lo suficiente para que el ruido fuera constante, un muro de sonido que subía y bajaba con la jugada. Sienna se sentó en su sitio habitual al final del banquillo del equipo, con su maletín médico a los pies, y observó.

Lex estaba jugando de maravilla. El primer periodo le perteneció; cada turno era eléctrico, su velocidad y potencia creaban ocasiones que la defensa rival no podía contener. Marcó una vez, un disparo de muñeca desde lo alto del círculo que batió al portero limpiamente, y el estadio estalló. Sienna vio la repetición en la pantalla gigante y admitió, en privado, que fue precioso.

Comenzó el segundo periodo y Mara tomó la decisión. Sienna lo oyó a través del auricular que conectaba el banquillo con el cuerpo técnico.

—Moreno. Sales tú.

Elise se levantó del banquillo. Tenía la mandíbula apretada y sus manos agarraban el stick con tanta intensidad que se le marcaban los nudillos blancos. Miró a Sienna. Una sola mirada. Breve, cargada y privada en medio del abarrotado pabellón.

Sienna asintió. Solo una vez.

Elise saltó al hielo.

Se notó distinta de inmediato. Ni mejor ni peor que Lex, pero distinta. Mientras que Lex era explosiva e impredecible, Elise era fluida e inteligente; sus movimientos eran una recalibración

constante de ángulos y posiciones que abrían el hielo para sus compañeras de línea. Ganó su primer saque neutral limpiamente. Su primer toque fue un pase preciso a Frankie que inició un contraataque. Su posicionamiento era instintivo, años de experiencia anulando ocho semanas de ausencia.

Sienna tenía las manos entrelazadas en el regazo, sus nudillos estaban blancos y no respiraba.

Elise jugó diez minutos en el segundo periodo y estuvo magnífica. Nada ostentoso, nada de jugadas para el recuerdo, sino un hockey sólido e inteligente sobre el que los entrenadores construyen sistemas. Ganó saques. Dio pases inteligentes. Retrocedió en defensa con disciplina y cubrió espacios que Lex nunca se molestaba en cubrir porque cubrir espacios no daba gloria y Elise no necesitaba gloria. Necesitaba ser útil.

Salió del hielo al final del segundo periodo. Las otras jugadoras golpearon sus sticks contra la valla a su paso, el saludo universal del hockey, y Lou la agarró del brazo sonriendo; Elise le devolvió la sonrisa. Respiraba con dificultad, con el rostro encendido y la coleta húmeda de sudor; sus ojos brillaban y el júbilo en su cara era salvaje y puro, el de una mujer a la que le habían devuelto lo que más amaba.

A Sienna le dolía la garganta. Se había mantenido firme durante todo el segundo periodo, con las manos entrelazadas, observando desde el banquillo, y de repente Elise sonrió y todo se desmoronó.

Se acercó al banquillo con una sonrisa amplia y desinhibida, la cosa más hermosa que Sienna había visto jamás en este estadio o en cualquier otro lugar. El sudor oscurecía el pelo en sus sienes. Su pecho subía y bajaba por el esfuerzo. Se la veía viva. Completamente, radiantemente viva, como se la veía en la cala al amanecer pero multiplicado, amplificado, porque esta era Elise en su elemento, Elise haciendo aquello para lo que había nacido, y las ocho semanas de miedo y aislamiento se habían consumido en diez minutos sobre el hielo.

Sienna se levantó. No lo pensó. No sopesó las implicaciones profesionales ni consideró quién estaba mirando ni calculó el riesgo. Abrió los brazos y Elise se lanzó a ellos y Sienna la estrechó, allí

mismo en el banquillo, frente al equipo, las cámaras y todo el pabellón; la camiseta sudada de Elise se apretó contra el polo de Sienna y los brazos de Elise le rodearon la cintura mientras se abrazaban.

—Has estado increíble —susurró Sienna contra su pelo.

—He vuelto —dijo Elise. Se le quebró la voz al decirlo.



El Lavender's estaba tranquilo un jueves por la noche. Las paredes de color púrpura pálido y los muebles encalados se veían distintos bajo la luz nocturna, más suaves, más íntimos. Lavender estaba tras la barra, con su pelo oscuro veteado de plata suelto; les había indicado que pasaran con una sonrisa cómplice y las había sentado en la mesa junto a la ventana, la que ocuparon la primera vez que vinieron juntas, cuando aún fingían que solo era un café entre una doctora y su paciente.

Ya no estaban fingiendo.

Sienna había pedido agua con gas y lima. Las burbujas subían en una columna constante y la rodaja de lima flotaba contra el hielo. Elise tenía una copa de vino tinto que saboreaba despacio, con las mejillas aún encendidas por el partido y el pelo cayéndole sobre los hombros. Se había quitado la ropa de jugar y se había puesto unos vaqueros, un top oscuro y la cadena de oro que llevaba fuera del uniforme; parecía relajada y tan presente que el restaurante bien podría haber estado vacío.

Lavender les había traído la bruschetta sin preguntar y un bizcocho de limón y semillas de amapola para después, el mismo pedido que en aquella primera visita, y la familiaridad llenó a Sienna de una ternura que estaba aprendiendo a no combatir. Sienna dio un sorbo a su agua con gas, con la lima agria y punzante contra las burbujas; Elise estaba tan guapa al otro lado de la mesa que Sienna perdía el hilo de la conversación.

—Mara ha dicho que nos va a rotar a Lex y a mí —dijo Elise, haciendo girar la copa entre los dedos—. Roles distintos. Lex se

encarga de los minutos de potencia y yo de los turnos tácticos. Dijo que el equipo es mejor con las dos.

—Tiene razón. —Sienna hizo girar su vaso de agua con gas, con la rodaja de lima dándose golpes contra el hielo.

—Lo sé. Creo que siempre lo he sabido. Solo necesitaba oírlo después de jugar, no antes. —Los dedos de Elise jugaban con el tallo de la copa. La luz de las velas bañaba su rostro y su expresión era reflexiva; mantenía ese punto competitivo del partido pero ahora suavizado por una paz tranquila—. Pasé ocho semanas aterrorizada por si Lex me hacía obsoleta. Y hoy salí ahí fuera, y el hielo era el mismo hielo, mi cuerpo sabía qué hacer y el equipo respondió como siempre, y pensé: ¿por qué tenía tanto miedo?

—Porque tu identidad estaba sujeta a tu rendimiento —dijo Sienna—. Y cuando te quitaron el rendimiento, tuviste que descubrir quién eras sin él.

Elise enarcó una ceja. —¿Has estado hablando con Helen?

—Helen me ayudó a ver algunas cosas sobre mí misma también. —Sienna sonrió—. La lesión te quitó algo. Pero te ha devuelto mucho más.

Elise dejó la copa. —Me dio a ti. —Hizo una pausa—. Hoy estaba muy asustada. De pie en el banquillo esperando para entrar. No dejaba de pensar: ¿y si mi cuerpo se ha olvidado? ¿Y si ya no puedo hacerlo?

Sienna apretó la mano de Elise por encima de la mesa. —Tu cuerpo no se había olvidado.

—No. No se había olvidado. —Elise sonrió. La sonrisa se desvaneció y su expresión se tornó seria. Alargó la mano sobre la mesa y tomó la de Sienna. Sus dedos estaban cálidos y algo ásperos, y envolvieron los de Sienna con una firmeza que era a la vez tierna y segura.

—Te quiero —dijo Elise.

Los sonidos del restaurante se apagaron. El tintineo de los vasos, la voz de Lavender en la barra, la música baja que sonaba por los altavoces. Nada de eso importaba. Solo existía el rostro de Elise al otro lado de la mesa, desprotegido y seguro, su mano sosteniendo la

de Sienna, y esas dos palabras suspendidas entre ellas como una puerta que se abre.

A Sienna le escocieron los ojos. Se le cerró la garganta. Pensó en el despacho de Helen, en la caja de pañuelos y en las palabras que había dicho allí: *No sé cómo dejarme querer.* Y ahora Elise la quería, abiertamente, en un restaurante, y las palabras no eran clínicas ni analíticas ni complicadas. Eran sencillas. Te quiero. Y Helen le había dicho que dejara de luchar.

—Yo también te quiero —dijo Sienna. Su voz sonó ronca y sus ojos estaban húmedos, pero no le importó—. Te quiero tanto que me asusta, Elise. He estado asustada desde el primer día.

—Lo sé. —El pulgar de Elise acarició los nudillos de Sienna—. Pero ya no tienes por qué tener miedo.

Sienna se secó los ojos con la palma de la mano libre. —Estoy en ello.

—También lo sé.

Sienna se llevó la mano de Elise a los labios y le besó los nudillos, uno a uno. La mirada de Elise se suavizó. El restaurante siguió su curso a su alrededor y ninguna de las dos se movió.



Caminaron de vuelta al apartamento de Elise con las manos entrelazadas y el aire fresco de la noche trayendo el aroma a sal y eucalipto de los árboles de la carretera. No tenían prisa. El paseo fue lento y tranquilo; las farolas proyectaban largos charcos de ámbar sobre el pavimento y sus sombras se estiraban por delante de ellas, unidas por las manos. El cuerpo de Sienna vibraba. Los «te quiero» seguían resonando en su interior, sin desvanecerse, asentándose, convirtiéndose en parte de ella, un nuevo muro de carga donde antes solo había vacío.

Elise la besó en la esquina, un beso lento, cálido por el vino y seguro. Pasó un coche y sus faros las iluminaron un instante, pero ninguna se apartó.

En el apartamento, Elise la besó contra la puerta principal. Luego contra la pared. Luego estaban en el dormitorio, con las luces apagadas y la boca de Elise en su cuello y sus manos desvistiendo a Sienna con esa atención concentrada que ponía en todo; Sienna se dejó desvestir, se dejó desear y se permitió decir «te quiero» de nuevo con el cuerpo de Elise contra el suyo en la oscuridad.

El sexo fue distinto. No más intenso que antes, sino más profundo, con el calado de lo que se habían dicho en el restaurante. Sienna estaba de espaldas y Elise sobre ella, dentro de ella, con sus dedos moviéndose con un ritmo lento y devastador; se miraban en la oscuridad y Sienna no dejaba de pronunciar su nombre, solo su nombre, una y otra vez. Cuando llegó al orgasmo, fue silencioso y poderoso, y atrajo la boca de Elise hacia la suya para besarla mientras ocurría.

Después Elise se recostó y Sienna bajó hasta ella con la confianza que había ido ganando durante semanas; el cuerpo de Elise respondió a su boca como si hubiera sido hecho para ella. Sienna hizo que llegara dos veces, la segunda con los dedos y la lengua a la vez, con la mano de Elise en su pelo y su voz quebrándose al pronunciar el nombre de Sienna.

Se quedaron tumbadas después, enredadas en las sábanas, respirando con fuerza, con la habitación oliendo a sexo, a sal y al tenue limón del champú de Elise. La cabeza de Elise reposaba en el pecho de Sienna y los dedos de Sienna se perdían en el pelo húmedo de Elise; el silencio era pleno y cálido.

—¿Te puedes quedar esta noche? —murmuró Elise.

Sienna cerró los ojos. Las palabras tiraban de ella, la familiar gravedad de la cama de Elise y el cuerpo de Elise, y el deseo feroz y anhelante de despertarse a su lado por la mañana.

—Esta noche no puedo. —Presionó los labios contra la coronilla de Elise—. Mañana empiezo temprano. La conferencia de medicina deportiva en Denver. Tengo que estar en el aeropuerto a las seis.

Elise levantó la cabeza, con la barbilla apoyada en el esternón de Sienna. —¿Cuánto tiempo?

—Dos días. Vuelvo el viernes por la tarde.

Elise gruñó y dejó caer la frente contra el pecho de Sienna. —Eso es una eternidad.

—Son cuarenta y ocho horas.

—Lo que he dicho. Una eternidad. —Elise le besó la clavícula—. Conduce con cuidado. Es un viaje largo.

—Voy a Denver en avión. Vuelo temprano desde Phoenix Ridge. Solo hay veinte minutos al aeropuerto, pero tengo que estar allí a las seis.

—Envíame un mensaje cuando aterrices. Y cuando llegues al hotel. Y antes de dormir. Y cuando te despiertes.

Sienna se rió, su aliento cálido contra el pelo de Elise. —Son muchos mensajes.

La sonrisa de Elise era impenitente. —Soy muy exigente.

—Eres la persona menos exigente que he conocido jamás. —Sienna le besó la frente—. Pero te enviaré mensajes en todos esos momentos.

Se levantaron. Sienna se vistió a oscuras, encontrando su ropa esparcida por el suelo del dormitorio mientras Elise la observaba desde la cama, con la sábana por la cintura, el pelo suelto y los ojos entornados y cálidos.

En la puerta principal, Sienna la besó. Un beso largo, pausado, con sabor a vino, a sexo y a amor. La mano de Elise subió a la cara de Sienna para retenerla allí.

—Te quiero —dijo Elise.

Sienna la besó de nuevo en lugar de responder. Un beso suave y tranquilo, con su mano en la mandíbula de Elise. Elise se dejó llevar. Ella lo sabría.

Sienna bajó las escaleras y salió a la noche fresca. Las estrellas se veían por encima de las farolas. Se subió al coche y se quedó sentada un momento con las manos en el volante, el corazón lleno y el sabor de Elise en los labios.

Dos días. Podía aguantar dos días.

Arrancó el motor, se alejó del bordillo y condujo el corto trayecto hasta casa para hacer la maleta. El apartamento estaba oscuro y silencioso, y aún conservaba el tenue aroma del café que había preparado esa mañana, antes del despacho de Mara, antes del

partido, antes de las dos palabras frente a la mesa de Lavender's que habían cambiado el rumbo de su vida. Sacó la maleta del armario y la llenó con eficacia: la acreditación de la conferencia, cuadernos, dos mudas, cepillo de dientes, el estuche de sus gafas de lectura. Sus manos se movían en piloto automático mientras su mente permanecía en el cálido resplandor del apartamento de Elise, en el sabor del vino en la lengua de Elise, en esas dos palabras pronunciadas frente a frente. *Te quiero.* Las había dicho y el mundo no se había acabado. Las había dicho y Elise las había repetido. Las había dicho y mañana estaría en otra ciudad aprendiendo sobre avances en el manguito rotador, y las palabras seguirían siendo ciertas.

Cerró la cremallera de la maleta, puso la alarma y se metió en su propia cama, que se sentía fría, vacía y demasiado grande sin Elise en ella, y se quedó dormida con el teléfono sobre la almohada y el último mensaje de Elise brillando en la pantalla:

Vuelve conmigo.

18

ELISE

La piscina estaba templada y teñida del azul del cloro, y la luz de la mañana entraba por los altos ventanales del centro acuático en anchas franjas angulares que convertían el agua en plata líquida. Elise flotaba de espaldas, con los brazos extendidos y el pelo a la deriva en un halo oscuro alrededor de la cabeza, dejando que el agua sostuviera su peso mientras sus músculos se relajaban tras el partido de ayer.

A su alrededor, el equipo se encontraba en diversos estados de recuperación. Lou daba brazadas lentas en el carril del fondo, sus hombros anchos rompiendo la superficie con la eficiencia mecánica que aplicaba a todo. Camille estaba sentada al borde de la piscina con las piernas colgando, su pelo rubio recogido en lo alto de la cabeza, mirando el móvil. Frankie estaba en la parte poco profunda haciendo estiramientos; su nariz torcida y su barbilla con cicatrices le daban el aspecto de una boxeadora retirada en un día de spa. Dani flotaba cerca con sus trenzas oscuras enrolladas sobre la cabeza y los ojos grises cerrados, con cara de ser alguien capaz de quedarse dormida en cualquier parte. Rowan practicaba el pino bajo el agua, con su pelo claro fluyendo tras ella como si fuera alga marina.

—Está viva —exclamó Frankie desde el otro lado de la piscina cuando Elise emergió a la superficie y se apartó el pelo de los ojos —. La heroína que regresa nos honra con su gloriosa presencia.

—No he estado fuera tanto tiempo.

—Ocho semanas. Tuvimos que aprender a funcionar sin ti. Fue devastador. —Frankie sonrió—. En realidad, estuvimos bien. Lex marcó mucho.

Elise salpicó agua en dirección a Frankie.

—Gracias por eso.

Frankie esquivó el agua y su sonrisa se suavizó.

—Bienvenida de nuevo, de verdad. Ayer se te vio muy bien ahí fuera.

—Se te vio genial —dijo Lou desde su carril, sin interrumpir la brazada. Los cumplidos de Lou llegaban en los mismos paquetes secos y eficientes que todo lo demás que hacía. Dos palabras y un asentimiento. Si Lou decía que estabas genial, es que estabas genial.

—Gracias —dijo Elise, y lo sintió con más profundidad de la que expresaban las palabras.

Nadó hasta la parte poco profunda y se puso en pie, con el agua por la cintura, y estiró el hombro izquierdo recorriendo todo su rango de movimiento. La articulación estaba suelta y caliente por la piscina, y el movimiento era limpio y sin dolor. Ocho semanas de las manos de Sienna y los programas de gimnasio de Kylie, sumados a su propia determinación obstinada, y el hombro se había recuperado. Estaba mejor que antes.

Sienna. El nombre recorrió su pecho con un calor que nada tenía que ver con la temperatura de la piscina. Le había enviado un mensaje a Sienna a las seis de esta mañana, antes de que sonara la alarma, y Sienna le había respondido:

Ya te echo de menos.

Tres palabras sencillas y Elise se había apretado el móvil contra el pecho como una adolescente, riéndose de sí misma.

Camille se deslizó al agua y se acercó caminando.

—Bueno. Deberíamos hablar del elefante en la piscina.

—No hay ningún elefante.

Camille ladeó la cabeza mientras el agua le rozaba la clavícula.

—Hay un elefante gigante que lleva bata de laboratorio y gafas rectangulares, y tú estás enamorada de él.

Frankie apareció al otro lado de Elise.

—Hemos sido educadas durante semanas. Semanas, Elise. ¿Sabes lo que me ha costado eso? No estoy hecha para la discreción.

Elise mantuvo el rostro inexpresivo.

—No sé de qué habláis.

—Ayer la abrazaste en el banquillo —dijo Frankie—. En el banquillo. Delante de las cámaras. Delante de Mara.

—Fue una celebración profesional.

Frankie se cruzó de brazos, con el agua goteando de sus codos.

—Tenías la cara hundida en su cuello.

—Mi cara estaba cerca de su cuello. Hay una diferencia.

Lou había dejado de nadar y se mantenía a flote en el borde del grupo, observando con silenciosa diversión. Dani había abierto un ojo. Incluso Rowan había abandonado sus pinos y se acercaba flotando con una curiosidad mal disimulada.

—Vale. —Elise se apoyó contra la pared de la piscina y se cruzó de brazos. El agua estaba caliente contra su estómago—. Sí. Sienna y yo estamos juntas.

El grito de alegría que estalló fue tan fuerte que resonó en el techo de cristal del centro acuático. Camille aplaudió. Frankie alzó un puño. Rowan dijo: «Por fin», y luego se sonrojó. Dani abrió ambos ojos y asintió con serenidad, como si hubiera estado esperando pacientemente a que se confirmara lo obvio.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Camille.

—Unas pocas semanas.

Frankie se acercó chapoteando contra la corchera.

—¿Y qué tal?

—Bien. —Elise mantuvo la voz firme, pero su rostro la delató. El calor le subió a las mejillas y una sonrisa tiró de su boca y se extendió por su pecho—. Está muy bien.

—Define «muy bien» —dijo Frankie—. Necesitamos detalles. Información nutricional. Una calificación por estrellas.

Elise negó con la cabeza.

—No os voy a dar detalles.

—¿Ni siquiera una pista?

—Ni siquiera una pista. Ella es una persona reservada y voy a respetar eso. —Elise se cruzó de brazos, firme en este punto.

Frankie gruñó y se hundió más en el agua hasta que la barbilla tocó la superficie.

—Eso es terriblemente maduro por tu parte.

—Ella merece que sea madura.

Camille le dio un toquecito a Frankie con la rodilla bajo el agua.

—¿Al menos puedes decirnos si está por encima de la media? —insistió Frankie—. Un asentimiento bastará. Una expresión facial. Un gesto sutil con la mano.

Elise apretó los labios, pero la sonrisa ya se estaba formando, de esas que empiezan en el pecho y van subiendo, y su cara debió de decirlo todo porque Frankie gruñó y levantó las manos, Camille soltó un silbido bajo e incluso Lou, que había estado fingiendo no escuchar, se detuvo a mitad de una brazada.

—Mirad esa cara —dijo Camille—. Está perdida por completo.

Las bromas cesaron. El cambio fue sutil pero real. La sonrisa de Frankie se suavizó. Los ojos de Camille se volvieron cálidos. Incluso Lou, que expresaba el afecto mediante el silencio y la proximidad, se acercó un poco más.

—La quieres —dijo Camille. No era una pregunta.

Elise miró el agua. La luz plateada jugaba en la superficie, cambiando y reformándose. Pensó en Sienna en la cala al amanecer. En Sienna llorando en el sofá. En Sienna diciendo *gracias* como si esas dos palabras requirieran todo su valor. En los labios de Sienna sobre los suyos en la oscuridad. En la voz de Sienna por teléfono anoche, somnolienta y cálida: *Te quiero. Duerme bien.*

—Sí —dijo Elise—. La quiero.

—Bien —dijo Lou, y reanudó sus largos.

Nadaron y estiraron, y la conversación derivó hacia el próximo partido del fin de semana, las quejas de Lou sobre las nuevas barritas de proteínas que había introducido la nutricionista y el plan de Camille de llevar a Max a la playa. Cosas normales. Cosas de

equipo. Conversaciones de las que Elise se había sentido excluida durante dos meses, y ahora volvía a estar en medio de ellas; esa pertenencia era una sensación física, cálida en su pecho y sólida bajo sus pies.

Pensó, mientras salía de la piscina y se envolvía en una toalla, que la felicidad era esto. No el tipo explosivo y sin aliento que venía con los primeros besos y los orgasmos, sino el tipo más silencioso y constante que nacía de sentirse conocida. De tener un equipo que vitoreaba cuando decías que estabas enamorada. De tener a una mujer en otra ciudad que te enviaba fotos del amanecer y te decía que te echaba de menos.



Era casi demasiado bueno. El pensamiento llegó sin invitación y se alojó bajo sus costillas como una astilla. Había tenido el mismo pensamiento a los diecinueve años, la noche antes de que le confirmaran la beca, tumbada despierta en su habitación de la infancia con Sophie dormida al otro lado del pasillo y los zapatos de su madre junto a la puerta principal, y la certeza de que una felicidad tan completa no podía durar. Y duró. Aquella vez. Apartó el pensamiento, lo empujó hacia abajo, al lugar donde guardaba todas las ideas supersticiosas y ansiosas que los atletas acumulan tras años de competición. No pienses en lo bueno o lo gafarás. No digas que va bien o el universo lo corregirá. Estúpido, irracional; ella sabía que era estúpido e irracional, así que reprimió el pensamiento y caminó hacia las duchas.

El vestuario estaba cálido y vaporoso, y olía a cloro y a gel de ducha de menta, la marca de Frankie, que había impregnado el espacio tras meses de uso. Elise se quedó bajo el agua caliente y dejó que le corriera por los hombros, por la espalda y por el pelo. Estaba pensando en esta noche. Sienna volvería tarde mañana por la tarde. Elise planeaba tener flores en el apartamento de Sienna. No porque Sienna esperara grandes gestos, sino porque Sienna había

pasado cuarenta y un años sin recibirlos y Elise pretendía corregir ese desequilibrio.

Cerró el grifo, cogió la toalla y estaba a mitad del proceso de secarse el pelo cuando la puerta del vestuario se abrió de golpe.

Mara estaba en el umbral y su rostro no auguraba nada bueno. Estaba pálida. Sus ojos azules estaban muy abiertos, tenía la mandíbula tensa y se aferraba al marco de la puerta como si necesitara apoyo para mantenerse en pie. Elise había visto a Mara enfadada, frustrada, jubilosa, achispada. Nunca la había visto con ese aspecto.

—Elise. —La voz de Mara era controlada, pero el control era una capa fina, una membrana estirada sobre el pánico—. Necesito que vengas conmigo. Ahora mismo.

—¿Qué ha pasado?

—Sienna ha tenido un accidente. Un accidente de tráfico. En la carretera hacia el aeropuerto esta mañana. —Mara tomó aire. Era visible la expansión forzada de su pecho, el esfuerzo por mantener la voz firme—. Es grave, Elise. La han llevado al hospital Phoenix Ridge.

Las palabras entraron en el cuerpo de Elise en secuencia y cada una fue un golpe. Sienna. Accidente. Coche. Grave. Hospital. Las oyó y las comprendió y luego las sintió, no en su mente sino en el pecho, en el estómago, en las piernas; el suelo se inclinaba bajo sus pies.

Le flaquearon las rodillas.

No se cayó porque el banco estaba detrás; se sentó con brusquedad sobre la madera mojada, la toalla se le resbaló de las manos y su visión se estrechó y se oscureció por los bordes. El vestuario se contrajo hasta convertirse en un túnel con Mara al fondo, con la boca de Mara moviéndose, diciendo más palabras que Elise no podía procesar porque el rugido en sus oídos se había tragado todo sonido.

—Elise. —Mara estaba frente a ella, agachada, con las manos sobre las rodillas de Elise—. Elise, mírame. Respira.

No podía respirar. Tenía el pecho bloqueado. Sus pulmones no se expandían. Abrió la boca y no entró aire, y sus manos temblaban de

forma tan violenta que golpeaban contra el banco, de manera incontrolable y mecánica, y no podía detenerlas.

—¿Qué ha pasado? —Las palabras salieron en un susurro que no parecía su voz—. ¿Está viva?

—Está viva. Está en estado crítico. Un camión se saltó un semáforo en rojo en el cruce de Harbour Road. La golpeó por el lado del conductor. Los paramédicos la sacaron y ahora está en el hospital Phoenix Ridge.

Elise agarró el borde del banco. Los nudillos se le pusieron blancos.

—Tengo que irme. Tengo que irme ahora mismo.

—Yo te llevo. Vístete. Estaré justo fuera.

Mara se levantó y se fue; la puerta se cerró y Elise se quedó sola en el vestuario con el vapor y el cloro y el sonido de su propia respiración, que salía en ráfagas cortas y jadeantes que no enviaban suficiente oxígeno a su cerebro.

No podía moverse.

Su cerebro dictaba instrucciones. Levántate. Ponte la ropa. Ve al aparcamiento. Ve al hospital. Pasos sencillos, secuenciales, cada uno claro y obvio, y su cuerpo rechazaba cada uno de ellos. Sus músculos se habían desconectado de su voluntad. Estaba sentada en el banco con la toalla, con el pelo mojado goteándole por la espalda y las manos temblándole en el regazo, y no podía moverse. La imagen de Sienna estaba en su cabeza: Sienna en su coche esta mañana, conduciendo hacia el aeropuerto al alba, cansada de anoche, pensando en el congreso, tal vez pensando en Elise, quizá sonriendo al teléfono en el asiento del copiloto, y luego metal y cristal e impacto. Y después, nada.

La puerta se abrió de nuevo. Frankie y Camille. Estaban en toalla, mojadas de la piscina, y fueron directas hacia ella. Frankie se sentó a un lado y Camille al otro, y ninguna de las dos dijo nada. Frankie rodeó los hombros de Elise con el brazo, un apoyo sólido, pesado y cálido. Camille le cogió la mano temblorosa y la sostuvo entre las suyas.

—Ayudadme a vestirme —dijo Elise con voz quebrada.

La ayudaron. Frankie sacó ropa de la bolsa de Elise mientras Camille la mantenía estable. Las manos de Elise no cooperaban. No podía subir la cremallera de sus vaqueros. Se puso la camiseta del revés y Camille le dio la vuelta con suavidad. No podía atarse los zapatos y Frankie se arrodilló y lo hizo por ella; la dura y aguerrida defensa le ataba los cordones a Elise con la misma atención cuidadosa con la que protegía a su portera.

Para cuando llegaron al pasillo, la mayor parte del equipo estaba allí. Lou. Dani. Rowan. Lex, que debía de venir del despacho de Mara, todavía con el pelo oscuro húmedo de su propia sesión matinal. Formaron un muro silencioso y sólido alrededor de Elise mientras Mara la guiaba hacia el aparcamiento.

Mara condujo. Elise iba en el asiento del copiloto. Las otras jugadoras las siguieron en sus propios coches. Elise miraba por el parabrisas la carretera, los edificios y el océano pasando, y nada de eso se registraba en su mente. Su cuerpo estaba presente, pero su mente estaba en un cruce de Harbour Road donde un camión había embestido el coche de Sienna y Sienna estaba destrozada y sola, y tal vez muriéndose, y Elise no había estado allí.

Lo último que le había dicho a Sienna fue *te quiero*. En la puerta de su apartamento, con el pintalabios de Sienna desvaneciéndose, sus ojos brillantes y su mano demorándose en la cara de Elise. *Te quiero.* Y Sienna se lo había devuelto, había bajado las escaleras, se había ido en coche y esa había sido la última vez. ¿Y si esa era la última vez?

Se le revolvió el estómago. Se apretó la mano contra la boca, respiró por la nariz y las náuseas remitieron hasta convertirse en un ardor bajo y persistente.

—Es fuerte —dijo Mara, con los ojos en la carretera y las manos firmes en el volante—. Es la persona más fuerte que conozco.

Elise no pudo responder. Tenía la garganta cerrada y los ojos le escocían; las lágrimas estaban ahí, presionando tras los párpados, pero no caían porque llorar significaría aceptar, y ella no podía aceptar esto.

Apareció el hospital Phoenix Ridge. El mismo edificio al que habían venido para la ecografía de Elise ocho semanas atrás. La

misma entrada. Las mismas puertas automáticas. Mara aparcó, dio la vuelta y abrió la puerta de Elise; ella salió y sus piernas funcionaban, pero a duras penas.

En el interior, el frío del aire acondicionado la golpeó como un muro. El hospital olía a desinfectante, a cera para suelos y a ese aire viciado y reciclado que solo existe en los lugares donde la gente espera noticias terribles. Una enfermera las recibió en la entrada y las guió por unas puertas dobles y a través de un pasillo largo, blanco y silencioso, salvo por el chirrido de los zapatos sobre el linóleo.

Cuidados intensivos. Las palabras en la puerta. Letras azules sobre plástico blanco.

La enfermera empujó la puerta, Elise la siguió y allí estaba.

Sienna estaba en una cama en medio de la habitación, rodeada de máquinas. Un tubo del respirador iba a su boca. Tubos de goteo salían de ambos brazos. Los monitores emitían pitidos en un ritmo constante y mecánico. Su pelo oscuro estaba extendido sobre la almohada blanca, su rostro estaba pálido e inmóvil, tenía cortes y hematomas en la frente y la mandíbula, su brazo izquierdo estaba entablillado y tenía los ojos cerrados.

Parecía pequeña. En la sala médica del estadio se la veía autoritaria, compuesta, el centro de calma de cada crisis. Aquí, rodeada de máquinas que la mantenían con vida, parecía pequeña, frágil y muy, muy quieta. No llevaba las gafas. El lunar cerca de su oreja izquierda apenas era visible bajo una tira de cinta quirúrgica que sujetaba un sensor a su piel. Esta era la mujer que le había vendado el hombro a Elise con manos firmes, que la había besado en un banquillo, que había llorado en sus brazos y se había sentado frente a ella a una mesa en Lavender's hacía menos de veinticuatro horas; y ahora estaba inconsciente y respirando a través de una máquina.

A Elise le fallaron las piernas.

Frankie la sujetó. Unos brazos fuertes rodearon su cintura, manteniéndola en pie, y Elise se aferró al antebrazo de Frankie mientras de su pecho salía un sonido que no era una palabra; era un alarido de dolor puro y animal que no sabía que era capaz de emitir.

Entonces llegaron las lágrimas, calientes, repentinas y violentas, y no podía ver, ni podía respirar, ni podía parar.

Mara acercó una silla al lado de la cama. Frankie y Lou guiaron a Elise para que se sentara. Ella buscó la mano de Sienna, la derecha, la que no tenía la vía, y la sostuvo. La mano estaba caliente. Eso significaba que la sangre circulaba. Eso significaba que el corazón latía. Los monitores lo confirmaban, con la línea verde trazando sus picos y valles, pero Elise necesitaba el calor vivo de la piel de Sienna contra su palma, la prueba física de que estaba viva.

—Por favor —susurró Elise—. Por favor, no me dejes.

Los monitores seguían pitando rítmicamente. Sienna no respondió.

El equipo llenó la habitación y el pasillo de fuera. Lou estaba junto a la ventana, con los brazos cruzados y la mandíbula tensa. Camille estaba a su lado, apretándole el brazo. Frankie se mantuvo cerca de Elise. Dani estaba en el umbral, con sus ojos grises fijos, como un centinela. Rowan se sentó en el suelo del pasillo con las rodillas encogidas y el rostro lívido. Lex caminaba de un lado a otro.

Mara hacía llamadas en el pasillo, con voz baja y controlada, la entrenadora principal manteniéndolo todo unido porque eso era lo que Mara hacía. Elise oía fragmentos. El nombre de Astoria. El nombre de Helen. El seguro. La cobertura del cuerpo técnico. Las palabras pasaban de largo en fragmentos que no llegaban a formar un significado.

Helen llegó veinte minutos después. Entró por la puerta con su rebeca gris, sus ojos oscuros recorriendo la habitación, registrando los monitores, las máquinas y el rostro surcado de lágrimas de Elise; fue directa hacia ella, le puso la mano en el hombro y no dijo nada. Simplemente se quedó allí. Su mano era un punto de contacto con un mundo que había dejado de tener sentido.

Pasó el tiempo. Una hora. Quizá más. Los monitores pitaban. Las enfermeras iban y venían. Elise sostenía la mano de Sienna y le miraba la cara, implorando que abriera los ojos, pero estos seguían cerrados.

Pasos en el pasillo. Una figura menuda con bata blanca y el pelo rubio arena recogido avanzaba con urgencia. La doctora Josephine

Mars.

Entró en la habitación con el rostro grave y sereno, y fue directa a los monitores, examinándolos con ojos rápidos y expertos. Miró el historial de Sienna. Observó las imágenes en la pantalla de la pared que Elise no sabía interpretar. Luego se volvió hacia Elise con una expresión amable pero seria.

—Elise. Me alegro de que estés aquí. —Su voz era firme, la voz de alguien que se ganaba la vida dando noticias terribles y había aprendido a hacerlo con compasión—. Sienna ha sufrido lesiones importantes por el impacto. Costillas fracturadas, un pulmón colapsado que ya ha sido estabilizado y una hemorragia interna que debemos tratar quirúrgicamente. Necesita una operación. Mi equipo está preparando el quirófano ahora mismo.

—¿Se va a morir? —Las palabras salieron llanas y desnudas; Elise las oyó y las odió, pero necesitaba saberlo.

La doctora Mars le sostuvo la mirada.

—Las lesiones son graves, pero ella es joven y está en forma, y eso importa muchísimo. Voy a llevarla a cirugía y voy a hacer todo lo que esté en mi mano. Necesito que lo sepas.

Los dedos de Elise se hundieron en el brazo de la silla.

—Por favor. Por favor, sálvela.

—Eso es exactamente lo que pretendo hacer. —La doctora Mars le puso la mano en el hombro a Elise, un toque breve y firme. Luego se marchó, se acercó a la cama dando instrucciones directas a las enfermeras, y la maquinaria del hospital se puso en marcha alrededor del cuerpo inmóvil de Sienna; la cama empezó a moverse.

Elise se levantó. No soltó la mano de Sienna hasta que la cama llegó al pasillo y la enfermera le separó los dedos con suavidad. La cama giró en la esquina y desapareció tras unas puertas dobles; las puertas se cerraron y Sienna se fue.

Frankie rodeó los hombros de Elise con el brazo. Lou se puso al otro lado. Camille le buscó la mano. Mara estaba detrás de ella, sólida e inamovible. Helen estaba allí, su presencia tranquila era un contrapeso estable al caos en el pecho de Elise.

Elise se quedó mirando las puertas dobles por las que Sienna había desaparecido y su cuerpo se sacudió con sollozos que no podía

controlar. El equipo la sostuvo. Formaron un muro a su alrededor, estas mujeres que habían empezado como compañeras y se habían convertido en su familia, y la sostuvieron mientras el mundo se desmoronaba.

Cerró los ojos, apoyó la frente en el hombro de Frankie y pronunció el nombre de Sienna por lo bajo, una y otra vez, como una oración, como una promesa, como la única palabra que le quedaba.

Esperaron.

19

SIENNA

Había luz.

No era la luz nítida y clínica de un hospital ni el dorado cálido del sol de la mañana. Era una luz distinta. Suave, difusa y presente en todas partes a la vez, como si el propio aire se hubiera vuelto luminoso. Sienna estaba suspendida en ella, ingrávida; no había dolor, ni cuerpo, ni tiempo, solo la luz y un sonido distante que bien podría haber sido el océano o bien su propia sangre moviéndose por unas venas que ya no podía sentir.

Sabía, con esa certeza que permiten los sueños sin necesidad de pruebas, que estaba en algún lugar intermedio. Entre qué cosas, no sabría decirlo. Entre el sueño y la vigilia. Entre el coche y la carretera. Entre la persona que había sido esa mañana, conduciendo entre el pálido amanecer con su maleta en el maletero y el último mensaje de Elise todavía brillando en su móvil, y la persona que era ahora, que no era nadie; una conciencia flotando en una luz cálida sin límites y sin suelo.

El accidente regresó a ella de forma fragmentada. No como una secuencia, ni como un relato que pudiera recomponer con lógica y cronología. Solo retazos, afilados y desconectados, barajados sin orden. La carretera de la costa curvándose a la izquierda. El sol en

sus ojos, bajo y cegador por encima de la línea de los árboles. El gesto de alcanzar el parasol. Un destello de movimiento en la visión periférica. El impacto, repentino y total; el metal plegándose, el cristal rompiéndose, el mundo girando sobre un eje que no debería haber existido. Y luego, nada.

Y después, esto.

Elise.

El nombre llegó con una fuerza que atravesó la luz, la ingravidez y la claridad difusa. No fue un recuerdo. Fue una necesidad. Una exigencia nacida de algún sitio más profundo que la conciencia, del núcleo animal al que no le importaba la luz, ni los paisajes oníricos, ni la cómoda ausencia de dolor. Elise. Tenía que ver a Elise.

Esa necesidad lo agudizó todo. No estaba descansando. Estaba cayendo, muy lentamente, y lo único que podía salvarla era el mundo que había dejado atrás, el mundo en el que estaba Elise.

Pensó en la voz de Elise. En ese humor seco y plano que tardabas un instante en captar.

—*Así que eres un poco gay, entonces.*

En la feroz y silenciosa certeza con la que decía las cosas importantes.

—*Nunca has estado rota.*

En cómo se le volvía la voz rasposa durante el sexo, bajando el tono, perdiendo el control que mantenía en todo lo demás.

En cómo pronunciaba el nombre de Sienna en la oscuridad, como si fuera una palabra que hubiera estado esperando toda su vida para decirla.

La noche anterior acudió entonces a su mente. La última noche. El apartamento de Elise, la puerta, la despedida. Sienna se había quedado en el umbral con la chaqueta puesta y las llaves del coche en la mano, y Elise se había apoyado contra el marco de la puerta bajo la cálida luz del pasillo y le había dicho: *Te quiero.* Y Sienna le había respondido lo mismo y las palabras habían sido tan fáciles, más fáciles que nunca, como si el conducto desde su pecho hasta su boca se hubiera despejado por fin tras cuarenta y un años de obstrucción. Y había bajado las escaleras y conducido hasta casa para hacer la maleta con el sabor de Elise en sus labios y la certeza

de que la vería en dos días; y dos días no eran nada. Dos días era algo manejable.

Pero y si dos días lo fueran todo. Y si dos días fuera todo lo que le quedaba y los hubiera pasado inconsciente en una mesa mientras unos desconocidos la abrían por la mitad.

No. No. No había terminado.

Un día más. El pensamiento era feroz y nítido, y quemó la luz como una llama atraviesa el papel. «Quiero un día más. Una mañana más despertando en su cama. Una taza de té más en su cocina. Una vez más con su boca sobre la mía y sus manos en mi cuerpo y su voz diciendo mi nombre. He pasado cuarenta y un años manteniendo el mundo a raya y ella lo ha roto todo en ocho semanas; no he terminado. No he concluido. Acabo de empezar».

«Elijo el dolor. Las costillas rotas, la cama del hospital y la larga recuperación. Porque la alternativa es esta cómoda nada, y la nada no es suficiente. No cuando ella existe».

La luz se resquebrajó. El sonido entró a raudales. Sonido real, tosco y mecánico. Nuevos sonidos surgieron por debajo. Sonidos de máquinas. Un pitido persistente. El siseo de aire presurizado. Voces, amortiguadas y distantes, como si hablaran a través de una pared.

La luz se contrajo. La sensación se convirtió en calor, luego en presión, y después en la aguda agonía localizada de un cuerpo que volvía a hacerse notar. Sus costillas. Su pecho. Un dolor profundo y punzante en su lado izquierdo que palpitaba con cada aliento; y cada aliento le era dado por otros, no por ella; aire empujado hacia sus pulmones por un ventilador, rítmico e insistente. Su brazo izquierdo estaba mal, pesado, inmóvil y envuelto en escayola.

Intentó abrir los ojos y el esfuerzo fue enorme, los párpados pesados, los músculos reacios. La luz que había tras ellos ya no era cálida y difusa, sino dura y fluorescente; hirió sus pupilas e hizo una mueca, y la mueca envió un dolor que se irradió desde sus costillas por todo el pecho; jadeó contra el tubo que tenía en la garganta.

—Se está despertando.

Una voz. No era la de Elise. La voz de una mujer, tranquila y profesional. Unas manos en su brazo, ajustando un tubo. El pitido se aceleró.

—Llamad a la doctora Mars. Avisad a los demás.

Más movimiento. Pasos. El chirrido de unos zapatos sobre el linóleo. La luz cruda se transformó en formas. Un techo. Azulejos blancos. Un fluorescente. El borde de una máquina. Una bolsa de suero colgando de un palo. Una ventana con las persianas medio bajadas.

Giró la cabeza. El esfuerzo fue ingente, cada músculo y tendón de su cuello protestó, y el movimiento hizo que su visión se nublara y sus costillas gritaran. El dolor era asombroso en su especificidad, no era el vago malestar del espacio de ensueño, sino un inventario exacto de daños; y la médico que había en ella ya se estaba diagnosticando a sí misma incluso mientras la humana jadeaba por la agonía. Costillas rotas, al menos tres; los músculos intercostales inflamados, la pleura irritada. Su brazo izquierdo estaba escayolado desde la muñeca hasta el codo. Tenía un tubo de drenaje en el costado izquierdo. Un objeto extraño se alojaba entre sus costillas, algo intrusivo que no debería estar ahí, y quería que se lo quitaran.

Pero nada de eso importaba. Nada del dolor, ni de los tubos, ni del catálogo de lesiones importaba, porque Elise estaba sentada en una silla junto a su cama.

Elise estaba allí. Estaba acurrucada en una silla de hospital demasiado pequeña para su complexión atlética, con las piernas encogidas y sus zapatos en el suelo. Llevaba una camiseta y vaqueros, no iba maquillada, tenía el pelo oscuro suelto y sucio, su rostro estaba hinchado de tanto llorar y sus ojos estaban enrojecidos y húmedos; era la cosa más hermosa que Sienna jamás había visto.

—Hola —intentó decir Sienna, intentó forzar la palabra a través del tubo de su garganta, pero lo que salió fue un graznido ronco y entrecortado que no sonó como ninguna palabra conocida.

—No hables. —Elise se había levantado de un salto y estaba junto a la cama; su mano estaba en la mejilla de Sienna y su tacto era suave, tan suave, como si Sienna fuera de cristal. Sus ojos se inundaron de lágrimas nuevas, su barbilla temblaba y su voz se quebró al hablar—. Estás bien. Vas a ponerte bien.

Detrás de Elise aparecieron otros rostros. Mara, con sus ojos azules brillando de alivio y las líneas alrededor de su boca más

marcadas de lo habitual. Helen, de pie junto a la puerta, con una mano apretada contra su propio pecho. Y más atrás, en el pasillo, el equipo. La cabeza morena de Lou. El pelo rubio de Camille. Los anchos hombros de Frankie. La figura alta de Dani. El rostro ansioso de Rowan. Lex, de pie junto a Mara, con la mano en el brazo de Mara.

Estaban todas allí. Todas. Por ella.

Los ojos de Sienna se nublaron por las lágrimas. No se había esperado aquello. Había pasado dieciocho meses con las Valkyries siendo la médico, la profesional, la mujer de la bata blanca que las curaba y las mandaba de vuelta al hielo. Había tenido cuidado de mantener la distancia. Amable pero no cercana. Disponible pero no vulnerable. Y sin embargo, allí estaban todas, amontonadas en un pasillo de hospital, habiendo pasado allí horas por lo que delataban sus ropas arrugadas y rostros cansados, porque ella era una de las suyas y ellas no abandonaban a nadie.

La certeza la invadió como una ola casi tan abrumadora como el hecho de despertar. Tenía un equipo. No solo un lugar de trabajo, no solo una jefa, sino un equipo. Personas a las que les importaba si vivía o moría. Personas que acudían cuando pasaba lo peor y se quedaban.

Mara dio un paso al frente. Se inclinó para que su rostro quedara cerca del de Sienna y sus ojos azules se mostraron feroces y brillantes—. Nos has dado un susto de muerte, Park. No vuelvas a hacernos algo así.

Las palabras fueron toscas, pero tenía los ojos rojos y el temblor de su mandíbula era visible; era la emoción contenida de una mujer que era muy buena manteniendo el tipo y que lo había estado manteniendo para mucha gente durante las últimas horas.

Mara apretó la mano sana de Sienna. Luego se irguió y se volvió hacia las demás—. Vamos a dejarles algo de espacio. —Llevó al equipo al pasillo con esa autoridad tranquila que usaba en el banquillo, y Helen la siguió dedicándole un pequeño y cálido asentimiento a Sienna; la habitación se vació hasta que solo quedaron Sienna y Elise y el pitido de los monitores.

Elise se sentó en el borde de la cama. Tenía su mano sobre la mano derecha de Sienna, sujetándola, con el pulgar trazando círculos lentos sobre los nudillos.

—Creí que te perdía —dijo Elise. Su voz estaba destrozada. Cruda, baja y despojada de cualquier defensa—. Mara vino al vestuario y dijo que habías tenido un accidente y yo pensé... no podía... Sienna, no podía respirar.

Una enfermera apareció junto a la cama y retiró con suavidad el tubo del ventilador mientras murmuraba instrucciones. La extracción fue incómoda, una presión deslizante que hizo toser a Sienna, y la tos envió una punzada de agonía a través de sus costillas; la mano de Elise se apretó contra la suya y dejó pasar el dolor.

—¿Cuánto tiempo? —La voz de Sienna era un graznido. Fina, áspera y nada parecida a la suya propia.

—Has estado en cirugía. Unas siete horas en total, incluyendo la preparación y la reanimación. Te operó la doctora Mars. Costillas fracturadas, pulmón colapsado, hemorragia interna. —La voz de Elise era estable; los detalles clínicos eran un marco al que aferrarse —. Dijo que habías salido muy bien de la operación. Te vas a poner bien.

—He soñado contigo —susurró Sienna—. Todo el tiempo. Había una luz y yo estaba flotando y nada me dolía, y me podría haber quedado allí. Había paz. Pero tú estabas aquí. En este mundo. Y necesitaba volver porque una vida sin ti, incluso una sin dolor, no es la vida que quiero.

Las palabras le costaron más aire del que tenía, pero las dijo porque eran ciertas y porque Sienna Park ya no quería pasar más tiempo sin decir las verdades.

El rostro de Elise se descompuso. La compostura que había estado manteniendo se disolvió y apoyó la frente en el hombro de Sienna, el sano, y lloró. No fue un llanto ruidoso ni dramático. Fueron sollozos silenciosos y estremecedores que Sienna sintió en todo su cuerpo. Sienna levantó su mano buena y la puso en el pelo de Elise, con los dedos débiles pero allí, entrelazándose entre los mechones oscuros.

—Te quiero —dijo Sienna. Las palabras le costaron un esfuerzo. Cada una era un aliento y cada aliento era dolor, pero las palabras importaban más que el dolor—. Te quiero, Elise. No me voy a ninguna parte.

—Más te vale. —Elise levantó la cara. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas, sus ojos se mostraban intensos y anegados, y su mano apretó la de Sienna con la fuerza suficiente para doler—. Te quiero. Te quiero muchísimo. No vuelvas a hacerme esto nunca más.

—Intentaré que no se repita.

Elise apretó los labios, con la barbilla temblando—. Prométemelo.

—Te lo prometo. —Le apretó la mano a Elise; fue un apretón débil, su fuerza no era nada comparada con lo que debería ser, pero los dedos de Elise se cerraron sobre los suyos y la sujetaron; la conexión fue como un circuito completado, la corriente fluyendo entre ambas, y el dolor retrocedió ligeramente ante aquello.

—Vamos a estar bien —dijo Elise. Su voz era ahora más calmada, recobrando su aplomo—. Vamos a superar esto; tú te vas a curar y yo voy a estar aquí cada minuto. Tú cuidaste de mí durante ocho semanas. Ahora es mi turno.

La palabra fue pequeña, áspera e inadecuada, pero Elise la tomó, la guardó, se inclinó y presionó sus labios contra la frente de Sienna con infinito cuidado. El beso estaba húmedo por la sal y Sienna cerró los ojos y sintió cómo se instalaba en ella, como un contrapunto al dolor, un motivo para estar aquí, en este cuerpo, en esta cama, en esta vida.

Pasos. Se abrió la puerta y entró la doctora Josephine Mars, su figura menuda se veía resuelta bajo la bata blanca y con su pelo rubio arena recogido. Su rostro denotaba cansancio pero su expresión era amable, y Sienna la reconoció: era el mismo aspecto que ella misma tenía cuando un paciente salía adelante.

—Bienvenida de nuevo, Sienna. —Su voz tenía el mismo tono calmado y amable que había usado cuando comunicó el diagnóstico de la lesión de Elise en este mismo hospital hacía semanas. Se acercó a los monitores, analizando las lecturas con eficiencia experimentada; sus manos pequeñas se movían con destreza mientras comprobaba las conexiones y los ajustes—. Tus vitales son

estables. Más fuertes de lo que esperaba, sinceramente, y esperaba mucho. La cirugía fue bien. Hemos reparado la hemorragia interna, expandido el pulmón y estabilizado las fracturas. Tres costillas fracturadas, una laceración esplénica que ha sido suturada y una fractura en el antebrazo que hemos estabilizado con una placa interna. La escayola se queda seis semanas. Eres joven y estás en buena forma, y eso ha marcado la diferencia. Tu natación, tu entrenamiento; le dieron a tu cuerpo las reservas que necesitaba para superar esto.

La mano de Elise apretó la de Sienna—. ¿Cuándo podrá irse a casa? —La pregunta era prematura y todas lo sabían, por lo que la doctora Mars sonrió con dulzura.

—Todavía falta para eso. Tiene que quedarse hasta que retiremos el drenaje torácico y estemos seguros de que el pulmón aguanta. Pero soy optimista. Un par de semanas y te tendremos en pie.

Sienna apretó la mandíbula—. Un par de semanas.

La doctora Mars miró a una y a otra con una ceja arqueada—. Ya veo que vas a ser una paciente horrible. Se nota. —Comprobó la vía intravenosa, ajustó el goteo con dedos ágiles, anotó algo en la tabla y apretó la mano buena de Sienna—. Descansa. Deja que nosotros cuidemos de ti por una vez.

Salió de la habitación. Todo volvió a quedar en silencio. Los monitores pitaban. A través de las persianas entreabiertas, el cielo exterior estaba oscuro. Había caído la noche mientras ella estaba en quirófano.

—Has estado aquí todo el tiempo —dijo Sienna. No era una pregunta.

—Todo el tiempo. Desde que Mara me trajo esta mañana. Te cogí la mano hasta que te llevaron a cirugía y luego me senté en el pasillo y esperé. —Elise le apartó el pelo de la frente a Sienna. Su tacto era ligero como una pluma, evitando los cortes y cardenales—. El equipo también estuvo aquí. Solo se fueron a comer algo cuando la doctora Mars dijo que estabas estable. Frankie no dejaba de contar chistes malísimos para evitar que yo perdiera la cabeza. Lou se sentó en una esquina sin decir palabra y, de algún modo, eso ayudó más que nada. Helen vino. Se sentó conmigo. No intentó

psicoanalizarme, solo se quedó allí sentada. Mara se encargó de la logística, llamó a la gente, mantuvo todo en marcha. Lex trajo café.

Sienna parpadeó—. ¿Lex trajo café?

—Cuatro tandas. Dijo que alguien tenía que hacerlo y que las demás no servían para nada. —La boca de Elise hizo un amago de movimiento. El fantasma de una sonrisa—. Te quieren, Sienna. Crees que solo eres la médico del equipo, pero no es así. Eres de las suyas. Y han venido por ti.

A Sienna le dolía la garganta. No por el tubo del ventilador, sino por una emoción más grande y antigua y más importante que eso.

Los ojos de Sienna pesaban. La medicación para el dolor la estaba sumiendo en un estado de sopor, una niebla cálida y difusa que suavizaba los bordes de la habitación, de la cama y del rostro de Elise sobre ella. Luchó contra ello. No quería cerrar los ojos. Ya había tenido suficiente de la oscuridad, de ese espacio intermedio donde Elise era un recuerdo en lugar de una presencia física.

—Quédate —susurró Sienna. La misma palabra que le había dicho a Elise semanas atrás, en el sofá, envuelta en una manta, vulnerable. La misma palabra. El mismo anhelo.

—Me quedo. —Elise presionó sus labios contra la sien de Sienna —. Estoy aquí mismo. No me voy a ninguna parte.

Sienna cerró los ojos. La mano de Elise estaba en la suya, sólida y real. El dolor seguía ahí, como una nota baja constante bajo la medicación, pero por encima de él se oía la respiración de Elise, el pitido de los monitores y la certeza, absoluta y total, de que estaba viva y de que era amada y sostenida.

Dejó que la niebla la envolviera. Esta vez la oscuridad no era el vacío informe del quirófano, sino una oscuridad más suave, impregnada con el aroma de la piel de Elise, la presión de su mano y el murmullo bajo de su voz diciendo palabras que Sienna no terminaba de distinguir, palabras que sonaban como su nombre, palabras que sonaban a amor; palabras que la seguían a través de las capas de conciencia como una cuerda de la que poder tirar.

El pulgar de Elise se movía sobre sus nudillos en círculos lentos y constantes, y ese ritmo acompañó a Sienna mientras se sumía en el sueño. Esta vez no estaba flotando en la nada. Se estaba

sumergiendo en una vida que la esperaba. En un amor real. En el mañana, y en todos los mañanas posteriores, junto a la mujer que se había sentado en una silla de hospital durante horas porque marcharse no era una opción.

Sienna durmió, protegida, y se sintió en casa.

20

ELISE

El pasillo del hospital ya le resultaba familiar. Elise lo había recorrido tantas veces durante las últimas tres semanas que se conocía sus ritmos: el chirrido de sus zapatillas sobre el linóleo, el olor de cada sección, el antiséptico cerca del puesto de enfermería, el café cerca de la sala de descanso, los lirios cerca del mostrador de recepción, donde alguien había colocado un jarrón con flores que cambiaban todos los lunes. Había llegado a las siete y media cada mañana, sin excepción, lloviera, hiciera sol o hubiera partido, y se quedaba hasta que las enfermeras le sugerían con delicadeza que se fuera a casa; volvía a las siete y media al día siguiente, y el pasillo se había vuelto tan familiar como el del estadio.

Hoy era diferente. Hoy había una ligereza en su paso que había estado ausente durante veintiún días.

Sienna volvía a casa. Las palabras daban vueltas en la cabeza de Elise como una canción que no podía dejar de tararear, brillante, persistente y real.

No a casa, al apartamento de Sienna, con sus muebles sobrios, su vista al océano y su nevera vacía. A casa, al apartamento de Elise, porque Elise le había dicho, con el tono que usaba cuando el asunto no admitía discusión, que Sienna se quedaría con ella

mientras se recuperaba, y punto final. Sienna había abierto la boca para protestar, porque Sienna siempre abría la boca para protestar cuando se trataba de aceptar ayuda, y Elise había dicho «No» y ahí había acabado todo.

Dobló la esquina, empujó la puerta de la habitación de Sienna y se detuvo.

Sienna estaba de pie junto a la ventana. No llevaba la bata de hospital que la había hecho parecer pequeña y despersonalizada durante tres semanas, sino su propia ropa. Pantalones oscuros, una camisa blanca holgada con las mangas remangadas hasta los codos. Tenía el cabello oscuro lavado y cepillado, y le caía sobre los hombros, con algunas hebras grises captando la luz de la mañana. Su brazo izquierdo seguía escayolado desde la muñeca hasta el codo, pero lo sostenía contra el pecho con una naturalidad que sugería que el dolor había pasado de agudo a manejable. Llevaba las gafas puestas y miraba por la ventana hacia el aparcamiento del hospital, los árboles más allá y la franja de océano visible sobre el tejado. Verla allí, erguida, vestida, viva, hizo que el pecho de Elise se comprimiera con tanta fuerza y rapidez que tuvo que agarrarse al marco de la puerta.

Sienna se dio la vuelta. Estaba pálida, los hematomas del accidente se habían convertido en sombras de un tono amarillo verdoso en la mandíbula y la frente, y estaba más delgada que antes; los pómulos se veían más afilados y las clavículas más pronunciadas bajo la camisa blanca. Pero sus ojos estaban cálidos y brillantes y, cuando vio a Elise, la sonrisa que iluminó su rostro fue la de verdad. Esa que le arrugaba los ojos, suavizaba su mandíbula y la hacía parecer una mujer que había estado esperando exactamente a esa persona para cruzar la puerta.

—Estás vestida —dijo Elise.

—Estoy vestida.

—Estás increíble.

El color subió desde el cuello de Sienna hasta sus mejillas, y verlo después de tres semanas de batas y de la pálida luz del hospital hizo que a Elise se le cerrara la garganta. Había echado de menos eso. Lo había extrañado con una ferocidad que la sorprendía.

Cruzó la habitación en tres pasos y rodeó a Sienna con sus brazos. Con cuidado. Siendo consciente de las costillas, la escayola, los moratones y las zonas de cirugía. La sostuvo con delicadeza, pendiente de un cuerpo que aún estaba sanando, y el brazo bueno de Sienna rodeó su cintura y la apretó con fuerza. Se quedaron así en la habitación del hospital, con la luz de la mañana cayendo sobre ellas, y ninguna de las dos se soltó.

—Me alegro tanto de que estés aquí —susurró Sienna contra su hombro.

—Me alegro tanto de que estés de pie. —Elise se apartó lo justo para mirarla, asimilando cada detalle. El hematoma en la sien de Sienna se había vuelto amarillento. La escayola de su brazo izquierdo estaba cubierta de pequeñas notas escritas a mano por el equipo.

—La doctora Mars dice que soy una paciente extraordinaria.

Elise se secó los ojos con el dorso de la mano. —La doctora Mars dice que eres un dolor de muelas que intenta leer sus propios informes y discute con las enfermeras sobre las dosis de la medicación.

La boca de Sienna se curvó. —Ambas cosas pueden ser ciertas.

Elise se echó a reír. El sonido fue real y espontáneo, y vibró a través de ambas; por primera vez en tres semanas, la opresión en el pecho de Elise se liberó por completo.

La puerta se abrió detrás de ellas. Apareció la doctora Josephine Mars, con aire resuelto en su bata blanca, el cabello rubio ceniza recogido y las gafas de lectura posadas en la nariz. Llevaba una carpeta y una expresión ligeramente exasperada que Elise ya asociaba con el estilo de rebeldía médica de Sienna.

—Vaya —dijo la doctora Mars, observando la escena con ojos amables—. Parece que alguien está lista para escapar.

—Llevo lista una semana —dijo Sienna.

—Lo sé. Me lo has dicho. A diario. —La doctora Mars abrió la carpeta y repasó el contenido rápidamente, aunque era evidente que ya sabía lo que ponía—. Las imágenes están limpias. El pulmón está totalmente expandido y se mantiene. Las fracturas de las costillas se están consolidando bien. Las incisiones quirúrgicas están

cicatrizando de maravilla. La analítica es buena. Vas a tener algunas molestias residuales en las costillas durante unas semanas más, y el brazo se queda con la escayola otras cuatro. Te quiero en mi consulta para una revisión en diez días. —Levantó la vista por encima de las gafas—. Pero puedes irte a casa.

Esas palabras llenaron la habitación en silencio y Elise sintió que se asentaban profundamente en su cuerpo. A casa. Juntas.

—Gracias, Josephine. —A Sienna se le quebró la voz al decir el nombre.

La doctora Mars cerró la carpeta y se la puso bajo el brazo. —No me des las gracias a mí. Dáselas a tu cuerpo por ser tan testarudo y a tu novia por haber estado aquí todos los días sin falta. —Miró a Elise con una expresión de franca admiración—. Todos los días, Sienna. A las siete y media en punto. He empezado a poner mi reloj en hora según llegaba ella.

La mano buena de Sienna buscó la de Elise y la apretó. —Lo sé —dijo, y la ternura de su voz hizo que a Elise le doliera la garganta.

La doctora Mars les estrechó la mano a ambas, le recordó a Sienna que se tomara la medicación a sus horas y que no intentara leer las etiquetas con ojo clínico, y se marchó. La habitación se quedó en silencio. Los monitores que habían pitado durante tres semanas estaban ahora mudos, desconectados. La cama del hospital estaba deshecha. Las tarjetas de ánimo del equipo estaban apiladas en un montón ordenado que Sienna había organizado por fecha de recepción, porque ella era Sienna. La más grande era de Frankie, hecha a mano, con un dibujo de un monigote con bata de laboratorio levantando el pulgar y el pie de foto: «La única persona que intentaría diagnosticarse a sí misma durante una cirugía». Debajo, con letra más pequeña: «Te queremos, Doc. Vuelve con nosotros». Sienna había llorado al recibirla. Había mirado hacia la ventana intentando ocultarlo, pero Elise la había visto, le había cogido la mano buena y le había dicho: «Todo el mundo lo sabe menos tú». La tarjeta estaba ahora encima de la pila. Sienna la había leído todos los días.

—Vámonos a casa —dijo Elise.

Sienna miró la habitación una última vez. La ventana, la silla en la que Elise había pasado tres semanas sentada, la franja de océano visible sobre el aparcamiento. Luego, Elise cogió sus bolsas y recorrieron juntas el pasillo del hospital, pasando junto a las enfermeras que sonreían y saludaban, por delante del mostrador de recepción con sus lirios de los lunes, y cruzaron las puertas automáticas para salir al aire cálido de la mañana.

Al salir y recibir el impacto del aire libre, Sienna se detuvo en la acera, cerró los ojos y levantó el rostro hacia el sol; se quedó allí, respirando. Simplemente respirando. El aire fuera del hospital era distinto al de dentro: olía a sal, a gases de escape, al café del quiosco de la entrada y a vida. Olía a vida. Elise la observaba y la opresión en su pecho no era dolor sino gratitud, enorme y sin forma, de esa que no tiene palabras ni las necesita.

El trayecto hasta el apartamento de Elise fue corto. Llevaban las ventanillas bajadas y entraba la brisa salada; Sienna iba en el asiento del copiloto con el rostro vuelto hacia el exterior, inhalando el aire como si hubiera estado bajo el agua durante tres semanas y acabara de salir a la superficie. El océano se veía entre los edificios, azul y centelleante bajo el sol de la mañana, y una gaviota las siguió durante dos manzanas antes de desviarse.

—Parece que no hubieras visto el mar en tu vida —dijo Elise.

—No lo he visto en tres semanas. Me estoy presentando de nuevo.

La brisa agitó el pelo de Sienna, levantándolo de su cuello.

—Estarás nadando en él antes de que te des cuenta.

Los ojos de Sienna se iluminaron. —La doctora Mars ha dicho que faltan cuatro semanas para que me quiten la escayola, y luego una vuelta gradual. Puedo hacer caminatas en la piscina antes de eso.

Elise la miró de reojo, negando con la cabeza. —Por supuesto, es en lo primero que piensas.

Sienna se apartó de la ventana, con la mano buena apoyada sobre la escayola en su regazo. —Soy una criatura de costumbres. Ya lo sabías cuando te metiste en esto.

Elise aparcó frente a su edificio y rodeó el coche para abrir la puerta de Sienna. Ella le lanzó una mirada que era a partes iguales gratitud y exasperación, la mirada de una mujer ferozmente independiente que estaba aprendiendo, a regañadientes, a aceptar ayuda. Elise cogió la bolsa y le ofreció el brazo; subieron las escaleras juntas, con Sienna moviéndose despacio, con la mano libre en la barandilla y la respiración algo más pesada para cuando llegaron al segundo piso.

—Bienvenida a casa —dijo Elise, abriendo la puerta.

El apartamento estaba impecable. No era la versión habitual de limpieza de Elise, que significaba que las superficies eran visibles y los platos estaban fregados, sino una limpieza de verdad, fregado y ordenado y reorganizado hasta un nivel que resultaba francamente sospechoso para alguien que vivía sola. Se había pasado la noche anterior a gatas con una fregona y un nivel de determinación que solía reservar para los momentos críticos en el campo.

Sienna entró y miró a su alrededor. La luz de la mañana entraba por las ventanas e iluminaba el frutero sobre la mesa, la camiseta de las Valkyries enmarcada en la pared y la manta echada sobre el sofá, la misma manta con la que había envuelto los hombros de Sienna la noche que hicieron el amor por primera vez.

—Has limpiado —dijo Sienna.

—Yo limpio.

Sienna pasó el dedo por el alféizar de la ventana y lo inspeccionó. —Tú no limpias. No así. Lo has metido todo en la habitación de invitados, ¿verdad?

Elise se llevó la mano al pecho fingiéndose ofendida. —En absoluto. —Efectivamente, lo había metido todo en la habitación de invitados.

Sienna tenía la mirada tierna. Buscó la mano de Elise y la apretó. —Gracias.

—¿Tienes hambre? Iba a preparar el almuerzo. Deberías sentarte y descansar mientras cocino.

Sienna enarcó una ceja. —¿Vas a cocinar tú?

Elise ya se dirigía a la cocina. —Voy a cocinar. Para ti. Ahora mismo. Siéntate.

—¡Elise, si tú no sabes cocinar!

—Claro que sé. —Sacó los ingredientes de la nevera con la mandíbula apretada, con esa determinación que ponía en todo lo que hacía.

Sienna se apoyó en el brazo del sofá, observándola con diversión. —Mantendré a los bomberos en marcación rápida.

—Siéntate. Ya.

Sienna puso los ojos en blanco con una exasperación teatral que quedaba totalmente anulada por la sonrisa que se extendía por su rostro. Estaba sonriendo; se sentó en el sofá, encogió los pies y observó cómo Elise se movía por la cocina. El diseño diáfano permitía que se vieran desde cualquier punto: Sienna en el sofá y Elise ante la encimera. Esa domesticidad, el acto sencillo y ordinario de estar en la misma habitación mientras una descansaba y la otra cocinaba, era tan dolorosamente normal y tan increíblemente preciado que Elise tuvo que detenerse, apoyar las manos en la encimera y respirar.

Estaba en casa. Estaba aquí. Estaba viva.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Sienna desde el sofá.

Elise abrió la despensa y sacó una caja de penne. —Pasta.

—¿Sabes hacer pasta?

Llenó una olla en el grifo, el agua salpicaba contra el acero inoxidable. —¿Qué dificultad puede tener?

La respuesta resultó ser que bastante. El agua tardó una eternidad en hervir. Se pasó con la sal y luego intentó arreglarlo añadiendo más agua, lo que significó que tardó aún más en volver a hervir. Echó la pasta y se olvidó de poner el temporizador; para cuando se acordó, los penne habían pasado el punto al dente y habían entrado en un territorio que solo podía describir como dócil. La salsa era de bote porque no era tonta, pero había intentado añadir ajo y se le quemó. La cocina se llenó del olor acre del ajo carbonizado y Sienna la observaba desde el sofá con una expresión de creciente preocupación.

—¿Debería preocuparme? —gritó Sienna.

—Todo bajo control.

—Huele a que está bajo las llamas.

Sirvió la pasta recocida con la salsa demasiado salada y el ajo quemado, rascó los trozos negros del fondo de la sartén y añadió una ramita de albahaca de la maceta que Sienna le había regalado hacía dos meses y que, milagrosamente, seguía viva. Llevó ambos cuencos al sofá con tanta dignidad como pudo reunir. Se sentaron juntas con los cuencos en el regazo; Sienna tomó un bocado y su expresión pasó por una rápida secuencia: esperanza, confusión, una leve alarma y luego una neutralidad cuidadosamente neutra que era tan transparente que Elise estalló en carcajadas.

—Está fatal, ¿verdad? —dijo Elise.

—Tiene carácter.

Elise pinchó un trozo ennegrecido con el tenedor. —Tiene ajo quemado.

Sienna masticó y tragó con un esfuerzo visible. —El ajo le da una profundidad ahumada.

Elise resopló. —Mentirosa.

Sienna sonrió. La sonrisa se convirtió en risa, suave al principio y luego más fuerte, y entonces ambas se reían a carcajadas, sentadas en el sofá con su pasta horrible y la luz de la mañana entrando por las ventanas; tres semanas de miedo y pasillos de hospital se disolvieron en el sonido de una risa compartida e incontenible. Elise se rió hasta que le dolió el estómago y Sienna se rió hasta que sus costillas protestaron, se llevó la mano buena al costado, boqueó y dijo: «Para, deja de hacerme reír, que me duele», y Elise no podía parar, ni Sienna tampoco.

Comieron lo que pudieron. Sienna consiguió terminarse la mitad del cuenco, lo que Elise consideró una victoria dada la calidad. Dejaron los cuencos en la mesa de centro y Sienna se acurrucó contra Elise, con la cabeza en su hombro, buscando su mano con la suya; la risa dio paso a un silencio confortable.

—He estado pensando —dijo Sienna.

Elise le besó la coronilla. —Peligroso.

—He estado pensando en lo que viene ahora. En nosotras.

Elise giró la cabeza y presionó los labios contra el pelo de Sienna. Era suave contra su boca y el champú de Sienna, del tipo que daban en el hospital y que no era el suyo habitual, olía ligeramente a coco

y a nada que se pareciera a la mujer que ella conocía. Mañana arreglaría eso. Compraría el champú de verdad de Sienna, su leche de avena y su marca de té, y este apartamento olería a Sienna en lugar de a hospital. —Cuéntame.

—No quiero volver a mi apartamento. Sé que es pronto. Sé que llevamos juntas menos de tres meses. Pero casi me muero en una carretera por la que conducía porque iba a un sitio que no estaba cerca de ti; tumbada en esa cama del hospital tuve mucho tiempo para pensar en lo que importa, y lo que importa es estar donde estés tú. —Hizo una pausa. Su voz era cautelosa, como se volvía cuando cada palabra le costaba—. Me gustaría vivir aquí. Contigo. Si tú quieres.

El pecho de Elise se apretó. No de tristeza, ni de miedo. Con una alegría tan enorme y cálida que presionaba sus costillas, le llenaba la garganta y hacía que le escocieran los ojos. Había imaginado esta conversación. Mientras esperaba despierta en el pasillo del hospital durante la cirugía, había negociado con cualquier fuerza que controlara esas cosas: devuélvemela y se lo diré todos los días. Devuélvemela y no volveré a perder ni un minuto fingiendo que no lo quiero todo.

—Que si quiero —repitió. Se le quebró la voz y no le importó—. Sienna. He estado intentando averiguar cómo pedírtelo desde la segunda noche que te quedaste aquí.

—¿De verdad?

—Tu cepillo de dientes ya está en el baño. Te compraré leche de avena. Hay un estante en el armario que vacié hace tres semanas.

Sienna levantó la cabeza y la miró, y la expresión de su rostro era luminosa. Franca, sorprendida y tan llena de amor que a Elise se le encogió el corazón.

—Probablemente deberíamos hablar del futuro en serio —dijo Sienna—. A largo plazo. De lo que queremos las dos.

Elise se movió para poder ver la cara de Sienna. —Vale. ¿Qué es lo que quieres tú?

Sienna guardó silencio un momento. La luz resbalaba por su rostro y sus ojos estaban pensativos y seguros. —Quiero este apartamento contigo, o una casa con el tiempo, algo con jardín,

quizá, donde podamos tomar el té por la mañana y mirar el mar. Quiero seguir trabajando con las Valkyries. Ya he organizado el traspaso de tu cuidado a la doctora Gupta, de forma oficial, para que el tema ético quede resuelto. Quiero nadar por la mañana y volver a casa contigo por la tarde. Quiero un gato.

—Un gato. —A Elise se le iluminó la cara.

—¿No te gustan los gatos?

Elise se incorporó, doblando una pierna bajo el cuerpo. —Me encantan los gatos. Crecí queriendo tener uno, pero nuestro apartamento era demasiado pequeño y mi padre decía que tenía alergia, lo cual estoy segura de que era mentira porque no es alérgico a nada. Deberíamos adoptar uno de una protectora sin falta.

La sonrisa de Sienna fue amplia y sincera, de esas que enseñaban los dientes y le arrugaban las comisuras de los ojos. —Iba a decir precisamente eso, de una protectora.

—Claro que sí. Eres médica. Tú curas cosas. También querrías curar a un gato.

Sienna entrelazó sus dedos con los de Elise. —Quiero darle un hogar a algo que no lo tenga. Sí. —Hizo una pausa—. Algo pequeño y luchador que aún no confíe en nadie. Nos ganaremos su confianza. Como tú te ganaste la mía.

Sienna lo decía con intención y sus ojos hablaban muy en serio; Elise se acercó más a ella y apoyó los labios en su sien.

—Le pondremos un nombre ridículo —dijo Elise—. Algo que tendrías que poner en una placa de identificación.

La sonrisa de Sienna se ensanchó. Era la expresión más relajada que Elise le había visto en semanas; la palidez del hospital había sido sustituida por el sosiego, la luz de la ventana y la perspectiva de un futuro que, hasta hacía tres semanas, era incierto.

Sienna se pegó más a ella. Su mano buena apretó la de Elise.

—Vamos a hacer esto —dijo Sienna. No era una pregunta. Era una declaración, tranquila y segura, de una mujer que había pasado cuarenta y un años evitando las declaraciones.

—Vamos a hacer esto. —La voz de Elise era firme y lo decía con cada fibra de su ser. Acunó el rostro de Sienna con la mano, la giró con suavidad y la besó. El beso fue dulce y sabía a ajo quemado y a

amor; Sienna dejó escapar un pequeño sonido contra su boca, entre risa y suspiro, y Elise le sostuvo la cara y volvió a besarla.

—Te quiero —dijo Elise—. Te quiero, Sienna Park. Te quise cuando me vendabas el hombro, te quise cuando me hiciste huevos revueltos, te quise cuando lloraste en mi sofá, te quise cada día en ese hospital y te voy a querer mañana, y al siguiente, y todos los días después de ese mientras me dejes.

Los ojos de Sienna brillaban por las lágrimas. No se las secó. Dejó que cayeran, trazando dos senderos lentos por sus mejillas, y sonrió a través de ellas.

—Para siempre —dijo Sienna. Su voz era baja y absolutamente segura—. Durante todo ese tiempo te dejaré.

—Hecho.

Se quedaron sentadas juntas en el sofá bajo la luz de la mañana, en el apartamento que ahora era de ambas, con la pasta espantosa enfriándose en la mesa, el océano visible por la ventana y el futuro extendiéndose ante ellas, incierto, corriente y lleno de posibilidades. La cabeza de Sienna descansaba en el hombro de Elise y el brazo de Elise la rodeaba, y ninguna de las dos se movió.

Fuera, el sol del mediodía calentaba los balcones de hierro, las paredes de estuco color crema y el mundo ordinario y precioso que las esperaba.

Estaban en casa.

EPÍLOGO — SEIS MESES DESPUÉS

Algo pequeño y cálido se presionó contra la barbilla de Sienna.

Abrió un ojo. Una cara de carey la miraba desde unos ocho centímetros de distancia, con los ojos ámbar inmóviles y los bigotes temblando. La nariz de Millie estaba fría y húmeda, y la presionaba contra la mandíbula de Sienna con el afecto insistente de una gata que llevaba despierta al menos veinte minutos y había decidido que esperar más por el desayuno era un incumplimiento inaceptable del contrato social.

—Buenos días —susurró Sienna.

Millie respondió dándose un cabezazo contra su barbilla, fuerte, y ronroneando.

Sienna sonrió. Se quedó quieta y dejó que el gato se presionara contra ella y la mañana se ensamblara a su alrededor en capas. La luz dorada pálida que se filtraba a través de las cortinas, más cálida ahora que hace seis meses, la estación habiendo girado del otoño al verano sin que ella se percatara. El sonido del océano a través de la ventana entreabierta, constante y familiar. El olor de las sábanas, detergente y aire salado y el rastro tenue del champú de vainilla de Elise. El calor del cuerpo junto al suyo, un calor con el que se despertaba cada mañana durante seis meses y que aún, cada vez,

hacía que su pecho se expandiera con una gratitud que ya no intentaba analizar.

Esta era su cama ahora. Su cama. En su apartamento.

Dejaron de llamarlo el apartamento de Elise alrededor del segundo mes, cuando los libros de Sienna ocuparon la estantería de la sala de estar y su bebida de avena se convirtió en un elemento permanente en el frigorífico y sus zapatillas de correr se colocaron junto a las zapatillas de Elise en la puerta principal en una disposición paralela y ordenada que Elise encontraba encantadora y Sienna encontraba estructuralmente necesaria. Millie llegó en el tercer mes, un rescate de carey desnutrido del refugio en Pine Street, con una oreja desconchada y desconfianza de los movimientos repentinos y un apego feroz e inmediato a Sienna que el personal del refugio dijo que era inusual para una gata que había sido devuelta dos veces.

—Te eligió —había dicho Elise, viendo a Millie trepar al regazo de Sienna en el refugio y acurrucarse en una bola y quedarse dormida —. No puedes discutir eso.

Sienna no discutió.

Millie le dio otro cabezazo en la barbilla, más enfáticamente. El ronroneo se intensificó.

—De acuerdo —murmuró Sienna—. Voy.

Se levantó de la cama con cuidado de no despertar a Elise, que seguía durmiendo profundamente. Las tablas del suelo estaban frías bajo sus pies desnudos y el apartamento estaba silencioso excepto por el ronroneo acelerador de Millie, que sonaba como un pequeño motor peludo. La gata se entrelazó entre sus tobillos mientras se dirigía a la cocina, la cola de carey levantada, la oreja desconchada dándole un aire ligeramente pícaro.

Sienna llenó la tetera. Mientras se calentaba, abrió el armario y sacó la comida de Millie, la marca que el veterinario había recomendado, en el cuenco de cerámica azul que Elise había comprado en el mercado porque combinaba con los ojos de Millie, cosa que no hacía, pero Sienna no la corrigió. Colocó el cuenco sobre la alfombrilla junto al frigorífico y Millie se abalanzó sobre él con la dedicación de una gata que no había sido alimentada en

aproximadamente nueve horas y francamente estaba escandalizada por el abandono.

—Eres tan dramática —le dijo Sienna.

Millie la ignoró completamente, enfocada en el asunto en cuestión.

Sienna preparó té. La tetera hizo clic al apagarse y vertió el agua sobre la bolsita de té y añadió un chorro de bebida de avena y se quedó en la cocina con su camiseta y las piernas desnudas, apoyada contra la encimera, sosteniendo la taza cálida con ambas manos y observando cómo la luz se movía a través de las paredes. El apartamento había cambiado desde que se mudó. Sus libros de medicina en la estantería junto a las fotos de trofeos de Elise. El tablero de corcho junto al frigorífico cubierto de horarios de partidos y menús de comida para llevar y una Polaroid que Frankie había sacado de ellas en la barbacoa del equipo el mes pasado, la cabeza de Sienna en el hombro de Elise, ambas riendo por una broma que Lou había contado. El número de Helen también estaba fijado allí, junto al calendario donde Sienna aún marcaba sus sesiones quincenales con un pequeño punto azul. El yeso desapareció hace mucho. Su brazo izquierdo estaba completamente curado, el antebrazo llevando una cicatriz delgada donde la fractura había sido fijada con una placa, una línea que trazaba a veces cuando pensaba, como solía trazar la cicatriz en su pulgar. Sus costillas habían cicatrizado limpiamente. Nadaba cada mañana de nuevo, tres días a la semana en el océano, dos en la piscina, y su cuerpo era más fuerte que antes del accidente. Los nados en el océano eran diferentes ahora. Iba más temprano, en la oscuridad previa al amanecer, y a veces Elise la acompañaba y se sentaba en la playa envuelta en una manta y observaba o a veces entraba con ella si no iba a alterar su entrenamiento. A veces iba sola y la soledad era bienvenida y temporal, porque siempre volvía a casa con Elise.

Cogió su té y caminó de vuelta al dormitorio.

Elise seguía durmiendo. Yacía boca abajo, un brazo extendido sobre el espacio que Sienna había dejado vacío, su cara girada hacia la almohada. La sábana se le había caído a la cintura, exponiendo la larga línea de su espalda, los hombros fuertes, la cresta de su espina

dorsal. Su cabello oscuro estaba esparcido sobre la almohada blanca, suelto y enmarañado. La luz matinal trazaba los contornos de su cuerpo, los músculos de sus hombros, la pequeña cicatriz en su antebrazo derecho, las pecas tenues en el puente de su nariz que solo eran visibles bajo luz directa.

Estaba desnuda. Completamente. Dormían desnudas ahora, lo habían hecho desde la primera noche en que Sienna se mudó, y la vista del cuerpo desnudo de Elise bajo la luz matinal aún enviaba un pulso de calor a través del pecho de Sienna y más abajo. No un calor tentativo y culpable. No el dolor furtivo que había estado suprimiendo durante décadas. Abierto y familiar y suyo.

Hace seis meses, la vista de una mujer desnuda en su cama habría desencadenado una cascada de análisis clínico: las implicaciones profesionales, los riesgos emocionales, la exposición de vulnerabilidad. Ahora desencadenaba un único pensamiento sin complicaciones: es hermosa y es mía y la quiero.

Sienna dejó su té en la mesilla de noche y volvió a meterse en la cama. El colchón se hundió bajo su peso y Elise se movió, un pequeño gemido contra la almohada, pero no se despertó. Sienna se apoyó sobre un codo y la miró.

Seguía mirando.

Podría mirar a Elise durante horas. Intentó explicar esto a Helen, en una de sus sesiones, y Helen sonrió y dijo: —Eso no es un diagnóstico, Sienna. Eso es amor. Y Sienna se ruborizó y cambió de tema, pero Helen tenía razón. Era amor. El tipo simple, ordinario, extraordinario que se presentaba cada mañana y no requería análisis.

Se inclinó y besó la parte posterior del cuello de Elise. Luego más abajo, cada beso colocado a lo largo de la línea de su espina dorsal, lento y sin prisa. El cuerpo de Elise se despertó antes que su mente, moviéndose hacia el contacto, su espalda arqueándose ligeramente.

—Qué bien —murmuró Elise contra la almohada. Su voz era espesa por el sueño.

Sienna sonrió contra su piel y besó más abajo.

—Buenos días —murmuró contra la base de la espalda de Elise.

—¿Qué estás haciendo? —La voz de Elise era áspera pero había una sonrisa en ella.

—Despertándote.

Sienna besó el hueco en la base de su espina dorsal. Las caderas de Elise se movieron contra el colchón.

—Esta es una forma muy específica de despertar a alguien.

—¿Preferirías una alarma?

—Absolutamente no.

Elise se giró sobre su espalda. Sus ojos eran oscuros y semiabiertos, su expresión perezosa y deseante y completamente desprotegida. Sienna recorrió el cuerpo de Elise con la boca, cada beso en un mapa que ahora conocía de memoria: la cicatriz de apendicitis de cuando Elise tenía dieciséis años, la piel suave del interior de sus muslos, los puntos que la hacían reír y los que la hacían quedarse muy, muy quieta. Seis meses de memorización. La mano de Elise se tensó en su cabello. Su voz se hizo pedazos en el nombre de Sienna. Sienna la sostuvo hasta que el cuerpo de Elise se relajó contra las almohadas.

—Ven aquí —dijo Elise.

Sienna se movió a su lado. Elise la besó profundo y lento, luego sus dedos se deslizaron bajo el dobladillo de la camiseta de Sienna, conocidos y seguros. Sabía exactamente lo que Sienna necesitaba. Seis meses de atención, construidos en la presión de sus dedos callosos. Cuando Sienna llegó al orgasmo, presionó su cara contra la almohada y se dejó ir, ruidosa y desinhibida, como no sabía que era posible hasta Elise.

Elise besó su frente. Luego su nariz. Luego su boca. Besos lentos y tiernos que sabían a mañana.

—Hola —dijo Elise.

Sienna apartó el cabello húmedo de la frente de Elise. —Hola.

—Buenos días.

—Muy buenos días.

Se tumbaron juntas, respirando, con las piernas entrelazadas, la luz moviéndose a través del techo. Millie entró en el dormitorio y saltó a los pies de la cama y se acurrucó en una bola, su ronroneo

audible incluso desde seis pies de distancia. El apartamento estaba silencioso y lleno.

—¿Ducha? —preguntó Sienna finalmente.

—Ducha.

Se levantaron y caminaron al baño, la mano de Sienna trazando la cadera de Elise. Las baldosas del baño estaban frías bajo sus pies y Elise lanzó un grito y brincó y Sienna rió, el sonido brillante en el espacio pequeño. La ducha apenas era lo suficientemente grande para dos y se golpeaban los codos al encenderla y la cadera de Elise chocaba contra el grifo y ella maldijo y Sienna besó su omoplato en disculpa. El agua tardó un minuto en calentarse y se quedaron juntas mientras esperaban, la piel erizándose en el aire frío, y cuando el vapor comenzó a subir se metieron bajo el chorro juntas. Se lavaron los cuerpos mutuamente con manos resbaladizas de jabón, lentamente, minuciosamente. Sienna lavó el cabello de Elise, trabajando el champú de vainilla a través de los mechones oscuros, y Elise inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos y el agua corrió por su cara y Sienna besó el hueco de su garganta, probando agua limpia y jabón.

Elise lavó la espalda de Sienna con movimientos circulares y cuidadosos, sus manos moviéndose sobre los músculos, conociendo cada rincón del cuerpo bajo sus dedos. Trazó la cicatriz en el antebrazo izquierdo de Sienna, la línea delgada de la placa quirúrgica, y presionó sus labios contra ella. El gesto fue pequeño y privado y tan lleno de ternura que la garganta de Sienna se cerró.

Salieron. Se secaron. Sienna se puso ropa limpia y sus gafas y Elise se quedó de pie frente al espejo trabajando un peine a través de su cabello mojado, y la domesticidad de ello, la absoluta normalidad ordinaria de compartir un baño en una mañana de sábado, era tan preciosa que Sienna tuvo que detenerse en el marco de la puerta y simplemente mirar.

—Lo estás haciendo de nuevo —dijo Elise, atrapando su mirada en el espejo.

—Te estoy mirando. Hay una diferencia.

La referencia hizo sonreír a Elise. Esa sonrisa lenta y cálida que le arrugaba los ojos y le suavizaba toda la cara.

—¿Desayuno? —preguntó Elise.

—No voy a comer tu cocina.

Elise se presionó una mano contra el pecho en fingida ofensa. —No te estaba ofreciendo cocinar. Te estaba ofreciendo llevarte a Lavender's.

—Hecho.

Se movieron por el apartamento, recogiendo teléfonos, llaves, billeteras. El teléfono de Elise zumbó y echó un vistazo y sonrió. —Frankie quiere saber si vamos al almuerzo del equipo mañana. Dice, y cito, «Dile a Sienna que necesito que le explique a Lou que la salsa picante no es un rasgo de personalidad».

Sienna negó con la cabeza. —Dile a Frankie que soy médica, no mediadora.

—Eres ambas. Mediaste la guerra de listas de reproducción entre Camille y Dani la semana pasada y todo el mundo lo sabe.

La boca de Sienna se torció. Se puso la chaqueta, un brazo y luego el otro, y se subió la cremallera hasta la barbilla. —Eso fue diplomacia, no mediación. Hay una diferencia.

—Realmente no la hay.

Millie seguía en la cama, acurrucada en un círculo perfecto de carey, su ronroneo un zumbido constante y contento. Sienna se detuvo para rasguñarle detrás de la oreja desconchada y los ojos de Millie se cerraron y el ronroneo se intensificó.

—Volveremos —le dijo Sienna.

En la puerta de entrada, Elise se giró. Cogió la mano de Sienna y la llevó a su boca y besó sus nudillos, uno por uno, el gesto tan natural ahora como había sido nuevo hace seis meses.

—Te amo —dijo Elise.

—Te amo.

Las palabras fueron fáciles ahora. No sin peso, nunca sin peso, seguían llevando toda la gravedad de todo lo que había sucedido para traerlas aquí, la lesión y la rehabilitación y el casi-beso y el banco junto al océano y el sexo en el sofá y la terapia con Helen y el amanecer en la cala y los te-amo en Lavender's y el coche en una carretera costera y la cama de hospital y la mañana en este apartamento donde Sienna había aprendido, finalmente, después de

cuarenta y un años, a aceptar que valía la pena ser amada. Todo eso estaba en las palabras. Pero las palabras fueron fáciles porque eran verdaderas y porque decirlas ya no era un acto de valor. Era un acto de costumbre. El mejor hábito que jamás había formado.

Sienna abrió la puerta. El sol era cálido en su cara y el cielo era un azul profundo y sin nubes que se extendía desde las colinas hasta el agua. Los eucaliptos a lo largo de la calle susurraban en una brisa ligera y el aire salado llevaba el sonido del océano, constante y permanente, el mismo sonido que había sido el telón de fondo de cada momento importante de los últimos seis meses. En algún lugar calle abajo, un vecino estaba regando su jardín y el spray atrapaba la luz del sol y esparcía pequeños arcoíris sobre el pavimento. Un sinsonte cantaba desde el techo del edificio opuesto, su canción líquida y brillante y absurdamente alegre.

La mano de Elise encontró la suya y sus dedos se entrelazaron y bajaron los escalones lado a lado, hacia la mañana, hacia la luz, hacia el futuro que era suyo.

POSTFACIO

Si te ha encantado el mundo, el equipo y la intensidad emocional de esta serie, hay mucho más esperándote.

💌 Para estar al tanto de las novedades, los nuevos lanzamientos y momentos entre bastidores, puedes encontrarme aquí:

Instagram y TikTok: **@emilyhayesauthor**

Además, si te gustan las historias de multimillonarios, de temática médica, de bomberos o de policías, no te pierdas mis otras series de Phoenix Ridge, todas ambientadas en el mismo universo de mujeres poderosas.

Gracias de nuevo por estar ahí y por querer a estas mujeres tanto como yo.

Más historias. Más pasión. Siempre con un final feliz.

Con amor,

Emily 💋